



3 1761 07869409 8



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

Mélin a Buchanan
ann of Chicago 1905

BIBLIOTECA DE LA RISA

POR UNA SOCIEDAD

DE LITERATOS DE BUEN HUMOR.

1570

1136 R

ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E

C
O
M
O



J
O
Y
A

P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

B 6816 kx

EL LIBRO DE LOS CUENTOS,

COLECCION COMPLETA

de anécdotas, cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, dichos agudos, réplicas ingeniosas, pensamientos profundos, sentencias, máximas, sales cómicas, retruécanos, equívocos, sí-miles, adivinanzas, bolas, sandeces y exageraciones.

ALMACEN DE GRACIAS Y CHISTES.

OBRA CAPAZ DE HACER REIR Á UNA ESTÁTUA DE PIEDRA, escrita al alcance de todas las inteligencias y dispuesta para satisfacer todos los gustos.

RECAPITULACION

DE TODAS LAS FLORESTAS, DE TODOS LOS LIBROS DE CUENTOS ESPA- ÑOLES, Y DE UNA GRAN PARTE DE LOS ESTRANJEROS,

por

DON RAFAEL BOIRA,

abogado del Colegio de Madrid, auditor honorario de Marina, fundador de «La Voz de los Ayuntamientos,» acreditada revista de administracion, etc.

SEGUNDA EDICION

refundida y aumentada con muchos enigmas, gracias y chistes, y espurgada de los pensamientos frívolos, cuentos y anécdotas de poco interés.

=====

TOMO PRIMERO.

=====

485423

8. 2. 49

t. 1

MADRID, 1862.

Imprenta de D. Miguel Arcas y Sanchez,
calle del Barco, núm. 20.

Es propiedad de su autor,
que perseguirá ante la ley
al que la reimprima.

PN
6215
L50
1860
t. 1

PRÓLOGO-PROSPECTO.

VAMOS á reirnos á carcajadas. Vamos á escribir una obra, mas alegre, mas festiva, mas chistosa, mas provocativa, mas picante que cuantas se han escrito con pluma de metal y de ganso. No es broma, es necesario tomarlo á risa ó echarse al canal. ¡Virgen de la Almudena! Tanta filosofía, tanta política, tanto estudio grave nos van á hacer dar un estallido:

¡Viva la risa! Porque sino, ¿á dónde iria á parar el mundo si continuase así? ¿Quién no se desespera de tratar todo el dia con esos escépticos de diez y ocho marzos y con esas lindas filósofas de miriñaque?

¡Dios mio! Haced un milagro, y aligeradnos del peso de tanta ciencia y de tanta precocidad.

¡Y aquellos calabazas de nuestros abuelos, que pasaban toda su vida estudiando sin atreverse á escribir para el público hasta cumplir los sesenta! ¡Habrá gagnápiros! ¿Quién osaria llamarse hoy sabio sin haber escrito á los catorce una novela filosófica? ¡Pero de dónde pudo sacar aquella buena

gente la chavacana idea de que era necesario estudiar para saber? ¡Vaya un pensamiento para el siglo de la electricidad! No señor; la teoría de los sabios al uso es mucho mas sencilla. Para ser sabio hecho y derecho, con leer un par de novelas basta y sobra.

Esto es delicioso; esto es tan grave, tan filosófico, tan serio, que es imposible no tomarlo á risa. ¡Y quién puede conservar la seriedad en medio de tanto dislate?

Es necesario retroceder; en literatura nos declaramos cangrejos; nos place mas que el mundo se ria, que no que se reforme; somos mas partidarios de los picantes epigramas, que de las teorías filosóficas.

¡Guerra á las novelas tontas! ¡Guerra al absurdo con traje de filósofo! ¡Viva la risa!

Riamos á carcajadas; esta es nuestra bandera.

Pecho, pues, al agua. Pensadores profundos sin pelo en la barba, permitidnos por piedad un momento de descanso. Nos ahoga la ciencia, dejadnos respirar. Os concederemos que sois sabios, todo lo que querais os concederemos, pero dejadnos reir.

Marchad lejos de aqui con vuestras elucubraciones filosóficas, con vuestras necesidades políticas y con vuestros absurdos económicos.

Queremos un momento de expansion, porque estamos dominados por la alegría y el buen humor. Queremos reirnos, porque tenemos hambre de risa. Queremos apoderarnos del ridiculo donde quiera que lo encontremos y formar con él la delicia de nuestros lectores y la nuestra. Necesitamos expansion, placer, alegría. Vosotros, ¡oh sabios! reformad el mundo—buen provecho os haga—suprimid cuanto querais; pero ¡guay de vosotros! si tratáis de suprimir la risa. Nuestro terreno es este y lo queremos esplotar.

Queremos reunir vuestros disparates y los disparates de todos, desde el hombre verdaderamente sabio hasta el estúpido jayan.

De los hombres eminentes recogeremos aquellas deliciosas simplicidades que brotan á las veces de su genio, como brotan las espinas al lado de las rosas, pero que no pueden menos de despertar en los labios la mas halagadora sonrisa.

De los sabios al uso recogeremos aquellas asombrosas incoherencias, aquellos absurdos magistrales que nos hacen llorar de placer.

De los profundos pensadores, aquellas distracciones sorprendentes, que son siempre madre de las estrepitosas carcajadas.

Y recogeremos, por fin, de todos, aquellas inconcebibles estupideces que provocan la risa convulsiva.

Tal vez pintaremos alelados y estúpidos á los hombres de genio sorprendidos con las réplicas ingeniosas de los hombres del pueblo. ¿Y por qué no?

Todo lo que conduzca á la risa, todo lo que la provoque, queda sujeto á nuestra jurisdiccion. Lo que haga llorar os lo cedemos generosamente. Son nuestros los hombres y las cosas en cuanto podamos apoderarnos de ellos por el lado risible.

Por un favor especial de la Divina Providencia nosotros no somos sabios, y respetaremos por consiguiente todo lo que sea grande, todo lo que sea sublime, todo lo que sea santo. La religion, la sociedad, la familia.

En lo demás el mundo es nuestro, y queremos reirnos del mundo porque hace el loco.

PRÓLOGO PROLONGADO.

Y hé aquí que la fama, vestida de prospectos, ha tomado un asiento en la silla-correo para visitar los pueblos de España, y han principiado á llover sobre nosotros pedidos de RISA con tan exagerado apetito de idem, que no parece sino que los españoles carecen de este género desde los tiempos de Felipe V.

¡Válgame Dios, y qué hambre de risa tenemos todos!

Por fortuna, las existencias en fábrica son de bastante consideracion, y podemos por ahora darla barata, sin otro peligro que el de quedarse sin ella los que tarden en pedirla.

Animo, pues, niñas preciosas que me estais leyendo; fuera pereza, y si no os habeis suscrita, suscribio; y si habeis tomado un ejemplar, pedid dos.

LA RISA es la verdadera panacea de todos los males, que huyen de ella como las tinieblas del sol.

LA RISA es la vida y la salud.

¡Teneis quince años y quereis ser siempre jóvenes? Comprad esta obra, leedla, reid mucho, y os parareis en los quince, firmes que firmes, sin ir adelante ni atrás, *per sæcula sæculorum*.

¡No sois niñas? No os dé cuidado, cada página de LA RISA os quitará una cana, y á la vuelta de los cuatro tomos, tendreis el cabello como el azabache, y podreis pasar por de quince años, como así me las quiero.

Ya veis que semejante resultado, ni cosa que se le parezca, no lo ha dado hasta ahora ninguna publicacion. ¡Qué ha de dar! si parece que todos, los hombres y las cosas se han empeñado en hacernos llorar y en llenarnos de arrugas y de canas. Yo os aseguro que en adelante se van á llevar un chasco como para ellos solos, hermosas suscriptoras de LA RISA.

¡Ah qué fortuna! Estar en correspondencia con tres mil suscriptoras de quince años!

¡Vaya! Hemos hecho un negocio que va á ser la envidia de los pollos y de los gallos.

Morir por falta de memoria.

Algunos, no muchos, de nuestros suscritores, se han olvidado al suscribirse de remitir el importe del tomo corriente, y como es tanto el cariño que les tenemos, vamos, en su obsequio, á principiar traspasando los límites del plan de la obra, refiriéndoles, en vez de un cuento, una historia verdadera.

Es la triste de D. Camilo de Lelis, aquel célebre solteron, que al disponer para su cena un huevo pasado por agua, puso en el puchero su reloj de plata, y se colocó lindamente el huevo en el bolsillo del chaleco.

Este desgraciado no se acordaba, por lo regular, ni de su nombre ni de las señas de su casa, y llevaba siempre uno y otro apuntado en la cartera. Pero las carteras se suelen perder, y el infeliz perdió un día la suya, echándola en el buzón del correo en vez de una carta.

Al día siguiente se leía en el *Diario* este anuncio:

En la fonda de... se encuentra un caballero, que parece tal en su traje y en sus maneras, que fué conducido anoche por el sereno del barrio, y que no sabe á donde dirigirse, porque se le han olvidado completamente su nombre y las señas de su casa. La persona que, por estas, venga en conocimiento de quién es, podrá llegarse á recogerlo y pagar un huevo pasado por agua, que fué su cena.

Cuando leí este anuncio, grité al momento, él es. En efecto, era él.

Este buen hombre vivía solo, y como estaba fuera de casa la mayor parte del día, le habían roto

muchas veces el cordon de la campanilla los areneros y los repartidores de prospectos. Para economizar este gasto puso en la puerta un letrero que decia: *Cuando no se abra al segundo campanillazo, es señal de que nadie hay en casa.* Llega él á pocos dias, se olvida de que es su habitacion, llama una vez, dos, tres, se exaspera; levanta la vista y vuelve piés atrás exclamando.—¡Qué diablo! ¡Cómo he de abrir si no estoy en casa?

¡Ah! la muerte de este infeliz ha sido muy original.

Acostumbraba todas las noches fumarse un puro, y su última operacion, que era doble, consistia en echarse en la cama, y tirar despues por la ventana, que estaba allí cerca, la punta del cigarro.

Parece imposible equivocarse en una operacion tan sencilla; pero, ¡oh suerte de las criaturas! andamos siempre al borde de un abismo espuestos á que se nos vayan los piés.

Hace cuatro ó cinco noches que, despues de reflexionar un rato sobre lo que estaba haciendo, por miedo de equivocarse, tanto se quiso asegurar, que se equivocó, y trocando los frenos, echó el cigarro en la cama y su cuerpo en las losas de la calle. ¡Vaya una equivocacion!

La memoria le faltó hasta en los últimos momentos.—Grande golpe ha sido, señor sereno; dijo él mismo con voz desfallecida al primero que se acercó, y continuó diciendo: ¡Sabe usted quién es ese desgraciado? No le arriendo la ganancia.

Ni siquiera se acordaba de que era él.

El arre del filósofo.

Caminaba por las orillas del Tajo, caballero sobre un alto y brioso alazan, un célebre filósofo moderno de los de ciento en boca. La suya principió á hacerse agua á la vista de un frondoso y corpulento cerezo, de cuyas altas ramas pendia apiñada,

roja y apetecible la delicada fruta de aquel árbol precioso. El diablo de la gula tentó á nuestro hombre; miró á su rededor por ver si le observaban, aproximó el caballo, afianzó un pie en el estribo, levantó el cetro, y en un santiamen se encontró los piés sobre la silla y las manos en las ramas mas altas estrujando cerezas.

En esta situacion, y cuando parecia que estaba trabajando para levantarse á las nubes, pensó un momento en el peligro que corria, y dijo gritando: —Diablo, si pasase alguno y le ocurriese decir, arre.—Apenas pronunció esta última palabra, cuando el animal, creyendo obedecer á su amo, tomó el trote, y *cataplum*, el pobre filósofo midió el santo suelo con su cuerpo, rompiéndose las muelas.

El aumento del prefacio.

Hay cerca de Ratisbona
 Dos lugares de gran fama,
 Que el uno Agere se llama
 Y el otro Macarandona.

Un solo cura servía,
 Humilde siervo de Dios,
 A los dos, y así á los dos
 Misas las fiestas decía:

Un vecino del lugar
 De Macarandona, fué
 A Agere, y oyendo que
 El cura empezó á cantar
 El prefacio, reparó
 En que á voces aquel dia
Gratias Agere, decía
 Y á Macarandona no.

Con esto, muy enojado
 Dijo al cura: ¡gracias dá
 A Agere, como si acá
 No le hubiéramos pagado
 Sus diezmos? Cuando escucharon

Tan bien sentidas razones
 Los nobles macarandones,
 Los bodigos (1) le sisaron:
 Viéndose desbodigar,
 Al sacristan preguntó
 La causa, él se la contó
 Y dió desde allí en cantar,
 Siempre que el prefacio entona
 Porque la ofrenda se aplique:
Nos tibi semper ubique
 Gracias á Macarandona.

Adivinanzas.

- 1 —¿En dónde puso Dios las manos á Adam?
- 2 —¿Qué es lo primero que hizo Napoleon cuando cumplió los treinta años?
- 3 —¿Qué medio se podrá encontrar para que nos parezca corta la cuaresma?
- 4 —¿De qué se podrá llenar un cántaro, qué estando lleno pese menos que estando vacío?

Esperanza de un zapatero.

Un zapatero de portal, viendo pasar un borracho, que no podia tenerse en pié, dijo á sus amigos.
 —Ved ahí cómo estaré yo el domingo.

La mujer del literato.

Hay muchas jóvenes que envidian á las mujeres de los literatos, y á su vez la mayor parte de estas no están contentas con su suerte.

Una de ellas, quejándose dulcemente á su marido, sobremanera aficionado á las letras, lo miró lánguidamente y le dijo:

—¡Ay Eduardo! Cuando te veo continuamente

(1) Es un panecillo de la flor de la harina que se llevaba por ofrenda á las iglesias.

revolviendo libros, algunas veces, te lo aseguro, les tengo celos y quisiera ser libro.

—Acepto la trasformacion, dijo sonriendo el marido, como te vuelvas calendario.

—¿Y por qué calendario?

—Porque cada año se necesita uno nuevo.

Question de gramática.

Disputaban dos necios en un convite.

El uno sostenia que se debia decir al criado:—dame *de* beber.—El otro:—dame *que* beber.

Una señora, que escuchaba la disputa, y que no debia ser rana, la cortó, diciendo:

—Creo que ninguno de los dos tiene razon, porque hombres como Vds. lo que deben decir es: *Llévame á beber.*

El cartel.

Cuando se representó en Madrid por primera vez la comedia titulada *El amor filial ó la pierna de palo*, se imprimieron los carteles tan de prisa, que sin corregir las pruebas se hizo la tirada y se fijaron en las esquinas, apareciendo en ellas el anuncio siguiente:

«El amor de palo ó La pierna filial.»

El jubileo.

Uno de esos viajeros que, cuando llega la estacion del calor, se esconden en una bohardilla, viven en ella tres ó cuatro meses y salen despues á la calle, cuando los trastos viejos á la feria, para decir que han estado en la China, y en la Cochinchina, y en Navalcarnero, entretenia, no hace mucho tiempo, en el café Suizo, á sus amigos, con la relacion estupenda de sus viajes á lo Alejandro Dumas.

Uno de sus oyentes le dijo un dia:

—Hombre, ¿has estado alguna vez en Roma en

la fiesta del jubileo? (Se celebra cada cien años.)

—¡Que si he estado! respondió el viajero; la he visto mas de veinte veces.

Un amor romántico curado con aceite.

Clotilde es una niña preciosa, encantadora, divina; virtuosa, eso sí, pero que, sin embargo, lleva siempre al retortero doce ó catorce pollos de los que compran las camisas al regenerador de idem, los sombreros de 100 reales y el pantalon y el gaban con arreglo al figurin que no ha llegado todavía.

Uno de estos, Alfredo, tiene entrada en la casa, es el mas pobre, el mas feo y el mas viejo, porque tendrá lo menos diez y siete años, y como si tres fueran muchos *mases*, á su vez es el *menos* querido.

Un día, por su fortuna ó por su desgracia, Alfredo se encontró solo con Clotilde. Si fuéramos novelistas, la ocasion se nos presentaba á pedir de boca, pero no lo somos y pasamos por alto toda la conversacion.

Aquí puede quedar un blanco de veinte á treinta páginas.

—Clotilde, concluyó Alfredo diciendo, esta es una vida mil veces peor que la muerte; yo quiero que V. me diga terminantemente que no me ama, que no me puede amar. ¡Clotilde! necesito un sí ó un nó: si lo primero, para arrojarme á sus pies, y si lo segundo.....

—¡Para qué? dijo la niña con curiosidad.

—¡Para qué! es un secreto espantoso que no me atrevo, que no puedo revelar.

—Pues digo....

—¡Qué sí?

—Que no.

—¡Ah! exclamó Alfredo llevándose las manos á la cabeza.

A poco rato se sentó, quedó tranquilo como si hubiese hecho un esfuerzo sobre si mismo, y dijo á Clotilde.

—¿Querrá V. mandar que me den un vaso de agua?

A los dos minutos lo tenia en sus manos.

Sacó un papel, echó en el vaso unos polvos y se bebió el agua.

Clotilde principió á temblar, encontraba en esta operacion tan sencilla una cosa estraña, que no se esplicaba.

—¿Qué seria lo que contenia el papel? ¡Dios mio! ¿Qué seria?

Alfredo dijo con una calma espantosa:

—¿Hé perdido el color, Clotilde? ¿Me pongo lívido?

—Sí, sí, yo creo que sí, dijo la niña temblando.

—No, no es tiempo, no ha podido producir su efecto.

—¿Su efecto! ¡qué! Alfredo, ¡por Dios! ¿Qué tiene V.? ¿Qué es lo que ha tomado?

—¿Lo quiere V. saber?

—Sí.

—Pues es..... ¡un venenc!

Clotilde dió un grito, y en un instante se halló reunida toda la familia, la casa era una confusion. Unos traian aceite, otros agua caliente, otros llamaban á gritos al médico, al celador y á los vecinos.

Alfredo se resistia á beber; pero dos criados lo sujetaron, le abrieron la boca y le embaularon en el cuerpo cuatro ó seis libras de aceite y media arroba de agua próxima á herbir.

Alfredo se moria, se moria de congoja, se moria de agua, de aceite, qué se yo, pero se moria.

Entre tanto el médico no llegaba, y el agua y el aceite continuaban entrando como si el pobre jóven fuese el depósito del Campo de Guardias.

Liega el médico, lo manda sangrar una vez, dos, tres; le ponen sanguijuelas, sinapismos, cantáridas, ventosas y moxas.....

—El veneno es muy activo, dice el médico, y no lo vamos á neutralizar si no se le dá mas agua y mas aceite.

Alfredo hace entonces un esfuerzo heróico, y logra por fin desasirse de las manos de los criados. Conoce que va á morir si aquella situacion dura un cuarto de hora.

—¡Silencio! grita con desesperacion; señores, ¡por Dios! No es un veneno lo que he tomado.

—¿Pues qué? dicen todos á una voz.

—Azúcar.

Una carcajada general estalla en la sala; el médico toma el sombrero, Clotilde se esconde avergonzada, y Alfredo, derribando criados y sillas, salva de un salto la escalera, y pies ¿para qué os quiero? Aun está corriendo.

Enigmas.

1.

Parar en la horca es mi suerte,
nazco debajo del suelo;
mi fábrica imita al cielo;
lágrimas causo al mas fuerte
sin causarle desconsuelo.....

2.

¿Quién es quien dos veces moja
al que de él valerse quiere?
Quien saberlo pretendiere
tome un libro, y cualquier hoja
esplica lo que quisiere.....

3.

¿Qué cosa tiene la gente,
que no sabe conocella
hasta que se vé sin ella,
y entonces el que es prudente
trabaja por no tenella?

Los toros.

Era en Guadix, en Ronda ó Antequera,
Un D. Cornelio Marcos Talavera,

Hombre muy buen cristiano y concienzudo,
De cerebro atestado, pero agudo;
Y entre sus agudezas,
Tenia sus manías y rarezas.

Dióle el cielo tres hijas, y eran ellas,
Asi como una especie de doncellas,
Recatadas, honestas, recogidas,
Pero tambien un poco divertidas,
Y en fin, aficionadas
A mirar, ya se vé, y á ser miradas.

Ya la Virgen de Agosto se acercaba
Y en aquella ciudad se celebraba
Con toros y otras varias diversiones;
Pero dejando á un lado digresiones,
Voy á lo que interesa:

Una de las tres chicas, (la Teresa)
Dijo á su padre: ¿si las llevaria
A que viesen los toros aquel dia?...
¡Toros! exclamó el padre alborotado;
¡Toros!.... la voz de toros me ha alarmado:
Yo sé bien lo que pasa;
No hay mas toros, que cada uno en su casa.

El amo burlado.

Un caballero quiso burlarse de su criado, á quien creia simple.

—Vé á la plaza, le dijo, y tráeme dos reales de huevos y otros dos de ayes.

El criado salió de casa, reflexionó un momento y conoció que su amo se queria burlar de él.

Con esta idea compró los huevos y los puso en un saco; salió despues al campo, cogió un buen manojo de ortigas y las colocó encima de los huevos.

—¿Traes lo que te he dicho? le preguntó el caballero esperando reir á su satisfacción.

—Sí, señor, aquí lo tiene V.

El caballero metió la mano en el saco, tropezó con las ortigas y exclamó:

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!

—Detras de esos, dijo el criado con sorna, vienen los huevos.

El paseo en la caja del reloj.

Observando un buen hombre que el reloj de su casa estaba parado, quiso ponerlo en movimiento, y al ir á tocar la péndola tropezó con la mano en la nariz de un amigo de su mujer que estaba escondido dentro de la caja.

—¡Qué hace V., miserable! dijo el pobre marido dando dos pasos hácia atrás.

—Señor, me estaba paseando, contestó aturrido, no acertando á decir otra cosa.

La oratoria nueva.

El tio Caloyo, arriero de un pueblo de la Mancha, y entusiasta adorador de Baco, sacrificó tanto á este dios el domingo último, que quiso sentar plaza de comerciante, y en la primera operacion (que fué de cambio), dió una burra robusta y jóven, que valdria dos onzas, por una chaqueta remendada que costó de nueva veinte reales.

El negocio no era muy bueno, que digamos, y la mujer del arriero se presentó llorosa al juez de paz pidiendo justicia. Pero la cuestion era difícil de arreglar, porque este funcionario tenia montado su tribunal en toda regla, y no sentenciaba pleito en que cada una de las partes no hubiera pronunciado un discurso. Por consiguiente, era preciso, no solo que se presentase el marido, sino que hablase; y hé aquí que el pobre hombre nunca habia juntado dos palabras que hicieran sentido. Es cierto que el juez estaba convencido de la razon que le asistia, pero ¡cómo prescindir del juicio! ¡Cómo suprimir el discurso! ¡Cómo consentir que la mujer representase al marido contra toda ley y contra todo derecho!

—¿No sabrá cuando menos pronunciar media docena de palabras? preguntó el juez á la mujer.

—Ni una sola.

De repente se le ocurrió al juez una idea luminosa; la sala estaba llena de gente y no quiso que la oyeran, se acercó al oído de la arriera, le habló, y despues dijo ella:

—¡Ah! eso sí.

Citaron á juicio; llegaron las partes: la contraria llevó un defensor que se empeñó en hablar primero, y pronunció un largo discurso probando que la chaqueta valia mas que la burra, puesto que esta se podia morir y aquella no. La parte defendida estaba radiante de alegría porque el argumento no tenia réplica: el placer de la victoria estaba retratado en su semblante.

El juez tocó la campanilla.

—La parte contraria tiene la palabra, dijo con voz solemne.

Todas las miradas se dirigieron al arriero, y las mas curiosas pasaron adelante creyendo encontrar un defensor á su espalda.

El arriero tosió, se limpió los labios, dió un paso hácia atrás, y dirigiendo al juez una mirada estúpida, abrió la boca y dijo:

—¡¡Mú!!!

El asombro fué general; el juez tocó la campanilla, y dijo despues:

—El señor tiene razon; entréguele V. su burra, que le vuelva á V. la chaqueta, y pague V. las costas.

Despues de todo esto, ¡estudie V. y pronuncie discursos!

La molinera en el rio.

Una molinera se cayó al rio. Avisaron al marido, que estaba arreglando la máquina, y con mucha calma encendió un cigarro, y se marchó rio arriba.

mejor ✓

—Buen hombre, dijo uno de los parroquianos, si quiere V. encontrarla, ha de tomar la direccion contraria, porque el agua debe llevarla hácia abajo.

—¡Ah! señor, contestó el molinero. ¡Qué poco conoce V. el carácter de mi mujer! Era tan amiga de pependencias y de contrariedades, que por disputar, aunque sea con el agua, estoy seguro de que se ha ido por el rio arriba.

La declaracion indagatoria.

Encerrados estaban en prisiones contiguas dos ladrones lugareños que habian robado á un caminante. El mas despejado, marrajon y machucho, habia retenido para sí una soberbia yegua, mientras el otro, ladron pacato, novel y de cortos alcances, se habia contentado con una escopeta de dos cañones. La declaracion del primero se oia perfectamente desde la prision del segundo, no solo por la proximidad, sino porque levantaba la voz el declarante para que su compañero aprendiera á defenderse. Hé aquí en extracto su declaracion.

—¿De quién es la yegua que se ha encontrado en su poder?

—Mia.

—¿A quién la ha comprado V.?

—A nadie.

—¿Quién se la ha regalado?

—Ninguno.

—Entonces, ¿cómo esplica V. esa propiedad y ese dominio que tiene sobre ella?

—Yo le diré á V., señor juez, hace tres años que al volver de la feria la encontré en un bosque recién nacida, abandonada y medio muerta, la recogí y la he ido criando en mi casa hasta que se ha hecho yegua.

—¿Qué despejado es mi amigo! dijo el de la escopeta, ¡vaya un modo de salvarse!

El señor juez cerró la declaracion y se trasladó al aposento contiguo.

—¿De quién es la escopeta encontrada en su poder? preguntó al segundo preso.

—Toma, de quién ha de ser, mia.

—Y eso, ¿cómo puede ser?

—Siendo.

—¿A quién la ha comprado V.?

—A naide.

—¿Quién se la ha regalado?

—Denguno, usía.

—Vamos, esplíquese V., diga cómo la ha adquirido.

—Yo diré á su mercé: volviendo de la feria me la encontré pequeñita, recién nacida, una pistoli-lla, un cachorrillo, así como el dedo pulgar, y á fuerza de cuidaos, la he ido recriando, recriando, hasta que se ha hecho escopeta de dos cañones.

El jóven y las viejas.

—¿Qué hace V. caballero? dijeron unas señoras de bastante edad á un jóven que estaba parado en la puerta de la esposicion de pinturas.

El jóven las miró, se inclinó hácia ellas y les dijo con finura:

—Estoy viendo antigüedades.

Una misa corta.

Un soldado, que habia hecho la guerra en la última civil, se volvía á su casa con algunas cicatrices, pero sin un cuarto y con ningun oficio. Yendo su camino adelante, á Dios y ventura, se encontró unas alforjas, y dentro de las alforjas una cartera, y dentro de la cartera el título y dimisorias de un curato provisto por aquellos dias.

Nuestro licenciado era ingenioso, y aunque le faltaba mucho de letras, le sobraba mucho de audacia: en un momento formó su plan; se vistió de una manera conveniente, se presentó en el pueblo del curato—que era una pequeña aldea de pasto-

res—y con la mayor desfachatez manifestó sus títulos y tomó posesion.

Hemos dicho que tenia pocas letras, y ahora decimos que apenas sabia deletrear; la posicion era apurada para cualquiera persona de reflexion, pero él no se paraba en pelillos, y se empeñó en llevar la farsa hasta donde pudiese.

Llegó el domingo, el sacristan tocó la campana, y todo el pueblo acudió á oír la misa de su nuevo cura.

El sacristan lo reviste, él sale con desembarazo á la iglesia, se vuelve de cara al pueblo, abre las manos, y dice con voz entonada.

—¡Misa!

Dicha esta palabra, se vuelve á la sacristía, se hace sordo á las preguntas del sacristan, y se va á su casa.

Entre tanto, el pueblo no acertaba á salir de su sorpresa; el ayuntamiento se habia constituido en sesion permanente, y el maestro de escuela redactaba una esposicion al diocesano.

En ella se esponia al señor obispo que les habia enviado un cura que no decia mas que misa, y que el pueblo no estaba acostumbrado á semejante conducta.

La esposicion estaba muy bien redactada, porque lo cierto es, que cuando su ilustrísima la leyó, dijo:

—Estos aldeanos no se contentan con misa, y quieren algo mas; es necesario escribir á ese buen cura que los dias de fiesta, además de la misa, les diga tambien un poco de sermon.

La órden fué obedecida al pié de la letra; el domingo siguiente salió el fingido cura al altar, lo mismo que el anterior, y volviéndose al pueblo dijo:

—¡Misa, y un poco de sermon!

El asombro en esta ocasion fué mucho mayor, las mujeres principiaron á cuchichear, los hombres á reir, el sacristan volvió á sus preguntas, el ayun-

tamiento á la sesion permanente y el maestro á redactar una nueva esposicion mas luminosa y con mas datos.

—No comprendo, decia el obispo al oirla, las exigencias de estos honrados vecinos; tienen un cura que les dice misa y un poco de sermon por añadidura, y no están contentos. ¿Pues qué quieren?

—Quieren, dijo un sacerdote entrando, que la misa no se diga, sino que se celebre, y que el poco de sermon se predique.

Este sacerdote era el verdadero cura, que espió el suceso y su detencion por una enfermedad; desde entonces está en su curato, y el truhan del soldado en un presidio.

De qué mujer debe tener celos un marido.

Novio. Vi de mis primas los cielos
Y á decir verdad, señor,
Tengo á Eugenia tanto amor,
Que aun los hombres me dan celos.

Suegro. Aunque esas cosas me dan
Enfadados, he agradecido
Que os entreis á ser marido
Por las puertas de galan;
Pero ha de ser con cordura,
Que celos no ha de tener
Un hombre de su mujer.

Novio. Pues de cuál ¿de la del cura?

La economía doméstica.

Un labrador viudo, y con su casa andante y volante, contrajo matrimonio con una jóven lindísima, pero no tan rica como él. La novia, no atreviéndose por completo á ser desde el primer dia la dueña de la casa, dijo á su marido:

—¿Qué cena quieres que le dé al criado?

El marido repuso con tono de gran señor:

—Chica, hoy gasta y derrocha, que para eso es el día de la boda. Y añadió: Dale media sardina, aunque se reviente.

Un caballero instruido.

Pidió una criada de servicio á un caballero, en la casa de correos, que leyera una carta que acababa de recibir. El caballero, que tal lo parecía, cogió la carta, la abrió, la miró y comenzó á llorar.

La criada, viendo aquel llanto, creyó que lo motivaba alguna desgracia suya comunicada en la carta, y principió tambien á llorar.

Al mismo tiempo, un aprendiz de remendon que enamoraba á la chica, y esperaba para casarse la licencia de los suegros, creyó que venia negada, y completó el terceto llorando á lágrima viva, y arrojando mas agua que lleva el canal de Isabel II.

—Pero, señor, dijo la jóven al caballero; hable usted, por Dios; ¿es que escribe mi padre que se ha muerto, ó mi madre ó mi hermana?

—Qué me importan su padre ni su madre, dijo el caballero con desprecio. Lloro, porque un caballero como yo, asómbrese V., no sabe leer.

Pensamientos profundos.

Dicen algunos que las ofensas deben lavarse con sangre. Esta legía podrá blanquear mucho, pero hace agugeros.

Mucho mejor que tirar de una carreta es tirar de una pierna asada de carnero.

Nada saben hacer las mujeres tan bien como lo que hacen sin haberlo aprendido.

Se encuentran en el mundo muchas gentes que dicen:—Haga V. el favor de prestarme atencion, —y continúan despues:—Haga V. el favor de prestarme un duro.

Estoy convencido de que el pais en que mas per-

didos se encuentran los bosques es aquel en que mas leña se corta y se echa á perder.

Antiguamente los jóvenes sacaban encendidos sus corazones al salir del baile; hoy sacan encendido su cigarro.

La réplica oportuna.

Cuenta Petrarca, que en cierta ocasion preguntó un mercader á un marinero:

—¿En dónde murió tu padre?

—En el mar.

—¿Y tu abuelo?

—En el mar.

—¿Y tu bisabuelo?

—Señor, tambien murió en el mar como los otros dos.

—¡Miserable de tí! dijo el mercader; ¿y no te bastan esos ejemplos? ¿Y te atreves todavía á embarcarte?

Calló el marinero, reflexionó algunos momentos y dijo despues al mercader.

—¿En dónde murió su padre de V.?

—En la cama.

—¿Y su abuelo?

—En la cama.

—¿Y su bisabuelo?

—En la cama.

—¡Ah miserable! dijo entonces el marinero; ¿y no le bastan esos ejemplos? ¿Y se atreve V. todavía á acostarse en ella todas las noches?

La curiosidad exagerada.

Entró un estudiante en una viña á comer uvas, y fué tal su mala ventura, que dió el guarda con él y le pidió prenda.

—Eso no es justo, dijo el estudiante, porque yo no entré en la viña á comer, sino á descomer.

—Pruébamelo, contestó el guarda, y te doy por libre.

Principiaron los dos á recorrer la viña, no sien-

do posible al estudiante encontrar lo que no habia hecho, hasta que cansados de dar vueltas tropezaron por fin en medio de dos cepas con lo que habia dejado en aquel sitio un pacífico buey.

—Hélo aquí, dijo el estudiante.

—No puede ser cierto, contestó el guarda, porque ello... no es de hombre sino de buey.

—¡Cuerpo de tal...! replicó el estudiante. ¡Fuerte cosa es! ¡Tambien se quiere V. meter en que yo haga eso ó no lo haga á lo buey?

Enigmas.

4.

Yo fuí un serrano grosero,
que enterrado sin razon
pasé afan en fuego fiero,
salí negro, en conclusion,
y aumento el fuego en que muero.

5.

Con lo que tengo convido
al de bueno y de mal talle,
y aunque á tantos he servido,
siempre me deja en la calle
el mas noble y comedido.

No hay peor sordo.....

Decia un muchacho á una vecina la mas rica del pueblo:

—Señora Lucia, ha dicho mi madre que si nos querrá V. prestar un pan.

—¡Qué dices? contestó la mujer haciéndose el sordo.

—Ha dicho mi madre que si haria V. el favor de prestarnos dos panes.

—Anda bribonzuelo, ¿pues no decias ahora que uno?

El justo por el pecador.

Cometi6 un delito de pena capital el herrero de un pueblo, en aquella 6poca en que los alcaldes juzgaban, sentenciaban y hacian ejecutar las sentencias, sin mas consulta y sin mas aprobacion.

Los vecinos, que eran en su mayor parte labradores, se juntaron cuando supieron la sentencia, y se presentaron ante el alcalde pidiendo el indulto del reo.

—Conozco, se6ores, que tienen Vds. razon, dijo el alcalde; pero la ley es ley, y la justicia justicia; tenemos una cuenta con ella, y es necesario pagarla.

—Vecinos y hombres buenos, dijo el secretario (que se propasaba 6 tomar la palabra porque su opinion era escuchada con gusto), por un lado veo que el herrero hace mucha falta, porque no hay otro; al mismo tiempo la justicia exige que muera un hombre: la cuestion es dificil, pero yo encuentro una salida. Solo tenemos un herrero, pero tenemos dos tejedores que no tienen trabajo; ahorquemos 6 uno de ellos, y llevemos el herrero 6 su fragua.

Esta proposicion fue recibida con entusiasmo.

Lamentos de un paletto por la p6rdida de su burra.

Aunque os parezcan estra6as,

Estas razones decia:

¡Ay burra del alma mia!

¡Ay burra de mis entra6as!

Tú fuiste la mas honrada

Burra de toda la aldea,

Que no ha habido quien te vea

Nunca mal acompa6ada.

No eras nada callejera,

De mejor gana te estabas

En tu pesebre, que andabas

Cuando te llevaban fuera.

Pues altanera y liviana.....

Bien me atrevo á jurar yo,

Que ningun burro la vió

Asomada á la ventana.

Yo sé que no merecia

Su lengua desdicha tal;

Pues jamás, por hablar mal,

Dijo: aquesta boca es mia.

Pues como á ella la sobre

De lo que comiendo está,

Luego al punto se lo dá

A alguna borrica pobre.

La profunda habilidad de dos concejales.

Vinieron hace pocos años á Madrid dos labradores, comisionados por el concejo de su pueblo para encargar á un célebre escultor la estatua de San Sebastian, destinada al altar mayor de su iglesia.

El escultor aceptó el encargo, oyó á los labradores, leyó las cartas que le entregaron, y se convino con ellos en el precio y en el tiempo.

—Serviré al concejo, dijo á los comisionados; pero, para que pueda en todo darle gusto, deseo saber si quieren Vds. que represente al santo vivo ó muerto.

Los dos labradores se miraron uno á otro y no acertaron á resolver.

—¡Pardiez! dijo á poco rato uno de ellos, nada reza sobre este particular la instruccion que nos han dado; pero lo mejor de todo será que lo represente V. vivo, porque si lo quieren muerto, allá lo mataremos.

La sagacidad de un tonto.

El famoso tonto de Lumpiaque, durmiendo en la cocina y encontrando que tenia baja la cabeza, se puso un cántaro por almohada, y viendo despues

que estaba duro, lo llenó de paja para que estuviera mas blando.

Este es el mismo que puso media docena de bolas de nieve en el fuego, empeñado en que las habia de asar, y cuando sus amigos se burlaban de él por esta idea, les contestaba:—Lo cierto es, que si no se hubiera apagado el fuego, asadas estarían.

Un dia quiso cortar la rama de un árbol, que estaba seca. Toma una sierra, se sienta en la misma rama que queria cortar, y principia á serrar en la distancia que mediaba entre sus manos y el tronco.

Haceos cargo del talento de este hombre. Sierra que sierra, el corte estaba muy cerca de terminarse; entonces remojó la palabra con un buen trago del añejo, dió á la sierra con fuerza tres ó cuatro veces, y con esta operacion y el peso de su cuerpo; el serrador y la sierra, la bota y la rama, cataplun, vinieron á parar al suelo desde lo mas alto del árbol, dándose el pobre diablo la mayor costalada que han visto los nacidos.

La adulacion.

Oyendo un hombre verdaderamente grande que un bajo adulador lo alababa exageradamente, se levantó y le dió un bofeton.

—¿Por qué me hieres? dijo el ofendido, sin acertar á esplicarse aquel hecho.

—Tú me muerdes, le respondió, y la defensa es natural.

El convidado y el cubierto.

Daba un caballero un banquete en su casa, y aunque todos los convidados debían ser personas decentes, sin embargo, uno de ellos se escondió un cubierto en el bolsillo.

El dueño de la casa, que no era ciego, observó la accion y calló; pero deseando al mismo tiempo

recuperar lo robado, sin dar escándalo, cogió á su vez otro cubierto y lo escondió.

Poco despues, el criado encargado de la plata los echó de menos, y principió á entrar y salir buscándolos por todas partes sin decir una palabra.

—Toma, descuidado, le dijo entonces su amo, dándole el cubierto; el señor don N... te dará el otro, porque lo hemos hecho solo por probarte.

El rey y el paleta.

Yendo Enrique IV de caza, se perdió en el bosque de Vermandois, sin conseguir en dos horas encontrar una senda, por mas diligencias que practicó. La casualidad llevó un aldeano por aquella espesura, el rey le suplicó le sirviese de guia, y él convino en ello sin mucha repugnancia.

Los aldeanos son generalmente curiosos, y lo era sobre todos el de nuestro cuento.

—Tú, dijo el aldeano al rey con mucha franqueza, debes ser sin duda algun paje de los que acompañan á S. M.

—Lo has acertado, contestó el rey con amabilidad.

—¡Caramba! ha de ser gran fortuna el estar siempre al lado del rey!

Este se sonrió, despues le dijo:

—¿Nunca lo has visto?

—Nunca.

—Pues bien, si lo deseas, yo te puedo proporcionar ese gusto.

—¡Ah! eso no puede ser, porque yo quiero verlo muy de cerca, para saber si se parece á los demás hombres.

—Te pondré junto á él, tan cerca como estamos ahora los dos.

—¿Y en qué lo conoceré? ¿Se distingue en el traje?

—No: pero acuérdate de esto; mira, cuando lleguemos, procura no separarte de mí, observa en-

tonces á todos, y el que tenga el sombrero puesto cuando se lo quiten los otros, aquel es el rey.

A poco rato salieron al camino; todos los cortesanos que esperaban al rey con ansiedad vinieron á su encuentro, lo rodearon y se apresuraron á quitarse el sombrero.

Enrique IV se volvió al aldeano y le dijo con dulzura:

—¿Conoces ahora' al rey?

—A fé mia que sí, dijo el aldeano frotándose los ojos. No hay duda alguna, ó es V., ó soy yo.

En efecto, los dos eran los únicos que llevaban sombrero.

La conformidad.

Sin estudiar medicina
Se sabe con evidencia,
Que la retencion de orina
Es una fuerte dolencia.

Era uno que se quejaba
De esta grave enfermedad,
Y su mujer le exhortaba
A tener conformidad.

—Acuérdate, le decia,
Lo que el santo Job pasaba;
Y el marido respondia:
Sí pasó, pero meaba.

El rey y Quevedo.

Felipe IV convidó un dia á tomar chocolate á nuestro célebre y chistosísimo Quevedo, que, ageno á lo que le estaba preparado, se presentó con su confianza habitual en la real cámara. El monarca habia dispuesto que su chocolate estuviese á punto de poderse beber, y el de Quevedo hirviendo. Cuando este saludó al rey, S. M., señalando con una mano el chocolate caliente y tomando con la otra el frio, le dijo:

—Vamos, amigo mio, no tenemos mas tiempo

que para beberle; ánimo, pues, y concluyamos de un sorbo.

El rey lo hizo así, también Quevedo lo hizo; pero se abrasó las fauces, y entre una multitud de gestos y contorsiones dejó escapar un sonido de los que tienen el singular privilegio de herir á un tiempo el oído y el olfato.

—¿Qué es eso? preguntó el monarca, amostazado por aquel exceso de confianza.

—Nada, señor, contestó impasible nuestro héroe, es un desgraciado que va huyendo de la quema.

La agudeza de un loco.

—¿Que lástima de jóven! decía un loco contemplando el cadáver de un militar á quien una bala había atravesado la cabeza. Este hombre hubiera sido un Alejandro.

—¿Y por qué, le preguntó un curioso?

—Porque maldito el caso que hacia de las balas. Vea V., vea V., repetía señalando su herida. Por un oído le entraban y por el otro le salían.

Adivinarzas.

5 —¿Qué es lo que se pone sobre la mesa, se corta, se reparte, y sin embargo no se come?

6 —¿En qué se parecen los suegros á los hurones?

7 —¿Cuál es la poblacion de España que no es posible nombrarla sin saludarla al mismo tiempo?

8 —¿Puede un hombre vivir sano y bueno muchos dias y aun muchos años real y verdaderamente en terrado?

Las alforjas cosidas y descosidas.

Presenciaba cierto aldeano la ejecucion de un reo, y para que no le robasen veinte pesos duros,

como veinte soles , que habia sacado el pobre de algunas arrobas de carbon, los metió en una bolsa de cuero, y pesos duros y bolsa en unas fuertes alforjas de cáñamo que llevaba al hombro y que sujetaba con sus brazos. Un ratero , que habia olido los mejicanos , le seguia la pista con el deseo de averiguar si eran falsos.

Con esta idea, acercóse cuanto pudo á la espalda del aldeano , sacó una aguja y fué cosiendo bonitamente la alforja á su chaqueta. Cuando concluyó esta operacion, introdujo suavemente su mano entre la alforja y el hombro de su dueño, y en una de aquellas oleadas de gente , que son tan comunes en tales ocasiones, tiró con fuerza y fué la alforja del dinero á parar á su espalda.

—¡Mis alforjas! ¡Que me han robado mis alforjas! gritó el pobre hombre desesperado.

—Mire V. , le dijo el ratero con calma, tocándole en el hombro ; para que no me robasen estas las he cosido á la chaqueta. ¡Si V. hubiera hecho lo mismo!.....

El infeliz miró la alforja cosida con ojos alelados, y dijo cándidamente:

—¡Qué despejado es V.! ¡Ah! ¡si se me hubiera ocurrido esa idea!

La precaucion acertada.

Un reo condenado á muerte , estando ya en el patíbulo , manifestó deseos de hablar , y obtenida la licencia , se dirigió á los espectadores y les dijo:

—Señores, hagan Vds., por Dios , el favor de no decir á mi familia lo que me va á pasar, porque recibiré un disgusto el dia que sepa que ha llegado á su noticia.

La boticaria y la medicina.

Como os podeis figurar, de nada le sirvió al bo-

ticario de un pueblo el tener la casa llena de medicinas, para impedir que una enfermedad aguda lo pusiera á las puertas del sepulcro.

La boticaria, que era vivaracha y lista como ella sola, se puso al frente de la botica, y la primer medicina que hubo de preparar fue para su marido.

—Tome V., le dijo el médico, un cuarto de onza de polvos de cantárida: hága V. un parche que ocupe todo el pecho; eche V. en él la mitad de los polvos, bien distribuidos, y mande V. que se lo pongan á su marido.

La boticaria preguntó:

—Dígame V., señor médico: ¿cuánto es un cuarto de onza?

—¡Vaya! cuidado con equivocarse: ¿sabe V. lo que es un doblon de cuatro duros?

—¡De cuatro duros! ¡No lo he de saber!

—Pues bien, ese es el peso, ni mas ni menos.

La boticaria no tenia oro, pero tenia cuartos: reflexionó y dijo: lo mismo dá.

Contó cuatro duros en cuartos, los pesó de cantáridas y..... haceos cargo de lo que podria resultar.

La infeliz al dia siguiente era viuda.

El alcalde y su burro.

Tenia un lindo borrico
 Para sus necesidades
 Cierta alcalde, y como un dia
 Un su compadre llegase
 A pedírselo prestado,
 El, por librarse de darle,
 Dijo que en el monte estaba.

Pero como rebuznase
 El borrico á esta sazon,
 Dijo el otro:—¿Veis, compadre,
 Como el borrico está en casa
 Y que vos os engañásteis?

A lo cual muy enojado
 El alcalde, sin turbarse
 Le respondió:—No está tal,
 Y miente quien lo pensare,
 Que aunque el borrico lo dice
 Con suspiros desiguales,
 Yo digo aquí lo contrario,
 Y es muy mal hecho que nadie
 Mas crédito quiera dar
 A un borrico que á un alcalde,
 Siendo yo un hombre de bien
 Y el burro un *pécora campi*.

El retor y el vicario.

Hace pocos dias que en una tienda de la calle de Postas se presentó una criada, al parecer alcarreña, y con aire desembarazado y resuelto dijo al comerciante:

—Ha dicho mi ama que me venda V. diez varas de vicario.

El tendero miró á la jóven y le dijo:

—Yo no sé lo que V. pide, pero lo cierto es que no lo tengo en mi tienda.

—¡Vaya, sin tenerlo! Como que lo han llevado ahora de aquí.

—¡De mi tienda! ¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Doña Manuela, su paisana de V.

—¡Ah! ¡La Manolilla! Lo que ha llevado ha sido cotton retor.

—¡Toma! ¿Pues qué mas dá? ¿No es lo mismo retor que vicario?

El gobernador y el alcalde.

El ayuntamiento de un pueblo pequeño hizo una de esas barbaridades de folio mayor, que no se pueden calificar por falta de epítetos. Llamó el gobernador de la provincia al alcalde, se encerró con él

en su despacho, y le enderezó una reprimenda de padre y muy señor mío. El alcalde, aturdido y sin saber qué disculpa dar, dijo por último:

—Señor, no hay asno que no tropiece alguna vez.

—Si fuera un asno, contestó el gobernador sonriendo, pase; pero... ¡todá la récua!...

Los versos pecadores.

En una de las célebres reuniones literarias de esta corte leyó cierto poetastro unas coplas detestables; y preguntando otro con este motivo si Adam habia compuesto versos en el estado de la inocencia, contestó un hombre de verdadero talento:

—Si que los compuso; pero no se parecían á estos, porque á la legua se conoce que están hechos despues del pecado original.

El olvido de sí mismo.

Viajaba á marchas dobles por Haiti un señor francés en aquella época en que principiaban los negros á figurar como grandes señores. Llegó tarde á una posada, y la escasez de camas era tal que por mucho favor pudo conseguir que un gran personaje negro le cediese la mitad de la suya. El señor negro tenia muchos criados negros tambien; el señor blanco tenia uno solo. pero de su color, y á este le dijo al acostarse:

—Quiero levantarme á las cuatro de la mañana; despiértame á esa hora: pero ten mucho cuidado de no despertar á este caballero negro, que es nada menos que el señor marqués del Cuervo. Hazte mucho cargo: yo me acuesto en el lado derecho de la cama.

El señor negro y el señor blanco se durmieron, pero á poco rato los criados del negro entraron en la habitacion y vieron á un blanco dormir con su amo; entonces el espíritu de raza los acaloró, tomaron barniz de botas y convirtieron en negro al ca-

ballero francés, dejándole la cara como la noche.

Dan las cuatro de la mañana, entra el criado blanco á despertar á su amo, no se equivoca, le obliga á levantarse y se retira. Enciende el amo luz, y con los ojos apenas abiertos se aproxima al espejo, se mira espantado, se ve negro, retrocede dos pasos y dice:

—¡Vaya una torpeza de criado! le digo que me despierte á mí y despierta al negro.

Efectivamente, no soy yo, que soy el negro. Pues señor, nos volveremos á acostar.

La religion verdadera.

Un moro de Tetuan preguntaba á un judío.

—Dime, Jacob, con toda imparcialidad: ¿cuál de las tres religiones es la mejor, la judía, la cristiana, ó la mahometana?

El judío contestó:

—Si el Mesías ha venido, la religion verdadera es la cristiana; si no hubiera venido, la mejor era la mia; pero haya venido ó no haya venido, la tuya, Mohamet, siempre es mala.

El rey sarmentador.

En tiempo del rey D. Alonso el Sabio vivia retirado en las inmediaciones de Jeréz de la Frontera el anciano Diego Perez de Vargas, caballero famoso en el reinado de Fernando el Santo. Ponderaron el valor de este caballero al rey D. Alonso y la sencillez y modestia de su vida hasta un grado tal, que deseando verlo por si mismo, disfrazado y seguido de cuatro caballeros partió una mañana en su busca.

Cuando llegaron á corta distancia de la alquería en que moraba el anciano, los cuatro cortesanos se escondieron, y el rey solo y á pié se dirigió á un cercado contiguo, y mirando por encima de las tapias, vió que el viejo Vargas estaba podando su

viña. Entonces saltó el vallado, y caminando todo lo suavemente que le fué posible, se puso detrás sin hablar palabra y principió á recoger los sarmientos que el viejo cortaba.

Como aprendiz en esta faena, no pudo el rey dedicarse á ella mucho tiempo sin hacer ruido; sintiólo Vargas, y volviendo la cabeza conoció al rey y se arrojó á sus pies diciendo:

—Señor, señor, ¿qué hace vuestra alteza?

—Prosigue, Vargas, prosigue, contestó el rey con dulzura; permite que te ayude y no te estrañe mi conducta, porque á tal podador tal sarmentador.

El caballo tortuga.

Un andaluz tenia un caballo muy malo, y como sucediese que un su amigo, que vivia á dos leguas de distancia, durmiese una noche en su casa, se lo ofreció por la mañana para volver á su pueblo.

—Lo agradezco mucho, querido, le contestó su amigo mirando el caballo; pero no me atrevo á aceptar tu ofrecimiento, porque necesito llegar hoy á casa.

El ladron de huevos.

Existe en algunos pueblos la costumbre de regalar los muchachos al cura en Semana Santa y el dia de la primera confesion un par de huevos, que van depositando en una cesta inmediata al confesionario.

En uno de estos pueblos y en uno de estos dias, un ratero que se estaba confesando decia al señor cura:

—Acúsome, padre, de que he robado una docena de huevos.

—Adelante.

—Acúsome, padre, de que he robado un par de huevos.

—Adelante.

—Acúsome, padre, de que he robado otro par de huevos.

—Acabe con los huevos, dijo el confesor amostazado.

—A eso voy, contestó el penitente; porque solo restaba un par, que es el de que me acuso.

—Gracias á Dios, repuso el confesor.

Cuando el penitente se retiró, miró el señor cura la cesta, pero no habia quedado en ella ni un solo huevo.

—¡Ah, bribon! exclamó sin poderse contener.

El flato noble.

Decia un caballero en una reunion que tenia mucho flato. Su esplicacion era tan extravagante y tan exageradas sus palabras, que un médico célebre que lo escuchaba no pudo menos de decirle:

—Caballero, ó no sabe V. lo que es flato, ó no es tal enfermedad la que padece.

—Yo, señor mio, contestó el supuesto enfermo, no sé lo que significa tal palabra; pero oigo todos los dias al marqués N., mi amigo, decir que lo tiene; y siendo yo tan noble como él, no puedo dejar de tenerlo.

—¡Ah! es verdad, replicó el médico.

Las siete cabrillas.

Murió un labrador tan apasionado por la carne de cabra, que en pocos años habia devorado un grande rebaño de ellas que pertenecia á sus hijos. Con motivo de su muerte habia vuelto á la casa el mayor de todos ellos, estudiante de medicina, y tenido en el pais por un gran astrólogo.

—Hermano mio, le dijeron los otros al estrecharlo en sus brazos, haz el favor de averiguar y decirnos si nuestro padre está ó no está en el cielo, porque nos tiene esta duda con mucho cuidado.

El estudiante salió aquella noche al corral, miró

al cielo, contó y recontó estrellas, y dijo á sus hermanos:

—¿Cuántos días hace que nuestro padre ha muerto?

—Ocho.

—Pues somos muy desgraciados; nuestro pobre padre no está en el cielo.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Pero en qué te fundas?

—Os lo voy á decir: es muy claro que si estuviese en el cielo se habria comido en ocho dias una ó dos cabras cuando menos, y por desgracia están completas las siete cabrillas sin que falte una sola. Miradlas.

—Es verdad.

El arzobispo jóven.

Acusaban á un arzobispo de ser demasiado jóven para tan alta dignidad.

—Ese es un defecto, contestó el prudente prelado, de que me iré enmendando cada dia.

La botica vestida de novia.

Se casaba un jóven de talento con la viuda de un boticario. Esta, mujer de dudosa hermosura, para restaurar y rejuvenecer su rostro el dia de la boda se puso en él la mitad de la botica, dando blancura á su frente, color de rosa á sus mejillas, de rubí á sus labios, de azabache á sus cejas y de ébano á sus cabellos, de suerte que, mirada á cierta distancia, parecia una bellissima pintura que se movia.

Cuando llegado el momento solemne, el cura dijo al novio:

—¿Quiere V. á doña fulana de tal por esposa, etc., etc.?

—No, señor, no la quiero, respondió el jóven.

—Entonces, repuso el cura enojado, ¿por qué ha dicho V. antes que sí, y por qué ha permitido que

llegasen las cosas al extremo de dar semejante escándalo?

—Señor, dijo el jóven resueltamente, yo habia pensado y queria casarme con la boticaria; pero no puedo consentir de ninguna manera que se me obligue á casar con la botica.

Los dos gabanes.

Un caballero bastante tonto fué á casa de Utrilla y se mandó tomar medida para que le hiciera un gaban de castór negro.

Ya habia salido de casa del sastre y estaba cerca de la Puerta del Sol, cuando, dándose una palmada en la frente, volvió piés atrás, llegó á la tienda de Utrilla, y encarándose con el oficial encargado del corte, le dijo:

—Disimule V., pero solo me he tomado medida para un gaban negro, y quisiera que la tomase V. ahora para otro, de color de chocolate.

La virtud de la turquesa.

En aquella época en que se creia en la virtud oculta de las piedras preciosas, preguntó una señora á un filósofo.

—¿Y la turquesa tiene alguna virtud?

—¡Oh! señora, muy grande.

—¿Y cuál es?

—Que si V. se cae con ella de una torre abajo se hará V. mil pedazos, mientras la piedra quedará entera y sana, lo que no es poca virtud.

La habilidad de hallar dinero.

Apremiaban los alguaciles á un pobre escritor para que pagase 20 duros á que habia sido condeñado en un juicio verbal, y se escusaba él con que no tenia un cuarto.

—Nosotros, nosotros, decian los alguaciles irritados, se los haremos hallar, que quiera que no quiera.

—Si eso puede ser, como Vds. dicen, contestaba el apremiado, si tienen Vds. esa habilidad, yo les ruego encarecidamente que me hagan hallar lo menos cuarenta, porque otros 20 me vendrán muy bien para mis necesidades.

Adivinanzas.

- 9 —¿En qué se diferencia de un conde el avaro que entierra su dinero?
 10 —¿En qué se parece la camisa de un ladrón á un guardia civil?
 11 —¿Cuál es el ave que se mantiene con letras?
 12 —¿Qué letras del alfabeto son la pesadilla de los comerciantes?

La escasez de cuernos.

Un cuchillero moderno
 Dijo triste á su mujer:
 —Voy á cerrar el taller
 Porque vá faltando el cuerno.
 Y ella, con suma inocencia,
 Le repuso:—Calma, Juan,
 Porque si tienes paciencia,
 Cuernos no te faltarán.

El fusilamiento á peseta.

Un tahir quiso á la vez dar limosna y reirse de un pobre ciego; pero como de los labios de un malvado no pueden salir risas inocentes, esta traspasó los límites de lo malo.

Mandó á sus criados que lo cogieran, lo llevarsen al corral, lo atasen y le hicieran poner de rodillas.

Despues se acercó y le dijo:

—Ciego, vas á morir fusilado; y entonces mandó á sus criados que cargasen.

A estas palabras, el ciego se alarmó y principió á llorar.

Cuando el tahir lo vió entregado á la mayor desesperacion, mandó preparar y disparar al aire.

—¿Estoy ya fusilado? dijo el ciego á poco rato, y cuando se hubo enterado de que estaba ileso.

—Sí, le contestó el tahir, y toma dos duros en pago del susto que te ha causado tu muerte.

El ciego los tomó, y dijo:

—¿Quiere V. volverme á fusilar á peseta?

La ronquera de una dama.

Cierto galan, que á una dama

Robó, púsola un pañuelo

En la boca. Ella muy alto

Preguntó:—¿Para qué efecto?

—Porque no des voces, dijo.

Y ella prosiguió muy quedo:

—¿Qué voces tengo de dar

Si estoy tan ronca, y no puedo?

El frasco pequeño.

Un caballero particular se hallaba un dia á la mesa de un conde, y entre los esquisitos vinos que se presentaron, le hizo probar el de un pequeño frasco lacrado que, segun el dueño de la casa, tenia cien años.

Cuando el caballero bebió de aquel vino delicioso el conde le preguntó:

—¿Qué le parece á V. el frasco de cien años?

—A fé mia, respondió el caballero, que para tener cien años, me parece, señor, que es todavía muy pequeño.

Lo que se entiende por desafinar.

Incomodado el patrono de una iglesia con los profesores de su capilla, porque en una oposicion

á la plaza de violonchelo habian desairado á un recomendado suyo, les dijo:

—¿Es posible que hayan tenido Vds. en tan poco mi influencia?

—Señor, le respondieron; no se podia en justicia adjudicar la vacante á un hombre que desafina horrosamente.

—¿Y qué es desafinar?

—Se desafina, señor, cuando en vez de colocar el dedo en un punto dado del diapason, se coloca una línea mas arriba ó mas abajo, produciendo un sonido distinto del que se esperaba.

—¡Válgame Dios, repuso el patrono con la mayor candidez, y en qué poca cosa se paran Vds! ¡En una línea! Si fuera una cuarta.....

El abrigo de cristal.

A un caballero que, aunque veia muy bien, llevaba siempre anteojos para echarla de literato, le dijo una señora:

—Tan enamorado lo veo á V. de sus anteojos, caballero, que segun sospecho duerme V. con ellos.

—Es cierto, repuso el jóven; la noche que hace frio, uso de ese abrigo.

El llanto justo.

Caminaba á paso lento por la mañana un muchacho en direccion de la escuela, comiendo pan y avellanas, mientras brotaban de sus ojos lágrimas, como nueces, al recuerdo triste del maestro y de las disciplinas.

Era un pueblo, y en medio de la calle se preparaban á degollar un cerdo de veinte arrobas, consuelo y esperanza de buena primavera para la familia del Camacho rico del lugar.

El pobre cerdo principió á gruñir, porque el lance no era para menos.

Nuestro estudiante principió á llorar, pero no de compasion.

—¡Ah! ¡te quejas de eso! dijo dando tregua por un momento á las mandibulas. ¡Qué seria si te hicieran ir á la escuela como á yo!

Ji....ji....ji....

El recibimiento de un comisionado de apremio.

A uno que habia salido á embargar los bienes muebles de una casa de campo, le decian sus compañeros:

—¿Muy pronto vuelves: ¿te han recibido acaso mal?

—¡Por vida mia! respondió, que me han querido hacer comer.

En efecto, habian soltado contra él dos perros alanos, y á no haber sido tanta la ligereza de sus pies, lo hubieran dejado en los huesos.

Las cosas perdidas.

En un navío inglés se perdió por descuido la cafetera de plata del capitan, que, al echarla de menos, votó y trinó como un renegado. Cuando aquella cólera violenta principió á mitigarse, un marinero se acercó y le dijo:

—Mi capitan, cuando una cosa se sabe dónde está, ¿se puede decir que se ha perdido?

—No, respondió el capitan; y si tú sabes dónde está la cafetera, te ofrezco un buen hallazgo.

—Acepto, repuso el marinero, y puede V. vivir tranquilo por ella, porque yo sé positivamente dónde está.

—¡Tú! Y ¿dónde es?

—En el fondo del mar.

El exámen de doctrina.

Queriendo un buen papá hacer ver al cura de su

pueblo que su hijo Federico sabia perfectamente la historia sagrada, le hizo en su presencia la siguiente pregunta:

—Ven acá, hijo mio; ¿quién hizo el cielo y la tierra?

—¿El cielo y la tierra, papá?

—Sí, el cielo y la tierra.

—¿Yo qué me sé de eso?

—¿Cómo que no lo sabes, miserable!

—Pues bien, papá; yo he sido, pero no te enojas, que ya no lo haré mas.

Creyendo entonces el cura que responderia mejor á alguna otra pregunta, le dijo:

—Dime, amigo mio, ¿qué dia murió Nuestro Señor Jesucristo?

—Yo no lo sabré decir, señor cura, porque solo sé que estaba muy enfermo.

El convite económico.

Mi maestro de primeras letras tendria unos veinte y cinco años; era andaluz, gracioso y amigo de chanzas y de bromas; se llamaba Juan, y el dia de su santo, que era el Bautista, tenia la costumbre de convidar á todos sus discípulos.

Pero no vayan Vds. á creer por esto que era derrochador y bolsilli-roto; antes, por el contrario, era económico hasta mas no poder.

Solia convidarnos á cerezas ó guindas; buscaba siempre las mas pequeñas; y en los años abundantes regalaba una por cabeza, y una para cada dos en los años de escasez.

El presupuesto de su convite, un año con otro, venia á ascender á cuatro cuartos, porque las cerezas por libras valian á dos.

Este hombre murió de una indigestion, y el sucesor, cuando supo la costumbre del convite, la quiso imitar.

Os voy á convidar, amigos mios, nos dijo, pero no á cerezas, sino á chocolate. Una aclamacion ge-

neral fué la respuesta de este rasgo heróico de generosidad, y las bocas de los niños se hicieron agua.

Llegó el gran día: los que asistíamos á la clase seríamos doscientos, colocados en dos largas filas, y esperando el momento de dar principio al delicioso refrigerio. Un criado se presentó con una servilleta, un plato, y en él un pocillo de chocolate, que podría contener media onza. En otro plato llevaba un alfiler.

Así serán los de todos, pensé yo para mí.

No era muy grande, pero á lo dado no se le debe mirar ni el pelo, ni el tamaño.

—Ven acá, dijo el maestro al primero con voz risueña, y haz lo que yo haga.

El maestro cogió el alfiler, lo metió en la gícara, lo chupó, y se lo dió al niño: este hizo lo mismo y lo dió al segundo, y así sucesivamente, en dos minutos probamos el chocolate los doscientos niños de la clase.

La gícara habia quedado, poco mas ó menos, con el mismo chocolate que cuando la trajeron.

—Lo poco, bien repartido, hace provecho, dijo entonces el maestro: cuando Dios dá para todos dá; ahora, hijos míos, que todos habeis quedado satisfechos, yo me tomaré los restos del convite; y diciendo y haciendo se sorbió el chocolate en nuestras barbas.

La eleccion de un cuadro.

Un pintor célebre ofreció un cuadro de los suyos, el que quisiese elegir, á un caballero de bastante ingenio, pero que nada entendia del arte.

Deseando escoger el mejor, y no teniendo á quién consultar sobre este punto, ideó una traza, que le produjo el mejor resultado posible.

Al efecto, se escondió en casa de un amigo, cierto dia en que el pintor debia comer en ella, y cuando este se encontraba mas descuidado, apurando vasos y botellas, entró un criado y le dijo:

—Señor, su casa ha principiado á arder, y el fuego llegará pronto al salon de los cuadros.

—¡Ah! mi San Antonio..... exclamó el pintor dejando la mesa y corriendo hácia su casa.

El amigo eligió entonces el San Antonio, y era en efecto el mejor de todos.

Enigmas.

6.

Tengo oficio de albergar
y en mi centro dar morada
á gente que vive armada
y les sirve el pelear
de perder la vida amada.

7.

¿Cuál es una torre fuerte
que guarnece gente armada
de un mismo color y suerte,
que rendida y asaltada
en llamas le dan la muerte?

El descamisado.

Del hidalgo montañés
D. Pascual Perez Quiñones,
Eran las camisas nones
Sin que llegáran á tres.
Y cuando la lavandera
La sola al rio llevaba,
El en casa se quedaba
Esperando que volviera.

Pero un maligno ratero,
¡Oh! caso desventurado;
Por robar el tendedero
Lo dejó descamisado.

La pobre, comprometida,

Llegó, triste y macilenta,
A dar al hidalgo cuenta
De aquel fracaso afligida.

Y él la dijo: por usted
Lo siento mas que por mí;
Pues si en efecto perdí
La camisa, á buena fé
Que V. no teniendo, es llano,
Conmigo ya mas que hacer,
Desde ahora, por perder
Ha perdido el parroquiano.

Un gran pensamiento.

Decia un buen hombre:—Querria conocer un pais en el que no se muriera jamás, porque de seguro me iba allí derecho á concluir mis dias.

Pensamiento ingenioso.

—Yo no sé, decia un mozo de cordel, que en parte alguna pasen cosas tan raras como las que pasan en el mundo.‡

La pregunta escusada.

Un maestro de escuela, á quien un sobrino suyo habia robado un escelente bacalao de Escocia, reprendia al jóven diciendo:

—¿Qué mereces por un atrevimiento semejante? di, ¿qué mereces?

—¿Qué he de merecer, tio? Despues de haber comido tanto bacalao que me dé V. un vaso de vino.

Los doce pares de Francia.

Entró un labrador de pueblo, hace algunos años, en una librería de la capital de su provincia, preguntando el precio de *Los doce pares de Francia*, que le habia mandado comprar el boticario su vecino.

El dinero que le habian dado para este libro no pasaba de cuatro reales vellon, y el librero no lo daba por menos de ocho. El labriego deseaba servir al boticario, pero no queria suplir dinero de su bolsillo, y como la distancia era mucha, dijo al librero:

—¿No dice que los doce pares los dá en ocho reales?

—Ni un cuarto menos.

—Pues entonces todo se puede arreglar, repuso el lugareño satisfecho de sí mismo. Déme seis pares y tenga cuatro reales, que si le gustan estos seis, él mandará comprar los otros.

El valor de un torero.

Se acobardó tanto un torero en la plaza, que huía del toro como del demonio. Unos amigos suyos que estaban en el tendido, temiendo que comprometiese su reputacion, lo escitaban á que abandonase la valla y saliese á torear.

—No os canseis, les dijo; el toro huye de mí, porque es gallina.

—¿De veras? le repuso uno; ¡pues si tú oyeras lo que va diciendo el toro de tí!

El rey y el cura de aldea.

Estando en el Escorial, salió Felipe II á caza; y empeñado en seguimiento de un jabalí, se halló separado de los monteros y criados, acompañándolo solo D. Diego de Córdoba. Sobrevino la noche, tormentosa, oscura y con lluvia; de suerte, que si lograron salir de la maleza, no fué con poco trabajo. Perdido el camino, se dirigieron al primer lugar que alcanzaron á ver por las señal de las luces, que en aquella profunda oscuridad les sirvieron de guía.

Pareciéndole á D. Diego que la mejor posada se-

ria la del cura, adelantóse á ella, y encontrando en el portal á un clérigo con su ropon, le dijo:

—Tiene V. esta noche huésped, señor cura, y no lo es menos que el rey mismo.

Y llegando entonces S. M., añadió:

—No os quiero dar, buen cura, otro cuidado, sino que me hagan luego la cama, por el frio que traigo, y asen una perdiz, porque no he de cenar otra cosa.

Era despejado el clérigo, y dispuso brevemente lo que se le mandó; y como el rey conociese su discrecion, lo llamó para entretenerse con él.

Con este pensamiento, el rey, que estaba de buen humor, le dijo:

—Quiero ver si me adivinas tres ideas que tengo en el pensamiento.

—Señor, respondió, los arcanos del soberano no los alcanza la pequeñez.

—Bien, bien, repuso el rey, pero me parece despejado y quiero ver hasta dónde llega tu ingenio.

—Creo, dijo entonces el cura, que V. M. piensa en el cuidado que tendrá la reina nuestra señora hasta saber de V. M.; pero esto será pronto, porque ya han salido criados míos con la noticia de quedar aquí su real persona muy bueno, aunque en tan mal hospedaje.

El segundo pensamiento es, si la perdiz que traerán vendrá tierna, y puedo asegurar que si.

—En los dos habeis acertado; dijo el rey gustoso y entretenido.

—Pues la tercera, contestó el cura, es mucho mas fácil.

—Veamos, dijo el rey.

—Claro está que V. M. piensa en el obispado que está vaco, para dársele al que tuvo la dicha de haber sido honrada su casa con la régia presencia, porque no seria bien que hallándolo cura, cura lo dejase.

—Grande astrólogo sois, dijo entonces el rey; en nada habeis errado, y creo acertareis tambien cum-

pliendo con la dignidad de obispo, que ya lo sois de Tuy.

El disfraz equívoco.

Algunas lindas jóvenes de 15 á 20 años, vecinas del pueblo de... se presentaron, hace algunos días, en casa de Carolina la modista, rogando les prestase trajes y velos blancos, adornos del mismo color y guirnaldas de flores.

La modista, que es mujer, es decir, curiosa, quiso saber con qué objeto se pedían, y una de las jóvenes, de mirada dulce y encantadora, le contestó:

—Yo le diré á V., señora; es que mañana es la fiesta del pueblo, y el señor alcalde ha querido que todas las solteras jóvenes nos disfracemos de vírgenes.

La escala gerárquica de los ladrones.

Llevaban á ahorcar á dos hombres; el primero era un salteador de caminos, y el segundo un pobre deshollinador, convencido de hurto doméstico.

El salteador, creyéndose de una categoría mucho mas elevada que el ratero, mirando á este con desprecio, espoleó el burro para pasar y colocarse delante de su compañero, como correspondia á la alta posición que ocupaba en la escala de los ladrones, diciéndole al pasar:

—Quédate atrás, que es donde te corresponde, y aprende á ser modesto con tus superiores.

—¡Yo!! contestó el deshollinador avanzando, me habia de quedar atrás! tanto derecho tengo como tú para estar aquí, y no cederé.

Economía estudiantil.

En los famosos tiempos de las hopalandas y tricornos, caminaban dos estudiantes, opositores de becas, por las llanuras de la Mancha y en dirección de Albacete; los dos cursaban economía y pensaban graduarse *in utroque* por la de Alcalá.

Por hacer mas apacible su pesada caminata, convinieron en ir juntos hasta la primera venta que encontrasen; y segun refiere la crónica, anduvieron y anduvieron ni mas ni menos que el célebre *Chufas*, hasta que al fin quiso Dios que llegasen á un ventorrillo.

—Compadre, dijo uno de los viajeros, este caracol está convidando á tomar un refrigerio.

—Sea, contestó el otro.

Y ambos se sentaron al abrigo del ventorrillo y sacaron sus meriendas. Consistia la del primero en un pedazo de pan y una casi invisible racion de queso.

—Buen amigo, le dijo el segundo observando que su compañero, despues de haber frotado ligeramente el queso en el pan, se empezó á comer un zoquete mientras volvía á guardarse el queso, ¿sabe V. que, por lo que veo, es V. el hombre mas desmanotado y derrochador del mundo?

El interpelado volvió la cabeza,

Y vió que su compañero,
 Doctor en economía,
 Sacó de un morral enorme
 Dos cabezas de sardina;
 Las puso al sol, y en la sombra
 Mojaba el pan que comía.

La confesion de un ratero.

Estando en el confesonario el padre Cárdenas, un ratero, su penitente, le robó el reloj. Poco despues, continuando su confesion, dijo:

—Padre, he hurtado una alhaja de oro.

—Es necesario que la restituya, y si así no lo hace, no puedo absolverle.

Replicó el fingido penitente:

—He creído mejor, padre, dársela á vuestra reverencia para que se quede con ella, y para eso la tengo aquí.

—De ninguna manera puede ser eso, y yo no la he de tomar.

—Sepa, padre mio, dijo el tunante, que he intentado devolvérsela á su dueño, y no la quiere.

—Entonces es otra cosa; y si ello es así, se la puede quedar.

Cuando el padre subió á la celda, fué á mirar su reloj, y no hallándolo, dijo:

—En efecto, la persona robada no lo ha querido tomar. ¡No era mal pillo!

El consejo de un sabio.

Una conocida literata envió al doctor N. un manuscrito, y con él un billete que decia:

«Remito á la censura de V. el adjunto poema; me urge saber su opinion, porque estoy inspirada, y puede decirse que, para cambiar, si es necesario, la forma, tengo las tenazas en el fuego.»

El doctor contestó:

—Mi opinion, señora, es que ponga V. el poema en donde tiene las tenazas.

La edad de una hermosa.

—Yo le doy á V. treinta años, decia á la hermosa Sofía un amante despreciado.

—A fé mia que hace V. bien, respondió la jóven, porque si V. no me los dá, yo por mi parte no los tengo.

El hurto del vino.

Un caballero compró un tonel de vino generoso, y convencido de que su criado era uno de los mas aventajados adoradores de Baco, cerró herméticamente el tonel, lo lacró, y lo selló.

Pero el criado, que en esto de estraer vino de la vasija agena podia dar lecciones al Lazarillo de Tormes, barrenó el tonel por la parte inferior, sacó

el vino, y él y sus amigos tuvieron largos dias gaudeamus de lo lindo.

Llegó el cumpleaños del amo de la casa, examinó el tonel, y lo halló intacto por de fuera, y el lacre y el sello en su lugar. Lo abrió, lo destapó, y ¡oh sorpresa! apenas tenia la mitad del vino que compró.

—Mira, le dijo su mujer, si lo han sacado por debajo.

—Pero no seas necia, respondió el marido; ¿no ves que por debajo no falta vino, sino por arriba?

La vida de fraile.

Daba el hábito á un novicio

Un prior, y en acabando

La ceremonia, le dijo

Muy sesudo y mesurado :

—Ya estás en la religion,

Los afanes, los cansancios,

Los aprietos, los rigores,

Todo es, hijo, el primer año :

Porque despues, con la ayuda

De Dios y la mia, hermano,

Quisieras no haber nacido

Antes que entrar en el claustro.

El primer sermon.

En el mismo dia de la fiesta encargaron á un nuevo sacerdote el sermon del santo para el año siguiente.

Nuestro jóven midió el tiempo, vió que el año era bisiesto, y lo calculó bastante plazo; porque cierto, 366 dias pueden dar de sí. Compró doscientos sermones impresos, la retórica del padre Granada y la Biblia. Principió á estudiar y estudiar, y á escribir y escribir, sin dejar el libro ó la pluma de la mano, de dia ni de noche.

El año pasó, se repartieron esquelas de convite,

y del pueblo y de los convecinos fué tanta la gente convidada, que no cabia en la iglesia.

La alcaldesa (era madre del predicador), para ocupar dos asientos, necesitó quitarse el miriñaque: el alcalde se quitó la capa. Ya tenemos al predicador en el púlpito, la curiosidad es general, y no solo no se tose, no se respira siquiera.

El jóven principia, estiende la mano y dice:

—Cristo le dijo á San Juan.....

Silencio general por un minuto. Vuelve otra vez á principiar:

—Cristo le dijo á San Juan.

Nuevo silencio; una terrible ansiedad se apodera de todos.

El predicador repite otra vez:

—Cristo le dijo á San Juan.

El cura, cansado, le dirige la palabra preguntando: ¿y qué es lo que le dijo, señor predicador? ¿qué le dijo?

—Baja, baja, hijo mio, gritó enojada la alcaldesa; el que quiera saber lo que le dijo, que se gaste veinte duros en libros y emplee un año como tú en averiguarlo.

La traduccion literal.

Un maestro de latin, en un colegio privado, estuvo discurrendo dos dias para traducir esta cláusula: *Cæsar venit en Galliam summa dilligentia*. Por último, despues de reflexionar, que *diligencia* significa el coche de la diligencia, y *summa* la parte mas elevada del mismo coche, tradujo así: «César vino á Francia en el cupé de la diligencia.»

La traduccion es: «César vino á la Galia á marchas forzadas ó con suma prontitud.»

La arenga de un alcalde.

Un anciano fue nombrado alcalde, y el dia en que se reunió el concejo para darle la posesion, pronunció la siguiente arenga:

—Os doy gracias, amigos míos, y estad seguros de que jamás olvidaré el día en que habeis tenido la bondad de poner mis canas á vuestra cabeza.

Adivinanzas.

- 13 —¿En qué se parece un militar á un empresario de ferro-carriles?
- 14 —¿En qué se parecen los sabios á los burros?
- 15 —¿De qué manera se podrán colocar tres caballos en cuatro cuadras separadas, de suerte que al mismo tiempo, sin haber mas de tres caballos, haya sin embargo uno en cada una de las cuatro cuadras?
- 16 —¿Qué es lo que se encuentra una vez en un minuto, dos en un momento y no se halla una vez siquiera en un siglo?

El predicador y el albeitar.

Un cura de un pequeñísimo lugar de la montaña acostumbraba los días de fiesta, despues de la misa, predicar á sus feligreses desde el pie del altar y dirigirles sencillas pláticas para intruirles en la doctrina cristiana y en la historia sagrada. Era además de un carácter tan bondadoso, y las costumbres del pueblo tan francas, que consentia en que le hicieran preguntas y tenia gusto, como un buen padre, de satisfacer las dudas que le proponian.

Un día, contando la historia de Nuestro Señor Jesucristo, se equivocó en el milagro de los peces, y en vez de decir que habia mantenido cinco mil hombres con cinco panes, dijo que habia dado de comer á cinco hombres con cinco mil panes.

El albeitar del pueblo, que era desvergonzado y atrevido, le dijo:

—Por mi fé, señor cura, que lo que es eso yo tambien lo haria.

Pasó un año, y llegando al mismo día y á la misma plática, el cura procuró mucho no equivo-

carse , y despues de haber contado el milagro, que no es pequeño, le dijo al albeitar:

—¿Y eso lo harías tú?

—Sí, señor, contestó el otro sin aturdirse; lo haria con los restos del año último.

La prueba.

Quería poner D. Simplicio una hermosa maceta de camelias en una tabla que tenía colocada en la ventana del sotabanco, y para no esponerse á que, rompiéndose la tabla, se hiciera pedazos la maceta, quiso probar el peso que resistiria. Meditando despues sobre lo que podia colgar para la famosa prueba, nada encontró que pesase tanto ni fuese tan á propósito como él mismo.

Satisfecho con la idea, salió á la ventana y se agarró á la tabla dejándose colgar; por su desgracia, ó ella era débil ó él pesaba mucho, lo cierto es que se rompió, y D. Simplicio fué á parar á la calle, rompiéndose una pierna y dos brazos.

—Si no hago la prueba, decía despues, pardiez que me luzco; se hubiera roto la tabla y me hubiera quedado sin maceta.

El caballero de Madrid y el de provincia.

Hace algunas noches que al entrar en el teatro de la Zarzuela se armó una disputa entre dos caballeros, de los cuales, el uno pertenecía á la alta sociedad de Madrid, mientras el otro no pasaba de ser un propietario rico de lugar.

—Yo haré, dijo el primero al segundo, botando de furor, que mis criados le den á V. cien palos en las costillas, en justo castigo de la insolencia con que me habla.

—No puedo corresponder á V. en la misma forma, porque no tengo criados, contestó el lugareño; pero si quiere V. que bajemos al Prado ahora, tendré el honor de dárselos yo mismo, sin que uno

solo se pierda—yo se lo aseguro—en toda la cuenta.

La explicacion innecesaria.

Un alcalde de pueblo, yendo á visitar al gobernador de la provincia, llevó consigo su familia.

—Tengo el honor, le dijo, de presentar á V. S. mi mujer y mi hija, y para que las pueda distinguir, me atrevo á advertirle que la de mas edad es mi mujer.

Pardiez, que el alcalde era despejado.

El [descansar fuera de tiempo.

Caminaban veinte segadores, orilla de un rio, pensando—eran reformadores—en lo mucho mas conveniente que seria hacer los rios de vino y las tabernas de agua; cuando hé aquí que, rio abajo y medio sumergido en las aguas, vieron aproximarse por el fondo un mas que mediano tonel perfectamente cerrado, y con un olor á moscatel de Málaga que trascendia.

El rio era grande, no sabian nadar, pero tampoco sabian perder el tonel. Pensaron, no discutieron y obraron como por instinto.

El mas fuerte se agarró al tronco de un árbol, y de su mano otro segador, y de la mano de aquel otro, y así sucesivamente, formando una cadena hasta que el número veinte llegó al centro del rio, tan á tiempo y con tanta fortuna, que detuvo el tonel.

En esta situacion, el que estaba cogido al árbol creyó que la operacion se concluiría con mas facilidad si se agarraba mejor al tronco, para lo cual tenia por costumbre descansar y escupirse las manos. Lo pensó y lo hizo.

—Aguardaisus un momento, dijo, para agarrarme mejor.

Entonces, sin esperar contestacion, soltó la mano del tronco y..... ¡plum! él y los diez y nueve

compañeros cayeron al río como si fuera uno solo.

El tonel dió una vuelta sobre sí mismo como si quisiera examinar la catástrofe, y siguió majestuosamente su curso.

El loco por la pena es cuerdo.

—¡Quién vive! gritó un centinela al observar en una oscura noche que un bulto se aproximaba con lentitud al cuerpo de guardia.

—Jesús Nazareno, contestó una voz llena de robustez y majestad.

Sin saber qué hacer el inesperto militar, llamó al cabo de guardia, que avanzó con dos números hácia el objeto indicado.

—¿Quién es? preguntó á su vez.

—¡Jesús Nazareno! repitieron por toda contestación.

Amostazado el cabo, se acercó y descargó sobre el infeliz que así contestaba tantos palos, que lo dejó medio derrengado; luego, aproximando la luz de la linterna, reconoció en el apaleado á un caballero célebre por sus escentricidades ó mas bien locuras.

—¿Por qué no se ha anunciado V. por su nombre y nos hubieramos ahorrado este disgusto? le dijo el cabo.

—Libreme Dios de tal disparate, repuso con calma el desgraciado demente. Si diciendo que soy Jesús Nazareno me han tratado Vds. de tal modo, ¿qué no hubieran hecho conmigo diciéndoles quién era?

Lo preciso y lo difuso.

Un jesuita que la echaba de literato, necesitaba tomar baños, y para obtener con facilidad la licencia del superior, y probar al mismo tiempo los puntos que calzaba en lo que llamamos letras humanas, escribió en latin una larguísima carta de siete ú ocho pliegos, atestada de citas hebreas, griegas

y latinas, y no lo hacia de sanscritas, porque era antes de haberse *inventado* esta lengua.

El superior, queriendo concederle la licencia, pero dándole al mismo tiempo una leccion, tomó un pliego de papel, lo abrió, y escribió en el centro esta palabra latina:

I.

En la erudicion de nuestro religioso debia haber mucho de apariencia, porque abrió el pliego, miró la *i* y se quedó aielado como pudiera un paleta.

Un compañero suyo llegó entonces, vió la *i*, y dijo:

—Que sea enhorabuena.

—¡Cómo! si no me contesta.

—¿Estás loco? no hace falta en la carta del superior ni media letra mas.—*I*, imperativo del verbo *eo*, significa *marcha ó vé*; ¿para qué otras digresiones?

El primer fraile pasaba por un grande hombre, y el segundo por un hombre vulgar. Fiaos ahora en las reputaciones.

El lenguaje de los peces.

En un convento de las márgenes del Ebro, mientras comian en su refectorio los padres de la Merced, en la parte baja del salon, y en el sitio que ocupaban media docena de alegres novicios, se levantó una algazara y un ruido, que vino á turbar la paz y el silencio con que solia la comunidad portarse en aquel acto.

Era el caso, que el plato principal de la comida se componia de peces fritos, y estos habian sido distribuidos con tal orden, atendiendo á la gerarquia de los manducantes, que mientras al padre comendador se le habia puesto uno, que no cabia en el plato, á los pobres novicios, siempre siguiendo el orden descendente, se les habian servido otros,

que apenas se veían en él, ni con cristales de aumento.

Finada la comida y dadas gracias, el comendador, bajo pena de santa obediencia, mandó explicar la causa del escándalo.

—Señor, dijo el mas despejado de los novicios; poseo el secreto de hacer hablar á los peces, aunque se hallen escabechados.

—¡Dios sea con nosotros! exclamó la comunidad, haciéndose cruces.

—¿Y qué hablaba V. con estos? preguntó el padre comendador.

—Les he pedido noticias de su vida, de sus costumbres, de sus diversiones; he querido saber si tenían teatros, bailes, juegos, ciudades y conventos. Pero ¡ah, padre nuestro! nada he podido averiguar.

—¿Cómo es eso?

—Nada te puedo decir de cuanto me preguntas, ha contestado el mayorcito de los míos, con acento quejumbroso y lloron; preguntalo á nuestros abuelos y á nuestros bisabuelos, los que están en los platos de los padres graves, que ya estaban cansados de vivir y de crecer.

Pero yo, ¿qué puedo decirte, si apenas acabo de nacer?

El padre comendador quiso enojarse, y cuando fué á principiar su reprimenda, prorrumpió en una carcajada.

Un tiro difícil.

Hablándose entre varios cazadores de tiros raros y de heridas poco comunes, un andaluz, que era del oficio, les dijo:

—Nadie ha hecho en este punto lo que yo. De un balazo dejé á una cierva herida en la punta de la oreja derecha y en la pezuña del pié izquierdo.

—No puede ser, no puede ser, exclamaron á la vez los concurrentes. ¿Cómo diablos habia de estar esa

cierva para recibir dos heridas tan disparatadas?

—Poco á poco caballeros, repuso tranquilamente el hijo del Mediodia; cuando yo le apunté se estaba rascando.

Lo que es una obra póstuma.

Un niño, que deseaba instruirse, preguntó á su maestro:

—¿Hace V. el favor de decirme qué se entiende por obra póstuma?

—Se llama así, respondió el maestro, aquella obra que escribe un autor despues de muerto.

La escasez de doncellas.

Cuando se prohibió en Suiza la obra de Voltaire, titulada *La Doncella*, el magistrado á quien se encargó su censura, pesquisa y ocupacion, escribia al senado diciendo:

—Hemos registrado el canton, y en todo él no hemos encontrado ni una doncella siquiera.

Damos fe, etc.

El hombre disfrazado de pájaro.

Cerca ya de las puertas de Murcia, bello jardin del Occidente, dos segadores gallegos se enamoraron de la sabrosa fruta de un peral que en una deliciosa quinta habia plantado el dueño, cerca de la carretera, para causar la envidia de los transeuntes.

Subióse el uno á los hombros del otro para alcanzar la fruta con facilidad, y cuando mas entretenido se hallaba en esta operacion, un magnífico loro, que en lo mas escondido del follaje del árbol estaba tomando el fresco, principió á decir: borracho, borracho.

El segador levanta la vista, mira al pájaro con asombro, deja caer las peras que tenia en la ma-

no, salta al suelo, y principia á correr como si lo persiguiese el diablo.

Juntos los dos, y repuestos algun tanto de su asombro, le dijo el compañero:

—¡Pero hombre! ¿qué has visto?

—Qué he de ver, majadero, que estaba el señorito de la casa cuidando las peras, pero vestido de pájaro para que no lo conociesen.

—Pues no nos hemos librado de mala.

Enigmas.

8.

Mas de cien hijas hermosas
vi de dos machos nacer,
encendidas como rosas
y al momento perecer,
dando vueltas muy vistosas.

9.

A que salga de medida
le hago fuerza á un elemento;
en mí creció la comida,
y aun ahora de tu vida
tengo el principal sustento.

10.

Me debes el ser viviente,
pues doy la accion á tu ser,
la fuerza, el brio, el poder;
te hago débil ó valiente,
te doy tristeza ó placer.

El casco del dragon.

Un dragon inglés encontró á uno de sus camaradas en conversacion *intima* con su mujer, y sin comoverse en lo mas mínimo, le dijo:

—Es la primera vez, y te perdono, pero te prometo que si te hallo la segunda, arrojaré tu casco por la ventana.

El amigo conoció que la amenaza no era muy terrible: se rió de ella y volvió á su *intimidad* pasada. El marido los sorprendió de nuevo, y cumplió su palabra; despues se fué á palacio, se arrojó á los pies de Jorge I, y le pidió gracia.

—Cuéntame el caso, le dijo el rey.

—Señor, contestó el dragon, he arrojado por la ventana el casco de uno de mis camaradas, á quien he encontrado en conversacion íntima con mi mujer.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el soberano, yo te perdono, porque el delito bien merece la pena de que arrojes el casco por la ventana.

—Señor, dijo el dragon, es el caso, que la cabeza de mi compañero estaba dentro.

—Y bien, contestó el rey, dejando de reir, he dado mi palabra y no la revoco.

El murmurador.

Se confesaba un hablador de haber murmurado en público de una persona respetable.

—Es necesario, le dijo el confesor, que en público tambien se desdiga V. de esa falsedad.

—Padre, replicó el penitente, el caso es, que como saben que miento tanto, no me creerán.

—Si eso es así, dijo el prudente confesor, puedo absolverle, porque tampoco habrán creído su murmuracion.

La exageracion cortada por mitad.

Acostumbraba exagerar de una manera tan extraordinaria un estudiante andaluz, que sus compañeros, viéndole espuesto á perder su reputacion, convinieron con él en pisarle el pié cuando lo vieran dispuesto á disparatar.

Un día, en que por acaso se hablaba entre varios compañeros de la suntuosidad de los templos de España, tocó la palabra á nuestro jóven andaluz, y ponderando la éstension de la catedral de Sevilla, dijo:

—Señores, es tan notable, que solo de anchura tiene trescientas mil varas castellanas.

—¿Y su longitud? ¿y su longitud? exclamaron en coro todos los oyentes.

En aquel momento sintió la brusca presion del pié de su compañero, y procurando enmendarse, continuó:

—Su longitud es de tres varas y media escasas.

Corrido por las risas de los circunstantes, decia en voz baja á su compañero:

—¡Caramba! A tí te debe el no ser cuadrada.

El sacramento del matrimonio.

Un gracioso decia:—He recibido todos los Sacramentos menos el del matrimonio, que no he recibido originalmente, pero del cual he sacado bastantes copias.

Los tres oficios del barbero.

Un barbero francés, torpe hasta dejarlo de sobra, afeitando en Madrid en la fonda de..... á un caballero español que nada le parece bueno, sino lo que viene de estrangis, le dió una cortada en la mejilla derecha, de marca mas que regular.

El caballero, que no se apercibió de ello, le dió cuatro reales; pero mirándose despues al espejo, y viendo la sangre, lo volvió á llamar, le dió otros cuatro reales, y le dijo:

—Solo habia pagado á V. la barba, y ahora conozco que es justo le pague la sangría.

—Señor, contestó el francés escusándose, es que tiene V. en la cara un *boton* (divieso), y la navaja ha tropezado en él.

—Ahora lo comprendo, respondió el caballero; ha encontrado V. un boton y no ha querido que se quedase sin ojal. Tome V. otros cuatro reales por su paga de sastre, y creo debe ir contento; porque si es torpe en todo, tiene al menos tres oficios.

El fin del mundo.

El celebrado Zárate era tan buen poeta como filósofo, y tan buen filósofo como franco y desembarazado de carácter. Para negarle todas estas cualidades, solo hay una razon que algo vale, y es, que tenia coche; pero no somos tan escrupulosos que hayamos de echar por tierra una reputacion por un coche mas ó menos.

Paseaba un dia por el Prado en el suyo, melancólico y triste, y á la vez paseaba tambien en otro el célebre conde-duque, ministro en la actualidad de S. M. Católica.

Juntáronse los dos coches, el uno bajando y el otro subiendo, y sacando el ministro la cabeza por la portezuela, le dijo al poeta con aire impertinente:

—Señor doctor, ¿cuándo se acabará el mundo?

Zárate volvió la vista, y haciendo un profundo y respetuoso acatamiento, dijo:

—Mandando vuestra escelencia será indudablemente, señor escelentísimo.

Una precaucionesabia.

Sitiaban los franceses á Zaragoza, y en la magnífica esplanada que sirve de márgen al canal en el monte de Torrero, acababan de descargar un grande convoy de pólvora y municiones, traído de Villa-feliche. Era verano, y á eso de las dos de la tarde se levantó una horrorosa tempestad, de aquellas que en Aragon acostumbran todos los años á devastar los campos y reducir los pueblos á la miseria. Rayos y centelias cruzaban la atmósfera y el

convoy de municiones y todo el pueblo corria un peligro espantoso si estallaba la electricidad en aquel sitio.

Un sargento de la guardia entró á hablar al comandante del punto para esplicarle el peligro que se corria y ver las precauciones que se podian tomar.

—Un rayo, dijo, acaba de hendir un árbol próximo; ahora mismo, en este instante, ó dentro de algunos segundos puede caer otro en medio de las municiones, y miles de hombres perecerán si no se toma desde luego alguna disposicion salvadora.

El comandante pensó un momento lo que debia hacer, y dijo al sargento:

—¿Cuántos centinelas cuidan de la pólvora?

—Seis, mi comandante.

—Pues bien, mande V. poner doce, y deles V. de consigna, pena de la vida, que no dejen aproximarse ningun rayo á veinte varas de distancia.

San Cristóbal y el mundo.

Como todos los poetas son locos, ó como tambien hay locos que hacen versos, uno de ellos hizo á San Cristóbal los siguientes, que, salvo el respeto debido al santo, no son malos:

Cristóbal santo, una duda
Me tiene con grande asombro
Viéndoos con el mundo al hombro,
Que de verlo un hombre suda.

Aquesta mi duda es:
Decid, santo rubicundo,
¿Si traeis al hombro el mundo,
A dónde poneis los pies?

El gato cocinero.

Yendo de viaje un amigo nuestro, llevaba á su servicio un criado, que no era pariente de Salomon, pero que, sin embargo, en las aldeas le servia, aunque malo, de cocinero.

Un día compró una perdiz, y para que no equivocase el guiso, tomó un libro de cocina, y le dió por escrito la receta.

Poco despues, un gato mas despejado que el cocinero, sin cuidarse de libros de cocina, ni de recetas de guisos, atrapó la perdiz, y se subió á almorzársela al tejado con una desenvoltura pasmosa.

Vió el criado al gato que huía, echó corriendo la mano al bolsillo, halló en él la receta, y dijo satisfecho:

—Buen chasco te llevas, gato, porque la receta queda en mi poder, y no sé cómo te vas á gobernar para guisar la perdiz.

El perro novio.

Cayóse en el río una jóven lindísima, y sin otro defecto que ser muy aficionada á las novelas románticas. El peligro de ahogarse que corrió fué muy grande, porque su mamá, como es de suponer, no sabia nadar; pero por fortuna se encontró un libertador y fué conducida á su casa fuera de peligro, pero desmayada.

Cuando recobró el sentido, forjó en su imaginacion una novela de que ella se declaró heroina, creándose para sí un héroe precioso y nadador, que indudablemente la debia llevar al altar.

—Mamá, dijo á la suya, que estaba sentada á su cabecera, tú sabes que soy rica; pues bien, declaro que quiero casarme con el que me ha salvado.

—¡Hija mia! ¡pobre hija mia! es imposible.

—¡Imposible! mamá, pues qué, ¿está casado?

—No, no es eso. Es todavía peor.

—¡Peor! ¡Oh Dios mio! ¿Me espera alguna desgracia?

—¡Ay! ¿no sabes quién es?

—¡No es el caballero de la casa de en frente?

—¡Ay! hija mia, no es ese.

—¡Pues quién, mamá?

—¡Un perro de Terranova!

—¡Ah!

—¡Oh!

La oreja de Alejandro.

Alejandro el Grande, cuando daba audiencia, acostumbraba, mientras hablaba el acusador, taparse una oreja con la mano, y preguntado por qué lo hacía.

—Es, respondió, porque guardo la otra para el acusado.

La ocupacion de los criados.

Un solteron rico, por estar bien servido, toma dos criados, que se matan de trabajar para tenerlo todo sin hacer. Hé aquí el diálogo que entre amo y criados pasó antes de ayer:

—¿Estás ahí, Pedro?

—Sí, señor.

—¿Qué haces?

—Nada, señor.

—¿Estás ahí, Juan?

—Sí, señor.

—¿Qué haces?

—Ayudar á Pedro.

—Pues bien, cuando concluyas, entra á darme las botas.

La memoria del estómago.

Un obispo, enfermo de la gota y falto de memoria, mandó á sus criados que le trajesen la cena; pero fundados ellos en el cariño que le profesaban, y en que había comido mucho, se empeñaron en persuadirle que ya había cenado.

—No me acuerdo de semejante cosa, repuso el obispo.

—Pues ello es así, ilustrísimo señor.

—Hijos míos; Vds. son hombres de verdad, y

dirán lo cierto, replicó su ilustrísima, pero yo quieró cenar segunda vez ya que no puedo cenar la primera.

La compra á deber.

Un italiano quiso comprar un caballo, y halló uno que le daban por 100 duros.

—Os daré 50 al contado, dijo al chalan, y deberé lo demás.

El vendedor aceptó, y algunos dias despues fué á cobrar lo que faltaba.

—¡Cómo se entiende! dijo el italiano; debemos atenernos á nuestras palabras.

Os he dicho que os deberia lo demas, ya veis que si lo pagase no os lo deberia.

El efecto y la causa.

No paso una vez por la calle de la Montera, que no encuentre dos ó tres entierros en la puerta de San Luis, decia un amigo nuestro.

—Pero, señor, ¿qué ha de suceder en un pueblo que tiene de setecientos á ochocientos médicos?

—Es claro.

Las píldoras sánalo todo.

Un licenciado del ejército, que se retiraba á su casa sin oficio ni beneficio, halló por casualidad la receta de unas píldoras para curar todas las enfermedades habidas y por haber, y que se le habia perdido á un charlatan. Como no lo era él poco, se presentó en el pueblo diciendo que habia estudiado medicina, y creyéndolo buenamente sus paisanos, principió á ejercer la profesion con todo descaro, propinando siempre la misma medicina para todas las enfermedades, aunque la causa de ellas fuese contraria. Las píldoras obraban á las mil maravillas, algunos enfermos se curaron, otros se

murieron, pero las píldoras no desmerecían por esto, y el charlatan menos.

Un día se le acercó un paisano y le dijo:

—Las píldoras de V. ¿curan todas las enfermedades? ¿Podrán también curar la mia?

—De seguro, repuso nuestro hombre, con el aplomo de un charlatan. ¿Pero qué enfermedad es?

—Mi enfermedad, señor, es que se me ha perdido una burra, y por más diligencias que practico no puedo encontrarla.

El médico se turbó con esta contestación, pero luego sacó media docena de píldoras, y le dijo con bastante seguridad:

—Tómelas V., buen hombre, y verá prodigios.

El paisano las tomó con fé, y se salió al campo; y como la medicina le obligase á separarse del camino, se acercó á un espeso cañaveral.... y, ved aquí una coincidencia estraña; estaba allí su burra.

Esta cura prodigiosa ha sido la base de la fortuna del curandero, porque el campesino principió á publicar que aquel médico, no solo curaba las enfermedades, sino que daba recetas para encontrar las burras perdidas, que por cierto no es poco.

La curacion completa.

A ese le ha curado mi padre, decía ayer el hijo de un célebre médico al ver pasar un entierro por la calle de Fuencarral.

—Sí; y por completo, le contestó uno de sus amigos.

La diferencia en el medir.

Un pobre preso del Saladero, que bebía más de lo regular, se cayó en el lugar escusado, de donde lo sacaron medio muerto. Después de bien lavado y limpio, le preguntaba el escribano en las diligencias que formó:

—¿Hasta dónde le llegaba á V.?

—Señor, hasta el tobillo.

Entonces el peligro que corrió no ha sido muy grande, que digamos, y lo que extraño es, que no haya podido salir solo.

—¡Ah! señor, si caí de cabeza.

—¡Ya!

El derecho de matar.

Un caballero, á quien declararon cesante en un arreglo, hablaba con calor en el café la noche siguiente diciendo, entre otras cosas, que su cesantía habia de costar la vida á mas de mil personas.

Un agente de policía que lo oyó dió parte al cabo, este al celador, el celador al inspector, y así sucesivamente, hasta que llegó á oídos del gobernador, que mandó en el acto prender á aquel hombre y llevarlo á su presencia.

—¿Es cierto, le dijo el gobernador, que V. ha dicho?....

—Sí señor, he dicho eso, y lo cumpliré.

—¿Y cree V. que se le permitirá?

—¿Y por qué no, si por las muertes que yo haga no me puede perseguir la justicia?

—¡Ah! ¿conque V. puede matar á los demás, y pasearse despues por la calle tan fresco como si tal cosa?

—Por supuesto, como que soy médico, pienso ejercer la profesion, y creo que Dios nos dará buena cosecha de enfermos.

Receta para desatascar un coche simon.

Era un coche (Dios delante)

Que arrastrado de dos potros

Parecia entre los otros

Pobre coche vergonzante.

Y por maldicion muy cierta

De sus padres (¡hado esquivo!)

Iba de estribo en estribo,

Ya que no de puerta en puerta.

En un arroyo atascado,

Con ruegos el caballero,

Con azotes el cochero,

Ya por fuerza, ya por grado,

Ya por gusto, ya por miedo,

Que saliese procuraban:

Por recio que lo mandaban,

Mi coche quedo que quedo.

Viendo que no importan nada

Cuantos remedios se hicieron,

Delante el coche pusieron

Un arnero de cebada.

Los caballos, por comer,

De tal manera tiraron,

Que tosieron y arrancaron;

—¿Es receta?—No ha de ser.

El uso de condenarse.

Una señora, cuyo traje era mas lujoso de lo que correspondia á su posicion social, contestaba á las reprensiones de su confesor diciendo:

—Padre, es el uso.

—Tambien lo es el irse al infierno, hija, replicó el prudente fraile.

El santo del dia.

Hay algunos pueblos que llevan hasta la exageracion la costumbre piadosa de poner á los hijos el nombre del santo en cuyo dia nacieron.

En uno de estos se bautizaba el hijo de un paleto, que habia nacido el juéves antes de carnabal, llamado el jueves lardero (de lardo-grosura.)

—¿Cómo se ha de llamar el niño? preguntó el cura.

—Jueves-Lardero.

—Pero hombre, ¿está V. loco?

—Señor cura, el santo del dia á nadie se le qui-

ta. Jueves-Lardero se ha de llamar mi hijo, y sobre ello morena.

Los años no se roban.

El coronel Velazquez preguntaba un dia al capitán Aguirre los años que tenia.

—A fé mia, contestó el capitán, que no lo sé á punto fijo, aunque me parece podré tener treinta y nueve ó cuarenta y nueve años.

—¿Y cómo es posible que ignore V. su edad?

—Perfectamente; yo, señor, cuento mis rentas, mis ganados y mi dinero, pero no cuento mis años, porque sé muy bien que ni los he de perder, ni habrá persona que me los robe.

La edad en los dientes.

Un jóven elegante, que queria comprar un caballo, preguntó á uno de sus amigos el medio de conocer la edad del animal.

—No se conoce en otra cosa que en los dientes, le contestó su amigo.

Al dia siguiente le presentaron un caballo árabe de inapreciable valor; el jóven le abrió la boca, le contó los dientes y le encontró treinta y dos.

—Es mucha edad treinta y dos años, dijo para sí, y lo dejó con desprecio.

Por la tarde le presentaron un amazon de huesos, verdadero esqueleto, que parecia andar con ruedas; le examinó la boca, y le encontró cuatro dientes.

—Esto es lo que yo busco, dijo el jóven; un caballo de cuatro años, que comiendo cebada se engordará.

Ni pies ni cabeza.

Un quidam, con pretensiones de literato, rogó á un amigo suyo que leyera y enmendase un libro que habia compuesto, y que titulaba: «Pepitoria de filosofía.»

—¡Pardiez! dijo el amigo, que si mi consejo sigues, lo primero que debes hacer es cambiar el título.

—¿Y por qué?

—Porque la pepitoria, segun yo entiendo, lleva pies y cabeza, y tu libro no tiene ni uno ni otro.

La purga pintada.

Un caballero, por vengarse de un amigo de quien creia haber recibido una ofensa, tomó su retrato, y lo colocó en un lugar que por comun no se nombra.

Cuando dijeron al otro el sitio en que su imagen estaba colocada, contestó riendo:

—No es tonto el médico que se lo ha aconsejado.

—¿Por qué? le preguntaron sus amigos.

—Porque á la vista de mi retrato podrá hacer ahora de miedo, solo y con facilidad, lo que antes no podia hacer sin ayuda.

Uno es uno y otro es otro.

Suplicando Perilo á Alejandro que le ayudase á componer el dote de su hija, mandó que le entregaran cincuenta talentos.

—Me basta con diez, señor, le dijo aquel hombre sorprendido.

—Basta para Pirilo, le replicó, pero no para Alejandro.

El carro de paja y el hombre.

Viajaba un caballero en direccion de Madrid, dando espuela á su caballo, porque era tarde, y temia llegar cuando estuviesen cerradas las puertas.

En el camino encontró un paisano que salia de la corte, y deseando saber á qué atenerse sobre este particular, le preguntó:

—Dígame V., amigo; ¿podré entrar en Madrid?

El interpelado se paró, examinó de arriba á abajo al caballero, que no era mal mozo, y le dijo despues:

—¡Pues no ha de entrar V., señor, si la puerta es tan grande, que entra desahogadamente por ella un carro de paja!

Adivinanzas.¹

- 17 —¿Qué es áquello que á un mismo tiempo y por un mismo acto se acorta y se alarga?
- 18 —Mientras uno escribe lo que quiere en una habitacion separada y en la lengua que mejor le plazca, ¿es posible que en distinta habitacion, sin verlo ni oirlo escriba otro lo mismo con las mismas palabras?
- 19 —¿En qué pueblo los naturales son hijos de Grandés de España?
- 20 —¿En qué tierra las casas que habitan los hombres están metidas en cajas?

El reloj gusano.

Un comisionista de lanas, que recorria los pueblos de la Sierra, tuvo la desgracia de perder en el camino su reloj de plata, que era por cierto de la pomposa magnitud de una cebolla.

Echólo de menos, quizá por el peso, y resolvió volver pies atrás para buscarlo, pero sin ningun resultado.

En el camino encontró á un pastor y le dijo:

—Buen hombre, ¿ha visto V. por casualidad un reloj de plata que acabo de perder?

—¡Reloj! ¿como el de la torre? no, señor; no lo he visto.

—No era como el de la torre, sino mucho mas pequeño, y lo he debido perder por aquí.

—¿Sabe cantar?

—Hombre, qué ha de saber cantar, no; lo que hace es señalar las horas.

—¡Toma! lo digo, porque lo que he encontrado es una cosa blanca, blanca y redonda, redonda.

—¡Mi reloj! sí, mi reloj.

—¡Cá! no señor; si era un gusano que hacia cla, cla, cla, y tenia una cola... ¡qué cola...!!

—La cadena. ¡Y qué has hecho de él?

—¡Toma! he cogido una piedra de media arroba y ¡plaf! lo he muerto.

—¡Ah! imbécil!, un duro te has perdido que te hubiera dado de hallazgo.

—¡Quiá!

El tuerto y el cojo.

Cierto comisario, á unos
 Quintos les pasaba muestra,
 Y dijole á su escribiente
 Que ojo á la márgen pusiera
 A los viejos é impedidos
 Por no llevar gente enferma.

Pasó un tuerto y dijo:—A este
 Poned ojo; oyólo apenas
 Un cojo que le seguia,
 Cuando dijo:—Pues ordenas
 Que al tuerto le pongan ojo,
 Haz que á mí me pongan pierna.

Una verdad peligrosa.

El lacedemonio Androcilo, siendo cojo, sentó plaza de soldado, y cuando sus amigos le decian que tendria que pelear con gentes ágiles y fuertes, les replicó:

—Para pelear no se necesita correr, sino estar parado.

Tal para cual.

Caminaban de noche caballero y escudero, es decir, un tratante en ganado de cerda y un criado

suyo, tontos de capirote ambos á dos, sin llevarse ventaja.

Iban rellenos de lo tinto; el caballero sobre un fuerte macho, y con una inclinacion á dormir, que no admitia objeciones.

—Oye, Perico, dijo al criado, me duermo; pero tú, que no puedes hacer lo mismo, me avisarás cuando pasemos por el despeñadero de la venta, no sea que me rompa la crisma.

El amo se durmió, y anda que andarás pasaron el despeñadero, sin despertarse el amo ni acordarse el criado de despertarle. Una hora despues se incorporó el tocinero.

—¡Perico!

—Señor.

—¿Cuándo llegamos al peligro?

—Ya lo hemos pasado.

—¡Cómo! ¿y no me avisaste? ¡Ah miserable! si acierto á caer y me mato, ¡por vida de mi abuelo! que te hago desollar.

—Sí, bien lo creo, contestó el criado; pero si V. me hubiera hecho desollar, yo despues hubiera pedido mis salarios, y no sería Perico el que le sirviese mas.

Sí; sed tontos y lameos el dedo.

Enigmas.

11.

No serás mala cabeza
si aciertas qué cosa es
la que tiene en sí estas tres;
pensamiento, sutileza,
y la memoria despues.

12.

¿Quién es el engendrador
que en esto acompaña al hombre,

que fué adorado su nombre
y en tiempo de gran calor
gustan todos que se asombre?

La contestacion hábil sin entender la pregunta.

Un alcaldé que no sabia leer, pero que no era tonto, disputaba con el dómine, pedante de á folio, que la echaba de sábio y de latino. Con el calor de la disputa, se le trabó al alcalde la lengua y no pudo concluir una frase.

El dómine quiso manifestar que no lo entendia, y se espresó en latin, diciendo:

—*Nescio quid*: no sé lo que V. dice.

—El quid, respondió el alcalde prontamente, no sé quien es; pero el necio, comprendo perfectamente que es V.

La inocencia discreta.

Un caballero de edad, galante y decidor, yendo de viaje, encontró á una preciosa labradora de 16 años, que caminaba detrás de una borrica en direccion de su pueblo. Verla tan linda y entrar en conversacion con ella, fué, por supuesto, cosa de un segundo.

—¡Qué hermosa eres, niña!

—Pues no seremos hermanos.

—¿Discreta tambien?

—Con los tontos.

—Vamos, no seas esquivia. ¿De dón de eres?

—De mi lugar.

—¿Cuántos años tienes?

—Quite V. ochenta de los suyos y cuente.

—Dime al menos cómo te llamas.

—Como mi santo.

—Ven acá, hermosa; dame el gusto de llevar de mi parte á tu madre este beso.

Pero la jóven, lista como un ardilla, evita el en-

cuentro, y dando un bofeton mayúsculo al enamorado caballero, le dice:

—Dele V. el beso á mi burra si tanta prisa tiene, pues le aseguro que llegará antes que yo.

Un buen remedio á falta de azotes.

Dieron los muchachos de un pueblo en la manía de correr é insultar á un pobre hombre llamándole *borracho y... etc.* Debía ser astuto y de energía, porque pensando en aquella situacion ridícula y penosa, formó el propósito de salir de ella á toda costa, y lo consiguió.

Al efecto recogió abundantes monedas de á cuarto, salió á la calle, se fué derecho á buscar los muchachos, y les dijo:

—Mirad, hermosos; lo que me estais diciendo me dá un gusto que ya, ya; y así, á todos los que querais repetírmelo muchas veces gritando tras de mí, les daré un cuarto; y diciendo y haciendo se llenó las manos, y los principió á repartir.

Los muchachos aquel dia creyeron volverse locos, y la mitad se quedaron roncós. Al dia siguiente la misma distribucion y los mismos gritos; al tercero igual.

Al dia cuarto salió á la calle á buscar los muchachos y les dijo:

—Vamos, hoy no tengo cuartos, pero sois tan buenos que me fiareis y seguireis gritando lo mismo.

—¡Ah! eso no, contestaron los muchachos.

—¿Piensa V. que somos tan bobos? dijo uno; si no hay cuartos no hay gritos.

El reparto del hambre.

Un marido, que no ganaba para mantener á su mujer y á sus hijos, tenia la manía de criar perros, hasta el extremo de que, teniendo ya seis en casa,

tomó todavía dos ó tres pequeños que le regaló un vecino.

—Pero hombre, le dijo su mujer, ¿por qué traes mas perros si no tienes para darles otra cosa que hambre?

—Pues por eso los traigo, dijo el marido; porque no habiendo que darles otra cosa que hambre, cuantos mas sean, á menos les tocará.

El cojo y el jorobado.

Viendo un cojo venir hácia él un jorobado, le dijo para burlarse:

—¿Traes alguna noticia en la baliya?

—Es V., dijo el jorobado con enojo, quien debe saber las noticias, pues anda siempre de un lado para otro.

El aprehensor prendido.

—Acá, acá, corra, venga V., mi capitán; decia á grandes voces un soldado, porque ya tengo un prisionero.

—Me alegro, me alegro; pero tráele.

—Es que no puedo, mi capitán.

—¿Por qué?

—Porque no quiere soltarme.

El cabello de la Virgen.

En un pueblecillo de Francia habia un sacristán muy pillo, que acostumbraba enseñar las reliquias de la iglesia siempre que no podia ser visto por el cura, que le habia echado fuertes reprimendas por las mentiras y engaños que acostumbraba mezclar en sus relaciones al mostrarlas al pueblo.

Lo mas raro de todo lo que decia tener, era un cabello de la Virgen, que puesto á alguna distancia de los espectadores, hacia como que enseñaba, separando poco á poco sus dedos, lo mismo que si corriesen toda su longitud, y esto con tal aparien-

cia de verdad, que en todo aquel territorio era muy grande la veneracion que se tributaba al caballo de la Virgen, concurriendo millares de personas á mirarlo.

Vino cierto dia un labrador que nada tenia de tonto, y abriendo sus grandes ojos y llegando con sus dedos á tocar casi los del sacristan, le dijo á este con solaperia:

—Oiga V., padre sacristan, yo miro, miro; pero por más que miro, nada veo.

—Ya lo creó, respondió el tunante, hace ya veinte años que lo enseño y todavía no lo he visto.

Por su desgracia lo oyó el cura, y ya no lo ha enseñado mas, porque lo dejó cesante.

El moribundo y el acreedor.

Se moria un pobre hombre, lleno de trampas y de deudas, y cuando estaba casi en los últimos momentos, uno de sus mas implacables acreedores, que lo supo, se fué corriendo á la casa del enfermo, y se le presentó delante pidiendo le pagase su crédito.

—¡Hombre, por Dios, déjame morir en paz! dijo el enfermo con voz espirante.

—¡Que te deje morir! contestó el otro impasible; no, no, tú no morirás hasta que me pagues. ¡Cómo! ¿me crees tan simple que te sufra esta nueva jugada?

La superchería.

A un caballero, que habia cometido un pecado gordo, le impuso su confesor la penitencia de visitar una ermita con los pies descalzos.

El penitente, con la excusa de mayor mortificacion, pidió que se le conmutase la pena en la de hacer la visita calzado, pero poniendo en las botas piedras pequeñas ó garbanzos del país, que eran todavía mas duros.

Obtenida la conmutacion, el caballero principió

á cumplir su penitencia, pero encontrándola demasiado penosa, y deseando á pesar de todo obedecer, mandó cocer los garbanzos dos ó tres dias, y de esta manera hizo la visita á la ermita sin novedad.

La relacion de un andaluz.

Referia un andaluz, que al pasar la diligencia por el puente de... se habia caído al rio, pereciendo las catorce personas que iban dentro, sin salvarse una sola.

—¿Y las han sacado? preguntaba uno de sus oyentes.

—¡Ah! sí, sí, contestó el andaluz, lo menos han sacado veinte y dos.

El engañador engañado.

Un labrador llevó al mercado una carga de leña y encima un gallo. Dando vueltas, y voceando que te vocearás por las calles, al fin se la compró un escribano en diez reales.

—Buen hombre, le dijo antes de pagarle, V. ha subido solo la leña y se guarda el gallo, cuando yo he comprado toda la carga.

—Lo que yo voceaba es la leña y no el gallo, repuso el labrador, y no ha podido V. comprar lo que yo no vendia.

—Yo digo, contestó el escribano, que en esa cuestion podremos tener razon el uno y el otro, pero desde luego hay en ella un pleito, y el juez decidirá.

—¡Pleito! gritó con malicia el labrador, cá, no lo crea V.; si la razon está de mi parte.

—No sea V. simple, buen hombre; aquí hay un pleito, y sobre ello apuesto diez duros contra su borrica.

—Acepto, contestó el labrador.

Y hé aquí que los dos llegaron á la presencia del juez. El escribano dijo:

—El señor vendía una carga de leña ; yo la he comprado, y es el caso que en ella habia un gallo. Para averiguar si solo es mia la leña, ó si lo son la leña y el gallo, debe haber un pleito.

Respondió el labrador:

—El señor ha comprado la carga y en ella estaba el gallo; por consiguiente, tiene razon, son suyos lo uno y lo otro, y no hay pleito. Y es claro que por cuatro reales que vale el gallo, me gano los diez duros de la apuesta, y hago ver al mismo tiempo que á veces sabe mas un labrador que un escribano.

La curiosidad de una niña.

Examinaban dos niños un cuadro de la creacion, en que Adam y Eva estaban pintados desnudos. La niña, mas curiosa, como niña al fin, preguntó á su hermanito:

—Ricardo, ¿cuál de los dos es el marido?

—Qué preguntas tienes, tonta, ¿pues cómo he de conocerlo si no están vestidos?

El espíritu de contradicción.

Dos estudiantes , que habian sido condiscípulos en una universidad, y que hacia muchos años no se habian visto , se encontraron en una calle por casualidad.

—¡Hola, Perico! ¿cómo te va? dijo el uno.

—Muy bien, Antonio; me casé despues que concluimos la carrera.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque era una mujer perversa.

—Mala noticia.

—No muy mala, porque me trajo de dote cuatro mil duros.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque empleé ese dinero en carneros, y se han muerto de la viruela.

—Mala noticia.

—No muy mala, porque he vendido las pieles y he sacado mas de lo que ellos me habian costado.

—Buena noticia.

—No muy buena, porque llevé el dinero á casa, y la casa se quemó.

—Mala noticia.

—No tan mala, porque en ella estaba mi mujer, y se quemó tambien.

Que lo ahorquen.

Un magistrado de alguna edad, y recién casado por cierto, no pudo resistir, estando en el tribunal, la tentacion de dormir. ¡Flaquezas humanas! Los abogados informaron, la sala se despejó, y el juez dormia que se las pelaba como si fuera un lirón.

El negocio se discutia entre los compañeros, y el presidente, tocando en el hombro de nuestro magistrado, le pidió su voto. Entonces, despertándose sobresaltado, se estregó los ojos, y dijo:

—¡Que lo ahorquen! ¡que lo ahorquen!

—Vea V. que se trata de un campo, dijo el presidente.

—¡Sí? contestó sin inmutarse; pues que lo sieguen.

Las malas lenguas.

Un pobre novicio encontró el medio de dar asalto á la despensa en que estaban guardados unos solumos y unas lenguas para la comida del día siguiente: Los primeros los encontró en muy buen estado, y se los llevó, pero las lenguas le pareció que estaban pasadas y las dejó en su lugar.

Todo hasta entonces marchaba perfectamente; pero el maestro de novicios vigilaba mucho y lo

sorprendió en el claustro antes de llegar á su dormitorio.

Enterado del caso, y despues de haberle reprendido como merecia, le dijo:

—Y puesto ya en el lance, ¿cómo dejó V. allí lo demás?

—Señor, respondió el novicio, por quitarme de malas lenguas.

El pacto con el verdugo.

Por bueno, es claro, azotó
La justicia cierto día
A un hombre, y como temia
La pena, al verdugo dió
Una suma de dinero
Porque ablandára la mano
La solfa de canto llano.

Tomólo, pues, y el primero
Azote fué tan cruel,
Que la sangre reventó:
Y cuando el reo volvió
La cara de probar hiel,
Le dijo:—Con tales modos
Vuestra deuda satisfago;
Mirad la amistad que os hago;
Así habian de ser todos.

El rey levantando un burro.

Caminando de Aversa á Cápua el rey D. Alonso V de Aragon, acompañado de varios caballeros de su corte, quiso adelantarse, como tenia de costumbre, para explorar el campo y examinar por sí mismo los peligros que se presentasen.

Yendo de esta forma, y llevando mucha ventaja á sus gentes, al declinar una pequeña colina vió no á mucha distancia, en lo profundo del valle, un hombre á quien se le habia caído en el lodo un asno cargado de harina que se esforzaba en vano por

levantar. El rey se apeó, y sin decir quién era, se acercó al paisano ofreciéndole su ayuda.

El asno y el saco estaban cubiertos de lodo.

—Señor, dijo el lugareño, me parece V. un criado de importancia de la corte del rey de Aragon, y creo no debo aceptar sus ofrecimientos, porque podría ajarse su magnífico vestido.

—No tengas cuidado de eso, dijo el rey; mejor será que pierda el vestido yo, que puedo hacerme otro, que no tú el asno y la harina, que serán tal vez el sustento de tu familia.

—Con todo, repuso el labrador, no puedo consentirlo, porque aunque su lenguaje y su generosidad inspiran confianza, hallo un no sé qué en toda la persona de V., que yo, que soy un pobre lugareño, lo conozco y me deja confuso y turbado.

—Vamos, buen hombre, contestó el rey, acercándose al asno y cogiendo el costal de harina por un lado, mientras el labrador hacia lo mismo por el opuesto.

—Mucho sentiria, dijo el labrador con mas confianza, que si el rey D. Alonso se acercase, reprendiese á V. duramente por el favor que me presta.

—Si lo que hago es bueno, contestó el rey, ¿cómo es posible que nadie lo desaprobe? Tira con fuerza, añadió, y concluyamos de salvar tu hacienda; y el lodo que he podido coger al prestarte este servicio no te dé cuidado, porque es fácil encontrar agua para lavarlo.

En esto la comitiva del rey se acercó, y principiaron los caballeros á victorearlo estrepitosamente, y luego, aproximándose sus pajes, le limpiaron el lodo y le dieron nuevos vestidos.

El labrador quedó espantado de aquel suceso increíble, pero siendo, como era, hombre de buen discurso, calmó su agitacion prontamente, se acercó al rey, se echó á sus pies, y principió á pedirle perdon.

—Señor, dijo; V. M. sabe que tenia repugnancia

en aceptar su ayuda; pero si hubiera sabido que era V. M., hubiera querido morir primero que consentirlo.

—Alza del suelo, buen amigo, dijo D. Alonso, y sabe que los reyes solo se distinguen de los demás hombres en la mayor obligacion que tienen de favorecerlos y de serles útiles, y ójalá que, como á tí, pudiese socorrer en sus necesidades á todos aquellos que Dios encomendó á mi cuidado.

—Estamos, señor, dijo el labrador, tan poco acostumbrados á oír ese lenguaje, que nos cuesta trabajo el comprenderlo. Poco es lo que yo puedo hacer en pago de tanta bondad, pero esté seguro V. M. de que será público este rasgo de su amor al pueblo, y si mis deseos no me engañan, pronto el pais conocerá á V. M., y la Campania toda se declarará á su favor.

En efecto, así aconteció, y este solo suceso, mas que las armas, lo hizo dueño de toda la provincia en muy poco tiempo.

Y hé aquí que un favor tan pequeño, como levantar un asno, tuvo por premio un reino (es histórico), siendo el instrumento de un resultado tan brillante la sola gratitud de un labrador de mas ó menos talento.

El pantalon único.

El cesante N. tenia solo un pantalon, que habia dado á la lavandera, quedándose en la cama.

—Necesito salir de casa, decia el buen hombre mirando sus calcetines, y de buena gana iria por el pantalon. Pero, ¡qué diantre! para ir por él necesitaba tenerlo.

La duracion del placer.

Un aleman, que ha estudiado treinta años sobre esta idea, dá las contestaciones siguientes:

—¡Oh! tú que amas el placer puro, lee:

—¿Lo quieres por un instante? Si tienes sed, bebe agua fresca.—¿Por algunos minutos? Come un bocado que te agrade, contempla un hermoso caballo que no sea tuyo; una cara bonita, una pintura famosa.—¿Por una ó dos horas? Asiste á un brillante espectáculo, lee un buen libro, escucha una buena orquesta, haz una, dos ó mas visitas á una dama jóven y hermosa; abandónate recostado sobre flores, cerca de una fuente cristalina, á dulces ideas, contemplando el hermoso cielo.—¿Por una tarde? Pásala en conversacion de pocos, pero escogidos amigos, de damas hermosas, amables y sabias, sin que ellas demuestren conocerlo.—¿Todo un dia? Haz una buena accion al levantarte, y proyecta hacer otra despues de comer.—¿Por una semana entera? Asiste á la boda de uno de tus amigos.—¿Por seis meses? Compra una casa en el campo, al lado de la suya, planta y recoge tu cosecha, edifica alguna habitacion agradable.—¿Por un año? Cásate con una dama hermosa á quien ames.—¿Por dos años? Añade á tus bienes una hacienda donde tengas pobres á quienes hagas bien.—¿Por toda la vida? Practica la virtud, ejerce la caridad, sin que nadie lo sepa, trabaja y goza con moderacion hasta de los placeres inocentes.

El cortaplumas perdurable.

—Señores, decia un escribiente hace pocos dias; los cortaplumas que venden hoy son tan malos, que necesito uno cada seis meses.

—Yo cada año, contestaba otro.

—Ya veo que todos Vds. son unos malgastadores y bolsilli-rotos, dijo un tercero aficionado á la economía, y partidario acérrimo de la duracion de las cosas. Vean Vds. este cortaplumas que está de muy buen servicio.

—Ya lo creo, mejor que el mio.

—Y que el mio.

—Pues bien, señores, ya tiene veinte años.

—No puede ser, no puede ser.

—Créanme Vds., señores; lo que digo es una gran verdad; el cortaplumas tiene veinte años, pero es porque soy un hombre industrial y aprovechador, y he tenido el cuidado de ponerle ocho ó diez mangos nuevos, y le he cambiado la hoja otras tantas veces.

—¡Bieu!!

Sobre favor, paga.

Un arriero que volvia con su recua de vacío encontró en el camino á un gallego descalzo, medio desnudo y con señales evidentes de estar muy cansado. Movido á compasion, le dijo:

—Gallego, sube á uno de mis machos, puesto que llevamos el mismo camino, y verás cómo á caballo se viaja con mucha mas comodidad que á pie.

—Subir, respondió el gallego, si subirei, pero antes, ¿busté cuantu ma de dar porque suba?

Una letra mas.

Un pedante que, como en todo lo demás, no era fuerte en la mitologia, solia confundir á Morfeo, dios del sueño, con Orfeo, célebre músico de los tiempos mitológicos.

—¡Qué noche tan deliciosa he tenido! decia una mañana; toda ella la he pasado en brazos de Orfeo.

—Con M. dijo uno de sus amigos.

—Tienes razon, Orfeom.

—¡¡¡Bravo!!!

A mucho fuego mucha agua.

Un caballero bastante rico de una poblacion cercana al Ebro tenia una mujer, mas que persona humana, fiera, y en el carácter y en las costumbres desenfrenada y loca. No queriendo llevarla á los tribunales para que la castigasen por sus excesos, trató de hacerse justicia por su mano, y al efecto

ideó una traza que, aunque perversa y mala, merece referirse por lo ingeniosa.

Dispuso que la jaca en que acostumbraba cabalgar su mujer estuviese sin beber tres ó cuatro dias, dándole al mismo tiempo toda la cebada y todo el salvado que quisiera. Así preparadas las cosas, mandó al cuarto dia ensillar la jaca, hizo montar en ella á su mujer, y ambos, seguidos de sus criados, tomaron la direccion de un cortijo que tenian en la orilla del rio. Pero la jaca, que se moria de sed, apenas divisó el agua se arrojó con la mayor violencia en medio del rio sin que nadie la pudiese contener. Con el empuje y furia del salto, la mujer perdió la serenidad, se balanceó y cayó en medio de la corriente, que la arrebató en el acto.

El marido se volvió tranquilo á su casa repitiendo entre sí:

—A mucho fuego mucha agua.

Diferencia entre la y griega y la i latina.

Pasaban por una calle de Alcalá dos estudiantes, el uno muy alto y el otro muy bajo. Dos señoritas que estaban en un balcon principiaron á mirarlos, y dijo una de ellas:

—Ele, i, li.

No habló tan bajo que los estudiantes no la oyeran, y entonces, cuadrándose el pequeño en medio del arroyo, dijo con mucha gracia:

—Señorita, tiene V. razon, pero esta es y griega que tiene mas rabo que cuerpo. A las órdenes de V.

El recogido en la calle.

Durante los siete años de la guerra civil, se veia por las calles de Zaragoza un caballero escesivamente delgado, pequeño y corcobado hasta el extremo de que los hombres de estatura regular tenían miedo de encontrarse con él porque no se les enredase entre las piernas.

Una noche lo halló en la calle á deshora la ronda, y el alcalde de barrio, que la mandaba, le dijo:

—Vamos, señor don Perico, es necesario que se recoja V. pronto.

—Señor alcalde, contestó riendo el enano, ¿me quiere V. mas recogido?

¿Cuántos dioses hay?

A un niño que habia sido reprobado en un examen de doctrina cristiana, le decia su padre:

—¿Por qué estás tan triste? ¿qué tienes, hijo mio?

—Qué quiere V. que tenga, que el señor maestro me está siempre reprendiendo y llamándome torpe.

—Lo serás.

—¿Qué lo he de ser! si es que nunca contesto como él quiere. Ahora mismo me ha preguntado que cuántos dioses hay.

—¿Y habrás contestado que uno?

—¿Ah, papá! ¡qué engañado está V.! le he contestado que tres, y aun no está contento! ¡y queria usted que le dijese uno! ¡ya se hubiera puesto bueno!

El sombrero de Carlos III.

Pidió una audiencia á Carlos III un hombre célebre por su saber y por sus virtudes, pero muy poco conocedor de la etiqueta de la corte.

El aturdimiento que le produjo la presencia del rey fué tan grande, que sin atender á nada ni á nadie avanzó hácia el monarca con el sombrero calado. Este observó su turbacion y lo recibió con amabilidad sin darse por entendido. Concluida la audiencia, y al retirarse, conoció el buen hombre que no llevaba el sombrero en la mano, y como viesse uno que estaba allí cerca, instintivamente lo cogió y se lo plantó encima del primero, como si tal cosa.

El rey se sonrió y dijo:

—Hombre, cuando menos déjame el mio.

El paraiso de los moros.

Cuenta Albufeda que una vieja preguntaba á Mahoma lo que se necesitaba hacer para ganar el Paraiso. El falso profeta respondió:

—Amiga mia, el Paraiso no se ha hecho para las viejas.

Oyendo esto la del cuento, principió á llorar con la mayor ansiedad; pero Mahoma la consoló diciendo:

—Tranquilízate, no entran las viejas en el Paraiso, pero es porque rejuvenecen todas al llegar á la puerta y se quedan de quince años.

—¡Loado sea Dios y su profeta! exclamó la vieja retirándose.

Adivinanzas.

- 21 —¿Qué diferencia hay entre un sastre y un ladron?
- 22 —¿Cuál es el animal que cambia de sexo al morir?
- 23 —¿Cuál es la planta sobre la que se detienen mas tiempo los que estudian botánica?
- 24 —¿Qué es lo que mas se parece á la media luna?

La libertad á tiros.

Diez años hace que D. Marcos de la Tiradilla sale todos los dias á caza al bosque de... con una magnífica escopeta de tres ó cuatro cañones, con un vestido flamante *ad hoc*, y sendos cuernos guardados y barnizados henchidos de pólvora y perdigones: y por supuesto, hace diez años que el buen Tiradilla es la burla de su mujer y de sus amigos, porque no ha conseguido llevar á su casa ni siquiera un pájaro de esos que se mueren de viejos.

Dos días hace que el negro puntillo exaltó á nuestro hombre y dijo á su mujer:

—Voto á brios, Dorotea, que te ofrezco traer hoy un conejo muerto por mí de un tiro en ese bosque maldecido, ó dejo de ser quien soy.

Esto no pasaba de ser una bravata; pero el hombre, que tenia ingenio, ideó el medio de cumplir su palabra.

Vosotros, lectores, ¿imagináis imposible encontrar este medio? pues hélo aquí:

Compró un conejo vivo, lo llevó al bosque, lo ató con un fuerte lazo á un pequeño arbusto, y, claro está.... ¿Os parece mal? discurrid otro mejor.

Pues señor, dispuesto todo de este modo, carga su escopeta de cuatro cañones, pone en cada uno doble tiro, se prepara, coloca los cuatro cañones á dos ó tres pulgadas del desgraciado conejo, apoya la escopeta sobre una piedra para que no falsee, dispara los cuatro tiros á la vez para que no haya escusa que valga, y, plum, cataplum, plum, plum... nuestro hombre cae de espaldas.

Se levanta despues, mira.... los cuatro tiros habian ido derechos, derechos, á cortar la cuerda; y el conejo sano y salvo, estaba comiendo yerva, como si tal cosa. ¡Vaya un cazador que era el buen Tiradilla!

La mujer perdída.

En un periódico de los Estados-Unidos se insertaba hace poco el siguiente anuncio:

«Ha tomado las de Villadiego, ó me ha sido robada, mi mujer Fanni. Tenga entendido el que piense devolvérmela, que le romperé las piernas.

»En cuanto á sus deudas, dejo á cada acreedor su derecho, porque no habiendo pagado jamás las mias, mal podria satisfacer las suyas.»

Consejo de mujer.

Un tendero pesaba y media mal, dando de me-

nos en cuanto vendia, y acusándole demasiado su conciencia, comunicó con su mujer el remedio que se podría poner.

—El remedio será, dijo ella, que en adelante nos hagamos tejedores de lana, y así como en las cosas de tienda dábamos de menos, así en el peso de la lana daremos de más á las hilanderas, para que nos salga el hilado barato.

—Doblado engaño es ese, contestó el marido.

Enigmas.

13.

Como ni corro ni vuelo
no soy ave, cosa es llana.
aunque, estar en alto, suelo.
Soy una simple serrana
de los aldeanos consuelo.

14.

Aunque estoy sin lengua y muda
penetro mucho las cosas,
porque soy sutil y aguda,
aunque he nacido muy ruda
en las sierras escabrosas.

15.

Aunque dicen esa es puerta,
nunca tuve cerradura
ni clavos y estoy abierta,
porque es redonda mi hechura
con dos orejas cubierta.

Papeles viejos.

Registrando un amigo nuestro los papeles viejos de sus abuelos, halló entre ellos uno escrito con

muy buena letra, el cual tenia las dos misivas siguientes, cuya fecha se remonta á la guerra de la Independencia. Nuestros lectores juzgarán por su contenido:

«Adjunto remito á V. S. veinte y cuatro burros, incluso el oficial Sanchez, con veinte hombres de su compañía, los cuales van todos cargados de armas.

»Adjunto incluyo á V. S. cuatro granaderos, que van en piernas, porque tienen el calzado roto.»

Curiosidad de mujer.

Se cuenta del conde de Bufon que paseando una tarde con cierta familia amiga, una señorita le interrogó sobre la diferencia que habia entre un toro y un buey. El conde, dirigiendo la vista y la mano á un prado próximo le dijo:

—¿Vé V. aquellas preciosas terneras que saltan y brincan en el prado? Pues bien, los toros son los padres, y los bueyes ni son ni pueden ser mas que tios.

El verdugo barato.

Aconteció en una villa que tenian un hombre para justiciar, y como se hubiera muerto el verdugo, fueron á ver á un saboyano no muy listo, que vivia en el pueblo y no tenia blanca, ofreciéndole por hacer de tal cuatro ducados, que aceptó muy contento. A poco tiempo, habiéndosele concluido el dinero, y no teniendo que comer, recordando la facilidad con que habia ganado el premio, convocó un dia el pueblo á son de campana, y cuando lo vió junto, se asomó á la ventana y dijo:

—Señores: ya sabeis que por colgar á un hombre el otro dia me disteis cuatro ducados, ahora que se me han concluido, he pensado una cosa, y es que á chico con grande de vosotros, yo me holgaré de ahorcar todos los de la villa, á medio du-

cado cada uno. Ya veis que salís bien librados. Y sin embargo no aceptaron.

El acreedor y el deudor.

Un estudiante debía 200 reales vellon al hijo de un comerciante, su amigo. Un dia el estudiante, sin duda en un momento de distraccion, sacó del bolsillo diez reales en presencia de su acreedor.

—Pepe, le dijo este; ya sabes que me debes diez reales, y si quisieras volvérmelos te lo agradecería.

—Y tú sabes, querido, que lo que te debo son doscientos.

—Digo que son diez.

—Y yo digo que son doscientos.

—Vamos á cuentas, Pepe; si me das los diez, te perdono la deuda.

—No, no, amigo mio, quiero mas tener los diez y deberte los doscientos.

El derecho de los hermanos.

La cofradía del Santísimo Sacramento celebraba una fiesta en la iglesia de San Diego, y solo se permitia entrar en ella á los hermanos y á los parientes convidados que llevaban esquela. Un muchacho, que no debía saber la consigna, se empeñó en entrar, alegando que tenia derecho para ello.

—¿Y por qué tienes derecho, le dijo el encargado de la puerta, si solo tienen los hermanos?

—¿Y los parientes?

—Tambien.

—Pues entonces debo entrar, porque es claro, que siendo mi padre hermano, yo debo ser sobrino del Santísimo Sacramento.

El peine de asta.

Don Pedro Astorga y Megía
Regaló un peine á su esposa,

Y Ana, su amiga, oficiosa,
 Fijándose en él decía:
 —Soberbio gusto has tenido,
 El peine tiene buena asta;
 E Irene repuso:—¡Oh! basta
 Ser cosa de mi marido.

La prudencia de un marido.

Unos jóvenes borrachos se encontraron con la mujer de Pisítrato y la insultaron. Al día siguiente, vueltos en su acuerdo, se echaron á los pies del marido llorando y pidiéndole perdón. Levantólos Pisítrato, y les dijo:

—Andad y sed mas sóbrios; pero desengañaos, mi mujer no salió ayer de casa.

Un perro barbero.

■ Cayó un borracho en medio de un arroyo no pudiendo resistir el peso del vino que había conseguido acomodar en su estómago; y su perro, que le seguía á poca distancia, se le aproximó y principió á lamerle cariñosamente la cara.

Nuestro hombre, que creyó estar en la barbería, se volvió con algun trabajo, y haciéndole una muéca estrafalaria, dijo:

—Maestro, déjeme V. bigote.

El cazador sediento.

■ Acosado por la sed entró un cazador en busca de agua en una cabaña de pastores, donde encontró á una pobre vieja, abuela de seis chiquillos, tan sucios y mal perjeñados como ella, que, colocados en círculo, se entretenían en pasar de mano en mano un mugriento jarro.

El infortunado sediento, que era bastante escrupuloso, vaciló un instante al observar esta evolución; pero como le apremiaba la necesidad, pidió la

vasija. Una vez en su poder la aplicó á sus labios por un pequeño portillo, presumiendo que tal vez por allí no habrían bebido ni la vieja ni sus malditos nietos. Aquella familia se deshizo en aplausos viéndole beber, y preguntando el cazador la causa de aquel regocijo, la vieja contestó:

—Tiene V. el mismo gusto que nosotros. Por ese portillito bebemos todos en casa.

Nuestro hombre salió de la cabaña pensando morir.

El ojo hallado.

Entró Quevedo en un locutorio de monjas á visitar una que tenia fama de muy literata y muy aguda, pero que por desgracia era tuerta.

Quevedo, que llevaba segunda intencion, se puso á mirar por todos los rincones como si buscara alguna cosa.

—¿Qué busca V., Sr. D. Francisco? preguntó la monja con algun interés.

—Señora, respondió Quevedo con socarronería, busco un ojo.

—No se canse V. en buscarlo, contestó la monja sentándose, que sobre él estoy.

El cojo y su enemigo.

Disputando un caballero con otro que era cojo, le decia enojado:

—Yo le haré á V. asentar el pié llano, cojo de Barrabás.

—Si pudiera V. hacer eso, señor mio, contestaba el cojo, no lo tendria á V. por enemigo.

La satisfaccion bien dada.

Hé aquí un diálogo curioso entre un tonto y un hombre de talento:

—Caballero, sé positivamente que en la reunion de la condesa ha dicho V. de mí que era un necio.

—Caballero, no he dicho tal, y para que V. se convenza le puedo repetir mis palabras una por una, y usted juzgará.

—Acepto.

—D. Juan, he dicho, no es de los hombres grandes que saben mucho, ni de los necios que saben poco; es decir, D. Juan no sabe poco ni mucho.

—¡Ah, eso es otro!

El parentesco con la mula.

Un labrador, á quien se habia muerto su madre, salió un dia de fiesta montado sobre una de sus mulas, cargada de campanillas y aderezos de terciopelo encarnado y cintas de colores. Uno de sus parientes lo encontró en la calle y le dijo muy encolerizado:

—¿Cómo te atreves á salir de casa de ese modo? ¿Qué vergüenza es la tuya?

—Dime, pariente, ¿en qué he pecado?

—¿Haciendo tan poco que ha muerto tu madre, llevas la mula vestida de colores, y me preguntas en lo que has pecado?

—Perdona, pariente, repuso el astuto labrador, porque hasta ahora no se me habia ocurrido la idea de que la mula tuviese parentesco alguno con mi madre.

La industria de un pobre.

Visitando hace pocos dias á un amigo—que si no tantos como tenia el caballero Argos, tiene mucho mejores ojos—me encontré sorprendido al encontrarlo comiendo unas guindas enanas y raquíticas, calados en su nariz sendos anteojos de cristal de roca.

—Desdichado amigo, le dije apretándole la mano, ¿qué desgracia es esta?

—Nada, no te alarmes, no es una desgracia, es una industria; siéntate y escúchame. Ya sabes que, como dicen hoy, he venido á menos; pues bien, es-

ta es una industria para venir á mas con poco dinero.

—¿De veras? ¿sabes que eso es muy curioso?

—Si. Antes, por ejemplo, estaba acostumbrado á comer perdices deliciosas; pero hoy, cuando tengo dos cuartos, compro un pájaro, me calo estos anteojos de aumento, que lo hacen crecer diez veces, lo miro con ellos y me formo la ilusion de que es una perdiz ó un capon.

—¡Magnífico!

—Si tengo dos reales para comprar un pollo tisi-co, ¡ay! amigo mio, entonces los anteojos mágicos me lo convierten en pavo. Pero, ¿qué mas puedo decirte? ¿ves estas guindas que parecen garbanzos de los de seis cuartos la libra? pues para mí son mollares tan grandes como melocotones.

—La idea la creo escelente, inmejorable, amigo mio, si se comiese por los ojos, pero aun así me ocurriria una dificultad.

—¿Cuál?

—¿Se dará por contento el estómago con ese fantasmagórico aumento de volumen?

—¡Vah, el estómago! Los pobres lo hemos suprimido por inútil.

Hágalo usted mejor.

Un pollo de los que cumplen los años en marzo estaba haciendo ruido en los hierros de una reja con la contera de su baston. El dueño de la casa, irritado con aquel sonsonete insufrible, abrió de par en par las ventanas, y dijo montando en cólera:

—Caballerito, eso está muy mal hecho.

—Pues hágalo V. mejor, contestó el pollo con descaro, ofreciéndole el baston.

La cara de un feo.

Cuando vino por primera vez á Madrid el señor N. causó tal asombro su fealdad exagerada, que

la corte quedó muda sin atreverse á pronunciar una palabra.

Pasado cierto tiempo principió á hablarse de él en algunos corrillos.

—¿Han visto Vds., señores, decia un dia un andaluz, que piernas tan malas tiene N.?

—¿Cuánto hace que V. lo conoce? le preguntó un literato.

—Apenas lo he visto cinco ó seis veces.

—Entonces disimule V., pero no puedo creer que se haya hecho cargo de las piernas.

—¿Y por qué?

—Porque soy tan observador como pueda V. serlo, y habiéndolo visto mas de cien veces, todavía no he pasado de la cara.

El efecto de las borrajas.

Un conde daba á sus criados de comer con mas economía de la conveniente al estómago de los jóvenes. Habia leído en un libro de medicina que las borrajas alegraban el espíritu y alimentaban el cuerpo, y con el santo propósito de conseguir tan buen resultado, durante tres ó cuatro meses no les dió otra cosa para cenar.

—Comedlas con placer, les decia, hijos míos, porque es una ensalada que alegra los corazones, y vosotros mismos poco á poco os convencereis de esta verdad y me dareis la razon.

—Efectivamente, el conde fué profeta, porque una noche en que su señoría estaba próximo á desesperarse atormentado por horribles dolores de gota, de repente se abrió la puerta del salon y se lanzó en él toda la cáterva de criados y criadas armados de sartenes, cazos y almireces saltando y bailando al compás de aquellos descompasados instrumentos.

—¿Qué quereis de mí, miserables! gritó el conde con voz de trueno.

—Señor, no se alarme V. S., dijo uno de los cria-

dos, esto no es mas que el efecto producido por las borrajas. Lo que V. S. dijo es cierto; la alegría que infunden en los corazones es tal, que contra toda nuestra voluntad nos obliga á saltar y ¡á cantar.

—Mayordomo, dijo el conde, desde hoy que ¡les den carne para cenar, no sea que la alegría los mate.

La pretension imposible.

En tiempos de Carlos II se hallaba en Madrid un pretendiente tan tenáz y tan resuelto, que no vacaba destino que no pretendiese.

Hablándose una noche en cierta tertulia de este caballero, preguntó uno:

—¿Me sabrán Vds. decir, señores, qué es lo que ahora pretende fulano con mas especialidad?

—No estoy muy seguro de ello, contestó uno con gracia; pero creo que habiendo muerto la reina madre, pretende que lo hagan á el.

Los celos de un hombre pacífico.

Amaba uno extraordinariamente á su mujer y no cesaba de ponderar el exceso de su dolor si llegaba á hacerlo desgraciado.

—Me volveria loco, decia, y la mataria á ella y me mataria yo, y mataria á todo el mundo si á tal extremo llegase mi desventura.

En tal situacion ocurrió que aquel buen hombre necesitó viajar con su mujer, y al pasar por un bosque un caballero sobradamente atrevido se apoderó de la mujer, mandó al marido que le cuidase el caballo y la capa, y delante de sus barbas se entretuvo con ella en dulces coloquios.

Cuando los dos esposos quedaron solos, le dijo la mujer:

—Pero hombre, ¿cómo es posible que hayas podido consentir lo que acaba de suceder? ¿En dónde

están aquellas bravatas tan estemporáneas con que me aturdías los oídos?

—Calla mujer, y no seas tonta: tú no sabes que mientras vosotros hablabais, yo le he llenado la capa de cuchilladas.

La abundancia de caza.

Algunos jóvenes cazadores preguntaron á un andaluz, también cazador, si había muerto muchas piezas en un bosque al que había ido á ejercitar su habilidad.

—Tantas, contestó, que solo he podido traer á casa, y eso con mucha fatiga, una pieza por cada mil de las que he muerto.

—Entonces la caza debe ser allí muy abundante.

—Lo es en tal grado, repuso frescamente, que para tirar á los conejos tenía que retirar las perdices con el cañón de la escopeta.

El sacristan y su ayuda.

Apurado un sacristan porque él solo no podía asistir con puntualidad á las necesidades del culto de su iglesia, escribió y presentó al señor cura un memorial en que le pedía una ayuda. El cura tomó la pluma y puso al margen el decreto siguiente:

—Que se la echen.

Las herraduras en su lugar.

Decía un arriero á un herrador:

—Maestro, ¿cuándo acaba V. de hacer las herraduras para mi borrico?

—Con ellas ando.

La música en el entierro.

Estando un hombre gracioso en los últimos ins-

tantes de su vida, el escribano que estendia su testamento le dijo:

—Fuerza será que consigne V. alguna cantidad para los músicos que hayan de asistir á su entierro.

Aquel hombre, conservando su humor festivo hasta las puertas de la eternidad, le replicó:

—La música que la pague el que la oiga.

El capitán y el soldado.

Con el objeto de mofarse de un pobre aldeano que conducia una manada de cerdos, se le acercó un gracioso y le dijo:

—Dios te guarde, capitán de lechones.

El aldeano le contestó:

—Seas bien venido, soldado de mi compañía.

Los versos de un rey.

Presentando Felipe IV unos versos medianos al inmortal Quevedo, y exigiéndole que espusiera con franqueza su parecer acerca de ellos, le dijo:

—V. M. se sale con todo lo que emprende. Hoy se ha empeñado en hacer versos malos; y á fé que no habrá quien se atreva á hacerlos peores!

El plato valiente.

Los padres de la Merced convidaron un dia á comer á D. Francisco Quevedo, que viendo poner en la mesa un plato de nabos, exclamó:

—¡Bravo, sobervio, valiente plato es este!

—¿Y por qué? le preguntó el comendador.

—Porque maldito si tiene nada de gallina.

El poeta herrador.

Cierto caballero cortesano dijo un dia á Quevedo:

—Amigo mío, diga V. algo en verso que nos haga reír.

—Deme V. pié, repuso nuestro poeta.

—Ahi le tiene V., y el cortesano le dió el suyo, levantándolo por detrás.

Quevedo lo cogió inmediatamente y con la espontaneidad que le distinguia dijo:

Buen pié; mejor coyuntura,
Parece, noble señor,
Que yo soy el herrador
Y vos la cabalgadura.

Los árboles del Paraiso.

Examinábase de último año de teología un brillante jóven á quien sus catedráticos tenian interés de desairar. Nada omitieron para obtener este resultado, y el dogma, la disciplina y la historia fueron apurados por los maestros y el discípulo, que en todo estuvo felicísimo. Viendo aquellos que la presa se les iba de las manos, trataron de sorprender á nuestro escolar, y el mas severo le preguntó:

—Dígame V.; ¿qué distribucion, qué orden guardaban entre sí los árboles del Paraiso terrenal?

El teólogo, sin vacilar, y señalando á cada uno de sus examinadores, respondió:

—Aquí habia un alcoroque, allá un camueso, mas allá un naranjo.

—Basta, basta, dijeron con prontitud. Estamos satisfechos.

Una cabeza de espediente.

Un alcalde de monterilla, instruyendo las primeras diligencias de un proceso en averiguacion del paradero de un borrico robado por los gitanos, tropezaba con el inconveniente de no hallar en su ca-

beza el medio de rotularlo bien. Para salir de este embarazo preguntó al secretario:

—¿Qué has puesto en la primera hoja de esos papeles?

—He puesto, contestó el interpelado: «*Espediente para un borrico.*»

—Eso no está bien.

—Pondre, *Espediente sobre un borrico.*

—Aun es eso peor.

—Diga V. su parecer, dijo el secretario.

—Dame acá, que yo lo arreglaré mejor.

Y cogiendo el espediente puso en letras muy gordas:

—*Espediente por un borrico.*

El caballo lector.

✓ Ponderando un gitano las circunstancias de un repugnante jaco que habia sacado á la feria, decia á uno de los circunstantes:

—No se quede V. sin él, señorito, porque este animal es tan alhaja que hasta sabe leer.

—Vaya, eso es un desatino. ¿Sabe V. lo que se dice?

—Lo que V. oye, compadre. ¿Tiene V. algun papel á la mano?

—Aquí hay un trozo de periódico; pero no se atreverá V. á hacer la prueba.

—No sea V. inocente. Venga ese papel.

Y diciendo y haciendo se lo puso al jaco delante de los ojos. Como el jaco no decia esta boca es mia, el otro se retiraba riendo y el gitano repuso con la mayor gravedad:

—Estos hombres piden gollerías. Apuesto á que el señorito queria que el jaco supiera tambien pronunciar.

Una pequeña dificultad.

Un magistrado cargado de años y hombre de gran reputacion en el foro francés, se presentó un dia á

Enrique IV, que lo recibió con la mayor benevolencia.

—¿Qué deseas? le preguntó el rey.

—Señor, hace dos años que estoy sin empleo y mi familia está pereciendo.

—Es muy justo que pidas, y te tendremos presente para la primera vacante que ocurra en tu categoría.

El magistrado se retiró lleno de esperanza y confiado en la palabra del soberano; mas viendo que pasaban un mes y otro mes y que no se le reponía, volvió á la presencia de S. M., que le salió al encuentro con aire de satisfacción.

—Ya tengo un cargo, le dijo, que te vendrá como de molde para salir de apuros.

—¿Y puede saberse cuál es, señor? observó el magistrado con timidez.

—Sí; vas á tomar posesion de una canongia en Tolosa.

—Señor, tengo una pequeña dificultad; soy casado con ocho hijos.

—¡Vaya, vaya! repuso el rey volviéndole la espalda. Si te andas con esos escrúpulos, en tu vida conseguirás colocarte.

¿Es historia ó fábula?

Cuenta Josefo una cosa notable de la habilidad y fuerza de un romano, y es que siguiendo á un judío, lo agarró por el talon, lo levantó en alto, y lo llevó de aquel modo vivo á su general.

El soldado arqueólogo.

En la pared de una catedral leian dos literatos una inscripcion latina, pero en voz tan baja que nadie lo oia.

Por casualidad pasaba un soldado y se paró detrás de ellos, y no sabiendo leer, ni menos enten-

der lo que decia, al ver la curiosidad con que todos miraban, se puso á hablar de este modo:

—¡Oh! ¡qué bueno! ¡qué lindo por cierto!

Uno de los literatos volvió la cara, y dijo:

—Hola, buen militar, ¿conque V. entiende de esto?

—¡Ah! señor: nada, nada, y por eso creo que es tan bueno; porque á fé que si yo lo entendiese, muy poco es lo que debia valer.

Adivinanzas.

- 25 —¿Existe algo que pueda hacer á todas las mujeres igualmente hermosas?
- 26 —¿Quién es el que lleva sin escrúpulo su sombrero en la cabeza, lo mismo delante de un príncipe que de un rey, ó de un emperador?
- 27 —¿Qué es lo que hacen con el tiempo todos los hombres y todas las mujeres, los nobles y los plebeyos, los grandes y los pequeños, los ricos y los pobres?
- 28 —¿En qué mes hablan menos las mujeres?

Los tres asientos en la diligencia.

La señora doña Genara pesa mas de 18 arrobas, y si entra en la diligencia no tiene bastante con cinco asientos.

Pero es una señora muy de su casa y muy económica, y como tal, queriendo marchar á Zaragoza en la diligencia de ayer, mandó á un criado que solo le tomase tres, creyendo buenamente que se podria acomodar en ellos no llevando el perro y alijerándose de ropa.

Llegó la hora de la partida, todo el mundo estaba en su puesto, la diligencia casi llena, y el mayoral á punto de marchar.

—¿Cómo se llama V.? preguntó el empleado de la diligencia.

—Doña Genara.

—Efectivamente: berlina, núm. 3.

—¿Y los otros dos asientos?

—Están ocupados.

—Entonces no es el mio.

Espere V. espere V., dijo el empleado mirando la hoja. Interior, núm. 6.

—Bien; y los otros cinco?

—Tomados.

—Pero, señor, gritó entonces doña Genara casi desesperada; yo he mandado á mi criado que tomase tres asientos para poder ir con alguna comodidad; ¿en dónde están, dígame V. en dónde están?

—¡Ah! ¿tres asientos para V. sola? Pues bien; no se perderán, aquí los tiene V.: uno en la berlina, otro en el interior, y otro en la rotonda. Tres, justos y cabales, uno en cada departamento; no se ha podido servir á V. mejor.

La pobre señora se desmayó, y creo que no ha recobrado el sentido.

Modelo de cartas conyugales.

Una joven esposa escribía á su marido ausente:

—Tomo la pluma para escribirte, porque nada tengo que hacer, y concluyó la carta porque nada tengo que decirte.

Enigmas.

16.

¿Qué es la cosa que displace
juntamente y dá contento?
quita la fuerza y aliento
y estos dos efectos hace:
dá gusto y dá sentimiento.

17.

¿Quién es aquel que su sér
no fuera tal si se viera?
que al verse, aunque no quisiera,
dejára al punto de ser
lo que antes de verse era.

El espanta-pájaros.

Observando un albeitar de aldea que los gorriones se le comían la mayor parte del trigo que tenía en su granero, trató de remediar este mal poniendo para espantarlos una escoba grande en el centro del monton, disfrazada con una levita de inmensurables faldones y el mayor y mas importante de sus sombreros.

Fiado en esta idea feliz, descuidó por algun tiempo sus visitas al granero, hasta que al fin subió, mas que por recelo, por gozar un rato del buen resultado de su estrategia. Pero ¡oh desdicha! No solo el monton habia menguado exageradamente, sino que los desvergonzados animales se habian atrevido á hacer sus nidos en los bolsillos de la levita.

Un acreedor de lo que no hay.

Figuraos si tendria mala memoria un zapatero, llamado Pedro Diaz, que olvidó nada menos que el nombre de su acreedor, á quien habia prestado un duro. Dábale tanta pena este olvido, que no pudo menos de confiarlo á su mujer, y ella, que se pintaba sola para sacar dinero, le dió un buen consejo, reducido á contestar á todos los que le saludasen en la calle, diciendo:

—Mejor me vendria mi duro.

De esta manera, añadia la mujer, cuando saludes á quien nada te deba, pasará adelante sin ha-

cer caso, y cuando tropieces con el verdadero acreedor, no podrá menos de dar sus excusas.

El marido siguió el consejo al pie de la letra, y á tantas personas saludó de este modo, que al fin tropezó con su deudor, que le dijo:

—Hombre, yo te daré el duro sin tantos rodeos.

El contrato deshecho.

Hace pocas noches iba una pobre mujer ayudando á mal andar á su pobre marido, cuya cabeza (aparte lo del matrimonio) no estaba muy buena que digamos, gracias al tinto de la mancha. Como en tiempo de lluvias es muy fácil un resbalon, cátrate que en el momento en que iba á entrar en su casa..... *cataplum*..... sin pensarlo y sin quererlo, dieron los cónyuges con su cuerpo en tierra.

—¡Maldiga Dios el vino! dijo la esposa levantándose.

—¡Maldiga Dios el agua! refunfuñó el marido, mientras que el mosto empezaba á salir de su estómago en forma de arroyo.

—Señor Domingo, gritó el tabernero que venia corriendo tras ellos, la peseta que me hadado V. es de plomo, y estas no entran en mi cajon.

—Bien, compadre, añadió el borracho levantándose, nada hay perdido. Queda deshecho el trato. Venga mi peseta y ahí en el suelo tiene V. su vino, que tampoco ha querido entrar en mi casa.

El cubo de chocolate.

—¡Muchacha! dale al señor un pocillo de chocolate; decia un ricachon castellano á su criada al recibir en su casa á un miñon aragonés, que ignoraba se diese en Castilla la Vieja el nombre de pozos ó pocillos á las gicaras.

El aragonés se apresuró á contestar á su patron con la mayor cortesía.

—Gracias, gracias, señores. No hay que molestarte tanto. Yo con un cubo tengo bastante.

La zarza alguacil.

Caminaba un sastre de Daroca, llamado Pechicay, con intencion de amanecer en un pueblo cercano, en el que pensaba ganar el jornal del lunes. Era una noche triste y oscura, y apenas habia andado media legua, cuando llegó á lo mas espeso de un largo bosque que debia precisamente atravesar.

El canto lúgubre del buho, el ladrido de los perros de ganado y el famélico ahullido de los lejanos lobos, apenas dejaban aliento para respirar, pero mucho menos valor al sastre sin ventura para dar un paso. El miedo se apoderó de su corazon y puso grillos á sus pies, y en cada sombra, en cada bulto que distinguian sus ojos de gato, se le figuraba ver un espectro amenazador ó un ladrón cubierto de sangre.

De repente se oye un ruido extraño, y el pobre hombre se encuentra detenido y sujeta su capa por una fuerza invisible. ¡Oh Dios mio! ¡qué horror! un sudor frio cae por su frente, las manos le tiemblan, sus piernas se estremecen, y en sus mandíbulas crispadas se deshacen sus dientes chocando unos con otros.

—Señor, dice á poco rato, si es V. una alma del purgatorio, suélteme por Dios, y yo rezaré y mandaré decir cuantas misas pueda, aunque no beba mas vino. Señor, decia despues, yo soy un pobre sastre que va á ganar su vida, y mi mujer y mis hijos se morirán de hambre si estoy aquí preso tres ó cuatro años mas.

Pero el que lo tenia preso se hacia el sordo y no lo queria soltar á pesar de su llanto y de su desesperacion.

No debe ser alma, pensaba el sastre, cuando no

se contenta con oraciones, y se empeña en tener agarrada la capa... y luego continuaba:

—Señor ladron, déjeme V. marchar por su vida, así Dios le de bolsillos de oro en vez de capas viejas; que soy un pobre sastre que va á ganar el pan de sus hijos.

En este espantoso estado quiso Dios que pasara la noche y que llegase la luz del nuevo dia á iluminar aquella escena. El sastre levanta la cabeza, tiene miedo de mirar atrás, porque piensa ver la boca de un fusil que le está amenazando. Poco á poco, y con el mayor disimulo posible, va volviendo la cara. ¡Dios mio! ¿quién será el que lo tiene preso? ¿lo matará? Con el rabo del ojo principia á ver á su espalda, adelanta mas la vista, ya vé por completo: ¡ah! el espectro, el fantasma, el ladron es... ¡una zarza!!!

Da el sastre un salto de cuatro varas, y tijera en ristre, acomete á la zarza con el valor de Aquiles, y esclama lleno de noble y valerosa indignacion:

—¿Tú eras? ¡ah maldita, vil y cobarde! yo te juro que si como eres zarza fueras hombre, habia de beber de tu sangre. Y diciendo y haciendo, principió á dar mandobles tijeriles sobre la zarza infeliz, que en un santiamen se vió yacer postrada en el suelo.

Y luego dirán que era cobarde el sastre.

El criado recién venido.

Un amigo nuestro recibió ayer un criado que acababa de llegar del pueblo, y para hacerle entrar desde luego en el plan de limpieza y aseo con que está montada toda casa decente, le dijo:

—Es necesario, por de pronto, que te cortes el pelo, dejándote la cabeza monda y lironda; despues irás á una casa de baños, tomarás uno, y te lavarás todo el cuerpo.

—¿Quiere V., señor, que vaya ahora á cortarme el pelo?

—No, irás á la tarde, porque ahora no es posible dejar la casa sola.

Por la tarde estaba nuestro amigo en la sala con algunos caballeros y señoras elegantes á tiempo que entró el pobre diablo del criado lugareño, y dirigiéndose á su amo, le dijo con una voz bastante fuerte, para que todos lo entendieran.

—Señor, ¿será buena hora para que vaya á que me corten aquello que V. sabe?

La ortografía en las calcetas.

Cierto dia un estudiante
 Al revisar su ropilla,
 Se encontró en la pantorrilla
 Un enorme interrogante.
 Siguió el pobrete adelante
 Y al ver que en puntos herbía,
 Su calceta maldecía
 Diciendo:—¡Cuán buena fuera
 Si mas estambre tuviera
 Y menos ortografía!

Lo mismo la pena que el delito.

Un esclavo que iba á ser castigado por su señor se escusaba diciendo que habia cometido el delito sin querer.

Su señor contestó:

—Pues bien, sin querer vas á ser tambien castigado.

La contestacion á una insolencia.

Un gran señor de Inglaterra, entrando un dia en los salones de la princesa de..... vió una señora gruesa á quien no conocia, y acercándose á un caballero jóven que encontró por casualidad, le dijo:

—¿Tendrá V. la bondad de decirme quién es esa marrana cebona que está sentada á nuestro lado?

—Esta marrana cebona, milord, respondió el ca-

ballero, es la embajadora de..... madre de este lechoncillo que tiene el honor de saludar á vuestra grandeza.

La locura de casarse viejo.

Habiéndose casado un viejo cuando tenia setenta años, algunos amigos le hacian una pesada burla diciéndole que habia hecho una gran locura.

El viejo respondió:

—Razon teneis en decir que el hombre en ser viejo pierde el seso, y claro es, amigos míos, que por ese me he casado, porque mientras he sido jóven y he tenido juicio, ninguna me ha podido atrapar.

La nariz cortada y pegada.

Un jóven cirujano de la escuela moderna, tan diestro operador como hábil músico, tan amigo de las disecciones anatómicas como de dar música á las muchachas bonitas de su pueblo, se vió una noche en la necesidad de defenderse contra un agresor que concluyó por derribarle las narices de un sablazo, cortándolas de cercen á cercen como si fueran de calabaza.

Nuestro hombre, vuelto del aturdimiento producido por el golpe furioso, se bajó al suelo con mucha serenidad, cogió la nariz, y bonitamente, como si fuese de cera, la colocó en el punto de donde habia sido separada, é improvisó un apósito con su pañuelo y su corbatin. Hecha de este modo la primera cura, se retiró á descansar, no sin bendecir la ciencia que le habia sugerido tan feliz pensamiento.

Pasados tres dias, y habiendo cesado el dolor, conoció que la herida debia estar curada, y levantando su modesto vendaje, observó que efectivamente era así, porque la nariz estaba pegada con toda seguridad á la cara, como si la hubiera suje-

tado con clavos de á cuarto. Entonces, loco de contento, tomó un espejo para mirarse; pero ¡oh desdicha increíble! vió..... ¿qué os parece que vió? ¡Ah! tenia la nariz pegada, eso sí, muy pegada, pero... al revés, es decir, con los agujeros hácia arriba, á guisa de pipa. Tal era la priesa con que se la habia puesto.

Figuráos ahora la facha que presentaria, y ponedlos en su lugar.

Conocer por el olfato.

Estando en Salamanca de broma muchos estudiantes, el uno de ellos soltó una pluma de la cola, de esas tan modestas que con dificultad se perciben.

Escusándose todos de lo hecho, dijo el mas resabido:

—De Perico es, yo lo sé de cierto.

Respondió el acusado:

—Dice la verdad, porque él demasiado conoce mi género.

Los santos de medio cuerpo.

Disputando dos labriegos sobre las escelencias de los santos titulares de sus respectivos pueblos, dijo el mas entrado en años:

—Desengáñate, Blas, nunca podrá competir el patron de tu pueblo con el del mio.

—¿Y por qué no? replicó el rapaz.

—Porque vosotros no teneis mas que un santo de medio cuerpo y el nuestro es de cuerpo entero. Calcula tú si hay diferencia entre uno y otro.

—¡Ya lo creo que la hay! digo, no es nada.

La murmuracion de los borrachos.

Tres jóvenes, bebiendo juntos, habian hablado

mal y temerariamente de Pirro, rey de los epírotas.

Enviólos á llamar, y con tono amenazador les preguntó si era cierto que hubiesen hablado con insolencia de su persona.

—Cierto es, señor, le respondieron, y hubiéramos dicho mas á no habernos faltado el vino.

Rióse mucho Pirro de la respuesta y los perdonó.

El puente sin pretilos.

Un gobernador llegó á la capital de su provincia, y al segundo día salió á paseo con varias personas, y entre ellas el alcalde; pasaron por un puente que no tenia pretilos, con lo que el gobernador se inmutó sobre manera, y dirigiéndose al alcalde, y echándola de autoridad, le dijo.

—Mucho extraño, señor alcalde, encontrar este puente sin pretilos, haciéndose peligroso á las bestias que por aqui pasen.

El alcalde contestó:

—Perdóneme V. S., pues yo ignoraba que dirigiese hoy el paseo por aqui; pero le juro que cuando vuelva á pasar, puede venir descuidado, porque ya estarán puestos los pretilos.

El apostol correo.

Mandó un caballero á un célebre pintor que pintase la cena de Cristo, y el buen artista, que estaba enamorado, por descuido involuntario pintó trece apóstoles; quiso disimular la falta que habia cometido, y añadió al treceno las insignias de correo.

Pidió la paga de su trabajo, pero el señor se negaba á darla por la falta, ó mas bien sobra, de los apóstoles pintados.

El pintor con calma le dijo:

--No tenga pena vuestra merced, porque ese que

está como correo, no hará otra cosa que cenar, y partirá en seguida.

—Pues bien, contestó el otro, cuando haya partido os pagaré el cuadro.

La cuenta de un italiano.

Una señora casada, jóven y hermosa, mandó hacer á un italiano, estando ausente su marido, cuatro niños de yeso para adornar las rinconeras de la sala.

El primer documento con que el marido se encontró á su vuelta fué la cuenta del italiano, que decia así:

—Por haber hecho cuatro niños á la señora N., cuatro duros.

El marido leyó la cuenta, y no solo se rió, sino que la pagó; lo que, siendo ella tal, no era poco.

La esplicacion de un delito.

Llevaban á ahorcar un asesino, y un palturdo, que miraba los preparativos con ojos estúpidos, preguntó á un caballero:

—Diga su mercé, ¿qué van á hacer á ese hombre?

—¡Ahorcarlo!

—¡Toma! ¡pus cá hécho!

—Yo le diré á V.: ha cometido un delito espantoso, un crimen horrible, ¡qué! si es una cosa increíble. Figúrese V. que en el mes de diciembre, cuando cayó aquella gran nevada.....

—¡Ya!.....

—Pues bien, entonces, qué hace el tunante; llena de nieve una porcion de salones que tenia, la coge despues poco á poco, la lleva al horno, la seca perfectamente á fuego lento, la reduce á polvo finísimo, y la ha vendido por azúcar.

—¡Ah, maldito falsificador! ¿Conque ha cometido

un delito tan grande? Y sin embargo, no hacen mas que ahorcarlo.

—Abí verá V.

Adivinanzas.

- 29 —Quién es el primero que hace hervir la olla por la mañana en Madrid?
- 30 —¿Qué es lo que llevaba Alejandro Magno en la mano izquierda cuando tomó la ciudad de Lampsaco?
- 31 —¿Por qué los de Madrid nos vamos á la cama?
- 32 —¿Quién es aquel que lleva continuamente corona, barbas largas y espuelas?

La vieja á caballo sobre un cerdo.

Una honrada familia tenia prohibido salir de casa á una pobre vieja, que sin otro delito que el ser estrepitosamente fea, era la burla de los chiquillos, sin que por eso dejasen de tenerla en olor de bruja en todo el pueblo.

Aconteció que se celebraba anualmente una mascarada, á la que ningun vecino faltaba, si se exceptúan los enfermos, y aun estos eran acercados y sacaban la cabeza por la ventana de su casa para mirarla.

La infeliz anciana, no atreviéndose á enseñar la geta por la suya, despues de reflexionar un buen rato sobre el modo de ver la fiesta sin ser vista, determinó bajarse al portal, y entreabriendo la puerta de la casa lo suficiente para colocar un ojo, se dió por contenta, ya que no le era posible satisfacer de otra manera sus buenos deseos.

Pero la desgracia, que siempre persigue á los débiles, hizo que un soberbio cerdo de colosales dimensiones, y que á la sazón estaba buscando por el patio lo que no le habian dado en todo el dia, resolviese salir á la calle en el momento en que por

ella pasaba lo mas florido de la procesion. No sabemos en qué forma sorprenderia á la descuidada anciana, pero es lo cierto, que viendo la luz en la calle colóse por entre los pies, y abriéndose paso con el hocico, la sacó montada hasta el arroyo

Lo que sucedió al ver la espantosa vieja caballe-
ra sobre el cerdo en medio de la fiesta, es una cosa imposible de esplicar. Hombres y mujeres, grandes y chicos, armaron una baraunda terrible concluyendo por llevar en triunfo á la tia Tecla y á su cerdo, recorriendo las calles al son de todos los esquilones que se hallaron en el pueblo.

El parecido completo.

Los señores de..... son dos hermanos gemelos, tan parecidos en todo, que viéndolos juntos no hay quien los distinga. Esta semejanza, ó mas bien igualdad, les puede ser muy favorable, como lo prueba el siguiente sucedido:

Viniendo en la diligencia de Francia uno de ellos, se trabó de palabras con otro caballero y lo insultó. El ofendido, al llegar á Madrid, quiso desafiarlo y principió por tomar informes para enviarle sus padrinos.

—¿Conoces al señor N.?

—Son dos hermanos.

—Yo busco al que se llama Manuel.

—Los dos se llaman Manuel.

—Tiene cuarenta años.

—Son gemelos.

—Es médico.

—Los dos son médicos.

—Es un caballero bizco.

—Los dos son bizcos.

—Está casado.

—Los dos son casados.

—La mujer es muy linda.

—Las mujeres de los dos son preciosas.

—No tiene hijos.

—Ninguno de los dos los tiene.

—Ahora lo vas á conocer: el que yo busco no solo es casado sino....,

—¡Ay! amigo mio, lo son los dos.

—¡Qué diablo! hé aquí dos hombres á quienes no se puede desafiar porque no se pueden distinguir.

El que á los suyos parece....

Uno de esos glotonos que no tienen mas Dios que su vientre ni mas ocupacion agradable que la mesa, solia decir:

—Mi padre comia mucho en poco tiempo; pero mi madre estaba comiendo todo el dia.

—¿Y V.? le decia un amigo.

—Yo me parezco á los dos.

La reprimenda de un padre.

—Bendito sea Dios, decia un padre, que reprendiendo á su travieso niño observaba la actitud humilde y silenciosa que por la primera vez de su vida habia tomado al escucharle. Por fin haces caso de mis saludables amonestaciones, y de hoy mas espero que te corregirás en tus desaciertos.

El niño seguia con la vista baja y fija en un punto. El padre, aprovechando esta buena disposicion, se esforzó en probar la utilidad de atenerse á los consejos de la experiencia, y cuando mas de lleno habia entrado en su perorata, dijo el niño interrumpiéndole:

—Padre, ¿á que no sabe V. cuántas hormigas han salido de aquel agujero?

Comprendiendo el buen hombre la ineficacia de su sermón, tuvo á bien suspenderlo para ocasion mas oportuna.

El zapatero y la cabeza cortada.

—Buenos dias, maestro, dijo un estudiante de buen humor á un zapatero de portal, metiendo la

cabeza y haciendo pedazos los vidrios de la ventana que daba luz á su reducido taller. El zapatero, á vista de tan espantosa catástrofe, exclamó:

—¡Ah infame! ¿no ha visto V. la puerta?

—Me urgia verlo pronto.

—Pues ¿qué quiere V. ? ¿qué se le ocurre?

—Informarme de su salud, buen maestro, porque lo quiero mucho.

—¡Mi salud!! ; ah, mi salud! ¿qué tiene ella que ver con V. ni con su conducta?

—Vaya, vaya, está V. de mal humor y lo siento, porque esto no puede quedar así, se lo prometo solemnemente. Mañana volveré aquí para ver si está mas razonable, y no habrá obstáculos que me lo impidan aunque haya de romper la pared para verlo pronto.

—¡Insolente! V. llevará su merecido.

—¿Qué haré? decia despues el pobre zapatero; este hombre va á concluir con mi tienda si no pongo remedio: despues, viendo que los suyos eran pequeños, pidió prestado á su vecino el herrero un martillo enorme, diciendo para sí: lo cazaré como á una fiera; lo espero, y cuando llegue ¡plaf! lo aplasto.

Llega el dia siguiente, el zapatero espera detrás de la ventana con el martillo levantado; un sudor frio corre por su frente; está dispuesto á cometer un asesinato. ¡Dios mio! va á correr sangre.....

Dan las once, se oye un ruido particular, ruedan por el suelo los pedazos del único cristal sano, entra en el chirivital una cabeza cubierta de cabello rizado y se oye una voz que dice:

—Buenos dias, maestro.

El zapatero tiembla de cólera, deja caer con furor el martillo, y la cabeza rueda por el suelo, separada del cuerpo.

—¡Oh, qué floja la tenia! exclama. ¡Dios mio! ¡lo he muerto! He partido su cabeza como si fuera de engrudo! ¡Ah, moriré ahorcado!

El instinto de la propia conservacion le hace

pensar en esconder aquel objeto; va á cogerla de los cabellos y se encuentra con una peluca, y debajo de la peluca..... con los cascos de un botijo.

Una carcajada se oyó detrás de la puerta.

—¡Ingrato! dijo el estudiante, que se hallaba escondido. Estaba lleno de natillas que venia á regalarle para desengañarlo, ¡y lo rompe!

—¡Ah, maldito! esclama el zapatero tapándose las narices.

La tos y los dientes.

Cuatro dientes te quedaron
(Si bien me acuerdo); mas dos,
Ella, de una tos volaron;
Los otros dos de otra tos.

Seguramente toser
Puedes ya todos los días,
Pues no tiene en tus encías
La tercera tos qué hacer.

El marido sensible.

Sterné, el autor del Viaje Sentimental, daba á su mujer una vida de perros.

Comiendo un dia con el cómico Garrick, recayó la conversacion sobre los deberes mútuos de los dos esposos en el matrimonio, y Sterné se estendió con gusto sobre los encantos y dulzura de una union fundada en la ternura y mútua consideracion de uno á otro, concluyendo de este modo:

—El marido que maltrata á su mujer, merece que las llamas consuman su casa y todo cuanto posee.

—¡Tienes la tuya asegurada de incendios? le dijo Garrick.

El paleta en el teatro.

—¿Qué te ha parecido el teatro? decia un caballero á su criado Domingo, á quien habia regalado una entrada general para el de la Zarzuela.

—Señor, es casi tan majo como el monumento de mi pueblo.

—¡Bien, bien! y la comedia, ¿qué te ha parecido?

—¿Y qué es la comedia?

—Hombre, lo que hablaban aquellos señores y señoras que salían detrás de la cortina.

—¡Ah! yo le diré á V.; han salido allí y han principiado á hablar de sus negocios y de sus casamientos, y como yo no quiero casarme y he visto que aquello nada me importaba, por no meterme en vidas ajenas, me he recostado sobre la barandilla del banco y me he quedado dormido.

Un testamento original.

Hé aquí el de un asentista francés que murió en 1792, y decía así:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu-Santo. Nada tengo, debo mucho, dejo lo demás á los pobres.

El labrador y la linterna.

Durante el sitio de Amiens se dió por orden general que nadie pudiese salir de casa de noche sin linterna. En la misma de aquel dia se presentó un labrador con la suya en la mano.

—Tu linterna, gritó el centinela.

—Héla aquí.

—Si; pero no tiene vela.

—En la orden no se dice que la tenga.

En la mañana del dia siguiente se dió nueva orden mandando que nadie saliese sin una linterna con su vela.

En aquella tarde, al anoecer, se presentó el mismo hombre con su linterna y su vela.

—¿En dónde está tu linterna?

—Héla aquí.

—¿Y la vela?

—Héla aquí.

—Pero no está encendida.

—En la órden no se ha mandado que lo esté, ¡qué diablo! esplicaos claro si quereis que os entiendan.

Fué necesario publicar una tercera órden, en que se prohibia salir sin una linterna en la que se llevase una vela encendida.

Enigmas.

18.

¿Quién es el hijo de un viejo
que tiene otros once hermanos
sin cabeza, pies, ni manos
que nos causan aparejo
de estar y de no estar sanos?

19.

¿Cuál es una hembra triste,
por ser de malos amada,
de cuerpo y alma privada
que de negro traje viste
muy secreta y reposada?

20.

Juego fué de caballeros
lo que dá el nombre á entender,
y en él lucian aceros,
aunque hoy dia los joyeros
son los que esplotan su sér.

La supresion del tiempo.

La preciosa, la encantadora Abelina, niña de diez y seis años, esperaba ayer impaciente á su primo Ricardo. Eran las cuatro, y su primo debia llegar á las seis: ¡ah! pero cómo esperar dos horas una niña tan linda. El tiempo es siempre un viejo perezoso.

so que apenas puede andar para el que espera la dicha; un minuto es muchas veces en la vida mas largo que una hora.

Es necesario azotar al viejo del tiempo para que corra; es necesario suprimirlo.

—¡Va! dice la hermosa: ¿quién espera dos horas pudiendo hacer que pasen en un instante? ¿quién deja la manecilla del reloj que siga su curso con tanta pausa, cuando de un salto la puedo poner en las seis y llegar á la hora deseada?

Dicho y hecho; abre el reloj, coge la manecilla, y zas, ya son las seis.

—Qué imbécil he sido, dice sonriendo; hace media hora que podian haber dado las seis si se me hubiera ocurrido esta idea.

El retrato leyendo.

Un majadero de folio mayor, á quien habian hecho creer sus amigos que leia muy bien, quiso retratarse, y para que se le conociese en la pintura por aquella habilidad, en que él creia sobresalir, le dijo al pintor:

—Quiero que me retrate V. con un libro en la mano, leyendo en voz alta y dando la entonacion y el sentido que, segun es fama pública, sé yo dar á lo que leo.

Receta para los ojos.

Enfermo un mozo tenia
De los ojos á su padre,
Y curarlo pretendia,
Que en efecto lo queria
Como si fuera su madre.

El remedio procurando,
En un libro que se halló
De medicina, hojeando
Un capítulo encontró
De lo que andaba buscando.

Abrojos para los ojos,

El primer renglon decia;
Y sin lér mas, con arrojós,
Como estrella que Dios guía
Fué al campo á buscar abrojós.

Dos almorzadas muy buenas
Trajo, y que quiso ó no quiso,
Al padre, que vé en sus penas,
En los ojos de improvisó
Le puso un par de docenas.

Un lienzo muy apretado
Encima le puso luego;
Con que al padre desdichado
Le saltaron de contado
Los ojos, y quedó ciego.

A leer volvió con enojós
Los renglones, y al mirarlos
Espacio, vieron sus ojos:
Para los ojos, abrojós
Son buenos para sacarlos.

La pérdida irreparable.

Un caballero, que estaba casado con una mujer fea, se lamentaba de la pérdida de su hijo, que era único.

Una de esas vecinas que se empeñan en consolar á todo el mundo, decia:

—Dios es bueno y dará á V. otro, y dos si son necesarios.

—No me diria V. eso, dijo el buen hombre mirando á su mujer, si se hiciese V. cargo de que la medicina es peor que la enfermedad.

El amo rico y el criado fuerte.

Quejábase uno del cansancio de un largo viaje que habia hecho á pie: Sócrates le preguntó:

—¿Os ha podido seguir vuestro esclavo?

—Sí, respondió:

—¿Llevaba algo?

—Llevaba una maleta al hombro.

—¿Y se quejaba del viaje?

—Nada: de manera que así que llegamos lo envié á evacuar algunos encargos.

—Conque teneis sobre vuestro esclavo, prosiguió Sócrates, la ventaja del nacimiento y los bienes; y él tiene sobre vos la de la naturaleza. Vos sois rico y libre, pero débil y afeminado. El es pobre y esclavo, pero fuerte y robusto.

Decid ahora, ¿cuál es mas dichoso?

El francés y los españoles.

Un francés de los que se quedaron en España en tiempo de la guerra de la Independencia, y que no sabe hablar una palabra en español, decia á un compatriota que acababa de llegar de Francia:

—No te puedes figurar lo torpe que es esta gente; hace cuarenta años que estoy en España, y no he podido conseguir que aprendan el francés, que es una lengua tan fácil.

El procurador y el sastre.

Un procurador acudió al juez de paz diciendo que el sastre de portal, su vecino, se reia en sus barbas siempre que pasaba por delante de su casa. El juez dijo al sastre:

—¿Por qué hace V. eso?

—Porque el señor se ha empeñado en pasar siempre que yo me rio.

El tonto y el mosquito.

No sabiendo un caballero cómo entablar conversacion con una jóven bellissima que tenia á su lado en uno de los bancos de piedra del Retiro, aprovechó la ocasion de haberse parado un mosquito en el chal de la hermosa.

—Advierto á V., señorita, dijo, que se ha parado un animal encima de su vestido.

—¡Oh, Dios mio! caballero, dijo la jóven, no veo nada mas que á V.

La instruccion de un pastor.

En la Cuaresma del año último, no, no, yo creo que es en la del anterior, pero ello importa poco para la verdad de nuestro cuento; lo cierto es, como vamos diciendo, que una mañana, despues de haberse confesado, volvió al monte el tio Lamberto el pastor, y llamando á un zagalote, como de quince años, que le ayudaba en la guarda del ganado, le dijo:

—Dime, Bartolo, ¿cuántos años tienes?

—¡Años!! no tengo ninguno; calzones tengo dos pares.

—¡Hombre, por Dios! te pregunto ¿qué edad tienes? es decir, ¿cuánto hace que has nacido?

—No lo sé; cá, si era yo entonces muy pequeño.

—Dios me dé paciencia: hombre, dime, ¿te has confesado alguna vez?

—¡Yo! no lo sé.

—¿Has ido alguna vez á misa cuando te toca ir al pueblo?

—¡Ah! ¿es la misa cosa del pueblo? entonces si quiere V. irá ahora á traerla.

—A traerla no, porque no es cosa que se trae, pero á oirla sí, es necesario que vayas ahora mismo, pues el señor cura no ha querido absolverme porque no te enviaba.

—Entonces me voy.

—Espera, porque te veo dispuesto á cometer un disparate si no te esplico lo que debes hacer. Mira, cuando llegues al pueblo, te vas á la plaza, y donde veas que se dirige mucha gente, sigue detrás, detrás, y haces lo que hagan ellos.

Bartolo no se hace de rogar, se pone la chaqueta y toma la direccion del pueblo.

—¿Qué será la misa? decia en el camino, ¿qué será lo que hacen los demás, que yo debo mirar para hacerlo tambien? De seguro que si fuera cosa de comer, el tio Lamberto no lo hubiera guardado para mí. ¡Toma! eso seguro. Sí, bueno es él para dar nada á los otros, que algunas veces parece que se va á comer la sartén.

Revolviendo estas ideas, llegó á la plaza, á tiempo que pasaba una boda.

—Estos van á misa, dijo Bartolo, sigámoslos; y, sin decir una palabra, se incorporó á la comitiva, atravesaron dos ó tres calles, y llegaron á casa de la novia.

La mesa está preparada; los convidados se sientan, Bartolo mira y hace lo mismo. El novio era rico, la cena espléndida. ¡Oh, qué comida! Principian á comer; Bartolo imita: beben vino, tambien imita Bartolo: arrojan los huesos, Bartolo vuelve á imitar.

—¿Qué despejada es esta gente, dice, ¡ah, no se comen los huesos!

¡Y no haber sabido esto antes! esclama el pobre mozo; ¡haber estado tanto tiempo sin saber qué habia una cosa tan buena como la misa!

La comida se concluye y Bartolo vuelve á su ganado.

—¿Te ha gustado la misa?

—¿Que si me ha gustado! digo, pues podia no gustarme. ¡Como estaba tan mala!

—¿Has hecho lo que hacian los otros?

—¿Que si lo he hecho! y puede ser que haya ganado á todos.

—¿Es decir que quieres volver?

—¡Vaya una pregunta! ahora mismo si hay otra por la tarde; pues digo, si por mí fuera, no hubiera salido de allí, ¡como que era aquello malo!

—Pues bien, el domingo volverás otra vez.

—¿No es domingo todos los dias?

—No, hombre, no.

—¿Qué lástima!

Pasa la semana, el domingo siguiente se encuentra Bartolo de nuevo en la plaza; tocan una campana, la gente se dirige en tropel á la iglesia, porque están dando las doce; el pastor los sigue, entra, vé que todos se dirigen á tomar algo á la pila del agua bendita. Ese sí que es plato, dice chupándose los dedos; en él hay para todos. Llega, mete la mano.

—¡Ah! esclama, solo han dejado caldo!

No quiere sin embargo marcharse sin probarlo. El sacristan lo vé y le aplica media docena de puntapiés como para él solo.

—¡Imbécil! ¡á la iglesia se viene á beber? Ya te lo dirán de misas.

Enigmas.

21.

¿Cuál es de unas cabras bellas
el rebaño y labrador
que asiste muy cerca de ellas?
Mas quisiera estar con ellas
que ser del mundo señor.

22.

No há mucho que tuve vida,
y aunque ahora muerta estoy
sirvo en hacer tu comida,
y en lo que tú convertida
despues de acabarne soy.

El dinero y el vino.

Un aficionado al zumo de uvas decia incomodado á su mujer:

—Pero ¿quién diablo te ha sugerido la maldita idea de bajar á la bodega el cofre del dinero?

—Lo he bajado, contestó ella, porque en ninguna parte de la casa está mas seguro.

—Ven acá, desgraciada, ¿no conoces que en caso de robo, equivocándose los ladrones, podrian llevarse las botellas de vino en vez del dinero?

El viajero universal.

Un marqués necesitaba para ayo de su hijo un caballero instruido y buen humanista, pero sobre todo que hubiese viajado. Fueron muchos los sujetos que se presentaron, y muchas las recomendaciones, hasta que por último llegó uno que por la gravedad de su fisonomía parecia ser el mas á propósito.

—¿Ha viajado V.? le preguntó el marqués.

—Sí, señor.

—¿Por qué paises?

—Señor, he estado dos ó tres veces en Carabanchel de Abajo, y una de ellas he llegado hasta Carabanchel de Arriba. Ya ve V.

—Sí, sí, ya lo veo.

Un buen deseo.

En la seccion de *nodrizas* de un periódico de anuncios de Lóndres se leía el siguiente:

«Una jóven viuda, que está á punto de quitar la leche á una niña de diez meses, desea tener otro niño.»

El casamiento imposible.

Se moria una mujer que durante diez años, como diez siglos, habia dado á su marido una vida de perros, haciéndole pasar en este mundo el purgatorio.

—¡Ah, malvado! le decia en los últimos momentos, apenas habré cerrado los ojos, cuando ya te habrás casado.

—¿Con quién quieres que me case ahora? mu-

jer, dí, ¿con quién? preguntaba el marido, que no había pensado en semejante cosa.

—Cásate con el diablo, contestó la mujer con furor.

—Eso no es posible, dijo el marido, ¿no ves que estoy casado con su hija y lo prohíben los cánones?

El acertijo.

—Mi mujer ha parido, mi mujer ha parido, decía un aldeano al señor cura.

--¿Un niño?

—No, señor,

—¡Ah! bien, una niña.

—¡Diablo! ¿cómo ha hecho V. para adivinarlo?

La muerte de un cadáver.

En *El Boletín oficial* de una provincia se leía el siguiente anuncio judicial:

«Con objeto de averiguar la muerte de un cadáver que se ha encontrado difunto en el pueblo de... se ponen á continuación las señas del presunto muerto para que puedan compararse con las del matador antes de encontrarlo para ver si por casualidad son uno mismo.

El leñador honrado.

Un pobre aldeano, yendo un día al monte por una carga de leña para venderla y comprar con su producto pan para alimentar sus hijos, se encontró en el camino una bolsa, y dentro de ella cien doblones de oro, cuya vista alegraba el corazón.

El aldeano los contó con placer; formó proyectos y echó cálculos agradables descubriendo delante de sí un porvenir de abundancia y de felicidad. Después reflexionó que aquel dinero tenía dueño, se avergonzó de sus proyectos, y escondiendo la bolsa se marchó al campo á su trabajo.

Por la noche la leña no se habia podido vender, y el aldeano y su familia no tenian pan.

—Terrible es la tentacion, decia el pobre hombre, pero este dinero no es mio y no debo gastarlo. Dios, que cuida de los insectos, cuidará de mí y de mis hijos.

Por la mañana se pregonó por las calles, como era costumbre en aquellos tiempos, el nombre del que habia perdido la bolsa, ofreciendo de hallazgo veinte doblones al que la entregase.

—Aquí la teneis, dijo el buen aldeano presentándola al dueño, que era un comerciante de Florencia.

Pero este, por eximirse de pagar la oferta, examinó la bolsa, contó el dinero, y dijo fingiendo enojo:

—Mi bolsa, buen hombre, es esta, pero el dinero no está completo, porque yo tenia en ella ciento treinta doblones y solo me traeis ciento, y como es claro que me habeis robado lo demás, voy á pedir que os castiguen por ladron.

—Dios es justo, dijo el paisano, y sabe que digo verdad.

Los dos contendientes fueron conducidos á la presencia del gran duque Alejandro de Médicis, que hacia por sí mismo justicia á su pueblo.

—Hazme, dijo al aldeano, una relacion sencilla y verdadera de este suceso.

—Yo, señor, he encontrado la bolsa yendo al monte; he contado el dinero y solo contenia cien doblones.

—¿Y no has pensado en que con ese dinero podias ser feliz?

—Tenia en mi casa una mujer y seis hijos esperando la leña que habia de llevar para venderla y comprar pan. Perdonadme, señor, si en esta situacion he pensado en servirme del oro, porque efectivamente ha habido un momento en que lo he mirado con codicia. Despues he reflexionado que tendria dueño, tal vez con mas obligaciones que yo, la he escondido, y en vez de volverme á casa me he ido á trabajar.

—¿Has dado cuenta á tu mujer del hallazgo?

—He temido su codicia y me he callado!

—¿Y nada, absolutamente nada has tomado de la bolsa?

—Señor, mi familia, mis pobres hijos se han quedado sin cenar, porque la leña no se pudo vender.

—¿Qué dices tú? preguntó el gran duque al mercader.

—Señor, que todo lo que dice este hombre es falso, porque mi bolsa tenia ciento treinta doblones, y solo él se ha podido quedar con los que faltan.

—Por ninguna parte hay pruebas, dijo el gran duque, pero sin embargo, creo que este pleito es fácil de sentenciar.

Tú, pobre aldeano, refieres el hecho con tal naturalidad, que no es posible dudar de lo que dices, mucho mas cuando has podido quedarte todo, lo mismo que una pequeña parte. Tú, comerciante, gozas de buena posicion y de mucho crédito para que podamos presumir de tí un engaño. Diciendo los dos verdad, es claro que el bolsillo que se ha hallado este hombre con cien doblones es otro distinto del tuyo, que tiene ciento treinta.

Recoge, pues, el bolsillo, buen hombre, dijo al leñador, y llévalo á tu casa hasta que parezca su dueño, y si por casualidad te vuelves á encontrar otro con ciento treinta, llévalo á este honrado comerciante, que entonces, como será el suyo, te cumplirá su palabra dándote los veinte doblones que ofreció. Entretanto, como premio de la honradez con que te has portado presentando el bolsillo, siendo tan pobre, señalo para tí y tu familia treinta doblones al año sobre mis rentas.

El juego de prendas.

La célebre cortesana Flrínea de la antigua Grecia, hallándose en un festin con muchas mujeres

que llevaban el rostro pintado, les dió un famosísimo chasco.

Jugaron á uno de prendas en que todos los convidados debian hacer lo que hiciese uno de ellos. Llegó el turno á Fhrínea, miró los rostros pintados de sus compañeras, se sonrió, y sin hablar palabra metió las manos en agua y se lavó la cara. Todas las demás mujeres tuvieron que hacer otro tanto, y produjo el lavatorio sobre los rostros el efecto que puede imaginarse.

Fhrínea, que no necesitaba del arte para ser hermosa, gozó á satisfaccion suya del embarazo y confusion de sus compañeras.

El uso de las pistolas.

Habiendo oido decir un viajero que en la noche inmediata debian atravesar un bosque lleno de ladrones, dijo con aire satisfecho:

—Yo, amigos míos, he tomado mis precauciones, porque para evitar una sorpresa he colocado mi par de pistolas en lo mas secreto del baul.

El muerto escribiendo.

El banquero N. escribia una carta á su correspondiente de Cádiz, pero apenas la habia acabado de firmar, cuando le dió un ataque á la cabeza y quedó muerto en el acto.

El apoderado general de la casa, al dar curso á la correspondencia del dia, tomó esta carta, é imitando la letra del banquero escribió debajo por via de posdata:

—Despues de esta escrita me he muerto; pero no por eso se interrumpirán nuestras relaciones, porque todo lo dejo en buen orden.

La cerró, la selló y la envió al correo.

El oficial de porcelana.

Antiguamente los oficiales de marina, y mas to-

davía sus mujeres, estaban dominados de un orgullo extraordinario, hasta el extremo de creerse superiores y mirar con desprecio á los demas oficiales del ejército.

Una de estas orgullosas oficialas de marina convidó un dia á comer á un oficial de caballeria á quien llamaba en la mesa, con una insistencia insoportable, señor oficial de tierra. Señor oficial de tierra por arriba, señor oficial de tierra por abajo; tantas veces lo dijo, que al fin el de caballeria se enojó y preguntó á la señora:

—Dígame V. , si yo soy oficial de tierra, ¿su marido de V. es acaso oficial de porcelana ?

El enfermo regateando su entierro.

Uno llamó á un sacristan
 Y le dijo:—¿Cuánto quiere
 Vuesarcé por enterrarme?
 —Viene á costar unos veinte
 Reales.—¿Quiere diez y seis?
 —No, que mas costa me tiene,
 Le replicó el sacristan:
 A que respondió el doliente:
 —Pues mire si le está bien,
 Y entiérreme en diez y siete,
 Porque no me moriré,
 Como un cuarto mas me cueste.

El hurto de un par de botas.

Uno, al parecer caballero, entró en una de las principales zapaterias de esta corte, y pidió unas botas de las mejores. El maestro le sirvió acto continuo sacándole un par, mientras el parroquiano sentado junto á la puerta de la tienda, quitándose unos malos zapatos que llevaba, y colocándolos al dintel de ella, dió principio á probárselas con la mayor gravedad, resultando al fin de la operacion que le estaban perfectamente. Puesto de pié, y dan-

do sus dos correspondientes patadas en el suelo como para amoldarlas, preguntó:

--¿Cuánto valen, maestro?

A este tiempo otro ciudadano llegó á la puerta del almacén, echó mano á los zapatos que el otro habia puesto para eso cerca de la vidriera, y dió á correr con ellos, que ni el viento iba mas ligero.

—¡Ah tunante, ladron! exclamó el de las botas, corriendo detrás del que se llevaba los zapatos.

El maestro, saliendo entonces á la puerta, decia con calma:

—¡Cá! no lo alcanza, no lo alcanza!

En efecto, ambos parroquianos volvieron la esquina, y esta es la hora en que el inocente almaceñista no comprende la maña con que aquel bribon le hurtó un par de botas.

La oracion del perezoso.

Un buen hombre, de corta memoria y muy perezoso, teniendo miedo de equivocarse en el Padre nuestro, que nunca habia podido aprender completo, en vez de rezar sus oraciones de la mañana y de la noche, acostumbraba decir exactamente las letras del alfabeto, terminando de este modo:

—Dios mio, con estas letras se componen todas las oraciones del mundo, recibidlas todas, señor, y haced con ellas la oracion que mas os plazca.

La hermana muerta y la viva.

Un aguador encontró pocos dias hace á una jóven su paisana, á quien al parecer no habia visto en mucho tiempo, y dejando la cuba en el suelo, y santiguándose varias veces con muestras de admiracion, dijo:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡pobre hija mia! ¿eres tú la que se ha muerto, ó tu hermana?

—Mi hermana es, segun creo, la que ha muerto,

dijo la jóven gallega ; pero yo he sido la que ha estado mas mala.

La risa.

Cinco son los modos de reir que se conocen, y están basados en las cinco vocales : la risa en A, la risa en E, la risa en I, la risa en O, y la risa en U.

La risa en A, es esa risa producida por un rasgo de ingenio. Significa: ¡ah, ah, ah! ¡qué gracioso, qué bonito es eso!

La risa en E, es la risa alegre, provocada por una originalidad. Significa: ¡eh, eh, eh! ¡cuán oportuno, cuán chistoso ha sido!

La risa en I, es la sonrisa del enternecimiento originado por una palabra patética. Significa: ¡ih, ih, ih! ¡eso es encantador, interesantísimo!

La risa en O, es la risa de la alegría franca, ocasionada por alguna tontería. Significa: ¡oh, oh, oh! ¡qué divertido, qué original es eso!

Por último, la risa en U, es la simple sonrisa movida por un equívoco. Significa: ¡uh, uh, uh! se comprende muy bien, no está mal.

Adivinanzas.

- 33 —¿Por qué compramos los botitos de charol?
 34 —¿Cuál es el medio mas fácil y seguro de que un viejo se vuelva mozo?
 35 —¿En qué se diferencia de un conde el avaro que entierra su dinero?
 36 —¿En qué se diferencia un cuerdo de un loco?

A cada uno lo suyo.

—¡A ese! ¡á ese! gritaba un aragonés contra un ratero que robó la bolsa á cierta señora que compraba melocotones.

Corrieron hácia él, y diciéndole un guardia municipal:

—Date, pedazo de ladron.

Contestó:

—Usted se equivoca; yo no soy pedazo de ladron, yo soy un ladron completo.

El tirador y el blanco.

Habianse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó á uno de ellos, muy torpe, hacer la punteria, y al verle otro fué á sentarse en el blanco.

—¿Qué haces? esclamaron los demás observando su movimiento.

—Nada, señores, tranquilicense Vds.: tirando este amigo, en ninguna parte estoy mas seguro que aquí.

El registro de necesidades.

Un jóven, tan opulento como escéntrico, llevaba en su casa un libro registro donde apuntaba todas las necesidades que en ella ocurrían, ya proviniesen de él ó de sus criados.

El mas atrevido de estos, que se llamaba Severo, le dijo un dia:

—Señor, ¿no dió V. ayer veinte mil reales para la compra de un caballo á un chalan á quien V. no ha visto media docena de veces?

—Asi es la verdad.

—Pues entonces voy á hacer este asiento en el libro verde.

—Escucha, borrico. ¿Y si me trae el caballo ó el dinero?

—Entonces, repuso el ayuda de cámara, el necio será él, y haremos el asiento á su nombre.

Pensamientos.

Decia un médico:

—Nosotros somos considerados primeramente como dioses, luego como hombres y despues como demonios.

Decía un filósofo:

—Dios ama á todas sus criaturas, pero cuesta trabajo el convencerse de que ame á los necios.

—El que dice una mentira, no sabe el trabajo á que se compromete, porque tendrá que inventar otras muchas para sostener la primera.

El bibliotecario ignorante.

Un embajador extranjero visitó la biblioteca del Escorial, y conoció que el bibliotecario era un ignorante. Habló despues con el rey de la magnificencia del edificio, y dijo á S. M.:

—El encargado de la biblioteca es un hombre singularísimo, y tanto, que podría ser un gran ministro de Hacienda.

—¿Por qué? preguntó el rey.

—Señor, respondió el embajador, porque nada tomaría de vuestras rentas, así como nada ha tomado de los libros de su biblioteca.

El burro astrólogo.

Un rey que era muy amante de los astrólogos llevaba consigo uno, á quien preguntó cierto día:

—Dime, ¿lloverá?

—Aseguro á V. M. un bello tiempo.

Pasaba á la sazón un labrador montado en su burro, y el rey le preguntó lo mismo.

—Señor, dijo el labrador; según tiemblan las orejas de mi asno, lloverá muy pronto.

Efectivamente, á poco rato comenzó una abundante lluvia. Sonrojóse el astrólogo, y el rey dijo:

—Creo que la plaza de astrólogo es inútil, y que, á ser necesario proveerla por oposicion, se debía al burro de justicia.

El amor de afinidad.

Un jóven elegante acariciaba mucho y de conti-

nuo á cierto caballero que tenia una hermana sumamente bonita. Un dia que se vió abrumado de tanta caricia le dijo:

—¡Ay, amigo! ¡cuánto quieres á mi hermana!

La paciencia de un filósofo.

Un insolente dió á Sócrates un puntapié, y el filósofo sufrió con paciencia el ultraje. Echáronle en cara su insensibilidad y dijo:

—¿Qué queriais que hiciese?

—Citar á ese hombre en justicia, le replicaron, y pedirle satisfaccion del insulto.

—Conque segun eso, preguntó Sócrates, ¿si un mulo al pasar me diese una coz, tendria tambien que citarlo en justicia?

Lo que vá y lo que se vá.

Fontenelle estaba espirando.

—¿Cómo va eso? le preguntó uno de sus amigos.

—Esto no vá, contestó él, esto se vá.

Un perro pancista.

He tomado la pluma para contaros la historia de un gran señor, y voy á concluir por contaros la historia de un perro. No os llameis á engaño.

Era un perro pancista, pastelero y amigo de estar bien con todo el mundo. Su amo era un labrador rico de Loscos, que por cuestion de la dote habia disputado con su yerno, se habian separado y el segundo se habia establecido en Mezquita, un pueblecillo situado á media legua de distancia.

El perro no habia querido tomar parte en ninguno de los dos bandos, tan desengañado estaba de los partidos; así es que con mucha frescura se mataba los huesos de las dos casas, sin dársele un ardite de que le llamasen pancista.

Era un perro muy filósofo, y discurría que se las

pelaba, así es que subiendo un día á la cocina examinó el estado del hogar y de la mesa, y dijo para sí:

—Esto va despacio; en cuatro saltos me planto en Mezquita, cómo, y me vuelvo á tiempo de hacerlo segunda vez.

No habia quien le pusiera objeciones; lo pensó y lo hizo: toma el tole tole, y saltar que te saltarás, llega á casa del señorito.

Se detiene un momento en la puerta, mueve las orejas y escucha. Se oye un ruido delicioso, escitante, arrebatador: un ruido de platos; uno de esos ruidos que hacen crecer á palmos la lengua de los perros y menear la cola y las orejas. Esto es hecho, dice el del cuento, hoy cómo, no solo á dos carrillos, sino á dos casas; hoy saco la tripa de mal año y que alboroten y riñan el suegro y el yerno.

Entra el perro en la casa con estas ilusiones soñando huesos y dibujando mendrugos en su idea.

Llega al comedor, lo examina, lo registra todo; no encuentra ni manteles. ¡Oh, qué terrible ansiedad! el desaliento principia, el perro se estremece.

—¿Qué será? ¿habré venido demasiado pronto ó demasiado tarde? Sale á la cocina, el hogar no tiene ni siquiera fuego; sigue la dirección que indica el ruido de los platos, y encuentra á la criada ¡oh! ¡qué horror! fregando.

Pero el perro no es perro que se ahoga en poca agua; un momento de reflexion le hace tomar su partido. Gran pérdida ha sido, ¿pero qué hacerle? los platos del suegro no pueden faltar.

—Animo, y á Loscos; las ollas de Egipto nos esperan allí.

Salta, vuela, salva la distancia en un santiamen; ya está en casa. ¡Oh, qué agonía! No se oye ruido de platos ¡qué! ni siquiera de vasos.

Si esto es ir despacio, piensa el perro, va mucho; si es ir de priesa, va demasiado.

Sube..... ya no friegan..... está la vajilla en el vasar.

Faltan las fuerzas al pobre perro y cae desfallecido.

Quererlo todo, piensa con la filosofía del engaño, es esponerse á perderlo todo.

La paz y la guerra.

Leon de Bizancio subió un dia á la tribuna con el objeto de exhortar á los atenienses á la paz y á la concordia.

A su vista echóse á reir el pueblo, porque era hombre de gran barriga, pero Leon, sin cortarse, dijo:

—Atenienses, ¿á qué vienen esas risas? ¿Qué haríais si viéseis mi mujer, que es mucho mas barriguda que yo? Con todo eso, tales cuales somos nos basta una cama para ambos, porque reina entre nosotros la union, pero cuando estamos desavenidos, apenas cabemos en toda la casa, que es muy grande.

Este ejemplo sirvió para que los atenienses se uniesen, produciendo en ellos mas efecto que todos los discursos.

La costumbre es ley.

Habiendo enviudado un alcalde, quiso que todo el ayuntamiento en cuerpo asistiese al entierro. El síndico se opuso dando por razon que no era costumbre en el pais:

—Si V. fuera el muerto, añadió, iríamos todos con mucho gusto.

El aumento de valor.

Un perro de Terranova salvó al hijo de un príncipe ruso que junto á San Petersburgo se habia caído al canal de Santa Catalina. El padre que iba de paseo con el niño se acercó al jóven dueño del perro, y le presentó una bolsa con mil rublos.

—Señor, contestó el jóven, no puedo admitir la paga que me ofreceis, porque estoy completamente satisfecho con el placer de haber salvado vuestro hijo, prescindiendo de que el salvador no he sido yo, sino el perro.

—Pues bien, yo doy mil rublos por el perro.

—El perro, contestó el jóven, no valia mil rublos hace cinco minutos, pero ahora que ha salvado una vida no lo doy ni por diez mil.

La silba antes de tiempo.

El autor de una comedia nueva no quiso asistir á su primera representacion, temiendo una silba espantosa en el acto tercero.

Cuando creyó que todo habia terminado, se marchó al café, y encontrando un amigo, le dijo:

—¿Han silbado mi comedia en el tercer acto?

—No, no ha sido posible.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque al principiarse el segundo, se habian marchado todos los espectadores por no poderla resistir.

El ministro y las piruetas.

Cuando se nombró ministro á Z., dijo el maestro de baile que habia tenido de jóven:

—No creo posible que desempeñe bien ese cargo; lo cierto es que fué mi discípulo dos años y no pudo aprender una pirueta.

La órden militar.

Uno de esos hombres que exageran y suben á las nubes lo poco que han hecho, llegó á Madrid propalando que venia á pretender una órden militar por los servicios que habia prestado en la guerra de la Independencia.

A los pocos dias de su llegada, y cuando estaba

precisamente hablando con algunos amigos de sus pretensiones, llegó un empleado que despues de haber oido la conversacion le dijo:

—Eso es tan cierto, como que yo mismo soy el encargado de traer á V. la órden militar que se le confiere.

—¡Ah! ¿no lo decia yo? ¿Y qué órden es?

—La de salir de la corte en todo el dia de mañana sin excusa de ninguna clase.

El adulterio en Esparta.

Preguntó un extranjero á Gerades, lacedemonio:

—¿Por qué Licurgo no ha pronunciado ley alguna contra los adúlteros?

—Porque no los hay en Lacedemonia, respondió.

—Pero en caso de haber alguno, replicó el extranjero, ¿cómo se le castigaria?

—Seria condenado, contestó Gerades, á alimentar un buey tan grande, que desde la cima del monte Tarjetes pudiese, alargando el cuello, beber en el rio Eurotas.

—Pero, ¿cómo, repuso el extranjero, podria hallarse un buey de tanta corpulencia?

—Mas fácil seria eso, dijo Gerades, que hallar un adúltero en Esparta.

Comer para morir.

Un inglés se puso á comer con voracidad sobre cubierta en el instante en que todos sus compañeros de viaje, y hasta los marineros que tripulaban el buque en que iba, se disponian con sus oraciones á hacer una muerte cristiana, porque la tempestad arreciaba, y habian perdido todos sus medios de salvacion. El capitán, viéndole en tal ocupacion, le dijo:

—¿Cómo tiene V. calma para pensar ahora en eso?

—Me parece, le contestó con frialdad, que el que

tanta agua ha de tragar, conviene que tome antes alguna cosita para hacer sed.

Enigmas.

23.

Cinco camisas y tres
humores, con gran belleza
puso en él naturaleza.
Si tú acertares quién es
no tendrás poca destreza.

24.

¿Qué arcaduces son aquellos
de nuestra salud querida?
Los fomenta la comida,
y puede leerse en ellos
la mucha ó la poca vida.

25.

De un viejo saber quisiera
que es de cuatro movimientos
puestos en doce cimientos,
y á un pasajero cualquiera
dá mas penas que contentos.

La necesidad de puntuar bien.

Soledad, Julia é Irene, tres hermanas bastante lindas y jóvenes de quince á veinte años, eran visitadas por la mañana y por la noche, hacia dos, por un caballero licenciado en letras, elegante y buen mozo. Era tan sábio nuestro héroe ó amaba tan poco, que habia conseguido conquistar el corazon de las tres hermanas sin haberse declarado con ninguna, pero entusiasmándolas hasta un grado tal, que todo era, entre las pobres hermosas, dis-

putas y cuestiones; amenazando turbar la paz de la familia y convertir la casa en un infierno.

Para salir de esta situación penosa exigieron del jóven que se declarase; y acosado y comprometido, ofreció consignar en una décima el estado de su corazón, con respecto á ellas, pero con la condición precisa de que no había de estar puntuada, y autorizando á cada una de las tres hermosas para que la puntuase á su manera.

La décima es la siguiente:

Tres bellas que bellas son
 Me han exigido las tres
 Que diga de ellas cuál es
 La que ama mi corazón
 Si obedecer es razón
 Digo que amo á Soledad
 No á Julia cuya bondad
 Persona humana no tiene
 No aspira mi amor á Irene
 Que no es poca su beldad

Soledad, que abrió la carta, la leyó para sí y dijo á sus hermanas:

—Hijas mías, la preferida soy yo, ó sino oid; y leyó la décima con la siguiente puntuación:

Tres bellas, que bellas son,
 Me han exigido las tres,
 Que diga de ellas cuál es
 La que ama mi corazón.
 Si obedecer es razón,
 Digo, que amo á Soledad;
 No á Julia, cuya bondad
 Persona humana no tiene;
 No aspira mi amor á Irene,
 Que no es poca su beldad.

—Siento mucho desvanecer esa ilusión, herma-

na mia, dijo la hermosa Julia; pero soy yo la preferida; y en prueba de ello, escuchad:

Tres bellas, que bellas son,
 Me han exigido las tres,
 Que diga de ellas cuál es
 La que ama mi corazón.
 Si obedecer es razón
 Digo, que, ¿amo á Soledad?
 No. A Julia cuya bondad
 Persona humana no tiene.
 No aspira mi amor á Irene,
 Que no es poca su beldad.

—Las dos estais engañadas, dijo Irene, y el amor propio os ofusca, porque es indudable que la que él ama, de las tres, soy yo. Veamos:

Tres bellas, que bellas son,
 Me han exigido las tres,
 Que diga de ellas cuál es
 La que ama mi corazón.
 Si obedecer es razón,
 Digo, que, ¿amo á Soledad?
 No. ¿A Julia cuya bondad
 Persona humana no tiene?
 No. Aspira mi amor á Irene
 Que no es poca su beldad.

—Estamos en la misma duda, en la misma ansiedad, en la misma incertidumbre que teníamos; dijo Soledad, y es indispensable que le obliguemos á que declare cuál de las tres ha acertado en la puntuación de su original décima.

Efectivamente, aquella misma noche rogaron al caballero que pusiera á la décima la puntuación verdadera, y á la mañana siguiente les envió una copia puntuada así:

Tres bellas, que bellas son,
 Me han exigido las tres,
 Que diga de ellas cuál es
 La que ama mi corazón.

Si obedecer es razón
 Digo que, ¿amo á Soledad?
 No.—¿A Julia cuya bondad
 Persona humana no tiene?
 No.—¿Aspira mi amor á Irene?
 ¡Qué! ¡no! es poca su beldad.

Una carcajada fue la contestacion unánime de las tres hermanas al comprender el verdadero sentido de la décima.

—Hermanas mías, dijo Irene, hemos llevado unas calabazas solemnes, y si algo hay en ellas de menos amargo, es el haberlas recibido las tres á un mismo tiempo.

—Yo creo que debemos agradecersele, dijo la mayor, en primer lugar, porque nos ha desengañado, y despues, por la brillante lección de ortografía que nos ha dado, y que yo, por mi parte, no olvidaré jamás.

—Hé ahí, dijo Julia, cuán disparatadamente pensábamos cuando creíamos que una coma mas ó menos ni daba ni quitaba valor á la frase, y que la puntuacion, de cualquier manera que se colocase, estaba bien.

—¡Viva el novio, que nos ha dado las calabazas en ortografía!

—¡Viva!

El maestro de Cisneros.

Cuando nombraron arzobispo á Cisneros, un labrador de Torrelaguna, dándose importancia, solia decir:

—¡Qué fortuna para él y qué gloria para mí, que he sido su maestro!

—Pues tú, le decia el cura, ¿qué pudiste enseñarle cuando ni siquiera sabes leer?

—Le enseñé á silbar.

La asadura á crédito.

Tenia cierto cura de una aldea
Un criado muy zote y gran badea:
Dijole un dia:—Mira, Pedro Mingo,
Yo voy á predicar, porque es domingo;
Vete, y dile á David el carnicero,
Que te dé una asadura de carnero,
Que llevarás su importe en acabando.»

Fue el criado volando,
Dió á David el recado,
Pero del mozo poco confiado
No se la quiso dar sin el dinero.

Viendo esto el mozo, fuese muy ligero
A la iglesia en que su amo predicaba;
Mas por qué tanto, cuando en ella entraba,
El cura los profetas recórria,
Y en alta voz decia:
—¿Qué nos dice David?—Que la asadura
No la dá—dijo el mozo con frescura—
Si su merced los cuartos no le envia,
Porque ya ni á su propio padre fia.

Epitafios portugueses.

Aquí yaz á bella Maria de Frangaño, que fizo muitas esmolos á os pobres de Nuestro Señor; morreo porque naon subo Deus que á morto ó Preste Juan.

—Aquí finca ó mellor cosa de Castella ó señor obispo de Mérida natural D. Gonzalo Alfonso; naon quiso ser Caitesao por non caer en desgracia ó de Nuestro señor Jesucristo.

—Aquí yaz Jorge Filgueiras; naon ó mató Deus, porque él se mató deitándose por unas chanelas.

—Aqui yaz Alfonso Gallego: morreo por honra de Deus ó por la del diablo.

—Aqui yaz ó corpo santo de ó señor D. Pedro Pereira, capitan de ó galeon Cagáfogo: foi santó, pois naon fego á todo ó mondo; pois tenia poder para facerlo.

—Aqui yaz ó rey D. Juan, rey de allen é de aquen; é despois que morreo ya naon é rey, mas ó dia de juicio ó seirá, conquistando á todo ó mondo, ó rebais de ó mondo. Tembrec ó diablo: folguese Deus.

—«Aqui yaz fay Manuel de Madurreiras, ó melhor músico do mundo, ó maestro de capella do rey de Portugal, que estando ben é queréndose poer melhor fincóu.—Chamóule Deus á ó seu sagrado convite é dixole: «—«Manuel de Madurreyras, toca, » é non quixo; rogóule, inton tocóu; é dixole Deus:—¡Un corno para os meus ángeles, serafis é querubis, que e toca munto melhor Manuel de Madurreyras!»

Pensamientos.

—El malestar de la sociedad son los niños, y con todo son su porvenir.

—En los grandes apuros, no sirven los grandes consejos, sino los grandes dineros.

—El que toma un camino torcido, no puede ir derecho.

—Todas las mujeres hablan con su novio antes de casarse, pero la noche antes de la boda hablan con el diablo.

—Una flor es un diamante; pero yo quiero mas los diamantes que las flores.

—El hombre tiene tres grandes placeres en toda su vida: el dia en que se fuma el primer cigarro; el dia en que gana la primera peseta, y el dia en que se afeita la primera vez. En cambio tiene tres grandes dolores: el dia en que se casa, el dia en que se muere su madre, y el dia en que pierde las ilusiones.

—La mujer y la hormiga se valen de las mismas armas para hacer daño.

Lo que es un oso.

Un niño de ocho años estaba siempre diciendo á su padre:

—Papaito, papaito, yo quiero ver un oso; enséñame lo que es un oso.

Volviendo un dia los dos de paseo, dijo el padre á su heredero:

—¿Quieres, hijo mio, ver ahora un oso?

—Sí, papaito, sí.

—Pues ven á este lado para no llamar la atencion.

—¿En dónde está, en dónde está?

—¿Ves aquel jóven elegante que está mirando á nuestros balcones?

—¡Ah! ¡papaito! aquel es D. Arturo, el que va á ver á mamá cuando tú estás en la oficina.

—¿De veras! ¿estás seguro?

—Vaya si lo estoy.

—Pues entonces, hijo mio, si quieres ver un oso, mírame á mí.

El informe.

Diálogo entre un casado y un soltero.

—Quiero casarme, amigo mio; y tú que lo estás hace ya dos años, haz el favor de decirme qué tal es la vida del matrimonio.

—Yo te diré, hombre; en los primeros quince dias, como no está uno acostumbrado á aquella vida, se pasa bastante mal.

—Pero, ¿y despues?

—¿Despues! ¡ah! despues... es cosa de echarse al canal.

Las medias del revés.

Una madre muy cuidadosa decia á su hijo:

—¿Por qué te has puesto, Ricardo mio, las medias al revés?

—Toma, porque por el otro lado estaban llenas de puntos.

Los criados del rey.

Estando comiendo Felipe IV, y asistiendo á la mesa el conde-duque, dijo Quevedo:

—Verdaderamente, señor, tiene V. M. dos criados como el álamo, todo ojarasca y no dan fruto.

El conde-duque comprendió que hablaba por él, y le dijo:

—¿A que soy yo uno?...

Quevedo contestó:

—No, sino ambos.

La virgen de parto.

Una compañía de la legua que actuaba en una capital de provincia, tenia anunciada para el domingo una tragedia en que la mas linda de las actrices representaba el papel de Virgen vestal.

Todo el teatro estaba lleno atraído por la novedad de la funcion, cuando se presentó el autor de la compañía, diciendo:

—Tengo el disgusto y el placer de anunciar que no se puede representar la tragedia, porque la virgen ha parido un robusto niño.!

La pena del talion.

Un hidalgo de la época de D. Pedro el Cruel fué á quejarse al rey contra un desgraciado albañil, que habiendo caído de un andamio mató á otro hidalgo, pariente del primero.

El monarca, oidas las dos partes, proveyó en justicia, mandando que el albañil sufriese la suerte del desgraciado cuya muerte causó, pero con la precisa condicion de que el acusador habia de ser el ejecutor de la sentencia, arrojándose sobre el al-

bañil desde el andamio de que habia caído al cometer su delito.

El hidalgo hizo presente al rey que de no reformarse la sentencia perdonaba generosamente al delincuente.

—Perdonado, contestó el rey.

Verdaderas cuentas del Gran Capitan.

En las memorias del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, que se conservan en los archivos del conde de Altamira y en el castillo de Simancas, se encuentran los apuntes siguientes:

Cuentas del Gran Capitan, tomadas en Nápoles por don Fernando V de Aragon, rey de España, y por su esposa doña Isabel la Católica. (1)

Primera suma remitida al Gran Capitan Gonzalo de Córdoba:

130,000 ducados.

80,000 pesos de segunda.

3.000,000 de escudos de tercera.

11.000,000 de escudos de cuarta.

13.000,000 de escudos de quinta.

Seguian además otras cantidades que el tesoro del rey relatava, autorizando S. M. un acto tan imponente.

El Gran Capitan contestó:—Que no estaba prevenido para satisfacer á los cargos, y que al dia siguiente iria preparado y entonces se veria quién alcanzava.

A las veinticuatro horas presentó su descargo, que leyó en altas voces para que todos lo pudieran entender. Abrió un grande y voluminoso libro, que llevó al efecto, en que tenia apuntados sus descargos.

(1) Estas cuentas ó cargos fueron hechos al Gran Capitan despues que verificó la conquista del reino de Nápoles.

«Doscientos mil setecientos treinta y seis duros y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas españolas.

Cien millones en palas, picos y azadones.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á las tropas del mal olor de los cadáveres de sus enemigos tendidos en el campo de batalla.

Ciento sesenta mil ducados en poner y renovar campanas destruidas en el uso continuo de repicar todos los dias por nuevas victorias conseguidas sobre el enemigo.

Cincuenta mil ducados en aguardiente para la tropa en un dia de combate.

Millon y medio de ducados para mantener prisioneros y heridos.

Un millon en misas de gracias y *Te Deum* al Todopoderoso.

Tres millones en misas para los muertos.

Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados en espías y...

Cien millones por mi paciencia en escuchar ayer que el rey pedia cuentas al que le ha regalado un reino.»

Los tesoreros confundidos, los que las cuentas habian oido riendo á mas no poder, y el rey avergonzado levantó la sesion y mandó que no se volviese á hablar de semejante asunto.

Célebres cartas atribuidas á un Dean de Cuenca y un cura de Pareja.

El Dean de Cuenca al cura de Pareja:

Hánme dicho que tiene en su poder cinco fanegas de trigo que son para mí. Enviémelas luego, porque de no hacerlo así lo habré á mal.—Dios le guarde.—El Dean de Cuenca.

El cura de Pareja al Dean de Cuenca:

Hánle dicho muy bien en haberle dicho que tengo en mi poder cinco fanegas de trigo que son para él. Envíe por ellas luego, porque el gorgojo no se tira á lo peor; pero sepa que no se me dá nada de él ni de todos sus eles, y que otros mejores que él me tratan de V.—Dios le guarde.—El cura de Pareja.

El Dean de Cuenca al cura de Pareja:

Muchò he habido menester de Dios y de paciencia para sufrir su desvergüenza: háme'la Dios dado por favor grande; pero no se fie porque es cerril y le dará una coz.—Dios le guarde.—El Dean de Cuenca.

El Cura de Pareja al Dean de Cuenca:

Nada he habido menester de Dios ni de paciencia, conociendo su ignorancia, para sufrir su desvergüenza; ya sé que un macho no puede dar mas que una coz; pero Dios le libre de una vara de fresno que tengo en casa, porque á pollino lerdo arriero loco.—Dios le guarde.—El Cura de Pareja.

Adivinanzas.

- 37 —¿Cuántos lados tiene un pastel perfectamente redondo?
- 38 —¿Por qué los borrachos envidian la suerte de los almacenistas de cristal?
- 39 —¿Cuál es la nota mas alta de la escala musical?
- 40 —¿Cuál es la vía mas llana y con menos desnivel á pesar de ir por encima de las montañas mas elevadas del mundo?

La modestia zapatera.

Vivian en una misma calle en Paris tres zapateros, y uno de ellos colocó de la noche á la mañana en la muestra de su casa el siguiente rótulo:

—«Aquí vive el mejor zapatero de Francia.»

Al ver la muestra un vecino puso en la suya:

Handwritten notes:
 In the night
 the first one
 put in his
 sign

—«*Aquí vive el mejor zapatero del mundo.*»

Así que el tercero se apercibió de los dos anuncios escribió el suyo, en el que se leía:

—«*Aquí vive el mejor zapatero de la calle.*»

La vuelta del que no marcha.

—Diga V., portero, ¿está el conde en casa?

—No está, señorito.

—Tengo precision de hablarle; ¿se sabe á qué hora volverá?

—¡Ah! señorito, cuando su escelencia manda decir que no está en casa, no se sabe á qué hora vuelve.

Tutearse para despedirse.

Conocemos un hombre ¡valganos Dios! con quien una señora de la alta sociedad se casó el año último por vengarse de su amado, que tuvo un día la desgracia de sentarse encima de su perro convirtiéndolo en tortilla.

La mujer ha mirado siempre á su marido con tan solemne desprecio, que no ha querido descender nunca hasta el extremo de familiarizarse con él llamándole de tú.

—Si me dices al menos alguna prueba de familiaridad, si consintieses siquiera en tutearme una vez, le decia en cierta ocasion el pobre marido:

—Dos lo haré, dijo ella, vete y no vuelvas.

Cada uno sabe dónde le aprieta, etc.

Despues de haber vivido Paulo Emilio muchos años con su esposa Papiria, la repudió, á pesar de haber tenido varios hijos, y entre ellos nada menos que al famoso Escipion.

Este paso causó en sus amigos una impresion tan extraordinaria, que algunos de ellos no pudieron menos de acercársele, manifestando lo mucho

que les estrañaba semejante conducta, y elogiando sobremanera el mérito particular de la matrona.

—Estoy conforme con vosotros, repuso Paulo Emilio, en reconocer el mérito de mi mujer.

Luego, quitándose uno de sus zapatos, se los enseñó y les dijo:

—Miradlo, él está nuevo y perfectamente trabajado; sin embargo me aprieta mucho. Ahora bien, ¿cuál de vosotros sabrá decir dónde me aprieta?

La economía práctica.

Cierto oficial preguntó

A un librero si tenía

Un libro de economía:

—Sí, señor, le respondió.

El otro repuso:—¿A ver?

Nuevo no, viejo ha de ser.

Y el librero dijo:—Vaya,

Eso ya pasa de raya;

V. no lo há menester.

Las tiendas abiertas.

Una amiga nuestra acostumbraba decir:

—Están tan frias las tiendas, que no se puede ir á ellas porque es seguro coger un constipado; ¿pero qué diablos ha de suceder si están siempre abiertas?

—Pues buen remedio, le contestó un amigo. Vaya V. solo los dias de fiesta por la tarde y las encontrará cerradas.

La imposibilidad de llorar.

Un marrullero remendon de portal, que además del de zapatero tenía en Londres el oficio de plañidor ó lloron, se encontraba una mañana en el mayor apuro en que se vió jamás desde que honradamente se había puesto á ganarse la vida, ven-

diendo lágrimas á los parientes de los muertos á cuenta de peniques.

Es el caso , que habia sido alquilado para llorar en los funerales del banquero M..... y se encontraba con una dificultad tan grande de llorar que no tenia esperanzas de vencerla , aun empleando los mas heróicos recursos ; y antes por el contrario temia no poder resistir la tentacion de ponerse á bailar en lo mas patético de su quejumbroso llanto. En situacion tan desesperada , se fué á casa de un su compadre amigo y compañero de oficio y le dijo:

—Tom, me vas á prestar un favor.

—¿Y qué favor es?

—Que vayas á llorar por mí en el entierro del banquero M. Tú sabes que es casa rica y la paga no será mala.

—No tengo inconveniente, pero quiero saber antes por qué no vas tú mismo.

—¿Por qué no voy? porque no podré llorar por mas esfuerzos que haga. ¡Ah! ¿no lo sabes? se ha muerto mi mujer esta mañana.

—Entonces tienes razon , yo lloraré aunque sea de envidia.

Un predicador miedoso.

Un fraile que predicaba en la corte en tiempo de Felipe II se dirigió á sus oyentes diciendo:

—Todos moriremos, hermanos míos.

Pero en el acto mismo de pronunciar estas palabras entró el rey en la iglesia, y temiendo que aquello se tomase por una amenaza, continuó :

—Digo que moriremos casi todos, hermanos míos.

La discusion concegil.

Se discutia en el ayuntamiento de un pueblo el programa de las fiestas de San Roque, su patron.

Cada uno de aquellos dignos concejales daba su parecer, proponiendo diversiones segun su gusto y su capricho. Unos querian que se colocase en la plaza una fuente de vino, otros que se representase una comedia, y otros, en fin, que se corriesen toros.

—Yo por mi parte, dijo un regidor, no quiero nada de teatros ni de comedias, pero si los señores de ayuntamiento se deciden por los toros, yo soy uno.

Belleza contra talento.

—Tu querida es bella, bellísima, decia un amigo al famoso Guinault; lástima es que la belleza y el talento estén reñidos en ella hasta el extremo de no poderse ver.

Guinault sonrie.

—Dime, continúa su amigo: ¿cómo es posible que pases escuchándola los días enteros?

—¡Escuchándola! te equivocas, yo no hago otra cosa que mirarla hablar.

La razon del celibato.

—¿Cómo es que no se ha casado V.? preguntaba un amigo al abogado X.

—Porque no he encontrado mujer de quien hubiera deseado ser marido, ni hombre alguno de quien hubiera querido ser padre.

El medio de hacer amigos.

—¿Cómo os habeis gobernado para adquirir tantos amigos?

—Teniendo siempre presente que todo es posible, y concediendo que todo el mundo tiene razon.

La exactitud de un portero.

La condesa de... teniendo necesidad de escribir

algunas cartas, dió á su portero el jueves último la órden de contestará todos que no estaba en casa. Este buen hombre, al dar por la tarde cuenta de las personas que se habian presentado, nombró la primera á la hermana de la condesa.

—¡Ah! dijo esta enojada; ¿mi hermana ha venido y no la has dejado subir?

—Señora, la órden de V. S.

—¡Imbécil! ¿no conoces que para mi hermana estoy siempre en casa?

Al dia siguiente, la señora condesa salió á pasear, y la lindísima Julia volvió á visitarla.

—¿Está mi hermana? pregunta al portero.

—Si está, señorita.

Baja del coche, sube á la habitacion, recorre la casa, el palomar, el jardin, todo, y no encontrando á la condesa, se vuelve enojada.

—Mi hermana no está, le dice al portero.

—No está, señorita.

—¿Por qué has dicho que sí?

—Porque me tiene prevenido que para V. está siempre en casa.

El pueblo siempre es igual.

—Observad, decia un adulator á Cromwel, la extraordinaria afluencia de forasteros que de todas partes ha venido á Lóndres para gozar de vuestro triunfo.

—No hagais caso de eso, contestó el protector; lo mismo harian si me llevasen al patíbulo.

La esplicacion de un zapatero.

Decia un empleado de la limpieza á un zapatero de portal:

—Hombre, ¿en qué consistirá que está en el invierno el aire tan frio?

—¡Bah! es cosa muy sencilla: mira, como en el invierno cierra todo el mundo sus puertas y venta-

nas, el pobrecillo tiene que dormir en la calle. Ya ves ¿cómo ha de estar caliente?

Enigmas.

26.

A todos digo que vuelvo,
sin que á parte alguna vaya;
á tu impulso me revuelvo,
giro, me enredo y envuelvo,
porque te hagan capa ó saya.

27.

A cierto animal sustento
y encima de otro soy puesta,
bien hecha estoy y compuesta,
y si alguna vez me asiento,
si no hiero, soy molesta.

El vino bueno.

En una taberna muy conocida de Madrid bebía un andaluz del mejor vino de la casa, y para exagerar lo mucho que le gustaba, decía:

—Es tan bueno, que cuando lo bebo se me hace la boca agua.

El encuadernador y el presidiario.

Un encuadernador económico, que hacia la sopa á sus aprendices con los recortes del pergamino, pudo obtener del comandante del presidio de..... que se rebajasen dos jóvenes presidiarios y fuesen á su casa á trabajar solo con el objeto de ahorrarse el salario que habia de dar á otros.

Súpolo el gobernador de la provincia, y llamó al comandante y al librero con el objeto de represen-

derlos y hacerles conocer el mal que causaban á la sociedad con esa conducta.

—Sepa V. , dijo al librero, que los presidarios han cometido un delito y es necesario que lo paguen á fuerza de privaciones y de padecimientos.

—Señor, dijo el librero, si ese es el objeto de V. S. , yo le aseguro que las privaciones de los que yo he sacado serán tales y tan extraordinarias, que desearian mil veces volver á sus cadenas como medio de disfrutar alguna comodidad.

El premio de la memoria.

Un breton fué de viaje á Paris con solo el objeto de cobrar un napoleon que habia prestado hacia treinta años á un paisano suyo.

El deudor tomó un libro, que cuando era niño le habian dado en la escuela por premio de su mucha memoria, y junto con el napoleon, lo entregó al acreedor diciendo:

—Tome V. , es un premio que gané en la niñez por mi excelente memoria, pero me reconozco indigno de poseerlo cuando veo que V. seguramente lo merece mas que yo.

El tesoro.

Un sacristan de Jadrake
 Tenia en un solo altar
 Doce apóstoles pintados,
 Y púsole á cada cual
 Una candelita, un dia
 Que los quiso cortejar.
 Pero á San Bartolomé,
 Que tenia á Satanás
 A los pies, le puso luego
 Otra candelita mas,
 Esperando bien del santo,
 Del diablo temiendo el mal.

Fuese de noche á la cama
 Y se durmió el sacristan,
 Soñando que le decia
 El maldito Satanás:
 —Porque me has puesto candela
 Te voy un tesoro á dar,
 Ven conmigo, que escondido
 Lo tengo en un arenal.
 Soñó, pues, que lo llevaba,
 Y le dijo:—Aquí hallarás
 El tesoro, cava aquí.
 —No tengo con qué cavar,
 El sacristan respondió.
 —Pues pon alguna señal
 Para que mañana vuelvas.
 —En todo el campo no habrá
 Una piedra, replicó.
 —Pues pon una rama.—No hay,
 Dijo el sacristan: y el diablo
 Como no hallaba señal,
 Le dijo:—Pues haz aquello
 Que no se puede escusar.
 El sacristan con la gana
 De hallarle, sin mas ni mas,
 Por no perder el tesoro.....
 Empujó con gana, y zás.....

 Despertó por la mañana
 Y en la cama al despertar,
 Sin que nada le faltase
 Halló el tesoro cabal.

Las cosas supérfluas.

Un abogado tuerto que llevaba anteojos, dijo en una ocasion á la parte que defendia:

—Creed que nada hallareis en mí de supérfluo.

—Yo creo, señor, que se equivoca V., dijo el litigante.

—¿En qué? contestó con asombro el jurisconsulto.

—Para que en V. nada hubiera de supérfluo, era preciso que principiase por ponerse un ojo ó por quitar un cristal á los anteojos que usa, y que de nada le pueden servir.

La nieve y las vacas.

Unas majas chuscas estaban sentadas tomando el fresco á la orilla de un camino á fines de setiembre; y viendo pasar un anciano con todo su pelo blanco, queriendo burlarse de él, le preguntaron:

—¿Ha nevado ya en las montañas?

—¿Quién duda eso, cuando las vacas se han bajado á la llanura?

Tomar el parecido.

Del hijo de una casada jóven y hermosa, que tenia relaciones con el pintor R... decia un amigo nuestro:

—Es el retrato de su padre.

—Sí, decia la doncella de la casa, el señor R. se pinta solo en eso de tomar el parecido.

Las dos sordas.

Dos señoritas elegantes, ambas hermosas, pero mas sordas que una tapia, determinaron ir á visitar un capuchino que tenia fama de hacer milagros, para suplicarle que hiciera el de habilitar sus oídos.

—¿Cómo se compondrán esas señoritas, dijo un chistoso, para ir en conversacion?

—Es verdad, contestó otro, porque lo que es á la vuelta, si el milagro está hecho ya no habrá dificultad.

Cárlos III y su paje.

Cárlos III, trabajando un dia en su despacho, llamó á su servidumbre y nadie acudió, se acercó en-

tonces á una puerta, la abrió, y vió á uno de sus pajes dormido sobre un divan con un sueño de diez y seis años, que causaba envidia. El rey quiso despertarlo, pero viendo que del bolsillo del chaleco se le caía al paje un papel, lo tomó y lo leyó.

Decía así:

«Querido hijo mio: desde que por el influjo de ese gran señor estás en palacio y me vienes socorriendo con la parte de propinas que te corresponde, tus dos pobres hermanas y yo hemos salido de la espantosa miseria en que nos dejaste, y tenemos pan que comer y ropas con que abrigarnos. ¡Ay! hijo mio, yo te doy gracias por la bondad de tu corazón, y te bendigo como al mejor y mas amante de los hijos.»

El rey leyó esta carta y se enterneció sobremedida, y le faltó muy poco para llorar; tomó un cartucho con algunos doblones, lo colocó con mucho cuidado en el bolsillo del chaleco del paje y se retiró.

Luego que se repuso de la emoción que le había causado el rasgo de amor filial de su paje, llamó tan fuerte que lo despertó.

—¿Dormías? le dijo el rey con dulzura.

—¡Señor, señor, perdon!

—No tiembles, continuó diciendo el rey.

—Señor, no he podido resistir.

El rey se rió, y haciendo como que miraba el chaleco del joven, dijo:

—¿Qué llevas en el chaleco?

El paje llevó á él la mano, sacó el dinero, lo miró con asombro, y fijando en el rey sus ojos espantados, cayó en el suelo sin poder articular una palabra.

—¿Qué tienes? le dijo el rey cada vez mas enternecido; vamos, dí.

—Señor, contestó el joven llorando, debe haber alguno que me quiere perder, porque este dinero no es mio y yo no sé cómo ha venido á mi bolsillo: pero lo juro, señor, soy inocente.

—¿Y quién crees tú que puede pensar en per-

derte? ¿No tienes una madre que necesita dinero para alimentar á sus hijos? ¿Pues por qué no ha de ser Dios el que te envia ese dinero, no para perderte, sino para socorrerla? ¿Crees tú que á los que obran bien los puede olvidar jamás?

—Conozco en esas palabras, dijo el jóven, que es V. M. en esta ocasion la mano de Dios que socorre á mi pobre madre: gracias, gracias, señor.

—Oye, le dijo Cárlos III, la mano de Dios para hacer bien se une lo mismo al brazo de un rey que al brazo de un jornalero; cualquiera que sea el instrumento, siempre el impulso, la accion es de Dios. Envia ese dinero á tu madre, y dile que yo cuido de ella y de tí.

Un bibliotecario sabio.

Un bibliotecario encargado de formar el índice de la de su provincia, despues de la estincion de los conventos, encontró un libro hebreo, y no sabiendo qué título ponerle en el catálogo, escribió así:

Item: un libro cuyo principio está en el fin.

El pelo atado.

Con trenzas de pelo atada
 Porque á calva se endereza,
 Llevas, Tristan, la cabeza
 O calabaza ensogada.
 Loco te juzgué por ello,
 Y ahora advertido hallo,
 Que eres muy cuerdo en atallo
 Porque te se vá el cabello.

Una alcaldada.

Se representaba en un teatro un drama de esos que llaman de aparato, y en el tercer acto, despues de grandes evoluciones militares, se bombardeaba

y daba el asalto á una plaza. En la primer noche, un tiro hirió á un sotadespavilador, y para evitar otra desgracia en lo sucesivo, mandó el alcalde que el bombardeo de la noche siguiente se hiciese con espada.

El orgullo abatido.

Un médico de alguna fama, pero de mas orgullo, estuvo ausente de Madrid un mes en el verano último. A su regreso habló de su ausencia en la tertulia á que solia asistir, de una manera tan impertinente, que uno de los tertulios le dijo:

—La ausencia de V. nos era conocida, porque uno de los periódicos facultativos de la corte, aunque incidentalmente, nos ha hablado de ella.

—¡Ah! ¿conque los periódicos han hablado de mi viaje? ¿Y se puede saber qué es lo que han dicho?

—Indudablemente, puesto que están todos aquí.

—Veamos, veamos.

—Dice así:

—Setiembre 30.—Ha habido una baja considerable en las defunciones, pues se cuentan cien menos que las que se registran en el setiembre del año último.

—Al momento conocimos todos que estaba usted fuera.

—Ya....

Los monos y las peras.

Un pobre arrendatario llevaba una cesta de peras al dueño de las tierras que tenia en arriendo, y como se entretuviese algun tiempo en el patio de la casa esperando que su señor se dignase recibirlo, se llegaron á él dos grandisimos monos vestidos á lo militar, que andaban sueltos por la casa, y con una familiaridad asombrosa se lanzaron sobre las peras y se pusieron como buenos.

El labrador, que los vió vestidos con tanto lujo, no tuvo atrevimiento de oponerse al destrozo que hacian en la fruta delicada, antes por el contrario,

les ofrecia las mejores peras que encontraba , diciendo:

—Cómase V. esta, señorito; esta es mucho mejor, señorito; siento muchísimo, señoritos, no haber traído mas para haber saciado vuestra voracidad.

Llamóle el amo á su tiempo, y viendo la fruta echada á perder y la cesta muy disminuida le dijo:

—¿Qué ha sido esto?

—Señor, repuso el labrador, estando en el portal han bajado los dos señoritos de V. S., se han abalanzado á la cesta, y con muy buen apetito se han comido las peras que faltan.

—¿Sabes lo que has hecho, bárbaro?

—Señor, tratarlos con la mayor consideracion, como cosa al fin de un caballero tan principal, sin que ellos se hayan dignado contestarme siquiera, como si fueran mudos.

Adivinanzas.

- 41 —¿Cuáles son las letras con que despiden las jóvenes á sus novios cuando rompen las relaciones?
- 42 —¿Qué es lo que tiene la poesía mas conforme al gusto de las mujeres?
- 43 —¿Cuáles son las letras mas impías de nuestro alfabeto?
- 44 —¿En qué se parecen los hortelanos á los necios?

A un favor otro igual.

El famoso inglés Clarke vivió muchos años en la mayor pobreza, con una pasion exajerada por los libros, pero sin dinero para comprarlos, y sin amigos que se los prestasen.

Esto es tan exacto, que cierto dia, habiendo enviado á pedir uno que necesitaba, su amigo le contestó:

—El libro que me pedís no sale de mi casa jamás;

pero si en él quereis leer, podeis venir seguro de que sereis bien recibido.

Poco tiempo despues, estando los dos amigos en el campo, envió el del libro á decir á Clarke que le prestase por favor los fuelles de su cocina, porque se habian estraviado los suyos y no podia encender la chimenea.

Clarke contestó:

—Los fuelles que me pedís no salen de mi casa jamás; pero podreis estar soplando en ella, si quereis venir, todo el dia, seguro de que sereis bien recibido.

Las vacas del asturiano.

Al volver á un pueblo cercano las muchas personas que fueron á Oviedo á ver á la reina, ponderaban la bondad, la riqueza y la suntuosidad de que la habian visto rodeada.

—Contanto ponderar, dijo un aldeano, apuesto cualquier cosa á que no tiene vacas tan preciosas como las mias.

La esperanza de ser diablo.

Se celebraba en cierto pueblo la procesion de la Pasion de Cristo con mucho aparato, y en ella uno de los principales papeles era el de demonio, porque con sus largas uñas tenia privilegio de tomar lo que se le antojaba.

Un particular que habia practicado inútilmente cuantas diligencias pudo para serlo, dijo:

—Este año no he podido ser mas que apóstol, pero el que viene tengo fundadas esperanzas de llegar á ser diablo.

La lengua de las mujeres.

Predicando un franciscano el dia de Pascua á unas monjas, y buscando la razon de por qué Jesu-

cristo resucitado se apareció primero á las Marias, dijo ingénuamente:

—Como Dios queria publicar el misterio de la resurreccion, quiso anunciarlo desde luego á las mujeres como medio verdadero de que llegase pronto á noticia de todos.

Memorial que presentó á un Grande de España el abogado Silvio del Arga. (1)

Pues que la fama inmortal
 Tan piadoso os considera,
 Sedlo conmigo siquiera
 En leer este memorial:
 Os contaré de mi mal
 Las crüeles tiranías
 Que acabando van mis dias;
 Porque son, en mi conciencia,
 Grandes, como Vuecelencia,
 Y estremadas, como mias.
 Con once años de abogado,
 Que son once eternidades,
 Once mil necesidades
 Son, señor, las que he ganado:
 Totalmente rematado
 Del hambre me llego á ver;
 No me puedo en pié tener;
 Y en tan riguroso abismo,
 Sino me como á mí mismo
 No tengo ya que comer.

Presto oiréis que perdi
 Mi flaco, vital estambre,
 Pues no puedo comer de hambre
 Y el hambre me come á mí:
 Pocos dias há lei
 Que la dieta natural
 Preserva de todo mal,
 Y dije con impaciencia,

(1) Es nombre supuesto y no se conoce el del autor.

«Si es segura esta sentencia
 »Yo debo ser inmortal.»
 Orando un día postrado
 Le dije al gran San Anton:
 «Convierte en vivo lechon,
 »Santo mio, el que es pintado;
 »Y despues que haya aliviado
 »Yo mi estómago mezquino,
 »Para tu adorno imagino
 »Podrá suplir una treta;
 »Y es, que como soy poeta
 »Te serviré de cochino.»

En San Felipe el Real
 Hay un retrato divino
 Del Beato Tolentino,
 Tan vivo, tan natural,
 Tan perfecto, tan cabal,
 Que al mirar tanta destreza,
 La vista á dudar empieza
 (En su ajustado nivel)
 Si es efecto del cincel
 O de la naturaleza.

Yo, que miré el perdigon,
 Embistiéndole engañado,
 Le di tan fuerte bocado
 Que le rompí medio alon;
 No fué rémora á mi accion
 La dureza en lance tanto;
 Y por comer, sin espanto
 Proseguí con ansia ciega;
 Y si el sacristan no llega
 Creo que me como el Santo.

En mis vestidos enfada,
 Y la cólera despierta,
 Verlos tanta boca abierta,
 Y yo la mia cerrada;
 De banderas rodeada
 Se mira la ropa mia;
 Y en desdicha tan impia,
 Señor, si lo consideras,

Verme con tantas banderas
Me ha de dar alferecía.

Entre otras ropas, ufano
Solo al tiempo ha resistido
Un manteo mas raído
Que conciencia de escribano;
De pringue está tan lozano,
Que si alguna visitilla
De cumplimiento me pilla,
Si acaso llego á sentarme,
Cuando quiero levantarme
Saco colgando la silla.

Tan flaco, tan vejestorio
Estoy con lo que padezco,
Que me dicen que parezco
Desertor del purgatorio:
A todo el mundo es notorio
De mi fortuna el desaire;
Y sin que sea donaire,
Como há tanto que no como
Me pongo en las piernas plomo
Porque no me lleve el aire.

Para cañon de escopeta
Me dijeron que servia;
Pero, señor, en el dia
Ni aun sirvo para lanceta.
Yo os juro, á fé de poeta,
(Juramento en mí el mas propio)
Que tanta flaqueza acopio,
Que si entran á visitarme
Mis amigos, para hallarme
Se valen de microscopio.

Y pues ya, por mis razones,
No ignorais el mal que paso,
No seais conmigo escaso;
Lloved en mí bendiciones;
Participe vuestros dones
Un ingenio abandonado;
Que yo pediré postrado
Al Sumo Ser poderoso,

Que os haga á vos tan dichoso,
Como yo soy desdichado.

La razon de la sinrazon.

Al retirarse á su casa un oficial de la guardia nacional francesa, halló á su mujer entretenida con otro infringiendo abiertamente un artículo del código penal. A la vista de tal espectáculo, tira el oficial del serrucho arrebatado de cólera, y se lanza sobre el tertulio de su mujer con ánimo de acabar con él.

De repente se coloca ella en medio de los dos con las manos en ademán suplicante, y diciendo al marido:

—¡Suspende ese golpe, desgraciado! ¿No ves que matarias al padre de tus hijos?

La proposicion de un negocio.

Un hombre de esos que solo sirven para estar de planton en la calle, y que acostumbraba comer de gorra en algunas casas, supo que un conocido suyo casaba una hija dándole cien mil duros de dote. Presentose en su casa á la hora de comer, y le dijo:

—Señor D. Tadeo, tengo que comunicar á V. un negocio que le valdrá cincuenta mil duros; pero para ello es necesario tomarse algun tiempo.

—Oyendo esto D. Tadeo convidólo á comer al instante, dejando para despues el asunto.

—Bueno vá esto, pensó el pícaro, mirando con gula los preparativos.

Acabada la comida, dijo el amo:

—Cuando quieras puedes hablarme del negocio.

—Me han dicho que casa V. su hija dándole cien mil duros; cáselas V. conmigo, que me contentaré con la mitad, y así ganará cincuenta mil duros en un instante.

La contestacion de esta salida de pié de banco no fué una paliza como era de esperar, pero es

porque el tunante tenia unas piernas, que difícilmente las alcanzarian las varas de avellano.

La cortedad de genio.

Se presentó en una reunion de Madrid un caballero de provincia, y ya fuese por la diferencia de costumbres, cortedad de su genio ó falta de talento, lo cierto es que se quedó alelado sin acertar á hablar una palabra ni saber el medio de entrar en conversacion con la persona que tenia á su lado. Por tonto que fuese no se escapó á su penetracion el papel ridículo que principiaba á representar, procuró no pasar en él mas adelante, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se dirigió á la jóven hermosa que estaba inmediata y le dijo:

—¿Y está V. en estado interesante hace muchos meses?

—Caballero, V. debe estar loco, hace tres años que soy viuda.

—¿De veras? contestó el jóven aturdido; y queriendo enmendar su majaderia añadió:

—¡Ah! señora, perdon, yo creia que era V. soltera.

La cuenta cabal.

Un petardista decia á su amigo:

—Préstame seis duros.

—Solo tengo dos.

—Pues bien, dame esos dos y me deberás cuatro.

Pida V. pruebas.

Una jóven quiso llevar por justicia á un hombre por haberla engañado; el abogado á quien consultó no encontraba pruebas suficientes para salir bien del paso: en su consecuencia se marchó muy triste. Al dia siguiente volvió, y con aire de triunfo le dijo:

—Señor, hé aqui otra prueba: me ha vuelto á

engañar esta mañana, y si á V. le parece poco, yo haré que me engañe esta tarde otra vez.

Necesades de gran valor.

Hay necesades, decia el abate Voisenon, que un hombre de talento compraria á cualquier precio.

La repeticion del eclipse.

—Señorita, que se pasa la hora y nos quedaremos sin ver nada, decia un caballero á la hermosa Felisa, que se vestia para ir al Observatorio á presenciar un eclipse.

—No os alarmeis asi, contestó ella: M. Arago me quiere mucho y lo hará repetir, no lo dudeis, aunque sea dos veces.

El reloj atrasado.

—Mi reloj anda atrasado de dos horas, decia un cursante de medicina á otro de farmacia.

—El mio, replicó este, anda atrasado de doscientos reales.

Lo tenia en una casa de préstamos.

El nombre apelativo.

Dos hombres que en el domingo último habian comido mucho y bebido mas en una taberna de las afueras, se paseaban por la Ronda, proponiéndose apuestas mutuamente para pagar el gasto de los dos, que ascendia á cuarenta reales.

—Yo apuesto los cuarenta, dijo uno de ellos al llegar al portillo de Valencia, y otros cuatro encima para beber un trago de lo tinto, que ganaré, si el ciego que tienes sentado en ese banco dice tu nombre sin hablarle una palabra.

—Acepto la apuesta, repuso el segundo, y manos á la obra.

—Toma este alfiler, acércate despacio, de modo que no nos oiga, y pínchale en la mano.

Dicho y hecho; cogió el alfiler, se acercó al pobre ciego y le aplicó la punta hasta que le obligó á esciamar:

—¡Ah ladron!

—He ganado, dijo el primero.

El hoyo grande.

Un zote preguntaba á su criado:

—¿Por qué no has sacado el estiércol de la cuadra?

—Porque no he encontrado quien se lo llevase, ni sé dónde ponerlo.

—Haz un hoyo en el corral, y mételo allí.

—Pero señor, ¿y la tierra del hoyo?

—Hazlo bastante grande para que quepa todo.

No se bate el dichoso.

Se rogaba á un jugador de buena suerte que sirviese de segundo en un duelo.

—Gané ayer 2,000 duros, contestó, y me batiría muy mal; id á ver al que los perdió, porque creo se batirá como un demonio.

Enigmas.

28.

Como bien mi nombre notes,
se aplica á reloj, papel,
juego y almirez y azotes,
y dá á la pelota botes
si está cubierta de piel.

29.

Soy comida muy usada,

fresca, suave y sin olor,
 mas concentrada al vapor
 muerte doy cual fiera espada,
 ó cual rayo sin dolor.

La contestacion sútil.

Un ordenando nada tonto, que contestaba perfectísimamente á cuantas preguntas le hacian los examinadores, era sin embargo acosado por uno de ellos, á quien habia cortado varias veces con sus respuestas ingeniosas. No sabiendo ya qué dificultad proponer para abatir el orgullo del astuto ordenando, le dijo:

—¿De qué pueblo es V.?

—De Cogolludo.

—¿Cómo quedaba de salud la Santísima Trinidad cuando salió V. del pueblo?

El estudiante reflexionó un momento, y luego contestó:

—El Padre y el Espiritu Santo perfectamente buenos: el Hijo quedó sacramentado.

Los examinadores se miraron con asombro, y dijeron por aclamacion:

—Aprobado.

Morderse las orejas.

—¡Ah! ¿vosotros no sabeis la desgracia que sucedió anoche á la pobre Amelia, la hija del dentista de enfrente?

—¿Cuál? la de aquella boca tan desmesurada que.....

—La misma.

—¿Qué ha sido?

—Ya saben Vds. que pone un cuidado muy grande en no reirse por miedo de no poder volver los labios á su sitio. Pues bien; anoche, por su desgracia, oyó leer un cuento de la BIBLIOTECA DE LA RISA;

no pudo resistir la tentacion, fue á reir, y se mor-
dió las orejas, cortándose las dos á la vez.

—¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Lo que Vds. oyen. ¡Pobrecilla!

Aunque no lo dijese.

—¿Cuántos hermanos tienes? preguntaban á un
aldeano que pretendia entrar de criado en una casa.

—Señor, somos cuatro, tres hembras y un ma-
cho. Este soy yo.

La bomba convertida en salvadera.

Cárlos XII dictaba una carta á su secretario á
tiempo que cayó una bomba y estalló en la tienda
junto al escribiente, que dió un salto haciéndose
atrás.

—¿Qué sucede? dijo el rey.

—Pero señor, ¡la bomba! ¡la bomba!

—¿Y qué tiene que ver la bomba con la carta que
te dicto? Continúa, y guarda los polvos que han cai-
do para que te sirvan de arenilla.

El valenton.

En el año 1837 vivia en..... un valenton de bigo-
te retorcido, camorrista, pendenciero y perdonavi-
das, de esos que cobran derecho por dejar salir á
la calle de noche, y que son el coco de los solteros
lugareños y el gallo de las princesas del estropajo.

La tiranía de este hombre, que podria llamarse
Juan Sin-miedo, se dejaba ya caer con tal peso so-
bre los mozos, que dos de ellos, no pudiendo su-
frirla, se resolvieron á acabar con ella de una ma-
nera estrepitosa.

Al efecto lo esperaron una noche junto á la puer-
ta de su casa los dos, por supuesto, prevenidos de
sus respectivas armas, á saber: el primero un tam-

bor con unas estopas, y el segundo una lavativa ó geringa de formas descomunales.

Dan las doce de la noche, llega el valenton, y gritan los mozos:

—¡Muere, traidor!

Al mismo tiempo el del tambor dá un golpe imitando el disparo de un cañon de treinta y seis, y enciende las estopas para que semejasen fogonazos.

A su vez el de la geringa dispara sobre el valenton dos libras de agua teñida de almazarron, y que se parecia á la sangre como un huevo á otro.

—¡Dios sea conmigo! exclamó el valenton, cayendo de espaldas ; luego , cuando aproximaron una luz, y se vió cubierto de aquel liquido encarnado, prosiguió con voz desfallecida:

—Estoy muerto, he perdido toda la sangre, y apenas podré vivir algunos minutos. ¡Dios mio! lo menos me han disparado veinte tiros: y se desmayó:

Al dia siguiente habia desaparecido del pueblo.

El marrano y el burro.

En cierto tribunal se estaba durmiendo un consejero: el inmediato dijo á los otros:

—Mirad mi amigo, que duerme como un marrano.

Oyólo el soñoliento, y replicó:

—En un marrano todo es bueno; pero en un burro nada hay que valga.

El vecino.

—Preguntaban á un antiguo romano si tenia algun defecto.

—Mi vecino te lo dirá, respondió.

La prediccion.

Espurina, adivino y matemático, advirtió á César que se guardase de los idus de marzo porque habian de serle funestisimos.

Este mismo día, yendo César al Senado, encontró al adivino, y le dijo riendo.

—Ya han llegado los idus de marzo, y no he tenido contratiempo alguno.

Llegaron, replicó Espurina, es cierto, pero no pasaron.

Pocas horas después fué César asesinado en el Senado por Bruto y Casio, que le dieron veinte y cuatro puñaladas.

La misa de alba.

A cierto clérigo, que era
 Madrugador impaciente,
 Le esperaba mucha gente
 Para la misa primera:
 Tarde el clérigo llegó,
 Y al querer con mucha prisa
 Salir á decir la misa,
 La alba de un clavo se asió;
 Y aquí dijo haciendo salva
 A la gente en pronto alarde:
 —Señores, no vengo tarde,
 Pues vengo al romper el alba.

Descaro para pedir.

Un caballero se encontró por casualidad á un hombre á quien no conocía y le dijo:

—Présteme V. veinte duros.

—Pero señor, no tengo el honor de conocerle.

—Casualmente por eso me dirijo á V., porque los que me conocen no quieren tomarse el trabajo de hacerme ese favor.

El parentesco decente.

Filipo, rey de Macedonia, por los años 538 antes de Jesucristo, asistía á la venta de los prisioneros de guerra cierto día llevando las ropas deshones-

tamente levantadas á la vista de todo el pueblo. Uno de los prisioneros, que iban á ser vendidos, reparó en la posicion indecorosa del monarca, y queriendo avisarle, le dijo en voz alta:

—Sabe, Filipino, que soy un amigo antiguo de tu padre.

Admirado Filipino de esta interpelacion, volvió la vista y le dijo:

—¿Quién eres tú? ¿cuándo y dónde has contraído semejante amistad?

—Yo te lo probaré, respondió el prisionero, si permites que me acerque á tí.

Dada la licencia, el prisionero se acercó al rey, y le dijo en secreto:

—Baja tus ropas, Filipino.

El rey se miró, arregló su vestido, y dijo:

—Prisionero, estás libre, porque efectivamente eres mi amigo, sino mi pariente.

La razon de no escribir.

Un recluta escribia á su padre una carta bastante breve, y concluia así:

No soy mas largo, porque tengo tanto frio en los pies, que no puedo tener la pluma.

Segunda sin primera.

Un médico propinó á un jóven algunas cucharadas de tintura de ajenjos. El jóven manifestó repugnancia.

—Solo la primer cucharada le parecerá á V mal, dijo el médico.

—Entonces principiare por la segunda.

Una sola pregunta.

En la época famosa de los gremios se presentó con una carta de recomendacion al examinador de los maestros albañiles un mozalvete como de vein-

te años, que queria obtener la cartilla de exámen sin sufrirlo.

—Es necesario, dijo el honorable examinador, cubrir cuando menos las formalidades y dejar á salvo la conciencia.

—Señor, me han ofrecido que seria aprobado sin exámen y no vengo dispuesto á contestar, dijo el mozo.

—Necesito irremisiblemente hacerte una pregunta, una sola ¿lo entiendes? pero si no la contestas no hay cartilla.

—Si es una, venga, contestó el examinando.

—¿Cuántas estrellas hay en el cielo?

—Eso es fácil, muy fácil; tantas, señor, como pelos tiene mi jaca negra.

—¡Hombre! ¿Y cuántos pelos tiene?

—Señor, esa es segunda pregunta y V. ha ofrecido hacerme una sola.

Aprender á nadar en seco.

Un jóven que fué á bañarse por primera vez estuvo en mucho peligro de ahogarse. Alarmado sobremanera exclamó:

—¡Ah! no volveré á entrar en el agua sin aprender antes á nadar.

El dolor acomodaticio.

En un profundo sueño sumergido
 Cierta gascon estaba tan dormido,
 Que fué preciso para despertarlo
 Mas de cuarenta veces menearlo;
 Y cuando ya por fin se hubo logrado
 Que el dormilon hubiese despertado
 Alguno, que seria su pariente,
 Le dijo que su padre, de repente
 De espirar acababa en el momento:
 Y él respondió:—¡Jesús, qué sentimiento!
 ¡Qué pesadumbre que me está aguardando

Mañana, si Dios quiere, en despertando!

Al pronunciar estas palabras tiernas
Bostezó un poco y estiró las piernas;
Y despues de estirado y bostezado,
Cuentan que se volvió del otro lado.

Escipion y Ennio.

Publio Escipion, llamado el Emiliano, fué un dia á visitar al poeta Ennio, que hallándose indudablemente ocupado, le envió á decir con su esclava que no estaba en casa. Conoció Escipion la mentira, pero fingió creerla, y se retiró.

Andando el tiempo, fué Ennio á casa de Escipion, llegó á la puerta y preguntó:

—¿Está Escipion en casa?

—No, no estoy, contestó él mismo desde dentro, con voz robusta.

—¿Cómo es eso posible? repuso asombrado el poeta Ennio. Pues qué ¿no es acaso tu misma voz la que estoy oyendo? ¿quieres burlarte de mí?

—¡Vaya un hombre este! dijo Escipion gritando; el otro dia creí que no estaba en su casa solo porque su esclava me lo dijo, y hoy no quiere creer que no estoy en la mia, siendo yo mismo el que lo aseguro.

El dormido despierto.

Un necio hacia acostar cerca de sí á su ayuda de cámara, y le preguntaba:

—Domingo, ¿estoy dormido?

—Sí, señor.

—Bueno; pero si no me duermo, dímelo, no me engañes.

El respeto al público.

No atreviéndose Alcibiades, por su mucha timidez, á hablar al pueblo, Sócrates le animó con las siguientes reflexiones:

—¿Tienes á un zapatero por persona que pueda imponer respeto?

—Ciertamente que no, respondió Alcibiades.

—Y un pregonero, y un carpintero, añadió Sócrates, ¿son gentes muy temibles?

—No las tengo por tales, dijo Alcibiades.

—Pues bien, continuó Sócrates, pasa revista á todos los oficios, y ve ahí las gentes que componen el pueblo de Atenas.

Si de cada uno en particular no haces caso, ¿por qué los temes cuando están juntos?

El portero alarmado.

Entre un amigo nuestro y el portero del señor N., se entabló ayer el diálogo siguiente:

—¿Está en casa el señor N.?

—Sí, señor..... pero....

—¡Ah! ¿está ocupado?

—No, señor..... pero.....

—¿Conque no está visible?

—Sí, señor..... pero..... mire V., el señor tiene trazas de morirse.

—¡Dios mio!

—Sí; todo eso pasa en este momento.

Una carta y una contestacion.

Un contratista de provisiones escribía á un comerciante de lanas:

—Mañana iré á verte y comeremos juntos.

—Muchas gracias, respondió el otro; aprecio infinito la atencion, pero mañana no estaré en casa.

El mondadientes.

A una vieja, que ignoraba
Quince lustros que tenia,
Y un mondadientes llevaba,
(Aunque sin ellos estaba)

Un galan le dijo un dia:

—Deja los impertinentes
Modos de engañar las gentes,
Con que mientes desengaños,
Clenarda, porque tus años
Son el mejor mondadientes.

Adivinanzas.

- 45 —¿En qué se parecen las mujeres á los hortelanos?
- 46 —¿Quiénes son los que encuentran su alegría en el pesar?
- 47 —¿Es cierto que todos los tuertos lo son porque quieren?
- 48 —¿Cuál es la comida que no se puede digerir, aunque sea de fácil digestion?

Una buena mujer.

Decia un marido cuando se le murió su buena mujer:

—Es el primer disgusto que me ha dado.

La pintura y el blanqueo.

Un pintor muy malo decia que pensaba blanquear su casa para pintarla despues.

—Apruebo tu plan, le dijo un amigo, con una pequeña modificacion.

—¿Cuál es?

—Que la pintes primero y la blanquees despues.

El insulto rechazado.

Un príncipe se burlaba de uno de sus cortesanos que le habia servido en muchas embajadas.

—Desengáñate, le decia, no puedes negar que te pareces á un buey.

—Yo no sé á quién me parezco, respondió el

cortesano; pero he tenido el honor de representar á V. A. en muchas ocasiones.

La afliccion de una viuda.

Una señora de distincion dijo, viendo pasar la pompa fúnebre de su marido:

—Cuánto gusto tendria de verlo mi pobre Roque, porque le gustaban mucho las procesiones.

Lo que no se puede enmendar, hacerlo nuevo.

Poppe era corcobado y enteramente contrahecho, y como hombre de talento, que conocia sus defectos, acostumbraba decir cuando se enojaba:

—Dios me corrija.

Un cochero, con quien disputaba un dia, le dijo:

—¿Que Dios lo corrija, dice V.? ¿Pues no le costaría menos trabajo el hacerlo nuevo?

El tratamiento.

Un lugareño necesitaba visitar á un infante, y preguntando el tratamiento que debia darle, supo: que al rey se daba el título de majestad y al príncipe de alteza; pero nadie pudo decirle palabra del título que se daba á un infante, porque debian ser tan tontos como él las personas á quienes preguntó.

—Yo lo inventaré, dijo, y principió así su arenga:

Señor: yo espero que vuestra infantería me proteja.

Vaya una duda.

Doña Tadea, mi vecina del cuarto bajo, estaba desconsolada por no haber tenido hijos.

—Lo siento mucho, dijo un caballero. ¿Y vuestra señora mamá tuvo alguna hija?

La hermosa sin boca.

Haciendo el retrato de una señorita hermosa el célebre pintor Rigaud, observó que la jóven com-

primia ridículamente los labios con el deseo exagerado de que su boca pareciese muy pequeña.

Cansado el pintor de aquella monería, le dijo:

—Señorita, no os canseis mas; si es que os gusta eso yo os pintaré sin boca.

La bestia mas grande.

Un caballero llamado D. Pedro, viejo, feo y sobremedida pesado, enamoraba á la hermosa Julia; de tal suerte cansada de sus necesidades y de sus impertinencias, que no pudiendo sufrirlas por mas tiempo, le dijo un dia:

—Dígame V., señor D. Pedro, ¿cuál es la bestia mas grande que se conoce en el mundo?

D. Pedro contestó:

—Es el elefante, hermosa Julia mia.

—Pues bien, señor elefante, yo ruego á V. que me deje vivir en paz, y que no vuelva á molestar-me con sus impertinencias.

La curacion de un mal genio.

Un honrado artesano, digno de mejor suerte, tenia la desgracia de ser marido y víctima de una mujer turbulenta, maldiciente, regañona y de un carácter insufrible, aun cuando al pobre hombre le hubiese dado Dios la paciencia del mismo Job en persona.

La situacion borrascosa de esta amable pareja habia llegado á tal extremo, que, al menos por parte del marido, era ya cosa de comprar un cordel ó echarse al canal.

Antes de resolverse á esto, pidió consejo á un vecino ya entrado en años, que le dió uno bastante bueno, no solo para paliar la enfermedad, sino para curarla.

Mandó hacer una cuna proporcionada á la altura de su mujer, con cuatro anillas en sus costados, de forma que pudiese ser colgada del techo por medio

de cuatro cuerdas y una polea sobre la que giraban. Cuando todo estuvo dispuesto convidó á comer á algunos amigos, todos determinados á ayudar á aquel buen hombre en el desarrollo del plan curativo.

No bien se habian sentado á la mesa, cuando la mujer, que ponía una cara como un renegado, principió á levantar la voz y alborotarse de una manera tan intempestiva y poco prudente, que el marido creyó llegada la hora de proceder á la cura.

—Mira, Nemesia, le dijo, que no tienes razon; repórtate, te ruego, para que estos señores no formen mal juicio ni de tí ni de mí.

—¡Bribon, mas de bribon! que acabas mi casa.

—¡Callas, Nemesia?

—¡Yo callar! primero muerta.

—Amigos míos, dijo el marido, es una locura, y es necesario curarla. Manos á la obra.

Al punto se levantan todos, la cogen, la sujetan y la encunan, esto es, me la plantan en la cuna, y tirando de las cuerdas la suben como lámpara de ermita á dos ó tres varas de altura.

Grita la pobre Nemesia, alborota, se desespera, se desgañita, atruena la casa. Los amigos principian á columpiarla, cantando á coro:

Que no tienes hambre
 Bien lo sé,
 Duérmete, niña,
 Duérmete.
 Que no tienes hambre, etc.

Por muy mujer que sea una mujer, no puede serlo tanto que no se canse de alborotar, y mucho mas cuando los otros cantan. Nemesia, ¡quién lo creyera! la famosa Nemesia calló.

La bajan, se sientan de nuevo en la mesa, descansa ella, y principia de nuevo el estruendo.

Vuelta á la cuna, vuelta á mecerla, y vuelta á cantar:

Que no tienes hambre
Bien lo sé, etc.

¿Qué os podría decir? En un par de meses á cuatro ó seis meceduras al día, esa Nemesia, de quien os vengo hablando, se convirtió en un ángel, dulce, pacífico y modesto.

¡Ah, qué medicina tan buena!

Para no tropezar estarse echado.

—¡Ah, Toribio! ¡Toribio! qué mal haces en beber, decían á un borracho: el vino te hace tropezar á cada paso con los guardacantones.

—Te equivocas; no hago mal en beber, en lo que hago mal es en andar cuando he bebido.

El loco y el podenco.

En Sevilla un loco habia
De tema tan desigual,
Que una piedra de un quintal
Al hombro siempre traía;
Y al perro de cualquier casta
Que echado podia ver,
Se la dejaba caer,
Con que quedaba hecho plasta.

Con un podenco afamado
De un sombrerero se halló;
Acuestas la ley le echó
Y dejólo ajusticiado.

Indignado el sombrerero,
Con un garrote salió
Y dos mil palos le dió;
Y tras cada golpe fiero

Muchas veces repetía:

—¿Que era podenco no viste,
Loco infame? Fuese el triste,
Y luego, aunque un gozque via,
Mastin ó perro mostrenco,

Al irle la piedra á echar,
Volviéndola á retirar
Decia:—Guarda, es podenco.

La astucia de Mitrídates.

Tenia guerra Mitrídates con su sobrino Ariarato, y viendo que no podía vencerlo con la fuerza, determinó lograrlo con el artificio.

Pidió á Ariarato una conferencia, y se la concedió; pero de ambas partes se examinó mutuamente si llevaban armas ocultas.

El que registraba á Mitrídates llegó á tocar mas abajo del cinturón, y entonces este príncipe le dijo riendo:

—Puedes ser prudente sin faltar á la decencia; no registres en donde se pueda presumir que buscas otra cosa.

Esta idea lo turbó de manera que dejó de registrar; pero Mitrídates ocultaba en efecto en aquella parte un puñal, y con él mató á Ariarato.

El pintor pica pleitos.

Un pintor que conocia por esperiencia propia la suerte que esperaba á los pleiteantes, teniendo que representar en un cuadro á dos de ellos, de los cuales el uno habia ganado el pleito y el otro lo habia perdido, puso al que lo ganó en camisa y al otro en cueros.

El hijo filósofo.

Un jóven que habia sido educado en casa del filósofo Zenon volvió á la compañía de su padre, que le preguntó al momento:

—¿Qué has aprendido de bueno en casa del filósofo?

—Presto lo sabrás, padre mio, respondió el jóven, y luego calló.

Irritado el padre de su silencio, que graduó de ignorancia, le dijo:

—Pícaro, perdiste el tiempo, y en vano gasté tanto para educarte.

Al mismo tiempo lo maltrató de obra; pero el joven recibió sumisamente el castigo, y cuando advirtió sosegada la cólera de su padre, le dijo con dulzura:

—Hé aquí, señor, como no he perdido el tiempo en la escuela de Zenon, pues he aprendido á sufrir pacientemente la cólera y mal tratamiento de mi padre sin quejarme de su injusticia.

Examinar el sol con candil.

Un sugeto se despertó una mañana muy temprano, llamó á su criado, y le dijo:

—Pascual, mira si es de día.

El criado abrió la ventana y respondió:

—Señor, no se vé nada.

—Majadero, replicó el amo enfadado, yo lo creo; pero enciende una luz y lo verás mejor.

El tribunal de mujeres.

Estableció Heliogábalo sobre el monte Quirinal un senado de mujeres, y nombró á su madre presidente.

Aquel respetable cuerpo conocia de todo lo perteneciente á los adornos femeniles; de las distinciones de los carruajes segun la calidad de cada una; del ceremonial de los saludos entre ellas, y de otros negocios de igual importancia.

La sentencia de un alcalde.

Un periódico del Brasil publicaba hace algun tiempo la sentencia que insertamos á continuacion, dictada por un alcalde de monterilla:

«Vistos estos autos, y poniendo los ojos en Dios

Nuestro Señor y en Nuestra Señora María Santísima; empuñando esta vara bermeja que actualmente tengo en la mano, y con la que me parezco á Moisés cuando tocaba la piedra de que hizo salir el sagrado vino con que apagó la sed á los hijos de Israel, que conducia á grandes rebaños para la tierra de promision por mandado de Dios, que se le apareció en una zarza de fuego abrasado, y atendiendo al grande empeño de mi comadre la señora María de Silva, á quien soy muy obligado, atendiendo mas al cariño extraordinario y al deseo que tengo de servir á la esclava Catita, de quien tengo seis hijos, que por fuerza han de ser mis herederos; sin embargo de lo que los testigos han declarado en contra de esta bonita muchacha, *mando*: que no se proceda contra ella, que se le perdone la falta cometida, que las costas las pague el demandante A....., y que pida perdon el domingo á mi esclava Catita por la malicia con que la demandó, no obstante tener razon. »

Curar con ejemplos.

Un sastre tenia malo un ojo, y muy desconsolado dijo á su vecino:

—¿Qué haré, Vicente, para curarme este ojo?

—¿De eso te aflijas? Mira, el año pasado tenia mala una muela, me la mandé sacar y curé; haz tú lo mismo con el ojo.

La hermosura á pedazos.

Eres bella, Tremedal,
Siempre que yo no supiera
Que un ojo tuyo es cristal
Y tus megillas son cera.

Con ballenas y colchados
tienes el pecho turgente,
Y son cabellos comprados
Los que engalanan tu frente.

De tus labios el coral
lo ví vender en la calle,
Y esa cadera marcial
Que hace tan esbelto el talle.

Por una invencion moderna
Tuyos aparentan ser
Ese brazo y esa pierna
Que te comprastes ayer.

Si tu desgracia te abona
Y en tu adorno usas las artes,
Compra entera una persona
Y no la compres por partes.

Pensamientos con suerte.

Leían delante de un literato una obra muy buena, en la que advirtió algunos pensamientos suyos, y no pudo menos de decir:

—Ved ahí mis hijos, que han hecho fortuna.

Una indirecta del padre Cobos.

Costeaba la festividad de la Reina de los Angeles en la octava de su Concepcion Purísima un devoto llamado D. Mateo, hombre verdaderamente virtuoso, que por humilde modestia encargó al orador que no lo nombrase en su discurso.

Hízolo el predicador, pero concluyendo así su elegante oracion:

—Estrañará mi auditorio que no haya elogiado al que tan atento y reverente muestra su afecto á la Emperatriz de los cielos en lo magnífico de este culto; lo he omitido, porque lo publica el sagrado Evangelio del dia: *secundum Matheum*.

El sermon de una kuákara.

Nuestros lectores saben que en la secta kuákara predicán también las mujeres, y para que por el hilo se pueda sacar el ovillo de su oratoria, hé aquí parte del sermon de una de ellas:

—Hermanos míos : tres cosas hay que no me sé explicar.

La primera es, que sean tan tontos los muchachos, que tiren piedras á los árboles para coger la fruta, cuando si la dejasen sola, ella misma se caería á las manos.

La segunda, que sean los hombres tan malvados, que vayan á la guerra á matarse unos á otros, cuando por sí solos han de morir.

La tercera y última, y la que mas me confunde es, que sean tan bobos los jóvenes, que vayan á buscar á las muchachas, cuando si se estuviesen quietos en sus casas ellas irían á buscarlos.

El Emperador y el poeta.

Augusto César acostumbraba premiar generosamente á los buenos poetas que le dedicaban versos; pero entonces, como ahora, habia un número tan desmesurado de poetastros y fabricantes de dísticos á escoplo, que no era posible ni justo premiar ni ser generoso con todos. Al hacer esta comparacion, no se crea que pensamos encontrar ahora poetas como los de entonces, ni grandes amantes de la literatura que los premien como Augusto y Mecenas. Ninguna cosa de las dos pensamos, ni mucho menos.

Pero vamos al cuento.

Es el caso, que uno de los poetas mas fecundos, mas tenaces y mas desgraciados en los repartos de pecunia, lo era uno griego, que todos los dias le presentaba una oda, todos los dias esperaba comer con ella, y todos los dias se quedaba en ayunas. Tantas llegó á presentar, que Augusto pensó en la necesidad de librarse de aquel importuno, y al efecto, un dia que por la centésima vez le llevó unos adónicos, Augusto sacó otros versos que él mismo habia compuesto, y se los dió como si le pagase en la misma moneda.

Los espectadores, que comprendieron la accion,

se sonrieron maliciosamente, mirando al pobre poeta con solapería, y esperando gozarse en su vergüenza.

Pero el poeta no la conocía, antes por el contrario, cogió los versos con mucho desembarazo, los leyó con buena y segura entonación, los aplaudió, dió gracias á Augusto, y luego sacando una pequeña moneda de cobre, le dijo:

—Señor, tomad y perdonad. Mi ofrenda es corta, y no corresponde ni al mérito de los versos que me habeis dedicado, ni á la grandeza y majestad de su autor; pero tal cual es, admitidla, os ruego, como el tributo de aquel que os dá todo cuanto tiene.

A una salida tan inesperada, los concurrentes no pudieron contener la risa, y Augusto quedó tan complacido del desembarazo del pobre poeta, que mandó darle una gran suma.

Enigmas.

30.

Por propia naturaleza
tengo dos cosas estrañas,
y en mí se ven dos hazañas,
que es ardiente mi corteza
y son frias mis entrañas.

31.

Fuí yerba, perdí mi ser
porque serví de ordinario
y tuve suceso vario,
volviéronme á deshacer
y hoy sirvo de secretario.

Los pasados y los presentes.

Quejábase un litigante de que un juez gastaba mas de lo que tenía.

—¿Esto, de dónde sale? dijo á otro amigo.

—De lo que entra.

—No pudieran hacer eso sus *pasados*, exclamó el dolorido.

—No, amigo, contestó el otro, pero lo hacen sus *presentes*.

La muerte de una cuñada.

Vino al encuentro del rey D. Alonso un caballero, llamado Luis Puche, cubierto de luto, y con el aire de hombre muy triste; el rey le preguntó:

—¿Por qué vienes tan triste y tan cubierto de luto?

—Señor, ha muerto mi cuñada.

—Antes me parece que debias estar alegre por su muerte; porque muriendo tu cuñada, resucita tu hermano, y se levanta de los muertos.

Lo bueno y lo malo del madrugar.

Para quitar la pereza á un niño, le decia su padre:

—Uno que madrugó mucho halló un bolsillo en el camino.

--Padre, contestó el muchacho, mas debió madrugar el que lo perdió.

Los aplausos de la muchedumbre.

Observando un orador de la antigua Grecia que lo aplaudia la muchedumbre, dijo:

—Por desgracia ¿se me ha escapado alguna tontería?

Exageraciones.

Dos abogados sin pleitos se entretenian en mentir en la puerta de la Audiencia:

—Chico, Juanito, dijo uno de ellos, ¿ves aquella hormiga que se está paseando en lo mas alto de la torre de Santa Cruz?

Juanito abrió sus ojos , miró, volvió á mirar , y dijo con aplomo:

—Me ganas, Pedro, no la veo; pero amigo mio, es cierto lo que dices, porque la oigo andar.

Un cero en medio.

Te una dama era galan
Un vidriero, que vivia
En Tremecen, y tenia
Un grande amigo en Tetuan.

Pidióle un dia la dama
Que á su amigo le escribiera
Que una mona remitiera;
Y como siempre quien ama,
Se desvela en conseguir
Lo que su dama le ordena,
Por escoger una buena
Tres ó cuatro envió á pedir.

El tres ó cuatro escribió
En guarismo, el majadero,
Y como es allí la o cero,
Así el de Tetuan leyó:

Amigo, para personas
A quien tengo voluntad,
Luego al punto me enviad
Trescientas y cuatro monas.

Hallóse afligido el tal,
Pero mucho mas se halló
El vidriero, cuando vió
Contra su frágil caudal,

Dentro de muy pocos dias
Apearse con estruendo
Trescientas monas, haciendo
Trescientas mil monerías.

El hermano y la hermana.

Cármén, mi vecina, que tenia siempre seis ú ocho novios, reprendia á su hermano, gran jugador, diciéndole:

- ¡Desgraciado! ¡Cuándo dejarás de jugar!
—¡Ah, hermana! Cuando tú dejes de amar.
—¡Infeliz! repuso ella, tú jugarás toda la vida.

La sombra del asno.

Defendiendo Demóstenes, padre de la elocuencia, á un hombre que iba á ser condenado á la pena capital, algunos de los jueces se divertían entre sí en conversaciones que alarmaron al elocuente orador.

Conociendo entonces que la oratoria sería inútil en un país de sordos, trató de llamar la atención de los jueces, y lo consiguió refiriendo un cuento que enlazó con su asunto, y es el siguiente:

Un aldeano alquiló su asno á un pasajero, principiando la jornada juntos, el pasajero en el jumento y el dueño á pié. Como era en el estío, y la hora de medio día, el sol incomodaba demasiado hasta el extremo de haber de apearse el que iba montado, acogiéndose á la sombra del asno. Viendo esto el alquilador, dijo:

—Eso no, buen pasajero, que yo el jumento alquilé, pero la sombra no; y siendo esto así, apártate de ella y déjamela.

—No estás en lo justo, replicó el otro, porque si el asno no puede apartarse de su sombra, cuando yo pagué su alquiler también pagué su sombra.

—Hé aquí, dijo Demóstenes, entablado un pleito entre dos partes que van al tribunal, sosteniendo cada cual su derecho, y confiando en su justicia y en la imparcialidad de los jueces.

Entretanto, los que esto escuchaban, habían dejado de hablar, y atentos y silenciosos, no podían ocultar el interés que tomaban en el pleito del jumento, ni la extraordinaria curiosidad que tenían por saber la resolución que en él recayó; pero el diestro orador, cambiando de repente de entonación y de asunto, exclamó enardecido:

—¡Oh, senado supremo! el despreciable litigio

de un asno llama vuestra atencion, ¿y no os la llama la importancia de la vida de un hombre?

Esta reconvenccion produjo tal efecto, que no se distrajeron mas; escucharon al irresistible orador, y el reo fue absuelto.

A un asombro otro mayor.

Un petardista, célebre por sus trampas y estafas, y que ya no tenia amigo ni conocido que le prestase un cuarto, fue un dia á verse con un caballero rico y generoso, con quien no tenia relaciones de ninguna clase, y despues de muchas cortesias y cumplimientos, le dijo:

—Voy á dejar á V. asombrado con lo que le voy á decir. Soy N., debo á todo el mundo y no pago á nadie; no lo conozco á V., y, sin embargo, solo por las buenas noticias que tengo de su carácter, he venido á pedirle prestados mil reales.

—Pues va V. á quedar mas asombrado con mi contestacion, repuso el caballero; yo lo conozco á usted perfectamente, estoy enterado de sus trampas y de sus enredos, y sin embargo, se los presto.

La ópera gratuita.

Asistia doña Celedonia á una funcion casera en que se cantaba una ópera. No habia asistido á otra jamás, y oyendo un coro, creyó que por ser gratuito cantaban todos á la vez, y así dijo:

—¡Ah! los canallas, porque somos nosotros cantan todos juntos, eso es, por acabar antes.

Santa Teresa y las elecciones.]

Santa Teresa de Jesús pedia á Dios en el fervor de sus oraciones, que el provincialato de la religion recayese en un varon de altas virtudes y docto, á quien tenia en el mas alto concepto aquella mujer extraordinaria.

Celebróse el capítulo y fue nombrado otro.

La Santa, con su acostumbrada humildad, suplicó al Señor que le perdonase si habia errado en aquella demanda.

Respondiòla S. D. M. :

—*Teresa mia; cierto es que convenia lo que me pediste; pero los frailes no quieren lo que conviene.*

El curioso por su mal.

Iba el pobre Marcelino
Por vino con dos botellas,
Que estaba barato el vino,
Y como eran grandes ellas
Rompió la una en el camino.

Y era su amo un baladí,
Que armó una marimorena;
—¿Cómo la rompiste? dí.
—¿Cómo he de romperla? así:
Y arrojó al suelo la buena.

La perfeccion de la imperfeccion.

Un predicador decia en el pùlpito que todo cuanto Dios ha hecho es perfecto en su clase y para su fin.

—Eso á tu tia, decia entre sí un jorobado: tú dirás cuanto quieras; pero eso no me lo harás creer,

Esperó al predicador á la puerta de la iglesia, y le dijo:

—Segun la doctrina de V., padre mio, Dios ha hecho todas las cosas perfectas ; pues bien , mire V. mi joroba: ¿se atreverá V. á decirlo ahora?

—Hijo mio, le respondiò; tú eres una prueba de todo cuanto he dicho, porque en la clase de jorobados no puede Dios hacer cosa mas perfecta.

La confianza de un hombre generoso.

Del elogio del arquitecto Fontaine que Mr. Aleci, secretario perpétuo de la Academia, pronun-

ció en el Instituto, sacamos el siguiente pasaje:

Un honrado artista, con el que tenia algunas relaciones de amistad, se presentó á él; Mr. Fontaine sabia que este artista acababa de perder una parte de su fortuna, por lo que á las primeras palabras adivinó el objeto de su visita.

—Estoy muy ocupado, le dijo, me es imposible escucharos: mi secretario está ahí, en ese cuarto inmediato, cuya llave es esta; hacedme el favor de tomar la cantidad que os haga falta, y que yo no necesito saber, y permitidme acabar mi trabajo.

El artista se conformó con esta exigencia tan rara; y cuando despues de algun tiempo volvió lleno de alegría y gratitud á pagar la deuda y dar gracias á su acreedor,

—Estoy acosado por los negocios, le dijo monsieur Fontaine; tomad mi llave, tened la bondad de poner ese dinero en mi gaveta y dispensad que prosiga mi trabajo.

Adivinanzas.

- 49 —¿Cuáles son los lienzos mas dificiles de romper?
 50 —¿Hay algun medio de leer con fruto, aunque no se entienda lo que se lee?
 51 —¿Qué hace el pan cuando lo cortan?
 52 —¿Qué es aquello que cuanto mas se le quita mas grande es?

La malicia de los pavos.

El conde de..... habia ofrecido á Rosini un pavo trufado; pero pasaban dias y dias, y el pavo no acertaba con la puerta del maestro.

—Una mañana se encontraron en la calle los dos amigos, y el conde le dijo:

—No desconfies; irá, y si ya no lo has recibido, es porque este año las trufas son de pésima calidad, y segun se dice, venenosas.

—¡Va! contestó Rosini sonriendo, esas son voces que han hecho correr los pavos; pero un hombre de talento no debe creerlas.

Los adornos exagerados.

Gustaba una dama de engreirse y adornarse con trajes extraordinarios, y sobre esto le decía su prudente marido:

—Cuando te veo así me causas devoción, porque eso no es estar vestida, sino revestida.

Lo que significa ventana.

Un orador, reprendiendo á las damas inclinadas á dejarse ver en las ventanas y balcones, decía:

—¿Qué pensais, señoras, que significa ventana? Reparadlo bien y con advertencia cuerda hallareis que es igual á decir: *Ana en venta*.

La cena por la mañana.

Un labrador rico, que podía sentar plaza de catedrático de economía, llevaba veinte segadores para recolectar pronto unas cebadas que esperaba con ansia el alcalde del pueblo. El día primero observó nuestro hombre que sus gentes comían demasiado; y con el objeto de ahorrar alguna cosilla en este ramo, llevó al campo por la mañana el almuerzo, la comida y la cena, seguro de que, encontrándolo todo frío, comerían indudablemente menos.

Se sientan los segadores y almuerzan.

—Hoy, dijo el amo, que no era pariente de Salomon, podremos comer cuando queramos, porque temiendo que nos hagan esperar mucho, he mandado traer la comida al mismo tiempo que el almuerzo.

—Yo, dijo uno de los segadores, creo que nos podemos ahorrar el tiempo que se emplea en sentarse y levantarse comiendo ahora y dejando to-

do el dia libre para segar, que con la tripa llena lo haremos como unos desesperados.

La idea fué aprobada por unanimidad, los segadores se abalanzaron á la cesta, y despacharon la comida como si hubieran ayunado ocho dias.

—¡Oh! cómo vais á segar ahora, dijo el labrador, no atreviéndose á resolver si lo hecho le convenia, económicamente hablando, ó le perjudicaba.

—Me parece, dijo un segador, que nuestro amo ha traído tambien la cena, y para no pensar en mas comida que la cebada, creo que podíamos cenar ahora y despues segaremos con mayores deseos de dar gusto.

El labrador conoció que aquello no podia convenirle, pero la cena estaba en poder de los segadores, y no hubo remedio; cenaron.

Las provisiones se habian concluido, las botas estaban pez con pez, y los segadores dormian, sin fuerzas para levantarse ni para hablar.

—Señores, dijo el labrador botando de cólera, he dado á Vds. gusto en todo, creo que es ocasion de que Vds. me lo den principiando á segar.

—¿Qué dice? preguntó uno.

—No es poca su ambicion, repuso otro. No se contenta con lo que hemos hecho entre comida y comida, y quiere todavía que seguemos despues de la cena. ¡Vaya un avaro!

Eran las seis de la mañana.

La venganza de un marido.

Un albañil, llamado Pedro, tenia grande amistad con su convecino Juan, y no menos con Nicolsa, su mujer; fué un dia, como de costumbre, á visitarla, en ocasion que Juan estaba en el campo; pero á poco llega este, lo saluda y le pide un cigarro. El albañil le dijo:—hombre, lo siento, pero no tengo; toma cuatro reales, marcha á traer tabaco y fumaremos.

Sale Juan de casa, pero con la alegría se olvida

del número de cigarros que habia de comprar, vuelve corriendo, entra en su casa y vé que Pedro y Nicolasa estaban..... esperando sin llorar. Los mira Juan, y dice:

—¡Hola, Perico! ¿esas tenemos? pues ahora todas la peseta la he de emplear en tabaco, y no he de volver en tres horas para darte mas chasco.

El suicidio de un avaro.

Si me ahorco me cuesta un real;
 Dos reales si me enveneno;
 Y por dos no habrá un puñal,
 Si el puñal ha de ser bueno.

Temo con bala romper
 Mi pobre vital estambre:
 Mas barato es no comer,
 Es claro, morirme de hambre.

El suelto que no se puede prender.

Un caballero que habia ganado por la noche en el juego, se levantó por la mañana con muy buen humor, llamó á su criado, y cuando lo vió entrar se volvió de espaldas, y arrojando una gran pluma de la cola, dijo:

—Corre, Perico, que se va huyendo ese preso, agárralo vivo ó muerto, y tráelo aquí.

El criado, que no era tonto, principió á dar vueltas por la sala y por el recibimiento; corre de acá para allá, vuelve luego á la presencia de su amo, y soltando en sus barbas otra pluma de la cola, dijo:

—Lo he cogido, señor, aquí lo traigo vivo.

[El canónigo y el ladron] de trigo.

El arcediano Medina, en la iglesia de Toledo era un hombre notable por sus virtudes, y sobre todo por su caridad evangélica. Sus criados llevaron un día á su presencia un pobre hombre que les habia

hurtado un costal de trigo, y contra el que pedían todo el castigo de la ley.

El arcediano se sonrió dulcemente, despidió á sus fámulos, y dijo al ladrón:

—¿Tienes hijos?

—Sí, señor.

—¿Cómo es que no has hurtado otra cosa mas ligera, y no el trigo que tan difícil es de ocultar?

—Era pan lo que faltaba á mis hijos.

—¿Por qué no lo has pedido á la caridad en vez de hurtarlo?

El aldeano calló.

—¿Sabes el castigo que te impone la ley?

—Perdon, señor canónigo, perdon.

—No tiembles; me has hurtado una cosa que yo te hubiera dado si me la hubieses pedido. Coge el trigo y llévatelo si tus hijos no tienen pan, pero luego vuélveme el costal, porque me hace falta, y acuérdate de esto; pide y no robes.

El hijo del pueblo.

Dos rapazuelos sin madre
Disputaban en el Pardo,
Uno decia:—Bastardo,
Ni siquiera tienes padre.

Contestaba el otro tuno:
—Si eres mas feo que el bú,
¿Qué no tengo? Mas que tú,
Que tú solo tienes uno.

Un padre de talento.

El bueno de D. Simplicio daba parte á un amigo del casamiento de su hija, hermosa jóven de diez y seis años, mas viva que la pimienta y mas precoz que su padre.

—Creo, contestó su amigo, que tu hija es demasiado jóven, y debes mirarlo mucho antes de casarla.

—¡Ah, te parece muy jóven! no la creerias tanto

si yo te pudiera decir que ha tenido dos.... ¿entiendes? pero estos son secretos de familia que un padre de talento no debe decirlos jamás.

Relacion entre el comer cebada y el rabo.

Un europeo que viajaba por los Estados-Unidos contaba que en la muestra de una caballeriza de New-Hampshire, se leia el anuncio siguiente:

«Se admiten caballos: los de rabo largo á tres reales, y los rabones á dos.»

—Me llamó mucho la atencion, decia cándidamente el viajero, y pregunté al amo del establo la razon de la diferencia.

—Aquí, le contestó, lo calculamos todo, y puedo asegurar á V. que salimos ganando con los rabones: y la razon es muy sencilla. Un caballo rabi-largo sacude y espanta las moscas con facilidad, y se queda desembarazado para comer cebada á su satisfaccion; por el contrario, un rabi-corto, molesto por el terrible insecto, sin medios de librarse de él, apenas puede comer cebada ni atender á otra cosa que á la incomodidad que sufre.

La cuenta igual.

—¿Cuántos borrachos, Manolo, hay en la calle, sin contarte á ti? decia un sastre á un zapatero de portal.

—¿Cómo es eso! ¿qué quiere decir sin contarme yo?

—Hombre, no te enojas por eso; dime cuántos hay contándote.

El amor de ultratumba.

Al infierno el Tracio Orfeo

Su mujer bajó á buscar,

No pudo á peor lugar

Llevarle tan mal deseo.

Cantó, y al mayor tormento

Puso suspension y espanto,

6. A N. 105-1164

Mas que lo dulce del canto
La novedad del intento.

El triste dios, ofendido
De tan estraño rigor,
La pena que halló mayor,
Fue volverlo á ser marido.

Y aunque su mujer le dió
Por pena de su pecado,
Por premio de lo cantado
Perderla facilitó.

La sencillez de un niño.

Pasando ayer por la calle de Toledo vimos á un niño que llevaba unas banderillas.

—¿Para quién llevas eso? le preguntó un conocido con alguna curiosidad.

—Para mi papá, dijo el niño.

—¡Vaya una sencillez! pensamos nosotros.

Pensamientos.

Marco Caton decia que cuatro acciones dejaban siempre arrepentimiento de ejecutarlas; fiar secreto á mujer; hacer viaje por mar, pudiendo ir por tierra; orar en público por hipocresía y aconsejar á tontos.

—Tres cosas contristan al enfermo; el temor de la muerte, los dolores del cuerpo y la cesacion de los deleites; á que añadió un gracioso, y el haber de llamar al médico.

Pensamientos persas.

—Cuando vayas á castigar tu camello porque no quiere andar, piensa antes en si hace mucho tiempo que no come.

—Dulce es el fruto del estudio y amargo el de la esperiencia. El que con esta se instruye no tratará con cariño á su maestra.

—La actividad de algunos hombres es como la del caballo á quien hiere el acicate. El poder estar-se quietos nõ es pequeña ventura.

—Cuando Mehemet va á la plaza, se vé rodeado de gentes que le aprietan la mano y le dicen afectuosamente:—Dios te guarde, amigo mio: y cuando entra en casa, esclama suspirando: ; Quién tuviera un amigo!

—Habla poco al que te observe, y observa mucho al que habla poco.

—Cuando entres en una casa, no te sacudas el polvo si antes no han venido á quitarte el bordon de las manos.

—El que aprieta mucho la naranja, bebe jugo amargo; el que no la aprieta bastante, bebe poco. Solo el prudente sabe beber mucho y beber jugo dulce.

La paga de un sermon.

La hermandad de San Teodoro,
En un sermon agraviada,
Dió al fraile en un plato de oro
Un celemin de cebada.

Dijo el fraile:—Me es muy grato,
Mas peca el precio en inmenso,
Solo, pues, me quedo el plato
Porque os hace falta el pienso.

El yerro de un cazador.

Unos cazadores que perseguian á un lobo en el invierno último lo cercaron y lo acosaron de tal suerte, que el animal, como único medio de salvarse, tomó la direccion de un molino en la ribera del Tajo. Un cazador aprendiz, que detrás de unas zarzäs observó un bulto negro, hizo en toda regla su puntería; disparó, y en vez de matar al lobo, mató á la molinera.

A vista de tal catástrofe, el pobre cazador estuvo á punto de desesperarse; sus compañeros se alar-

máron, los parroquianos del molino salieron, y por todas partes solo se oían gritos y lamentos.

A poco rato llegó el molinero con una pachorra deliciosa; examinó la herida, miró á los circunstantes, y dijo al matador:

—Consuélese V., buen hombre, que no ha errado el tiro, porque casualmente ha muerto V. á la loba mas mala de todo el país.

La equivocacion de un verdugo.

Sacaron por ladron á un gitano á darle doscientos azotes por las calles de Sevilla; y conociendo por los primeros que recibió que la fiesta no era cosa de reir, volvió la cara al verdugo, llamando su atencion, y luego, juntando los extremos de los dedos índice y pulgar, y ensanchándolos en forma de peso duro, le hizo creer que si ablandaba la mano recibiria la recompensa en mejicanos de buenaley.

El verdugo, que en estos contratos debia estar ducho, trató al solapado ladron con una blandura inusitada, y como era justo, cuando llegó á la prision reclamó su paga.

—¿De qué paga me hablas? dijo el gitano, haciéndose el tonto.

—De la que tú me ofreciste rodeándote el ojo con los dedos como si señalaras un duro.

—¡Já! ¡já! ¡ja! contestó el gitano, ya lo entiendo; pero hombre, si lo que yo te queria decir es, que al levantar la penca se me abria tanto ojo de c....., como indicaban los dedos.

Los zapatos roidos por los ratones.

Los romanos eran supersticiosos hasta la exageracion. Un dia encontró uno de ellos que los ratones le habian roido los zapatos. Se alarmó; creyó que le amenazaba alguna desgracia, y fué á consultar el caso con Caton.

—Me he encontrado esta mañana, le dijo, que

los ratones han roído mis zapatos. ¿Qué desgracia será la que me anuncia este prodigio?

Caton le contestó:

—No es de maravillarse que los ratones te hayan roído los zapatos; pero lo hubiera sido mucho si los zapatos hubieran roído á los ratones.

Desear de palabra.

Decíale una cuerda mujer á su marido, entretenido con otra:

—Quisiera verte casado con esa dama; y entonces, cierto es que no te parecería lo que ahora, ni á ella bien el que la tratases como á mí me tratas.

Las desgracias reunidas.

Divirtiéndose un marido
 En una tertulia estaba,
 Y el criado fué y le dijo:
 —Señor, se ha hundido la casa.
 —Y bien, preguntole el amo
 Con admirable cachaza;
 Vamos ¿y qué ha sucedido?
 Cuéntamelo todo: acaba....
 ¿Ha cogido el hundimiento,
 Por casualidad, al ama?
 —No, señor, que por fortuna
 Fuera su merced se hallaba.
 Al oír estas razones,
 El pobre marido esclama;
 ¡Vaya por Dios! siempre vienen
 Reunidas las desgracias.

La justicia de Marruecos.

Castigaban los moros en Marruecos el delito de usura cortando un pedazo de carne al usurero, y entre paréntesis, si el método no era bastante para

impedir que engordasen, lo que es para hacerlos enflaquecer no podia encontrarse mejor.

Sucedió, pues, que un judío, con testigos falsos vino á probar que un cristiano habia incurrido en este delito, siendo él la víctima.

—¿Cómo probarás tu dicho? le preguntó el juez.

—Son testigos mis convecinos Samuel, Leví y Jonatás.

—¿Tienes en tu abono algun testigo mahometano?

—No, señor, pero los que presento, aunque judíos, son hombres de bien y abonados en todo.

—¿Tienes algun testigo cristiano?

—No, señor.

—¿Qué dices tú, cristiano?

—Que le he prestado el dinero en una urgente necesidad sin interés de ninguna clase, y que ahora, por no pagarlo, me acusa de usurero.

—¿Tienes pruebas?

—Ninguna.

—Es muy posible, cristiano, que tengas razon, dijo el juez, pero tu contrario prueba y tú no; la ley me manda condenarte.

—Y yo reclamo el cumplimiento de la ley, dijo el judío, porque debe ser igual para todos.

—Tú, judío, que eres el acusador y el agraviado, debes ser tambien el ejecutor de la sentencia, dijo el juez; aqui tienes el cuchillo y el peso.

El judío tomó el cuchillo y se preparó á la operacion.

—¿Insistes? le preguntó el juez.

—Insisto; la ley es ley, y por nada dejaré de cumplirla.

—Cristiano, disponte, la justicia te reclama, dijo el juez; luego, volviéndose al judío, añadió:

—Nuestra ordenanza previene que se corte una onza de carne, ya lo sabes, aqui tienes el peso.

El judío dió un paso hácia el cristiano.

—Espera un momento, dijo el juez, tengo que hacerte una advertencia.

—¿Cuál?

—Que la onza de carne sea cabal, ni mas ni menos.

El judío reflexionó.

—¿Y si corto mas?

—Morirás por ello.

—¿Y si corto menos?

—Se cortará de tu cuerpo la carne que falte. Tal es la ley, y la ley debe cumplirse.

—¿Puedo volverme atrás? preguntó el judío temblando de terror.

—Sí; pagando al cristiano la deuda y quedando su esclavo.

—Me someto á ello, dijo el judío, y confieso que he mentido.

—Y yo te perdono, gritó el cristiano, porque Dios es justo, y por ocultos que sean sus caminos, la justicia triunfa siempre.

Enigmas.

32.

Que se alegra dá á entender
el que pronuncia mi nombre ;
le suelen dar de comer,
los que yo alimento al hombre
y yo le doy de beber.

33.

Con agrado cortesano
no hay hora que yo no enseñe
teniendo sola una mano,
y me hace temblar mi dueño,
con pesares, si estoy sano.

El Miércoles de Ceniza.

De vuelta de sus viajes por Europa, contaba un turco al sultan que los cristianos se volvian locos en cierta época, hasta que despues de tres dias

sus sacerdotes les volvian la razon poniéndoles ceniza en la frente.

Recordaba las locuras de carnabal y el *memento, homo* del Miércoles de Ceniza.

Secretos de naturaleza, sorprendentes y de infalible resultado.

Para no quedar jamás cesante.

—No ser empleado.

Para que el sol no queme la cara.

—Estar siempre á la sombra.

Para que tenga hijos la mujer mas estéril,

—Que conciba y para, que crie los hijos y no los suelte y los tendrá; y es probado.

Para verse un hombre en alto puesto en pocos instantes, siendo la admiracion del pueblo que lo mirará con la boca abierta.

—Que suba en un globo.

Para que á un hombre, aunque sea viejo, le persiga á sol y á sombra la mujer mas linda que encuentre en la calle y no lo quiera soltar hasta conseguir su objeto.

—Cuando encuentres una mujer linda quitale lo mejor que tenga y echa á correr, que ella te seguirá, y es probado.

Para probar que lo son y para que sean real y verdaderamente hijos propios de un marido los que lo son de su mujer, por grande que sea la sospecha en contrario.

—Este es un secreto maravilloso que necesita ciertas precauciones para que produzca resultado. Hélas aquí :

Se buscan testigos por ambas partes, y si se quiere, un escribano que levante acta. Estando todo así dispuesto, toma la mujer el hijo en las manos y dice al marido.

—¿Confiesas y concedes de buen grado que este hijo es mio?

—Sí, contestará el marido.

Entonces la mujer pone el niño ó niña en manos de su marido y dice:

—Supuesto que era mio, yo te lo doy, y es tuyo en virtud de esta donacion sin que puedas negarlo. Y es claro que no puede negarlo.

Hé aquí resuelto uno de los problemas mas difíciles y que ha llevado al retortero á toda la raza humana por espacio de seis mil años.

Pero lo mas asombroso es la sencillez con que este problema se resuelve y lo satisfechos que van á quedar todos con este medio de resolverlo.

Contra el mal de suegro.

Glorioso San Sebastian,
Santo cabal y perfecto,
Mi alma como la tuya,
Como tu cuerpo mi suegro.
¿Todas las flechas á vos?
¡Qué poca razon tuvieron!
Suegros habia en el mundo
Y habia casamenteros.
Yo que todos los dolores
Paso con un suegro eterno,
Que de él me querais librar,
Como á santo, os pido y ruego.
Como dolor de costado,
Suegro de costado tengo,
Y con un suegro continuo
Seis años há que adolezco.
Me sabe á suegro y vinagre
Cuanto como y cuanto bebo;
Suegro hay por ante el comer,
Y al cenar, por postre, suegro.
Al que le duele la muela
El sacársela es remedio,
¡Y á mí que el suegro me duele,
No me dan este consuelo!
Si quisieran conmutarme
Este mal á otro tormento,

Yo tomára de lanzadas,
 A diez por suegro sin miedo.
 Suegra pascua le de Dios
 Al que de yerno me ha puesto,
 Y plegue á Dios que se vea
 Tan yerno como me veo.
 No hay cosa que se le iguale,
 Todas son cosas de viento,
 Como el llamar mi señor
 A lo mismo que aborrezco.

Los suegros se vuelven lanzas,
 No queda yerno con yerno:
 A suegro y sangre va todo,
 Y todo es suegro, y, á ellos.

Libradme, pues, santo mio,
 De tantos ensuegramientos;
 Muera yo de unas tercianas,
 Y no de este parentesco.

El soldado y el perro.

Un soldado de caballería mató con su lanza un lindo perro de la señora de su coronel.

Este, enojado, llamó al lancero y le dijo:

—¿Qué has hecho, miserable?

—Señor, me ha mordido.

—Bien, ¿y por qué no te has defendido con el regaton?

—Así lo hubiera hecho, mi coronel, si me hubiera mordido con la cola y no con los dientes.

—Vete, dijo el coronel, soltando una carcajada.

El peluquero burlado.

Peinaba un peluquero famoso á un estudiante de buen humor, y como se alabase de que ninguno le aventajaba en su oficio, y que para rizar el pelo y poner papillotes no cedía el puesto á ningún peluquero de la corte, el jóven le dijo:

—¿Se cree V. capaz de poner papillotes á cualquiera?

—Sin duda alguna.

—¿Trae V. los hierros de dar fuego?

—Sí, señor.

Entonces el estudiante se levantó, soltó con ímpetu una pluma de la cola, y dijo al peluquero:

—Veamos, maestro, si pone V. á ese los papillotes y le hace un par de rizos.

Para que no haga daño el chocolate, aun cuando la chocolatera sea de cobre y esté sin estañar.

Se toma el chocolate, y con un cuchillo se divide, corta y reduce á pedazos pequeños. Se tiene así algunos minutos en la ventana para que le dé el aire fresco de la calle ó del corral. Se espolvorea ligeramente con azúcar tostada, pero en muy pequeña cantidad; se deshace en un cocimiento de achicorias en vez de emplear el agua clara. Se tiene mucho cuidado de deshacerlo dando al molinillo de derecha á izquierda, en vez de darle de izquierda á derecha. Al chocolate se le han de dar tres hervores y se ha de revolver tres veces con el molinillo.

Después de estas operaciones tan sencillas se pone en la gícara, se pega con ella suavemente tres veces en el plato, y chocolate y gícara se arrojan por el balcon.

Y es probado que aunque el chocolate tenga cardenillo, no hace daño al que con tales precauciones no lo toma.

El consuelo de la albarda.

Robáronle á Anton Llorente
 Su pollino; él con desvelo,
 Hizo plegarias al cielo,
 Mas humilde que impaciente;
 Pero viendo que el que aguarda
 Alcanza su gusto tibio,

Vino á tomar por alivio
 Consolarse con la albarda;
 De manera que imagino
 Que fué consuelo tenella,
 Pues sintió menos con ella
 La pérdida del pollino.

Pensamientos.

Nadie halla en un libro mas talento del que tiene él mismo.

—En las obras de los demás, el tonto busca los defectos, el sábio las bellezas.

—Un tonto puede pensar algunas veces, pero siempre segun su tontería.

—La curiosidad se aumenta con la instruccion.

Esopo segundo.

Un jóven de talento, pero de una figura bastante fea, oyó decir á varias personas que le seguian en el Retiro: «parece un Esopo;» al instante volvió la cabeza y dijo:

—Teneis razon, porque hago hablar á las bestias.

Los treinta años clavados.

Decia frecuentemente Fabia Dolabela que tenia treinta años.

—Verdad debe ser, replicó Ciceron, porque hace mas de veinte que lo dices.

El amigo desconocido.

Al llegar á Lyon el conde de Alest fué conducido á casa del gobernador, que no lo conocia, y lo recibió con orgullo, diciendo:

—Amigo mio, ¿qué dicen en Paris?

—Misas.

—Ya; ¿pero qué ruido corre?

—El de los carruajes.

- Lo que quiero saber es lo que hay de nuevo.
 —Habas verdes.
 —Amigo mio, ¿cómo te llamas?
 —Los necios en Lyon me llaman amigo mio, y en Paris me llaman el conde de Alest.

Para que los ratones se maten ellos mismos.

Primeramente se ceban en la habitacion, poniéndoles queso del mas exquisito que se encuentre para que no comprendan el engaño; despues se matan los gatos para que los pobrecillos no tengan miedo de salir, jugar y saltar. Así preparado, y cuando los ratones lo recorren todo y entran y salen como Pedro por su casa, se quita el queso, se coloca una piedra frente á la madriguera á la distancia de una cuarta, y se esparce tabaco en polvo en el sitio por donde los ratones han de salir.

Sale el raton, huele y sorbe el tabaco, se le sube á la cabeza, principia á estornudar y ciego y desesperado se lanza á la carrera sin saber lo que se hace; dá con la cabeza en la piedra un furioso golpe y se estrella los sesos.

De este modo se van estrellando uno tras otro hasta que no queda un raton en la vecindad.

Adivinanzas.

- 53 —¿Qué es lo que pasa el rio sin hacer sombra?
 54 —¿Quién es el que lleva con facilidad cien arrobas de paja y no puede llevar un perdigon?
 55 ¿El que solo tiene un huevo para almorzar, puede todavía escoger?
 56 —¿Quién es aquel que si no lo matan no está contento?

La nariz escalera.

Si tanta desgracia pasa,
 Llorad, niñas de la villa,

Llorad, porque arde una casa
Y está Rosa en la boardilla.

Llorad, que la desgraciada,
Aunque tiene religion,
Va infeliz á ser quemada
Sin haber inquisicion.

Grita así casi demente
En la calle del Soldado,
Dando á una bomba impelente
Un galan enamorado.

Y en la boardilla mas alta,
Por encima de las tejas,
La pobre Rosa se exalta
Lanzando al aire sus quejas.

Pero ved que de repente
Llega á la calle Nason,
Y grita al verlo la gente:
—Ya vino la salvacion.

Con asombro de la villa
Endereza su nariz
Y la planta en la boardilla
Dó está Rosa la infeliz.

Y aunque de gozo temblando,
Porque tal dicha no espera,
Por ella se va bajando
Mejor que por la escalera.

¡Oh, pasmosa admiracion!
Justo es, lector, que te asombres,
Porque hace solo Nason
Lo que no harian mil hombres.

Que tiene la casa siete
Pisos con alturas raras,
Y es bueno el que así se mete
En camisa de once varas.

Por eso la gente grita
Que era un gusto si lo oyeres:
—¡Viva la nariz bendita,
Salvadora de mujeres!

¡Gloria á la feliz nacion
Entre todas las felices,

Por ser madre de Nason,
Dueño de tales narices!

El jubon del rey Católico.

Hablaba D. Fernando el Católico con algunos caballeros de su corte sobre los gastos y precios de las cosas.

—Los trajes, dijo uno de ellos, nos cuestan un sentido.

El rey se sonrió, y como hablando para sí, dijo:

—¡Ah! buen jubon, que me has roto tres pares de mangas.

El arte de remozar.

Un hombre, que empezaba á encanecer, se presentó á pedir una gracia á Adriano, y se la negó.

Poco tiempo despues, aquel mismo hombre, que se habia teñido de negro los cabellos, volvió á pedirle la misma gracia.

Conociólo el emperador, y le dijo:

—Ya se la negué á tu padre.

Los sabios aman.

Preguntó una jóven á Zenon:

—¿ Los sábios tambien aman?

—Muy desgraciadas seriais las hermosas, respondió, si en el altar de vuestra hermosura solo quemasen incienso los necios. gente que no sabe amar, pero que está muy enseñada á aborrecer.

El hurto incompleto.

Se confesaba un labriego de que habia hurtado trigo á su convecino el alcalde.

—¿Es el hurto de mucha consideracion? preguntó el confesor.

—¡ Vah! una cosa regularcilla, padre.

—Pero, vamos, ¿cuánto poco mas ó menos? ¿serán cuatro cahices?

—Bobos.

—¿Ocho?

—Ponga diez, padre, porque lo que falta iremos á hurtarlo despues mis hijos y yo.

El herrador y su idea.

Cansado un herrador de que le robáran todas las noches las anillas de hierro que tenia en la pared para atar los caballos, puso en su lugar elegantes y retorcidos cuernos de cabra.

—Buen pensamiento es, dijo el escribano del pueblo que pasaba por allí mirando los cuernos. ¿De dónde ha salido eso?

—De aquí, contestó el herrador, dándose en la frente con aire satisfecho.

—Cómo sabe la perdiz.

La raposa y la perdiz

Tuvieron una pendencia;

La raposa por su ciencia

Quería ser mas feliz.

La perdiz por su hermosura,

A quien la otra decia:

—Bobaza, que cada dia

Te caza quien te procura.

Y ella dijo:—Aunque bobaza,

Con cuanto tú sabes, no

Sabes tambien como yo

A cualquiera que me caza.

Felipe II y su favorito.

Dijo Felipe II á D. Diego de Córdoba una tarde de diciembre:

—Gran frio hace; no sé en qué emplear la noche.

—Acuéstese V. M., respondió; porque no hay

cosa mas caliente en el invierno ni mas fresca en el verano que la cama.

—Así lo haré; venme á desnudar.

Cuando se hubo acostado, mandó el rey á don Diego que leyese. Tomó este un libro y la palmatoria, hincó la rodilla, y estuvo leyendo mucho tiempo. Entre tanto el rey se habia vuelto hácia la pared, y como D. Diego creyese que se dormia, cerró el libro y se levantó con silencio. El rey, conociendo su idea, le dijo:

—No me duermo, Córdoba.

Pero D. Diego, haciendo una grande reverencia, respondió:

—Señor, V. M. no se duerme, pero yo sí; y dejando el libro, se marchó con mucha frescura.

El error del pié.

Dos frailes capuchinos, el predicador de la Cuaresma y su lego fueron convidados á cenar por el alcalde de un pueblo, persona rica y de buena sociedad. El lego, que en esta materia no conocia otra ley que su apetito, apenas presentaban los platos en la mesa, se lanzaba sobre ellos sin consideracion ninguna. Los platos podian escitar el apetito, no digo de un pobre lego, sino de un presentado, pero sobre todos, sacaron una salsa inglesa que hacia chupar los dedos y decia comedme.

El lego la probó, y pan ¿para qué te quiero? principió á mojar mendrugos en la misma salsera. El padre predicador, prudente y sabio varon sudaba de congoja, y conociendo que una reprension delante del dueño de la casa no era oportuna, alargó un pié cuanto le fué posible por debajo de la mesa, lo dirigió al sitio que debian ocupar los del hambriento lego, y lo dejó caer con bastante fuerza para deshacer los callos que encontrase aunque los tuviese á docenas.

La intencion del padre era muy buena, pero tomó mal sus medidas; y su pié, en vez de ir á caer

sobre el idem del lego, vino por desgracia á aplastar el del alcalde sin ventura, que vió las estrellas con los ojos cerrados y ya no tuvo mas callos en su vida.

—Por Dios, padre, dijo saltándosele las lágrimas, tenga V. presente que no soy yo el que moja.

Comentarios al Alcoran.

Mahoma en el Alcoran
 Prohibió el nectar divino
 A que llama el mismo truan
 Con todas sus letras, vino.
 Y ello ha sido á mi entender,
 Y á esta opinion me acomodo,
 Que lo quiso recoger
 Para bebérselo él todo.

Dichos célebres de Sócrates.

—¿Cuál es tu patria? preguntaron á Sócrates.

—El mundo.

—¿En qué te diferencias de los otros hombres?

—En que ellos viven para comer y yo como para vivir.

—¿Qué es lo que sabes?

—Que nada sé.

—¿En qué te distingues de los otros filósofos?

—En que ellos creen saberlo todo.

Antístenes le enseñaba por orgullo su capa rota y remendada.

—¿Qué es lo que ves en mí de supérfluo? le preguntó.

—Veo tu vanidad, le contestó Sócrates, al través de los agujeros de tu capa.

El temor de sí mismo.

Irritado Platon contra un esclavo suyo, se disponia á castigarlo á tiempo que llegó Xenócrates.

—Ten, amigo mio, le dijo; enterate del delito de ese pícaro, y hazme el favor de castigarlo, porque si lo hago yo mismo, estoy encolerizado y temo escederme.

Enigmas.

34.

¿Cuál es una fortaleza
que está llena de soldados
de vestidos encarnados,
con huesos y sin cabeza
y en la torre coronados?

35.

Dicen que de ley carezco
y que de muy mala cara
á quien me tiene parezco;
soy ingeniosa y avara
y á toda maldad me ofrezco.

La prudencia de una nuera.

Se casó en Madrid hace algun tiempo, contra la voluntad de su padre, el primogénito de una gran familia, con una señorita jóven, elegante y preciosa, igual en calidad al novio, aunque no en bienes de fortuna ni en alianzas de familia.

Los dos jóvenes esposos, que se amaban entrañablemente, vivian aislados, sin que su padre quisiera descender de la altura de su enojo, siempre esperando ellos ocasion de echarse á sus piés, y siempre negándose él á recibirlos. Un dia que entraba la novia en palacio por el cuarto grande de la camarera mayor, se halló de repente con su suegro; era graciosa y de talento; las mujeres suelen tener inspiraciones felices, y la de la nuestra, en semejante ocasion, fué hincarse de rodillas interceptando el paso al padre de su marido.

—Señor, le dijo respetuosamente, si V. E. niega lamano á su hijo porque se ha casado mal, debe dármela á mi porque me he casado bien.

El suegro quedó encantado con esta discreta humillacion, y estendiendo los brazos, recibió en ellos con cariño á aquella nueva hija que tales muestras daba de merecerlo.

El destierro como un bien.

Pasando el músico Estratónico por la isla de Serifa, le desagradó tanto por pequeña y por su mala situacion, que le pareció imposible que los hombres pudiesen vivir allí. Con esta idea, preguntó á su huesped:

—¿Se usa la pena de destierro en este pais?

—Sí, le respondió; se castigan con destierro los delitos de Estado.

—¡Ah! y entonces, ¿por qué no cometes uno de esos delitos para salir de este maldito agujero?

La salud de un muerto.

Un soldado de hartos brios,

Muriéndose, así decía:

—Item, mucho estimaría

Que los camaradas míos

Condujesen mi atahud,

Y mando que se les dé

Treinta reales, para que

Los beban á mi salud.

El caballo de Pauson.

Hubo entre los antiguos un pintor llamado Pauson, tan escesivamente pobre, que dió lugar al proverbio latino *Pausone mendicior*, mas pobre que Pauson. Creo que el ponderar mas su pobreza seria salirnos del asunto.

Digo, pues, que á este buen Pauson le encargó

un amigo que le pintase un caballo revolcándose en el suelo.

Tomó su tabla y sus pinceles; principió su obra, la concluyó, la miro; cierto, habia pintado un caballo, pero galopando.

—Pauson, le dijo su amigo, precisamente te he dicho todo lo contrario; queria el caballo echado y lo has pintado corriendo.

—Pues mas hice de lo que me pedias, dijo Pauson, puesto que para darte gusto, lo he pintado de modo que está haciendo las dos cosas, revolcarse y correr.

—¡Pero hombre! ¿cómo puede ser eso?

—Mira, ¿no está ahora corriendo?

—Sí.

—Pues bien, coloca la tabla boca abajo, y verás que se está revolcando.

La subordinacion militar.

Cierto soldado que en una carga de caballería estaba al alcance de un enemigo y á punto de darle muerte, oyó tocar retirada, y parando su caballo, dejó libre y sano al que huía, y se volvió.

—Estando ya tan cerca, ¿por qué no lo mataste? le preguntó un camarada.

—Porque en la milicia es antes obedecer al general, que matar á un enemigo.

Abrir al que llama.

Un lacayo truhan y descarado subia por una escalera delante de su amo, caballero principal de la corte; y como en medio de ella se le cayese el zapato y necesitase bajarse para ponérselo, el caballero, que no podia subir, le dió un fuerte golpe en la conclusion de la espalda.

El truhan, que se sintió herido, soltó con estrépito una pluma de la cola y se puso en pié.

—Miserable, bellaco, ¿qué has hecho? le dijo su señor.

Pero el lacayo, ganando de un salto tres ó cuatro escalones, le contestó:

—¡A qué puerta llamará V. que no le respondan?

♦ El muchacho despejado.

Tratándose de almorzar
Le preguntaba á su hijuelo
Una madre:—Ricardito,
¿Qué quieres, huevo ó torreznos?
Y él dijo:—Torrezno, madre;
Pero échele encima el huevo,
Que es bueno que haya de todo
Cuando se trata de almuerzo.

Zapatero á tus zapatos.

Era costumbre de Apeles esponer sus pinturas al público sobre un tablado y ocultarse debajo para aprovecharse de las observaciones que le hacian.

A un zapatero se le antojó un dia criticar el calzado de una figura.

Defirió Apeles á sus consejos y lo corrigió, pero el zapatero, envanecido con el buen éxito, quiso tambien hallar defecto en la pierna.

—Poco á poco, le dijo Apeles, no pases del zapato, porque lo demás no te compete.

Refranes.

Todos los que llevan espuelas no tienen caballo.

—Cuelga tu canasta donde la puedas alcanzar.

—Los huevos no deben mezclarse con los gujarros.

—Todo árbol es madera, pero el pino no es caoba.

—El sapo no tiene camisa y quieres que vista frac.

—La lepra dice que os está apegada, pero es para roeros las carnes.

—El cuchillo que en la calle se encuentra, en la calle se pierde.

—Todo manjar es bueno para comer, pero toda palabra no es buena para decir.

—Juega con el macaco, pero no le tires de la cola.

—El perro tiene cuatro patas, pero no puede andar á la vez cuatro caminos.

—La culebra que teme ser pisada que no salga.

Augusto mal comido.

Augusto tenia un placer particular en ir á comer á donde le convidaban, cualquiera que fuese el convidador.

Cierto dia lo convidó un hombre y le dió una comida demasiado frugal. Tuvo que contentarse Augusto, pero al irse dijo al que tan mal lo habia tratado:

—No creia que fuéramos tan amigos.

El secreto de naturaleza.

Leyendo cierto abogado un libro de secretos naturales, en que se decia que la barba ancha en el hombre era señal de ser necio el que la tiene, tomó una vela en la mano para mirarse al espejo, porque era de noche, y tanto se quiso acercar, que se quemó, por descuido, casi la mitad de la suya. Viendo esto, tomó la pluma y escribió al márgen del mismo libro:

Es probado.

El exámen del paleta.

Se examinaba de doctrina cristiana un paleta.

—¿Cuántos Dioses hay? le preguntó el cura.

—Padre, es esa una pregunta muy honda, preguntemela V. mas fácil.

—¿En dónde está Dios?

—¿Qué sé yo? parece se empeña V. en preguntar lo mas dificil.

—¿Quién es Jesucristo?

—Pero, padre, ¿no conoce que estoy siempre en el campo y no trato con nadie?

—¿Qué es lo que sabes? dí.

—La letanía.

—¡Hombre! ¡la letanía! pues vamos, dí, que si la sabes, te apruebo.

—A él le toca principiar, que yo ya diré *Ora pro nobis*.

La censura de unos versos.

Leía unos versos cierto poeta principiante al discretísimo Quevedo, solicitando su aprobacion; oyólos, y dijo:

--Señor mio, si he de decir á V. mi parecer, no los entiendo. ¿Qué quiso decir en esas coplas?

—Mire V.. significan esto y esto, y esotro.

Quevedo respondió:

—Pues si V. lo quiso decir así, ¿por qué no lo dijo?

Consejos para las novias.

Una novia debe ir triste y turbada,
Derrengándose al modo de cansada,
Llevar la vista gorda, y de este modo,
Como que nada vé, mirarlo todo.
En cada pié, moviendo una muralla,
Que parezca que van á ajusticialla.

Si le dijesen algo, el abanico
Es respuesta, tapándose el hocico;
No escupir; si hay saliba adentro, chupa,
Que no hay doncella que la boda escupa,

Tierna de ojos como herbor de olla,
Y si no hay llanto darse con cebolla;
Y en viendo al cura, reclinando el moño,
Quedar mas ceiorada que un madroño;
Y ostentando decoro para el necio,
Fingir suspiro y resollar muy recio;
Y porque el auditorio mas se aturda,

Trocar las manos y alargar la zurda.

Decir el *sí* quedito y entredientes,
Que apenas lo perciban los oyentes,
Porque si luego el novio no le agrada
Puede decir despues que fue forzada.

Y con esto, y volver suspensa y muda,
Aunque esté mas alegre que viuda,
Cumple todas las leyes de la fiesta,
Y va el novio diciendo: ¡Qué modesta!!!

Pero sino le agrada su consorcio,
A dos meses le dá con el divorcio.

El aprendiz de carnicero.

Queriendo un labrador que su hijo aprendiese á carnicero, preguntó á un hidalgo, su amigo, ¿con quién podría ponerlo á que aprendiese el oficio?

El hidalgo respondió:

—Seria de parecer que lo pusieses con el médico, porque mata lo mas liberal que he visto en mi vida.

La fé de erratas.

Un autor erudito publicó una obra digna de aplauso; dedicóla á un gran señor, que, no entendiéndola, la desestimó; pero entre los sábios se distribuyó tan pronto que se hizo segunda impresion.

En ella puso la fé de erratas de la primera, incluyendo como cabeza de todas, la *dedicatoria*.

Los dos sonetos peores.

En cierta ocasion presentó un poeta á un erudito dos sonetos á un propio asunto para que aprobase uno de ellos. Oyó el primero, y sin detenerse, dijo:

—Mejor es el otro.

—Pues si V. no lo ha visto, respondió el poeta, ¿cómo lo puede saber?

—Señor mio, porque ninguno puede ser peor que el primero.

Pensamientos.

Decia un maestro á sus discípulos: Admirad, hijos míos, la sabiduría de Dios, que ha puesto la muerte al fin de la vida, porque si la hubiese puesto al principio no hubiésemos tenido tiempo de arrepentirnos.

El mismo solia decir: Causa asombro el contemplar, hijos míos, cómo la Divina Providencia ha hecho pasar los grandes rios por las inmediaciones de las grandes ciudades.

Esperanzas de estudiante.

Algunos estudiantes de buen humor que estaban para concluir su carrera, hablaban hace pocas noches de rentas y de empleos, tomando para sí y distribuyéndose los mejores y mas pingües del Estado.

—Yo, decia uno, querria ser regente de la audiencia de Madrid; otro, consejero de Estado; otro, ministro; y otro, arzobispo de Zaragoza.

—Yo tengo pretensiones mas pequeñas, dijo uno de ellos, y me contentaria con bien poca cosa.

—¿Qué querrias ser?

—Melon.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿y para qué?

—Para que todos vosotros me oliéseiteis en el rabo.

Decir que sí ó á la cárcel.

Un alcalde de un pueblo, oficial retirado que habia servido en la última guerra, tenia por criado al mismo que en ella le sirvió de asistente. Era el alcalde amigo de exagerar y de contar rasgos de heroicidad y hechos de armas extraordinarios, haciéndose, por supuesto, el héroe de todos ellos, con

una modestia pasmosa. Algunas veces eran tan increíbles los sucesos que refería, que necesitaba testigos, y para estos casos echaba oportunamente mano de su criado Antonio, á quien, con algunas pesetas, lo tenía obligado y dispuesto á contestar siempre amen.

Pero la conciencia de un asistente no es tan grande que no se le encuentre el fin, y como las mentiras no lo tenían, llegó un día en que se avergonzó de apoyar una muy grande, se atrevió á decir á su amo que no se acordaba de lo que decía, y el alcalde, echándola de autoridad, lo llevó á la cárcel.

Quería á su asistente y lo sacó; el asistente conoció que la cárcel era mala, y volvió de nuevo á ser testigo de heroicidades homerianas.

—Yo solo, con mi asistente, decía una noche el alcalde, anduvimos en un día, á pié, cuarenta leguas, nos echamos sobre un regimiento enemigo con enfermos y bagajes, y lo cercamos.

—¿Los dos solos? preguntó uno.

—Solos, enteramente solos. Pues señor, como voy diciendo, cádate que llegamos y los cercamos, y sin decir oste ni moste, claro es, los cogimos prisioneros á todos sin dejar uno solo.

—¡Señor alcalde! ¡señor alcalde!!!

—Chico, Antonio; muchacho, ven acá, hombre, que esta gente no me quiere creer; habla: ¿es cierto ó no?

—Señor....

—¿Qué dices á eso?

—Que me voy á la cárcel.

Todos los concurrentes prorumpieron en una carcajada, y el alcalde no ha vuelto á llamar testigos en su apoyo.

Los paréntesis.

Del conde de R. se refiere que llevándole su secretario á firmar una carta, le preguntó:

—¿Qué garabatos son estos de los renglones?

- Estas son las rayas de los paréntesis.
 —Ya he dicho á V. que no quiero correspondencia con mis parientes, pues el marqués N. y todos ellos tienen destruida mi casa.

El chocolate en miniatura.

En tiempo de carnabal sacaron por donaire á un caballero en la casa de unas señoras muy discretas una gícara de chocolate tan pequeña, que sería del tamaño de un huevo de paloma.

—El caballero dijo á la criada:

—Muy buena está la muestra, tráigame V. de este mismo.

Pensamientos de Tháles.

Preguntaron á Tháles:

—¿Qué es lo mas grande de la naturaleza?

—El espacio, contestó.

—¿Que es lo mas antiguo?

—Dios, que no tiene principio.

—¿Qué es lo mas pronto?

—El espíritu.

—¿Qué es lo mas fuerte?

—La necesidad.

—¿Qué es lo mas sabio?

—El tiempo.

La murmuracion.

Un caballero, por supuesto sin caballo, acostumbraba hablar siempre mal de las casas en donde lo habian convidado á comer, y con este motivo una señora que hablaba de él, dijo:

—Ese hombre tiene la digestion muy desagradecida.

La oracion de una vieja.

Señor, dijeron sus cortesanos al tirano Dionisio;

en el templo de Júpiter se vé todos los dias una mujer anciana que pide á gritos á los dioses por tu salud.

Dionisio mandó llamar á la vieja, y puesta en su presencia le preguntó:

—¿Qué motivo te obliga á tan piadosos ruegos?

Escusábase á responder, pero instada, dijo:

—Señor, he conocido dos antecesores tuyos; el primero fue malo, el segundo peor; y tú que te cuentas el tercero pésimo; temo que te herede alguna infernal furia, y por eso pido por ti á los dioses.

Adivinanzas.

- 57 —¿En qué se parece un gallo á una pava?
 58 —¿Qué es lo primero que hace un buey cuando sale al sol?
 59 —¿Quién fue el primero que murió en la famosa batalla de San Quintín?
 60 —¿Cuándo les hacen mal los dientes á los lobos?

Contestacion de un embajador.

—Te encargo, decia un rey á un embajador al tiempo de partir para su embajada, que tu conducta sea en todo opuesta á la de tu antecesor.

—Yo procuraré, señor, portarme de tal modo, que V. M. no necesite hacer un encargo semejante á mi sucesor.

La fealdad de Simónides.

Convidado Simónides á comer en casa de un ciudadano, se presentó á la hora prefijada; pero como su traje era demasiado modesto, y su rostro mas feo de lo regular, un familiar de la casa, teniéndole por criado inferior de los que venian, le pidió por favor que le ayudase á rajar leña para la comida que se disponia.

Hízolo así; vino el dueño, y, admirado, dijo:

—¿Qué haceis, señor?

—Pagar la pena de mi fealdad.

¿Quién hallará la mujer fuerte?

Preguntó un hombre á Aristipo ¿qué especie de mujer tomaría?

—No lo sé, respondió; porque si es hermosa, te venderá; si fea, te disgustará; si pobre, te arruinará, y si rica, te dominará.

Conque así, escógela tú.

Mujeres heróicas.

Tenia Conrado III sitiada estrechamente una plaza del duque de Baviera, y hallándose los cercados, despues de haber hecho una valerosa defensa, en el último extremo, faltos de municiones y bastimentos, rogaron las mujeres al emperador que les permitiese salir libres con solo lo que cada una pudiese llevar en los hombros. Convino el clemente César, movido de las lágrimas femeniles, que tanto conmueven los corazones generosos, pero estando muy lejos de pensar el intento de aquellas valerosas matronas.

Logrado el indulto, arrojaron y despreciaron todas sus galas y sus joyas, sus intereses y sus riquezas, y fueron saliendo por las puertas de la ciudad llevando cada una sobre sí, á su marido las casadas, y á sus padres ó hermanos las solteras.

Causóle al emperador tanto placer y regocijo el discreto engaño, que no solo perdonó las vidas á los moradores, sino que les concedió todos sus bienes y todas sus franquicias.

El novicio jugador.

Era un novicio tahir,
Pero tan poco devoto,

Que por jugar no rezaba:
 El guardian, escrupuloso,
 Supo el caso, llamó al jóven,
 Y dijole con enojo:
 —¿Qué es esto? ¿Cómo no reza?
 Y él dijo sin alboroto:
 —No puedo, padre guardian,
 Que he probado con anteojos,
 Y no veo. Aquí el guardian
 Replicó luego:—Pues ¿cómo
 Vé á jugar y no á rezar?
 Y él respondió presuroso:
 —Hágame á mí cada letra,
 Padre, como es el as de oros,
 Y leeré el libro del rezo
 Como el de cuarenta y ocho.

El hombre mas feo.

El Sr. D. Lesmes es un caballero amable, atento, chistoso y decidior; pero tan feo, que ~~abusa~~ ya del derecho de serlo. Básteos saber que estudiaba teología, y no le pudieron conferir órdenes sagradas porque los cánones prohíben ordenar á los escesivamente feos. Quiso despues hacerse comediante, y el director de la compañía le dijo que no se representaban autos sacramentales en que pudiera hacer el papel de diablo, y por consiguiente no podia darle ocupacion. Quiso ponerse á marido; y no ha habido mujer bonita ni fea que lo quisiese. El, sin embargo, necesitaba casarse, porque en el mundo es preciso ser algo. Un dia supo que en algunas tribus de la costa de Africa se acostumbraba perdonar á las mujeres condenadas á muerte, como hubiese algun hombre que las reclamase para casarse con ellas.

—Ya tengo mujer, dijo para sí; ella será negra y tendrá las narices remangadas, pero al fin conseguiré que no me entierren con palma.

Se embarca y llega, porque no es cosa de que

nos detengamos en el viaje; y como si la suerte le favoreciese, cádate que en el mismo día llevaban á quemar viva una negra de unos sesenta años, casi tan fea como él, porque lo que es mas seria pedir gollerías.

Ya estaba la pobre negra atada y sujeta encima de diez ó doce carretadas de leña, y el verdugo echando yescas para encender fuego, cuando oportunamente llegó D. Lesmes á salvarla. Todo se detuvo: el jefe de la tribu se acercó, y dijo:

—¡Desgraciada! todavía es tiempo. Este buen extranjero te reclama. ¿Quieres morir, ó casarte con él?

La negra levantó la cabeza, miró á D. Lesmes, y dijo:

—Que enciendan la antorcha.

—¿La de Himeneo? preguntó un negro que debía ser erudito.

—No: la de la hoguera. Morir es mejor.

D. Lesmes murió soltero.

Los comestibles mas baratos.

Un artesano no muy rico envió á su hijo á estudiar á Salamanca, y para poder sobrellevar los gastos de la carrera, le dijo:

—No soy un poderoso, hijo mio, y es necesario que comas de lo mas barato, porque de otra manera no te podré sostener y tendrás que volverte.

Nuestro estudiante llegó á la ciudad, y dijo para sí: necesito obedecer á mi padre; fué al mercado y preguntó:

—¿Cuánto vale un cerdo?

—Unos ochocientos reales.

—¿Y una vaca?

—Quinientos.

—¿Y un carnero?

—Ciento.

—¿Y un cordero?

—Treinta.

—Todo esto es muy caro, pensó el estudiante; dígame V. ¿y una perdiz? preguntó á otro.

—Cuatro reales.

—Ya sé lo que mi padre quiere, dijo, es claro, que coma perdices. Pues señor, le daremos gusto.

El primer dia de viuda.

Lloraba á chorros la sin ventura Emelina, convertidos sus ojos en fuentes y sus mejillas en arroyos. ¡Ya se vé! D. Robustiano, su dulce esposo, acababa de morir. Vosotras, las que alguna vez habeis sido viudas, comprendereis fácilmente esta situacion.

Quando sus lágrimas principiaban á tomar las proporciones de rio, llegó un solteron, antiguo conocido de la casa, á acompañar á la viuda en su afliccion y á darle el consuelo que en semejantes circunstancias se le podia dar.

—Emelina, le dijo, debe V. llorar, porque la pérdida es de mucho peso (D. Robustiano pesaba lo menos diez arrobas), pero, sin embargo, si V. cree que yo puedo hacer menor esa pérdida ocupando su lugar, entonces mi hacienda y mi mano....

—¡Ah, señor! yo aceptaria con gusto las dos cosas, pero, créame V., estoy comprometida con otro, y soy mujer de mi palabra.

—Mucho me pesa, Emelina, el haber llegado tan tarde; pero Dios mejora sus horas, y acepto su palabra para cuando se lleve á ese caballero.

La compra de una burra.

Un labrador tenia una burra que, salva la edad, que podria ser de treinta años, en lo demas era la mas remolona, la mas pesada y la mas mal trabajadora de todo el pueblo. Item mas: tenia el pelo completamente blanco, y unas orejas que por demasiado largas no le servian; es verdad que en

compensacion no tenia dientes, y se tragaba el salvado de las gallinas como si tal cosa.

La cebada se vendió bien aquel año, y el buen labrador, encontrándose con quinientos reales, se fué á la feria, vendió la pobre burra vieja en veinte reales á unos gitanos, y con los veinte y seis duros de su capital se puso á buscar una buena pollina, que es lo que verdaderamente le hacia falta. En una feria se encuentra de todo, asi es que al segundo ó tercer dia encontró una pollina; pero válgame Dios; que pollina! era alta como la burra vieja, pero con unas orejas tan recortadas, tan monas y tan elegantes como las de un caballo; un pelo corto, lustroso y negro, que daba gusto; unos cascos tan bonitos que ni á torno se podian sacar mejores, y sobre todo no tenia dientes; pero, qué los habia de tener si estaba mudando.

Los gitanos que la vendian hablaban muy alto.

—Esta pollina, decian, es aun mas de lo que parece, porque otra como ella no se encuentra en la feria; y en saliéndole todos los dientes verá V. un portento que no se ha visto en burras jamás.

El labrador se entusiasmó, pidió prestados seis duros y la compró en dos onzas de oro, muy seguro de que hacia un negocio, y temiendo que se le pudiera acusar de haber engañado á los gitanos. Montó en la pollina y con grande asombro suyo vió que tomaba la direccion de su pueblo sin habérselo enseñado.

—Qué diablo, decia el labrador, ¡le habré dicho el camino que debe llevar y no me acordaré? ¡Es pasmoso! Cuántos hombres no tendrían tanto talento.

Llega á casa sin equivocarse un momento en el camino, entra en el portal y se va derecha, derecha á recoger los desperdicios que dejaban las gallinas, como hacia la burra vieja, y despues á su pesebre como si hubiera leído el testamento y supiese que era su heredera.

—¡Ah! Bruno, buen Bruno, dijo la labradora, muy bonita es la pollina que traes, pero hijo, ó tie-

ne los diablos en el cuerpo, ó es cosa de brujería lo que pasa.

—Mira, Gregoria, contestó el labrador, rezando el rosario vengo todo el camino, porque no he visto pollina mas sábia en todos los dias de mi vida. Lo mismo acertaba las vueltas y revueltas que si se lo dijeran al oido.

En esto llovía á cantaros, y como la pollina estaba en el corral, principi6 á marcharse el color del pelo, quedando en un santiamen mas blanca que la nieve.

La tia Gregoria fué á mirar las orejas y vió que estaban recortadas á tijera.

—¿Cuánto te ha costado la pollina? dijo la buena mujer alarmada.

—Treinta y un duros, Gregoria, y uno que saqué de la burra vieja, treinta y dos.

—Pues bien, Bruno, te has lucido; has perdido treinta y un duros y los gastos del viaje, y te has vuelto á traer la burra que llevaste.

—¡Ah, Gregoria! lo peor es que es cierto.

La estratagema frustrada.

Un cierto Pacuvio, que intentaba pedir algun dinero á Augusto, usó de esta estratagemá:

—Señor, le dijo: corren voces de que me habeis dado una crecida gratificacion. Todos me dan la enhorabuena; apenas hay quien no hable de ello.

—Déjalos hablar, le repuso Augusto; pero tú no lo creas.

La ciudad de las tabernas.

Un viajero andaluz que se habia detenido algun tiempo en una ciudad de Italia, cuyos habitantes eran demasiado amigos del vino, apostaba un dia con algunos vecinos á que si lo paseaban por la ciudad con los ojos vendados, nombraría los sitios

en que lo parasen sin equivocarse en ninguno de ellos.

La pretension del andaluz parecia en esceso exagerada para que no fuese admitida; en efecto, le vendaron los ojos, le hicieron dar algunas vueltas para desorientarlo, y despues deteniéndose de repente, le preguntaron:

—¿En dónde estás?

—Delante de una taberna.

Indudablemente acertó, porque siguieron dando vueltas, hasta que despues de algunos pasos se detuvieron en otro punto.

—¿Y ahora?

—Delante de una taberna, replicó el andaluz con aplomo.

—Vencidos estamos, contestó uno, y no se necesitan mas pruebas, porque en el un lado ó en el otro de la calle apenas habrá sitio en que no se venda vino.

El ay del tesorero.

Un tesorero tenia en la pierna una llaga que le molestaba mucho y le hacia sufrir horribles dolores, pero sin quejarse; tanto, que admirado el cirujano de su valor, le dijo:

—Estoy asombrado, señor, de que V. no se queje de tan acerbos dolores como es preciso padezca.

El tesorero contestó:

—Todos los dias estoy diciendo ¡no hay! ¡no hay! y siempre tengo la casa llena de gente. Dígame V., amigo mio; si por casualidad se me escapase un ¡ay! ¿qué seria?

El hijo fraile.

Teniendo un pobre hombre un hijo de buen ingenio, y muy dado á los estudios, vendió una pequeña posesion que le habia quedado, para que con aquel dinero pudiese el hijo estudiar entonces y

mantenerlo despues en su vejez con algun alivio; pero el hijo, cuando el padre habia de sacar algun producto de sus fatigas, se metió fraile.

El padre llorando, le preguntaba:

—¿Por qué, me has abandonado, hijo mio?

—Por vivir en pobreza, padre.

—¡Oh, qué loco eres! exclamó el padre. ¿Podias vivir en mayor pobreza que estándote conmigo, cuando nada me ha quedado?

La murmuracion en plural.

Me acuso, padre, de que murmuramos mucho, decia una mujer confesándose.

—Dí que murmuras tú, dijo el fraile gravemente, y no me metas en tus murmuraciones.

Enigmas.

36.

Es mi olor muy agradable,
mi nombre de peregrino,
y tengo virtud notable,
aunque nadie supo que hable
ni que anduviese camino.

37.

Nunca la verdad admito,
y soy leon homicida
que sin golpe y sin herida
la vida suspendo ó quito
en la mitad de la vida.

De consejo muda el sabio.

Una señora jóven y hermosa estaba de parto por la primera vez, y afligida y desesperada además por la congoja y la angustia que le ocasionaban los inevitables dolores que sufría.

Era piadosa y devota, y como tal, tenia encendida una vela de Nuestra Señora de Monserrate, y en los intervalos de descanso que le concedian sus dolores, decia con todo su corazon:

—Si del apurado extremo en que me encuentro llego á salir con vida, yo os ofrezco, Señora mia, firmemente, que no me veré segunda vez en otro peligro semejante.

Quiso Dios que la jóven hermosa pariese con felicidad, y cuando algunos momentos despues se encontró en su lecho libre de congoja y dolores, llamó á su doncella y le dijo con cariño:

—Mira, Ernestina, la vela de Nuestra Señora de Monserrate está ardiendo, apágala, hija mia, y guárdala con cuidado para otra vez, porque te aseguro que me ha servido de mucho consuelo en esta ocasion.

El caballo curandero.

Un barbero en un cuartago
Visitaba á cierto enfermo,
Que tenia una apostema
Con unos dolores fieros.

Alargábase la cura,
Y el paciente echaba verbos.
—Hermano, tened paciencia,
Decia el quirurgo diestro,
Que este achaque va despacio,
Que en el hipocóndrio interno
Teneis una hidropesia;
Alcanzadme ese tintero,
Porque quiero recetaros
Un nuevo eficaz remedio.

Al darle el pobre la pluma,
El caballo, que era inquieto,
Asentóle la herradura
Y le reventó el divieso,
Con que al punto le cesaron
Los dolores al enfermo,

Sintiéndose mejorado,
 Y empezó á voces diciendo:
 —Voto á brios, que mejor cura
 El caballo que el maestro.

Los ladrones aconsejados.

Estaban unos ladrones desquiciando una puerta para robar lo que habia en la casa; sintiólo el dueño, que de estúpido tenia algo y aun algunos. Asomóse á una ventana y les dijo:

—Señores, de aquí á un rato pueden Vds. volver, porque ahora no estamos aun acostados y los podemos oír.

Las dos manolas.

Era invierno y era en Madrid; y no es extraño que no pudiera andarse por la calle de media noche abajo sin grande esposicion de romperse la crisma.

Habian dado las dos, y estaban apagados los faroles, cuando por la calle del Avapies bajaban dos manolas con una linterna y subia un caballero de unos veinte años, embozado en su luenga capa y haciendo resonar en las losas los tacones de sus botas. Cuando llegaron á juntarse codo con codo, el caballero las miró, y viendo que eran género de superior calidad, quiso retirarse para cederles la acera, pero la calle estaba helada y el desgraciado cayó de espaldas sobre su embozo, quedando en la imposibilidad de sacar los brazos y de moverse.

—Chica, Gapita, dijo entonces una de las manolas, mu temprano se acuesta el señorito.

—Cuidiao lo dispiertes, Geroma, dijo la otra; y apagando la luz de la linterna añadió:

—Güenas noches, señorito.

Gastar con prudencia.

Gastaba mucho dinero un estudiante con una da-

ma, llamada Prudencia, y como continuamente estuviese molestando al padre pidiendo y mas pidiendo, cansado ya de tanta sangría de bolsillo, le envió á decir que mirase cómo gastaba, porque iba destruyendo la casa, y acabaria con ella si no obraba con prudencia.

—No sé, señor, respondió, para qué son tantas reprensiones cuando no las merezco, porque puedo asegurar á V., á fé de hombre de bien, que la casa se podrá arruinar, pero no por culpa mia, pues no gasto un cuarto que no sea con Prudencia, como V. me aconseja.

Los frenos ¡trocados.

Enrique IV, viendo que su sastre le traia un libro con algunos reglamentos y máximas de estadística que habia compuesto, dijo á uno de sus cortesanos:

—Que llamen luego á mi chanciller para que me corte un vestido, pues mi sastre quiere hacer ordenanzas.

El aceite de la lámpara.

Entró un caballero á hacer oracion á una imágen milagrosa.

Era tuerto, y del otro ojo no veia mucho.

Untóselos ambos con el aceite de la lámpara, y como el líquido debia estar muy caliente, ó no muy puro, principió á dolerle el ojo bueno, de suerte que no veia con ninguno.

En esta situacion el terror se apoderó de su alma y oprimió su corazon como si lo sujetáran con garfios de hierro.

—¡Dios mio! era tuerto, dijo, y me he quedado ciego.

Despues se postró ante la imágen de la virgen, diciendo:

—¡Señora! ¡Señora! ¡compasion! cuando menos

el que traje. Ya no pido milagro, pido solamente el ojo que tenia.

El dominosteco.

Un cura de aldea que era buen latino, en vez de decir *Jesus* cuando estornudaban los que hablaban con él, acostumbraba decir: *Dominus tecum*, (el Señor sea contigo, ó Dios te asista.)

Dijolo un dia á un labrador, y como no entendiese el saludo y creyese por el contrario que era una ofensa, se cuadró frente al sacerdote, y le dijo con aire muy altivo:

—Yo no soy dominosteco, señor cura, ni lo he sido en mi vida, ni lo es ninguno de mi familia; y sepa que á mí no se me agravia: ¡bonito es Juan Palomo para sufrirlo! No, señor: el dominosteco es usted y todos sus parientes, pero nosotros no somos dominostecos.

El fin del burro.

Allá en mi lugar, un dia,
 Un muchacho en un jumento
 Llevaba una labradora;
 Y perdonad que iba en pelo.
 —Hazte allá, que lo maltratas,
 Iba la madre diciendo,
 Y tanto hácia atrás se hizo,
 Que dió el muchacho en el suelo.
 Dijole:—¿Cómo caiste?
 Y disculpóse diciendo:
 —Madre, acabóseme el asno,
 Y en el aire no me tengo.

El miedo del marido.

Jugando uno á la pelota llegó su criado y dijo:

—Señor, el ama ha parido.

—Bien; ese ya no se le quedará en el cuerpo.

El caballero continuó jugando, y á poco rato volvió el criado y le dijo de nuevo:

—Señor, el ama ha parido otro niño.

—¡Pardiez! dame el sombrero y el baston, y vamos corriendo, porque si no me vé á su lado, será capaz de parir ocho ó diez, hasta que me obligue á ir.

Las visiones.

Asistian á un enfermo unas mujeres muy feas; las vió y dijo á sus amigos:

—Señores, me muero.

—¡Por qué? le preguntaron.

—Porque he leído en muchos libros que á la hora de la muerte se ven visiones, ¡ah! y las veo espantosas.

Buscar la lengua.

Un caballero breton tenia un carácter tan sombrio, y era tan lacónico y tan poco hablador, que jamás tomaba la palabra ni contestaba otra cosa que monosílabos.

La princesa de..... que lo convidó un dia á comer, estaba tan persuadida de que era imposible hacerle hablar, que desafió sobre ello á otro de sus comensales, Mr. de Couten, teniente coronel de la guardia suiza, hombre de talento, que aceptó el desafío, dispuesto á salirse con la suya.

El suizo se colocó al lado del breton, y principió por hacerle plato.

—¿Qué sopa quereis? le dijo:

—Arroz.

—¿Qué vino preferís?

—Blanco.

Otra porcion de preguntas iguales obtuvieron respuestas por el mismo estilo.

—Señor, continuó el militar; creo que sois natural de Saint-Malo.

—Sí.

—¿Es verdad que esa ciudad está guardada por perros?

—Sí.

—¡Oh! ¡es cosa muy singular!

—Mas lo es ver al rey de Francia guardado por suizos.

—¡Ah, princesa! dijo el oficial; bien veis que le he hecho hablar.

Consejos para vivir mucho.

Un viajero, á quien preguntaron cómo había vivido tanto, respondió:

—Nunca estuve en pié pudiendo estar sentado; me casé muy tarde; enviudé pronto, y no me torné á casar. Hé aquí el secreto.

Las dos religiones.

Altercaban un cristiano y un judío sobre quién tuviese mas santos de su religion en el cielo, y no pudiendo concertarse en esto, convinieron en que cada uno, alternativamente, nombrase y sacase al otro un pelo de la barba por cada santo.

Empezó el hebreo primeramente por Abraham, y sacóle un pelo al cristiano. Este nombró despues á San Pablo y sacóle otro al judío.

De esta manera fueron alternando, hasta que, cansado el cristiano, echó la mano á la barba del hebreo, y dándole un grande tiron dijo:

—Santa Ursula, con las once mil vírgenes.

—Quedo vencido, dijo el judío.

—Pero yo no quedo pagado, porque no tiene once mil pelos tu barba.

El don detrás y delante.

En aquella época en que el *don* no se prodigaba en España tanto como ahora, aunque tuviese poco

mas ó menos el mismo valor, nombraron secretario del baile de Zaragoza a una persona calificada, que no hubiera renunciado á él aunque perdiese la vida.

El primer dia dijo al baile:

—Señor, soy una persona de casa y solar conocido, tengo don y estoy acostumbrado á que me lo den, y para que no llegue á haber entre nosotros cuestion alguna sobre este particular, me ha parecido conveniente decirlo á V. S., rogándole que me disimule.

El baile, que era persona discreta, se sonrió, conociendo que su secretario era un calabaza, y deseando corregirle aquella mania ridícula, le dijo:

—Yo, Sr. Don... ¿Cuál es su nombre?

—Don Nuño.

—Pues bien; yo, Sr. D. Nuño, tengo tambien ese don que V. encarece tanto, pero hago de él tan poco caso que no tengo inconveniente alguno en cederlo para que de este modo pueda tener dos.

—Señor, ¡tanto favor!

—Sí, lo cedo, pero con una condicion.

—¿Y cuál es?

—Que como dos dones reunidos estarian mal, he de poner el segundo en donde mas acomodado sea á su nombre y á su carácter.

—Admitido.

—¿Se llama V.?

—Don Nuño Alvar.

—Pues bien, desde hoy se llamará V. D. Nuño Albardon.

La mujer descalabrada.

Descalabró á su mujer
Un hombre; y mirando ella
Lo que la cura costaba,
Dijo entresí muy contenta:
—No me descalabraré
Otra vez. Viéndola buena

El marido, con barbero
 Y boticario hizo cuenta
 Y dió el dinero dobiado:
 —Hijo, mira que te yerras,
 Díjole ella.—No yerro, hija,
 Que la mitad desto es desta
 Descalabradura de hoy,
 Y la otra mitad á cuenta
 De la primera desca-
 Labradura que se ofrezca.

Un literato sin letras.

Un asentista que habia llegado á reunir muchos millones, despues de haber provisto sus bodegas de vinos, conoció que para montar su casa á la altura de su bolsillo y ponerse al nivel de los grandes hombres, necesitaba indispensablemente tener biblioteca. El bibliófilo encargado de satisfacer este gusto, consultó con el ricacho sobre el particular, deseando saber, como era justo, la especialidad del nuevo sabio, para enriquecer la librería con aquel ramo de literatura en que se distinguiese.

—¡Ah! eso es muy fácil, dijo el asentista; yo solo conozco dos clases de libros.

—¿Y cuáles son esos?

—Los pequeños y los grandes; los primeros los colocarás arriba, como en la librería del duque de... los segundos abajo, y asunto concluido.

El mayor mal de los males.

Preguntaban á un filósofo qué cosa atormentaba mas el entendimiento del hombre, y él respondió:

—El haber de vivir y tratar con necios.

El perdon fingido.

A uno que estaba gravemente enfermo le acon-

sejaban sus amigos que se reconciliase con su enemigo, y habiendo conseguido convencerlo, se lo llevaron y lo abrazó con grandes demostraciones de cariño.

Dieron despues el parabien al enfermo por aquel acto de arrepentimiento, y él respondió :

—Cuanto pude hice porque se le pegase el tabardillo, y no lo conseguí: paciencia.

Adivinanzas.

- 61 —¿En qué se parecen las mujeres hermosas á los abogados?
- 62 —¿Cuáles son los pensamientos mas profundos?
- 63 —¿Cuántas vueltas dá un perro cuando se vá á dormir?
- 65 —¿Qué es lo que puede dar un hombre á una mujer sin tenerlo?

El incrédulo y la medicina.

Vivia en Salamanca un catedrático de fama, llamado el comendador griego, hombre prudente y experimentado, que murió de mucha edad, aunque nunca se curaba por parecer de médico. Estaba enfermo en cierta ocasion, y tan importunado fue por sus amigos para que llamase uno, que por no aparecer terco y pertinaz, consintió en que lo visitase. Hecha la relacion de su enfermedad, el médico le miró la lengua, le tomó el pulso, vió la orina y dispuso que tomase unos jarabes que recetó. El criado trajo su botella, pero nuestro catedrático, en vez de tomar la medicina, la mandó echar en el servicio, disponiendo que cada dia se hiciese lo mismo, conservándolo todo hasta que ordenase otra cosa.

Pasados algunos dias, el médico creyó que nuestro catedrático estaba bien preparado, y le mandó tomar una purga, que fue tambien al mismo sitio.

á hacer compañía á los jarabes. La enfermedad seguía su curso, combatida por la naturaleza.

El mismo día de la purga lo visitó el médico por la tarde, y le dijo:

—Vamos, señor licenciado, ¿se ha purgado V.?

El enfermo, por toda respuesta, llamó al criado y le mandó presentar los jarabes y la purga.

—¿Qué le parece á V.? dijo el médico mirando con orgullo al enfermo. ¡Ah! ¿y una cosa tan mala tenía V. en su cuerpo? ¡Válgame Dios! si no fuera por la medicina, allí se quedára sin salir.

—No, contestó el enfermo, porque por ser elló tan malo, no he querido yo que entrase.

La bofetada.

Quejábase á su amo el criado de un poeta de que otro le habia dado una bofetada, y el amo le dijo:

Cuando el bofeton te dió
Tan cruel y tan macizo,
¿Te hizo cara?—Señor, no,
Porque antes me la deshizo.

El tocintero en el palco.

Un rico tocintero tomó una noche un palco en el teatro del Príncipe para que su familia viese representar una comedia nueva que les habian elogiado mucho.

—Dime, Pancho; preguntó la mujer al concluirse el segundo acto, ¿está la comedia en prosa ó en verso?

—No sé lo que te diga, Basilia, contestó el tocintero, porque está el palco tan lejos que no lo veo muy bien.

El celoso enfermo.

Tenia celos un marido viejo de un caballero jóven que vivia vecino de su casa, y con quien su mujer solia pasar las horas muertas en tirada con-

versacion. La negra enfermedad de los celos llegó á tal punto, que puso al pobre marido en el estado de perder la vida, y no encontrando remedio á su dolencia, ni esperanza de consuelo á su cuita, llamó á su mujer y le dijo:

—Oye, Rosalía de mi vida, tal me ha puesto la dolencia que me aflige, que no creo posible escapar de la muerte: hacienda te dejo con qué vivir, y si placer quieres darme por lo mucho que te he querido, solo te ruego que no te cases con ese vecino que tales muestras ha dado de quererte.

—Marido mio, respondió la mujer, así Dios te dé pronto la gloria eterna que tanto te deseo, como me es fácil darte gusto en esta ocasion, porque aunque quisiera casarme con ese que tú dices, no puedo ya, estando como estoy comprometida con otro mejor mozo.

Filipo y la vieja.

Una vieja condenada injustamente en un pleito suplicó á Filipino, rey de Macedonia, que tomase conocimiento de su causa. Filipino la despidió diciendo:

—No tengo tiempo.

—¿Para qué eres rey, le dijo la vieja, si te falta tiempo para hacer justicia á tus súbditos?

Filipo quedó admirado de aquella arrogante interpelacion; escuchó á la vieja con agrado y le hizo justicia.

La justicia y el puerco.

Litigaban en Asia dos labradores delante de un juez: el uno de ellos le regaló un panal de miel; el otro, que lo supo, le llevó una cesta de huevos. Sabido esto por el primero, volvió con un saco de nueces; y el otro, que era mas rico, no queriendo ser vencido con razones de tanto ruido, le envió un puerco mas que regular.

Estando ya para terminarse la causa, pareciéndo-

le al juez que habia sacado bastante, sentenció en favor de la parte defendida por el puerco; y como se querellase el perdidoso de haber sido engañado, pues le habia prometido dar la sentencia en su favor cuando le llevó las nueces, el juez lo tomó de la mano, y conduciéndolo á la pocilga en que guardaba su cerdo, le dijo:

—Es verdad que así habia determinado hacerlo; pero vino este animal á mi casa, topó con el saco de nueces y lo deshizo.

Lo tratado es tratado.

Despidióse el criado de un procurador porque le mandaba hacer muchas cosas á que, segun él, no estaba obligado. Convenian al amo los servicios del mozo, y le rogó que se quedase en su casa; y para que en lo sucesivo no hubiera motivos de queja, establecieron y capitularon entre sí las cosas á que el criado debia atender, consignándolas por escrito, conformes y contentos.

Algunos dias despues el buen procurador iba de viaje montado en una mula de alquiler llevando delante á su criado, segun costumbre de los caminantes; pero hé aquí que por su mala suerte la mula se espantó dando en tierra con la cabeza del procurador sin ventura, que se quedó colgado del estribo, como liebre de cazador orgulloso que pende del arzon.

La mula principió á correr arrastrándolo, y el criado se sentó en una piedra para ver con mas comodidad las evoluciones de su amo, pero sin dar un paso para salvarlo, hasta que, por fortuna se encargó de ello un labrador que pasaba y debia ser mas humano que el mozo de mulas.

—Miserable, gritó el procurador con voz dolorida cuando estuvo cerca de su criado: ¡ah! ¿me dejabas morir como un perro?

—Señor, contestó con mucha sangre fria: véase el escrito, y si reza en él que debia socorrer á mi

amo en semejante peligro, digo que tiene mucha razon, pero si no lo dice, lo tratado es tratado y á ello me atengo.

El noble y el plebeyo.

Un hidalgo pobre que se habia casado con la hija de un labrador rico, porque le dieron gran dote, solia decir:

—Este casamiento es como morcilla; yo he puesto la sangre y el suegro las cebollas.

El burro encantado.

Cuatro estudiantes ayunos de estómago, rotos de vestido y vacios de bolsa, *pedibus* andando se dirigen á una feria con la dulce esperanza de comprarse nuevas hopalándas y de sacar la tripa de mal año.

Andar y mas andar, habian pasado veinte y cuatro horas sin tomar otra cosa caliente que agua fria, no sirviéndoles de nada aquel axioma estudiantil que dice:

Intellectus aprietatus, discurrit qui rabiatur; porque la picara fortuna, por mas que discurriesen, no les presentaba ocasion.

La del anochecer era ya la hora en que se cumplia la veinte y cuatro de su ayuno, cuando en las inmediaciones de cierta alqueria divisaron una noria, y haciéndola dar vueltas, con perdon sea dicho, un pacífico y bien alimentado jumento.

—Cena tenemos, dijo el mas despejado de los cuatro.

—¿En dónde?

—En la noria.

—¡Ah! ¿piensas acaso que nos gusta la carne de burro?

—Yo me entiendo y Dios me entiende.

—Esplicate.

—Falta tiempo, mirad: quitemos el burro de la

norria, yo me pondré á tirar de ella, y no me hagais objeciones. Tomad vosotros el burro, puesto que nadie lo cuida, llevadlo á la feria, vendedlo, y esperadme; pronto me incorporaré con vosotros.

Dicho y hecho; desenganchan el burro y se lo llevan; nuestro estudiante ocupa su puesto y continúa haciendo dar vueltas á la máquina.

Ponéos ahora en su lugar, y vereis que la situacion podia no ser dramática pero envidiable menos. El peso era mucho y el estudiante se cansó pronto; el sonsonete del esquilon cesa, y el pobre labriego sale con un garrote de dos varas para hacer recordar la leccion al malhadado jumento. Llega á la norria; mira, se detiene, abre unos ojos como los del puente de Toledo, se santigua y esclama:

—¡Válgame Dios! ¿Se ha vuelto mi burro persona?

Principia á hacerse cruces y echar bendiciones por si era brujería, pero el estudiante se queda estudiante, y el burro no parece.

—¡Ah! ya te entiendo, asno marrullero, dice despues; esta es alguna de tus invenciones para no trabajar, pero ya veremos si la vara te sabe corregir.

—Detente, grita el estudiante, ¡labriego descorazonado!

—¡Hola! ¡hola! ¿conque sabias hablar y no me lo has dicho?

—Detente, prosiguió el estudiante con voz hueca; porque yo no soy tu burro.

—¿Pues de quién? ¿del alcalde?

—Oyeme; yo era y soy un estudiante; pero una maldita encantadora me convirtió en burro porque no queria estudiar.

—¡Calla! ¿De veras?

—Lo que oyes.

—Pues yo creia, dijo el labrador con malicia, que para convertir en burro al que no estudia, no se necesitaba encantadora.

—Eso seria antes, replicó el estudiante medio

aturdido por la observacion del labriego, pero de todos modos una encantadora jóven nunca viene mal á un estudiante.

Ello es que ahora, compadecida de mí por los muchos palos y peca cebada que me dabas, me ha vuelto otra vez á mi antiguo sér.

—¿Y esa encantadora que así dispoue de los burros agenos te ha dejado el importe del mio?

—No, porque ha querido que lo perdieses en justo castigo de los muchos palos que me dabas. Conque suéltame, dáme de cenar, y aprende á ser mas compasivo hasta con los animales.

—Grande chasco ha sido este, dijo el labrador; pero á bien que tengo veinte duros para comprar otro.

El estudiante cenó y se marchó á la feria.

—Amigos míos, dijo á los suyos, veinte duros trae el paleta para comprar otro burro; sacad vosotros este y vendédselo; yo me esconderé para que no me vea.

En efecto, los estudiantes le salen al encuentro.

—Buen hombre, le dicen ¿quiere V. comprar este burro?

—¡Virgen Santísima! esclama al mirarlo, santi-guándose y haciéndose cruces. ¡Ah! ¡burro, burro! ¿de esas tenemos? quien no te conozca te compre, que yo bien sé que eres estudiante.

La pregunta de doble sentido.

A un corcobado preguntóle uno:

—¿De dónde eres, corcobado?

—De las espaldas, contestó.

Adivinanzas.

- 65 —¿Cómo podremos conseguir que vayan detrás de nosotros las mujeres hermosas?
- 66 —¿Qué es indispensable para que un hombre coma segunda vez en un dia?

- 67 —¿Por qué causa el famoso Annibal tenia solo un ojo?
- 68 —¿Cuál es el hombre de bien que mira á su mujer con malos ojos?

La razon perdiendo.

Se quejaban unos pajes á cierto caballero económico de que no les daba el mayordomo para cenar otra cosa que rábanos y queso. Enterado de la queja, mandó llamar al mayordomo, y le dijo muy enojado:

—¿Es verdad, como dicen estos pajes, que todas las noches les das para cenar rábanos y queso?

—Cierto es, respondió el mayordomo con temor.

—Pues yo te mando que de aquí en adelante les des una noche rábanos y otra queso, para que no coman siempre lo mismo. ¡Pobrecillos! tenían razon.

La próroga del eclipse.

El eclipse de sol anunciado para el año 1860 alarmó de tal suerte á los aldeanos de algunas provincias de Italia con la idea de que se aproximaba el fin del mundo, que el cura de una pequeña aldea, temiendo las consecuencias funestas á la salud pública, subió un dia al púlpito y dijo á sus feligreses:

—Hijos míos, no os alarmeis: por ahora no corre el mundo ningun peligro, porque el eclipse se ha mandado prorogar por un plazo de quince dias.

El caballo de regalo.

Preguntó un caballero en una venta si habia en la casa buena caballeriza, porque llevaba un caballo de regalo.

—Sí habrá, respondió el ventero; que tambien tengo yo un caballo tan regalado como puede ser

el de V., y donde él está podrá acomodarse el suyo,
Luego fué á verlo, y era un caballo que no tenia
mas que la piel y los huesos.

Rogóle entonces el caballero que mostrase el ca-
ballo regalado, y dijo el mesonero:

—¿No lo vé V. ahí? ¿qué mas regalado quiere
que sea, ¡pardiez! cuando no puede andar una le-
gua á pié sin cansarse?

La piedad de una viuda.

Enterraron en el campo
A cierto hombre y á llorar
Fué su mujer al sepulcro
Sin apartarse jamás.

En el mismo dia ahorcaron
En aquel mismo lugar
A un salteador; y temiendo
La justicia algun desman,
Porque nadie lo quitára
Un guarda le puso, el cual,
Viendo á la viuda afligida
En tan yerma soledad,
Le ofreció su albergue, y ella
Perseveró mucho mas
En su duelo: él porfió,
Y la matrona ejemplar
Se fué con el guarda pio
Aquella noche á cenar.

Cuando el guarda madrugó,
No encontró su ahorcado ya;
Y creyendo que á doscientos
Lo habian de sentenciar,
Quiso huir de la baqueta
Por guardar el cordovan.

La viuda, viendo que el muerto
Era pena, y no solaz,
Y que el vivo se le iba,
Lo aseguró con sacar
El cuerpo de su marido,

Y en la horca sin piedad,
 En lugar del que faltaba
 Ella lo ayudó á colgar.

Lo que prueba que una viuda
 Si el amante vá detrás,
 Dolor de marido muerto
 Le es muy fácil aliviar.

El retrato de una muerta.

Acabó sus dias una mal casada, y como su marido la hiciese retratar muerta, dijeron algunos que se maravillaban de aquella ternura, y que era señal de haberla querido mucho.

—En efecto, dijo otro; y por eso la hizo retratar el dia que mejor le pareció.

Una leccion de abogacia.

Prometió un letrado á un labrador que si le daba un doblon le enseñaria á pleitear de forma que siempre venciese: ofreciólo el labrador, y el letrado dijo:

—Niéga siempre, y vencerás siempre.

Luego le pidió el doblon y el labrador contestó:

—Niego haberlo prometido.

—Ese remedio no sirve contra mí.

—Entonces tampoco debo pagar, puesto que no gano siempre.

—Mas sabes que yo, repuso el abogado.

La gallina del diablo.

Una mujer enferma envió á llamar al médico, y despues que la hubo visitado le ofreció una gallina. En saliendo el médico de allí la pidió á la criada y se la llevó.

Despues que se levantó la mujer de aquella dolencia contó sus gallinas; y preguntando por la que

le faltaba, como le dijese que la habia llevado el médico, santiguóse diciendo:

—¡Válgame Dios! infinitas veces que se me perdió esta gallina la di al diablo y nunca la tomó; una vez que la prometí al médico, me he quedado sin ella.

El ojo en la mano.

En un motin recibió
Un juez tan fuerte pedrada,
Que de la alvéola rasgada
Córnea y pupila saltó.

Tendido estando en el suelo
Un médico llegó acaso,
Y su ciencia, en tal fracaso,
Le ofrece con puro celo.

El juez pregunta al doctor:
—Decid, ¿mi ojo perderé?
Que empiezo á temerlo á fé,
Segun me aprieta el dolor.

Responde el otro:—Muy vano
Es tal recelo y apuro,
Pues ya el ojo está seguro...,
—Dónde, doctor?—En mi mano.

Dos sobrescritos.

A un caballero que se llamaba D. N. Velasco
ponia un portugués en el sobrescrito:

Al muy magnífico señor D. Haber asco.

A una señora muy vieja que se llamaba doña
Ana de Meneses, púsola un caballero en el so-
brescrito:

A mi señora doña Ana de Mil meses.

El a b y el c d.

Pedia un rey á un canónigo que renunciase su
prebenda con la conocida intencion de proveerla en
un caballero de la corte.

El canónigo, que se hacia el desentendido, se vió por último tan acosado, que dijo un dia al rey:

—Señor, hace cuarenta años que estoy estudiando el abecedario, y soy tan torpe que no he podido aprender todavía el a b. Si esto es así, ya comprendo V. M. que no es fácil haya llegado al c d, letras, segun mi juicio, imposibles de aprender.

—No las aprendas, contestó el rey, que yo me doy por satisfecho.

El alma de Pero-Nuñez.

Un rico y anciano labrador de un pueblo tenia un cerdo muerto; item mas, muchas morcillas, mucha longaniza y muchos chorizos. Todo esto era demasiado bueno para que no tuviera tambien quien lo envidiase, y este *quien* era un honrado vecino que tenia medida la chimenea y un buen saco preparado para dar un tiento al mondongo.

Espera que den las doce y se sube al tejado; mete la cabeza en la chimenea, y observa que el viejo de Barrabás estaba todavía en el hogar comiendo morcillas, sin ánimo de acostarse. Espera media hora, una, y el viejo, morcilla va, morcilla viene, pero sin irse á dormir.

Entonces toma su resolucion; mete otra vez la cabeza por la chimenea, ahueca la voz, y dice:

—¡Tío Juan! ¡tío Juan!

—¡Calla! ¿quién eres? contestó el labrador, que habia bebido mucho para tener miedo.

—Soy el alma del escribano Pero-Nuñez que vengo á hablarte.

—¿Quiéres morcillas? baja.

—Quiero que vayas ahora mismo á mi casa, y digas á mi mujer que haga decir por mí veinte misas.

—¡Ah! ¿eso me pides?

—Sí.

—Pues no quiero ir.

—Por Dios, tío Juan; que las digan, por Dios,

porque con ellas estoy seguro de ir al cielo.

—Ahora voy menos; ¡cómo! ¡el escribano Pero-Nuñez irse al cielo! tan bien gobernado estaria lo de arriba como lo de abajo. No eres Pero-Nuñez, vete.

La pobreza de un rico.

Preguntando al criado de un caballero qué renta tenia su amo, respondió:

—Para matar de hambre una casa aunque tenga cien personas.

La astucia de la mujer.

Una sogá y una estaca,
 Una cabra, una cebolla,
 Una polla y una olla
 Lleva Gil. Una bellaca
 Le llama y le dice:—Gil,
 Ven conmigo, hablemos hoy,
 En este campo.—Si voy
 Cargado de alhajas mil,
 Le dijo él, ¿cómo podré
 Sin que se me pierdan todas?
 Dijo ella:—Mal te acomodas,
 Que eres necio, bien se vé.
 ¿Qué llevas?—Tú lo verás.
 Una cebolla, una olla,
 Cabra, sogá, estaca y polla.
 —Esto es mucho? ¿pues hay mas,
 Dijo, de hincar en el suelo
 La estaca, y cuando lo esté,
 Atar la cabra de un pié
 Con la sogá, y en un vuelo,
 Para asegurarla más,
 Meter la polla en la olla,
 Taparla con la cebolla
 La boca, y así estarás
 Seguro de que se abra;

Y tendrás, si eso te ahoga,
 Seguras estaca y sogas,
 Polla, olla, cebolla y cabra?
*Cuando quiere una mujer,
 No hay inconveniente humano,
 Lo imposible lo hace llano;
 Solo le falta el querer.*

El cabrito soltero.

Ciertas señoras que se iban á divertirse al campo encontraron en el camino un labrador que llevaba un cabrito.

Una de ellas miró el animal, lo tocó y dijo:

—Mira, Paca, mira, ¡qué bonito! ¡aun no tiene cuernos!

Contestó el labrador:

—No es casado.

El guia de la danza.

Un dia del *Corpus-Christi* hicieron en un pueblo una danza, y á las cuatro de la tarde uno de los danzantes, que habia bebido mucho, echóse á dormir, vestido como estaba, y no se levantó hasta el otro dia á la misma hora. Entonces principió á correr, preguntando:

—Señores, señores, ¡hacia dónde va la danza, que soy yo el guia y nada se puede hacer sin mí?

El parecer de la señora abogada.

Tenia un letrado muy hermosa la mujer, y con este motivo decia uno que no litigaba:

—Mas quisiera perder los pleitos con el parecer de la mujer, que ganarlos con el de su marido.

Prevision de un ajusticiado.

Ahorcando á un hombre en Toledo, cuando le iban á quitar la escalera pidió que le dieran de beber.

Diéronle una copa de vino, y para beberlo sopló la espuma. El verdugo le preguntó:

—¿Para qué sopla?

—Hermano, respondió, la espuma es mala para los riñones.

El pleito de la cabra.

Sobre si era ó no era mia
Una magnífica cabra
Que yo en mi lugar tenia,
Comprada á un tal N. Fabra,
Me puso un pleito Simon
Alegando con desden
Que el tal Fabra era un ladron,
Lo que puede ser muy bien.

Elio es que busqué abogado
Para salvar mi dinero,
Y escribió mas que el Tostado
De falso y de verdadero.

Ello es tambien que en la Audiencia,
Que es lo que os quiero hacer ver,
Probó su infinita ciencia
Como podreis conocer.

—Comienzo, pues, *ab initio*,
Dijo con mucha razon,
Siempre ha probado el buen juicio
La buena disposicion.

Escribió en Sichen mil fólíos
De esta cuestion peregrina,
Con comentarios y escolios
La preciosísima Dina.

Nembroc y Melchisedec,
Y Semíramis y Nino,
Y el astuto Abimelec
Cuando del Egipto vino.

La espedicion de Artajerjes
Recogió datos preciosos,
O sea mas bien de Jerjes,
Porque hay autores dudosos.

La guerra de Mitridates

Trae un ejemplo palmario
Aunque digan disparates
Los del partido contrario.

Tambien el Peloponeso
Si bien lo examino y miro
Tiene relacion con eso
Por las cuestiones de Ciro.

Y no faltarán ejemplos
Que mi ingenio los barrunte
En las ruinas de los templos
De la hermosa Seleunte.

En las intrigas de Sila,
En las luchas de los Marios
Y en los hechos de Favila
Que pasan de extraordinarios.

Los Mucios, los Escipiones,
Los Pompeyos y Sertorio,
Todos traerán á millones
Pruebas sobre este auditorio.

Pero si razones tales
Os parecieran livianas,
Las encontrareis cabales
En la batalla de Cannas.

Y en el lago Trasimeno,
Y en la ciudad de Corinto,
Y en medio del mar Tirreno
Que está con la sangre tinto.

Y para mas testimonio
Sábio oráculo de Delfos,
Os citaré á Marco Antonio,
A Gibelinos y á Güelfos.

Y el Areópago de Atenas,
Y las naves de Jason,
Que están de mis pruebas llenas,
Y pruebas robustas son.

Pero hablaba tan de prisa
Que el pobre sudaba á mares,
Yo por no morir de risa
Me apretaba los hijares.

No sé cómo conseguí

A fuerza de hacerle señas
 Que por complacerme á mí
 Descendiese de sus breñas.
 Ya veis, dijo, bien patente
 Sin que nadie la destruya
 La razon de mi cliente,
 Es decir, la cabra es suya.
 Y por justa consccuencia
 Dareis y estoy muy seguro
 A su favor la sentencia
 Y pido costas y juro.
 Claro es con tales razones
 Que era el triunfo natural,
 Pero esto va en opiniones
 Y tuvo otra el tribunal.
 ¡A quién nunca ha sucedido
 (Vamos, de cólera rabio)
 Haber el pleito perdido
 Por ser su abogado sábio!

El predicador sin auditorio.

Encargáronle á un fraile chistoso que predicase en la fiesta de Nuestra Señora de la Concepcion.

Llegó el dia; subió al púlpito, y viendo que estaba desamparada la iglesia, pues no tenia mas de tres ó cuatro personas, dijo:

—Señores, Vds. perdonen que yo me baje, porque traia estudiado el sermon de la Concepcion y no el de la Soledad.

La mediacion de un cordero.

Un labrador, que tenia un pleito, fue á aconsejarse de un abogado amigo suyo; pero este, no confiando en la paga, le envió á decir con el criado que viniese otra vez, porque estaba muy ocupado.

El labrador volvió muchas veces, pero nunca entraba al despacho, disculpándose siempre con sus muchas ocupaciones. Conoció el labrador la

causa, tomó un cordero y se fue al abogado, que apenas lo oyó, cuando lo hizo entrar dentro y lo despachó.

Entonces, volviéndose el labrador al cordero, le dijo:

—Yo te dejo, compañero mio, y te doy gracias por el buen despacho que me has proporcionado.

Enigmas.

38.

Por dentro soy encarnada
y por fuera en blanca doy,
y cuando con vida estoy,
soy de todos muy amada
por la muerte que me doy.

39.

¿Cuál es la cosa que habla
cuando de vida carece,
sin vergüenza se aparece,
su forma es pequeña tabla
que con el fuego perece?

El diablo y el novicio.

Los antiguos padres del Yermo, en los primeros siglos de cristianismo, ejercían la caridad evangélica, poco más ó menos como en la actualidad nuestros valientes misioneros de la China. Recogían los niños abandonados por sus padres; los criaban, los educaban en la religión cristiana, y los hacían hombres, y después santos.

Uno de aquellos padres, yendo á Alejandría, llevaba por primera vez á ella á uno de aquellos hijos de la caridad, mozo como de veinte años, que nunca había salido del desierto, y que no conocía más seres humanos que los padres eremitas que lo habían criado.

—Sigue adelante, hijo mio, le decía el anciano

venerable, y mira al cielo y á la tierra, puesto que por los lados solo encontrarás la perdicion de tu alma y la de tu cuerpo.

Pero el mozo tenia veinte años, y, contra su misma voluntad, no podia resistir la tentacion de mirar por los lados. En esto habian llegado á la ciudad, y á los primeros pasos que dieron en ella, el jóven se detuvo con los piés clavados en el suelo y los ojos en la puerta de la casa mas próxima. En ella se veia una jóven de dulce y arrebatadora hermosura, á la que contemplaba el mozo en el mas delicioso arrobamiento.

—Anda, le dijo el padre del Yermo al observarlo; y dándole suavemente en el hombro, con su nudoso bordon.

—¡Ah, padre! ¡padre mio! ¿quién es? dijo el jóven entusiasmado.

—¡Huye, hijo mio! ¡huye! es el diablo.

—¡El diablo! ¡ah! ¿y no nos es permitido en el Yermo tener un diablo como ese?

Lo que es gollería en una venta.

Un caminante preguntó en una venta si habia cama.

—Si que la hay; medid siete piés de este suelo, y acostaos.

—¿Habrá además, dijo el viajero, una piedra para poner la cabeza?

—Eso es, eso, pedid gollerías.

Pensamiento.

Decia cierto hombre chistoso que una de las pocas cosas buenas que tenian los casados era la esperanza de enviudar.

El pobre y los ladrones.

Habia uno empobrecido de modo que ya no le quedaban ni dinero ni muebles, y como entrasen

una noche ladrones en su casa, luego que los vió, les dijo;

—Buscad, buscad, me alegraré de veros hallar de noche lo que yo no encuentro de dia.

El perdon por delante.

Dijo una mujer á su abogado:

—Yo perdono la muerte de mi marido.

—¿Quién lo mató?

—Señor, no es muerto; pero si llegase á serlo, yo perdono á quien lo matare.

Datos biográficos de Adam.

Es indudable que los conocimientos humanos han tomado un vuelo increíble en los últimos años; pero si los ferro-carriles y los telégrafos eléctricos son invenciones que merecen llamar la atencion de los sábios, no tienen menor importancia las investigaciones arqueológicas que nos llevan como por la mano al conocimiento de los usos y de las costumbres antiguas.

Un español, natural de Olmedo, segun el autor de Gil Blas de Santillana, historia verdadera como puede serlo la de los Doce Pares de Francia, dió un gran paso en esta ciencia averiguando con su profunda erudicion, y á fuerza de desvelos, que en Atenas lloraban los niños cuando los azotaban, verdad innegable, cuyo conocimiento debemos á las investigaciones de un compatriota.

Despues de este famoso olmedino ú olmedense, que puede llamarse con justicia el restaurador moderno de la ciencia, ha tomado esta un desarrollo increíble, y no contentándose con los descubrimientos de Roma, de Atenas, de Cartago y de Troya, que son pueblos y costumbres de ayer, ha remontado su vuelo hasta Adam para proceder de este modo científicamente, tomando las cosas desde el principio y no dejando detrás nada sin dilucidar y tan claro y tan luminoso como la luz del dia.

Y es en verdad notable el que de una época tan remota y de la que no se conserva monumento de ninguna especie, hayan podido sin embargo averiguarse tantos hechos y descubrirse tantas verdades innegables sin otro auxilio que la inteligencia y esfuerzos de laboriosos arqueólogos, dignos de eterna memoria y acreedores á la gratitud de la edad presente y de las futuras.

Y digo que una de las investigaciones mas curiosas es que Adam, lo mismo que su señora esposa Eva, á pesar de no tener á su disposicion, como tenemos hoy, pañuelos de seda, de pita, de hilo ni de algodón, sin embargo, fué tan pulcro y tan curioso que no se limpió jamás los ojos con el codo, ni se metió el puño en la oreja, ni se llevó la lengua á la frente, ni la rodilla al cogote.

Nunca estuvo sentado de pié, ni de rodillas derecho.

Al contrario de lo que sucede hoy con nuestras solteritas de quince años, que ven sin mirar; nuestro padre Adam necesitó siempre volver la cabeza para ver lo que pasaba por detrás, sin que ni una vez siquiera se sirviese del cogote en lugar de ojos para las investigaciones de la vista.

Le sucedió tambien que nunca pudo comer sin tener antes la boca abierta ni estornudó sin arrugar el entrecejo y poner la cara muy fea.

Es cosa averiguada y cierta que solo tuvo la vista clara y despejada por intervalos de tiempo, y no continuamente, y así, es seguro que veía mas de dia que de noche, y mas las noches en que habia luna que las completamente oscuras.

Nunca pescó en tierra seca, ni bebió sin mojarse la boca, ni se cansó sin hacer ejercicio, ni se despertó sin haber dormido, ni abrió los ojos sin tenerlos antes cerrados.

Se duda si se afeitó ó cortó el pelo de la barba, pero sabemos de cierto que nunca se afeitó la palma de las manos ni la planta de los pies.

Fue el primer cesante del mundo, y tal vez en

esto consista, es decir, en la falta de dinero, el que nunca viajó en ferro-carril, ni comió en la fonda de Lhardy, ni llevó frac de mil reales, ni reloj de oro con escape de áncora.

Tambien sabemos que nunca tuvo cuestiones con impresores ni cajistas, ni corrigió pruebas, ni hubo de contender con maquinistas, almacenistas de papel ni encuadernadores. Por último, pásmense Vds., no fue suscriptor de EL LIBRO DE LOS CUENTOS.

Adivinanzas.

- 69 —¿Quién es el que daría mil duros, si los tuviera, por ver la BIBLIOTECA DE LA RISA?
 70 —¿Por qué siegan los hombres los prados?
 71 —¿Qué es lo que va de Madrid á Zaragoza sin moverse y sin dar un paso?
 72 —¿Qué es lo que se deja quemar por guardar un secreto?

El judío y el día de fiesta.

Un judío de la Sinagoga de Toledo, en aquellos tiempos en que habia en Toledo sinagogas y judíos, habia reñido con su mujer en el día del sábado, y temiendo infringir la ley si le sacudia el polvo en un día en que le estaba prohibido trabajar, tomó su baston y se fue á paseo. Debía ser jóven ú odiar mucho á su mujer, porque anduvo dos leguas en hora y media; y debía estar muy distraido, porque no mirando dónde ponía los pies, dió con su cabeza en lo profundo de un pozo.

Tenia mucha agua y no se hizo daño; pero esta no fue suficiente razon para que dejára de alborotar el monte gritando como un desesperado.

Un pastor, cristiano viejo, que guardaba su ganado por aquellas inmediaciones, oyó los lamentos del judío y acudió en su auxilio.

—¿Quién es el que pide socorro? dijo el pastor asomándose al pozo.

—Soy yo, Jeremías, el ropavejero de la plaza.

—¿Puedes salir solo?

—No.

—¿Quiéres que te ayude?

—Yo te diré, he tenido alguna desazon con Raquel, mi mujer, y no quisiera volver esta noche á casa.

—Eso nada importa, dijo el pastor, ahí tienes el cabo de una cuerda, yo tiraré y te ayudaré á subir, y luego podrás pasar la noche en mi cabaña; que los cristianos, para hacer bien, no miramos las opiniones.

—Dices bien; pero á los judíos nos está prohibido trabajar en sábado y no me decido á salir hasta mañana.

Al día siguiente volvió el pastor al pozo, y dijo al judío:

—¿Has salido, Jeremías?

—No; aquí estoy helado y medio muerto de humedad y de frío.

—Tú tienes la culpa.

—Es cierto, cristiano, pero ahora me ayudarás á salir y me calentaré en tu cabaña.

—Estás engañado, Jeremías, porque si á vosotros os está prohibido trabajar en sábado, á nosotros nos está prohibido trabajar en domingo. Conque, adios.

Los rábanos.

Convidaron á cenar en Madrid á un forastero, y le pusieron rábanos al principio.

Dijo el convidado:

—En mi tierra los rábanos se ponen al fin.

—Y aquí tambien, respondió el que lo convidaba.

Las medias de una criada.

Una criada de servir, que todo lo pierde, segun su amo, suscriptor divertido de nuestra BIBLIOTECA,

perdió un dia las medias llevando puestos los zapatos.

Viendo despues su señora que siempre iba en piernas, quiso reprenderla, pidiéndole cuentas del empleo del salario.

—Señora, le contestó la criada, todo lo que gano lo echo en medias.

—Azumbres, añadió su ama.

Y esto es lo cierto.

El depósito comido.

A un caballero honrado que habia consumido un depósito judicial para mantener ocho ó diez hijos, le decia el juez:

—Pero D. Luis, ¿cómo ha sido esto?

—¡Cómo!! comiendo. ¡Infeliz de mí! respondió.

El músico de Mitridates.

El famoso Mitridates, rey del Ponto, deliraba por la música, premiando generosamente á los que se distinguian en este arte dificil. De los músicos mas afamados entonces, lo era uno anciano, que generalmente asistia á palacio todas las noches, y que con una hija suya, jóven y hermosa, sobre toda ponderacion, daba lo que ahora llamamos conciertos, entreteniendo al príncipe y á la corte con piezas escogidas.

Mitridates lo llenaba de distinciones y lo trataba con cariño, pero un dia en que él y su hija habian creido escederse á sí mismos, con todo, en el momento en que el pobre anciano esperaba el premio merecido, observó que el rey no hacia caso alguno y lo trataba, si no con desprecio, al menos con despego y con indiferencia.

Escesivamente susceptible, como todos los pobres honrados, volvió á su casa en la mayor desesperacion, quedando su hija en palacio en el cuarto

de las mujeres que la habian presentado, como sucedia algunas veces.

—¿Qué habrá sido esto? ¡oh dioses! decia el anciano; el rey no se ha dignado ni siquiera mirarme, y sin embargo mi hija ha cantado como una diosa y yo he procurado sostenerme á la mayor altura á que he llegado jamás; ¿me amenazará alguna desgracia? ¿qué será de mí? ¿qué será de mi pobre hija?

Solo y abatido por el terror, pasó la noche mas espantosa de su vida, y en efecto, motivo tenia. El rey no habló con él, el rey debia estar ofendido, y el enojo de un rey era entonces la muerte, porque la vida de los hombres era mucho menos para ellos que lo es para nosotros la vida de un pájaro.

La luz del nuevo dia brillaba en el horizonte, cuando el terror y la angustia de toda la noche habian postrado al anciano de tal suerte que se quedó dormido. Este sueño reparador fué de pocos momentos, porque un grande ruido que se oyó en la calle y en la misma puerta de su casa lo despertó de aquel letargo. Abrió los ojos soñolientos y vió distintamente que su casa estaba llena de soldados y de gentes estrañas que rodeaban su cama obligándolo á levantar.

El anciano se incorporó, se puso de rodillas en el lecho, dobló las manos, y exclamó lleno de terror:

—Yo os suplico, soldados, en nombre de los dioses inmortales, que me perdoneis la vida.

Una carcajada atronadora fué la contestacion.

—Levántate, anciano, le dijo el jefe de aquellas gentes; levántate y no tiembles.

—¿Quién os envia?

—El rey.

—¿Qué quiere de mí?

—Por ahora, que obedezcas y calles.

Despues, dirigiendo la palabra á los que estaban junto á la puerta, les dijo:

—Esclavos y eunucos, llegad y haced lo que debéis.

Los esclavos se llegaron al anciano y lo desnudaron completamente; luego, envolviéndolo en sábanas blanquísimas de finísimo hilo, lo cogieron en hombros y lo metieron en un baño de alabastro con agua saturada de esencias y perfumes.

El anciano decía entre sí:

—Voy á morir; sí, la víctima mas agradable á los dioses inmortales es la mejor perfumada: con ungüentos olorosos ungen los cadáveres de los que han sido ofrenda para la divinidad, ¡oh dioses inmortales! voy á morir.

—Vestidlo ya, dijo el jefe á los esclavos.

Inmediatamente lo sacaron del baño, y preciosas esclavas de rizados cabellos y trajes esbeltos, con ajorcas de oro en sus piernas y en sus brazos desnudos, le pusieron un magnífico vestido de púrpura, y adornaron su cabeza con el turbante oriental.

Luego, precedido de las mismas esclavas que bailaban voluptuosamente, fué conducido á la habitación mas espaciosa de la casa.

¡Qué trasformacion! ¡aquello era un sueño de hadas! Las paredes estaban colgadas de pérsicos tapices, y cubiertas con ricos cuadros y espejos de acero bruñido de colosales dimensiones. Estátuas alabastrinas adornaban los ángulos de la sala, y al redor de esta se hallaban colocados simétricamente abundantes almohadones de riquísimas telas.

En el centro se habia puesto una magnífica mesa cubierta de vajilla de oro, y llenos los platos de los manjares mas esquisitos.

El anciano, obedeciendo á los que lo conducian, se sentó.

El jefe dijo:

—Principiad.

En el acto algunos jóvenes sirvieron la mesa, y las preciosas esclavas, tomando en sus delicadas manos los instrumentos músicos, principiaron á tocar, bailar y cantar al mismo tiempo.

El anciano creía que soñaba, y se estregaba los ojos y se heria las carnes pellizcándose, por ver si

conseguía despertar; pero no soñaba, estaba despierto, era una verdad cuanto pasaba ensurededor.

—Honra y gloria al querido de Mitridates, repetían los esclavos.

De repente se oyó un clamoreo general, y gran ruido de gentes y de caballos que inundaban la calle.

—¡Viva la reina! ¡viva la reina! gritaba el pueblo frenético.

Aquel estruendo llegaba ya á las puertas de la habitación.

—Gloria sea dada á la reina, que viene á honrar esta casa, dijo el jefe de los esclavos.

—¡A mi casa! exclamó asombrado el anciano, ¡ah! ¡la reina viene á mi casa! esto es un sueño, no puede ser otra cosa que un sueño.

Las esclavas tañeron y cantaron con nuevo entusiasmo, la gritería se redoblaba y todo el mundo parecía volverse loco.

—¡Viva la reina! exclamaron á una voz jefes y soldados, esclavos y esclavas, postrándose todos hasta dar con la cara en el suelo.

La reina apareció en la puerta.

El anciano la miró, fué á dar un paso hácia ella y cayó en tierra, exclamando:

—¡¡Es mi hija!!!

—Sí, padre mio, dijo la reina, levantándolo y estrechándolo en sus brazos; soy Estratónica, soy tu hija, soy la reina del Ponto.

—Los dioses bendigan al rey, hija mia, y te bendigan á tí, porque honras á tu padre.

—El rey, padre mio, se enamoró anoche de mí, y anoche mismo se casó conmigo. Soy su mujer y quiere honrar al padre de la reina. Un caballo ricamente ataviado te espera á la puerta; y tu, vestido de púrpura, vas á ser conducido en triunfo por la ciudad, acompañado de los principales señores de la corte. ¡Padre mio, ya no tañerás la flauta para comer!

—¡Dioses inmortales! dadme fuerzas, dijo el an-

ciano, porque tanta dicha me va á matar.

Y cayó desmayado en brazos de su hija.

—¡Viva la reina! exclamó la multitud.

Estrátónica, que fué buena hija, fué tambien buena esposa, y la mas querida de todas las de Mitridates.

La muerte rogada.

Copiando á Salvador Jacinto Polo de Medina, decia uno á su amada :

Hermosa del alma mia,
Mátame siempre mirando,
Y si no puede ser siempre
Mátame de cuando en cuando.

Los ciegos burlados.

Estaban dos ciegos pidiendo limosna á la puerta de una iglesia uno de los domingos de febrero último, y llegándose á ellos un gracioso se colocó en medio y sin darles nada, les dijo:

—Toma, ciego, para los dos.

Luego se apartó un poco esperando la fiesta.

—Chico, preguntó el un ciego al otro; ¿qué te ha dau ese cabayero?

—Si te la dau á tú.

—No, sino á tú.

—Verémos, dijo el un ciego.

Y cogiendo el garrote, se armó entre los dos tal paloteo, que se juntó todo el pueblo en un instante, costando mucho trabajo separarlos.

La carne podrida.

Tenia uno la mujer muy entretenida, y lamentándose con un amigo de que no podia estar un rato solo en casa por la mucha gente que concurría, respondió:

—Quien tiene en su poder un pedazo de carne podrida, no se espante de hallarse lleno de moscas.

La confesion de una casada.

Un caballerito jóven que se habia casado con una mujer hermosa entró en quinta durante la última guerra civil; tocóle la suerte de soldado, no tenia dinero, tomó el chopo y se marchó á Navarra.

—¡Qué diablo! escribid vosotros mas de prisa si sabeis.

—Probemos, dice un amigo.

—Veamos, digo yo.

—Ascendió á capitán, fué herido, tomó el retiro y se volvió á su casa.

—Falta algo.

—¿Qué?

—A unirse con su mujer.

—Sea.

Un marido que fue soldado, yo no sé en lo que consiste, pero casi siempre es celoso. D. Lupercio, que así se llamaba el nuestro, lo era mucho.

—¿Cómo me compondré, decia el pobre diablo, para saber la historia de esta chica en estos tres años malditos de mi ausencia? porque si me ha engañado, ¡voto á brios! si me ha engañado con ese constructor de gabanes, nuestro vecino, no hay remedio, hago con él un desastre.

Pasan dias, y la ocasion no se presenta; por fin proyecta la mujer una confesion general, y el marido vé un rayo de luz.

El mismo se encarga de hablar al cura del pueblo, y lo cita para las siete de la mañana, y dice á sumujer que se vaya á confesar á las cinco.

El marido toma un manteo y se mete en el confesonario.

Esto era un disparate; pero un marido celoso, ¿qué no es capaz de hacer?

—Me acuso, padre, dice la infeliz mujer, de que he vivido entretenida con tres.

—¿A la vez? pregunta el fingido confesor ardiendo en deseos de venganza.

—No, padre. Lo primero con un paisano, despues con un militar, y últimamente con un sacerdote.

—¡Ah! ¡miserable! dijo el pobre hombre levantándose, tú lo pagarás con la vida, como soy tu marido.

—¡Necio de tí! contesta la mujer con calma; ¿pensabas acaso que no te conocia? me lo ha contado todo el sacristan.

—Y entonces ¿quiénes son esos tres de que me hablabas?

—Tú mismo eres. ¿No estábamos ya casados siendo tú paisano? ¿no fuiste despues militar? y ahora, aunque sacrilegamente y ofendiéndome con tú desconfianza, ¿no representas el papel de sacerdote?

—Sí.

—Pues bien; mira cuán injustamente y cuán sin talento me has agraviado.

—Yo te pido perdon.

—Yo te lo otorgo; pero el juez á quien el sacristan ha dado parte de tu sacrilegio, no sé si te perdonará con tanta facilidad.

—¡Esto me faltaba! y por cierto que cuatro años de presidio los tendria bien ganados un marido que quiere penetrar en semejantes honduras.

Un grande hombre vengándose como un niño.

Durante el sitio de Cartago, cierto caballero del ejército sitiador dió una comida á sus amigos, y en ella les sirvió una gran torta en figura de ciudad, á la que llamó Cartago.

—Ea, amigos, les dijo, saqueemos á Cartago.

Echáronse los convidados sobre la torta, que desapareció en un instante.

Escipion quedó resentido de este hecho insignificante, pero hasta un extremo que parece increi-

ble, porque habiendo sido elegido posteriormente censor, privó á aquel valiente soldado de su caballo, cosa de mucho deshonor entre los romanos, diciéndole así:

—Te atreviste á saquear á Cartago antes que yo, y castigo tu atrevimiento de este modo.

Ya no eres caballero.

Hoy dia sucede cabalmentelo contrario, por que en general los caballeros son los que no tienen caballo.

La alegría para todos.

El marqués y su mujer
Contentos quedan los dos;
Ella se fué á ver á Dios
Y á élle vino Dios á ver.

La berza y la caldera.

Decia un exajerador:

—He visto en Murcia una berza tan grande que á su sombra descansaban, durante la siesta, varias cuadrillas de segadores.

—Yo, contestaba otro que lo oia, he visto hacer una caldera tan colosal, que dentro de ella trabajaban cien jornaleros, y de uno á otro no se oian los martillazos.

—Hombre, esa es grilla, dijo el de la berza. ¿Con qué objeto podian hacer una caldera tan disforme?

—Con el de cocer la berza que vió V. en Murcia.

La suegra y la nuera.

Mi señora doña Estefanía, á los treinta y cinco años tenia un hijo casado con una jóven de diez y seis, modesta y rica, pero de poca gracia.

Doña Estefanía habia sido y era elegante y hermosa, de mucha gracia y de mucha sal, y á pesar de que se hallaba en visperas de ser abuela, á toda costa queria conservar la superioridad de que habia estado en posesion mucho tiempo, mirando

siempre á la mujer de su hijo con desdeñosa impertinencia.

—Dime, hija mia, decia en cierta ocasion á su nuera, ¿qué darías tú por tener esta cara, este talle, y toda esta figura?

La jóven modesta contestó:

—Lo mismo que darías tú, mamá, por tener mis diez y seis años.

Enigmas.

40.

¿Cuál es la dulce y sabrosa
y de castidad vestida,
que cuando es recién nacida
es á muchos provechosa
dando sueño su bebida?

41.

Carne en mi boca sostengo
mientras estoy trabajando,
con ojos me está picando
mi dueño á quien yo mantengo
cuanto está perseverando.

La prueba de la locura.

A uno que corria gran peligro de volverse loco cometieron los médicos la imprudencia de decirselo. Principió desde entonces á discurrir sobre este tema y á devanarse los sesos.

—Ven acá, Perico, se dijo un dia á sí mismo; hagamos una esperiencia para ver si estás loco.

—Si uno que fuese mal pagador te pidiese cien duros, ¿se los darías?

El mismo se contestó:

—No, y mil veces no; aunque perdiéramos la amistad. Pues si eso es cierto, decia despues muy

contento, perdonen los médicos, que todavía me falta mucho para ser loco.

La nobleza en la rueca.

Una griega, vana y ambiciosa, preguntó á Tehana, mujer de Pitágoras:

—¿Cómo conseguiré hacerme ilustre?

—Hilando y cuidando de tu casa.

La imitacion.

Se moria un hombre gracioso, y sin decir para qué, mandó llamar á toda priesa á un posador y á un molinero, sus conocidos.

Llegaron los pobres hombres, entraron en la alcoba, y apenas los vió el moribundo les dijo:

—Amigos míos, hacedme el favor de ponerlos el uno al un lado y el otro al otro de la cama.

Los dos hombres obedecieron en silencio, después le dijeron:

—¿Qué quieres que hagamos por tí, pobre amigo?

El enfermo levantó las manos al cielo y exclamó:

—¡Gracias, Dios mio! pues quereis concederme el favor de que imite en mis últimos momentos á mi Señor Jesucristo, muriendo como él, entre dos ladrones.

La equivocacion.

Sacó un dia un caballero
De la casa de sus padres
Una moza, y la justicia
Hizo diligencias grandes.

Un sastre (porque no hay cosa
Donde no se hallen los sastres)
Vió salir desde algo lejos
A caballo caminantes,
Y puso piés en pared,
Con juramentos muy grandes,

Que era el galan y la moza.
 Fueron corriendo á alcanzarles
 Los padres y la justicia
 Con alboroto notable,
 Y hallaron en tres borricos
 Un cardador y dos frailes.

Los tres enigmas.

—Hay tres cosas, decia Fontenelle, que me gustan mucho, que las amo, y que no he conseguido comprenderlas jamás.

La pintura, la música y las mujeres.

El contrabandista delator.

A su vuelta de Paris la señorita B. tuvo la imprudencia de decir á sus compañeros de viaje que traia de Francia para su hermana un precioso velo de encaje, que llevaba escondido debajo del corsé.

Llegó la diligencia á Irún, se detuvo delante de la aduana, y mientras los encargados del resguardo registraron los equipages, uno de los viajeros, que por su altura y por su corpulencia extraordinaria venia incomodando á todos en el viaje, se separó de los otros y se encaminó misteriosamente al despacho.

Poco despues sale seguido de un empleado, el cual, dirigiéndose á la dama del velo, le anunció que iba á ser registrada por su esposa, guardándole, por supuesto, todas las consideraciones debidas.

El velo fué descubierto y confiscado, y la infeliz subió á la diligencia maldiciendo en voz alta y sin ninguna consideracion contra el villano delator.

—¡Ah! señora, exclamó el hombre gordo cuando salieron de la zona fiscal, ¿por qué alborota V. tanto y me trata así por un andrajo que apenas valdrá cincuenta duros? ¿ve V. este cuerpo, añadió señalando su panza inmensurable y su espalda de dos varas, ve V. que al parecer voy á reventar de

gordo? pues delgado soy como una caña, y todo ello no es otra cosa que preciosos géneros de contrabando por valor de mas de doce mil duros que llevo escondidos. Delatándola á V. me he salvado yo, porque ¿cómo habian de sospechar de un hombre que se toma tai interés por la renta?

Cese V. en sus quejas, porque en el primer relevo le regalaré no un velo, sino dos, mejores que el que ha perdido V. por mi causa salvando los míos.

Los viajeros se quedaron con la boca abierta examinando con envidia aquella gordura que tanta compasion les habia inspirado hasta entonces.

El regalo de Noche-buena.

Un pavo me regalabas
Por Natividad, Balbina;
Despues un gallo enviabas
Que al fin se quedó en gallina.

Un pollo al año siguiente,
Y al que seguia, un pichon,
Este año probablemente
Me enviarás un gorrion.

Ver cómo gusto me dás,
Esa es tu idea, y la alabo,
Pero no discurras mas;
Lo que me gusta es el pavo.

El sermon perdido.

Quiso hace muchos, muchos años, predicar un sermon á sus feligreses el cura de Berrueco; pero el buen señor era tan flaco de memoria, que aunque lo habia estudiado bastante tiempo temia olvidarse de él, y subió al púlpito con mucha desconfianza. Para nada es tan necesaria en este mundo la serenidad como para hablar en público; y al orador que le falte, y mucho mas si es hombre de talento, puede darse desde luego por perdido.

Nuestro buen cura se encontraba ya en la nece-

sidad de hablar; el público estaba con la boca abierta hacia algunos minutos sin que el predicador desplegara los labios, porque se le había olvidado del todo la oración.

En tales casos el pensar es difícil, pero con todo, el cura pensó que lo conveniente para salvarse por entonces era ganar algún tiempo, porque de este modo podía principiar por serenarse y concluir por recordar aunque solo fuese las primeras palabras.

Con esta idea llamó al sacristán desde el púlpito y le dijo:

—Juan Perez, Juan Perez....

—Señor.

—¿Están en la iglesia todos mis feligreses?

—Sí, señor.

—Pues cierra la puerta, porque me incomoda el silencio de la calle.

El sacristán cerró las puertas, el cura se puso á discurrir, y el auditorio, que no merecía tal nombre, á abrir de nuevo la boca, como si quisiera tragarse á su párroco.

Este dijo de nuevo:

—¿En dónde estás, Juan Perez?

—Señor, aquí.

—Mira, cierra y corre las cortinas de las claraboyas, porque me incomoda la luz.

El sacristán corrió las cortinas y cerró las ventanas; pero el sermón se había ido tan lejos que no quería volver.

—Juan Perez, Juan Perez.....

—¿Qué manda V., señor?

—Está abierta la puerta de la sacristía?

—Sí, señor.

—Pues ciérrala, hijo, ciérrala, porque me traspasa el aire que entra por ella.

El sacristán cerró la puerta de la sacristía.

Pasaron algunos segundos, el cura se dió con la mano en la frente, y dijo:

—Juan Perez; Juan Perez.....

—¿Qué manda V.?

—Hijo, que se me ha ido el sermon.

—Pues á fé, señor, dijo el sacristan, que no sé por dónde, porque no hay abierto ni siquiera un agujero por donde pueda salir una mosca.

El hombre infusorio.

Una tarde de verano,
Vestido con ricas galas,
Caballero iba un enano
Sobre una hormiga con alas.

Vuela, Pegaso, le dijo,
Y traspon el horizonte,
Pues soy yo, que te dirijo
El nuevo Belerofonte.

Los enemigos del alma.

Diéronle calabazas á un estudiante que se fué á ordenar, y volviendo á comparecer delante del señor obispo en las siguientes órdenes, le preguntó el religioso examinador:

—¿Cuántos son los enemigos del alma?

—Cinco; respondió con cierto aire de satisfacción, y como picado de la afrenta pasada.

Admirado el obispo de que no contestase bien á una pregunta tan sencilla, le dijo:

—¿Cuáles son?

El ordenado respondió con presteza:

—Mundo, demonio y carne, su ilustrísima y ese fraile.

Les cayó tan en gracia esta contestacion, que fué aprobado.

La mujer de Sócrates.

Despues de haber sufrido Sócrates un dia por largo rato el mal humor y las injurias de su mu-

jer Xántipa, se sentó á la puerta de casa dejándole el campo libre. Despechada de la calma de su marido, arrojó por la ventana, sobre la cabeza calva del buen Sócrates, un barreño de agua.

Y no era el agua de rosas,
Sino es agua de otras cosas.

—Ya sabia yo, dijo Sócrates sin inmutarse, que toda la tormenta pararia en agua.

La caridad interesada.

Pedia un pobre hombre muchas veces limosna por Dios á un caballero muy rico sin sacar jamás otra cosa que palabras injuriosas.

Andando el tiempo recibió el caballero tan fuerte golpe en un ojo, que lo dejó muy mal parado; y desde entonces, cuando pasaba junto al pobre, le daba un cuarto, diciéndole:

—Ruega á Dios para que me cure presto.

El mendigo echó sus cuentas y dijo para sí:

—Cuando tenias los ojos sanos no me dabas limosna, te se puso enfermo uno y me das un cuarto; claro es, pues, que me darás dos si enfermas del otro.

—Bien discurre, Manolo, añadia despues, te conviene rezar, es verdad, pero es porque se quede ciego.

Esta paga es la que debe esperar el que da limosna por interés.

Las cabezas de borrico.

Un caballero de provincia entró en una tienda de Madrid que por cesacion de comercio estaba liquidando y tenia pocos géneros.

—¿Qué se vende aquí? preguntó.

—Cabezas de borrico, dijo el tendero, que no podia tener buen humor.

El provinciano volvió á examinar la tienda sin desconcertarse, y dijo:

—Buen despacho ha tenido V., pues ha quedado sola la suya por vender.

La apelacion para ante el mismo juez.

Macheta, mujer anciana, litigaba un dia y defendia ella misma su pleito ante Filipo, rey de Macedonia.

Este príncipe, que se levantaba de la mesa soñoliento, nada habia oido; de suerte que, cansado de su locuacidad la condenó injustamente.

Oyó Macheta la sentencia, y sin alterarse ni descomponerse, dijo en alta voz:

—Apelo.

—Y ¿á quien? le preguntó Filipo.

—Apelo de Filipo, que acaba de comer y está dormido, á Filipo, en ayunas y despierto.

—Admito ese recurso, dijo Filipo, porque tienes razon.

El ciego y la luz.

Iba de noche un ciego por la plaza con una luz y un cántaro de vino.

—Vaya una ocurrencia, le dijo un amigo; ¿para qué quieres la luz si nada vés?

—La quiero para que los locos como tú no tropecen con mi cántaro y me lo hagan pedazos.

La poca ropa.

Mejor me sabe en un canton la sopa,
Y el tinto con la mosca y la zurrapa,
Que al rico que se engulle todo el mapa
Muchos años de vino en ancha copa.

Bendita fué de Dios la poca ropa,
Que no carga los hombros, y los tapa:
Mas quiero menos sastre que mas capa;

Que hay ladrones de seda, no de estopa.
 Llenar, no enriquecer, quiero la tripa:
 Lo caro trueco á lo que bien me sepa:
 Somos Piramo y Tisbe yo y mi pipa.
 Mas descansa quien mira que quien trepa:
 Regüeldo yo cuando el dichoso hípa,
 El asido á fortuna, yo á la cepa.

El asesinato por amor.

Una señora jóven, enamorada y hermosa, encontró á su marido en conversacion íntima con otra, y lo mató. Fue luego presa y conducida á la presencia de Felipe IV, que quiso conocer de aquel asunto ruidoso.

—¿Niegas el hecho? le dijo el rey.

—Señor, no.

—¿Qué disculpa das?

—Ninguna.

—¿Cómo has tenido valor para matarlo?

—Señor, lo amaba mucho.

—Vuelve á tu casa, le dijo el rey dulcemente.

—Señor, si he cometido un delito, no debo huir del castigo.

—Si tenias tanto amor, dijo el rey, debia por necesidad faltarte la razon. Vete, yo te perdono.

Adivinanzas.

73 —¿Quiénes son los hombres á los que no pueden tomar medida de botas los zapateros?

74 —¿Quiénes son los que tienen el cabello mas lejos de la nariz?

75 —¿Cuántas leguas hay desde la tierra á la luna?

76 —¿Cuándo entran los perros en las iglesias?

Carta de una mujer enamorada.

Una mujer casada, cuyo marido estaba ausente

hacia mucho tiempo, retardando su vuelta con frívolos pretextos, cansada de tanto esperar, le escribió diciendo:

—Teodoro mio, ¿es mi ausencia un mal que tú puedes soportar por largo tiempo con facilidad? pues has de saber que yo no puedo soportar la tuya. Ten presente además que el cargo de marido es beneficio que exige residencia, y sentiria mucho que te hubiéses olvidado de esta circunstancia.

Los dos lados de todas las cuestiones.

—¿Por qué estás triste y taciturno? decia la hermosa Rosalía á su jóven amado, cursante de estadística.

—Porque estoy calculando, vida mia, que en cada minuto que recorre la manecilla de tu reloj mueren sesenta personas en el mundo, y es preciso confesar que esto es grave, demasiado grave para que no pensemos en ello, y demasiado terrible para que no estemos tristes.

—Vé ahí una cosa particular, dijo Rosalía, yo miro la cuestion por el lado contrario; yo pienso que en cada segundo, que en cada pulsacion de mi arteria debe nacer lo menos uno; esto es, sesenta ó algo mas en cada minuto.

Dime ahora, al mirar mi reloj con la misma idea: ¿no es la imágen que yo me formo mucho mas agradable?

Las misas de un testamento.

En 1840 acogieron en el hospital general de Zaragoza, atacado del tifus, á un pobre extranjero, que en dos ó tres dias llegó á las puertas de la muerte. Manifestó deseos de hacer testamento, é inmediatamente se presentó el escribano á recibirlo. Nadie le conocia bien ni se sabia siquiera de dónde procedia; porque para admitir enfermos en aquel hospital, que lo es de la ciudad y del mundo

(*urbis et orbis*), no se pregunta á nadie de dónde viene.

Escritas las cláusulas de formula, llegó el escribano á los *ítem* de bienes terrenales, y el enfermo dijo:

—Item : dejo cien misas por el alma de mi padre.

—Item: dejo doscientas por el alma de mi madre.

—Item: dejo quinientas para conseguir el eterno descanso de la mia.

—Item: dejo otras cien misas.....

—Pero, señor enfermo, dijo el escribano, y V. me disimule, aquí viene disponiendo de misas y mas misas, y hasta ahora nada ha dicho V. de sus bienes.

—¿Qué bienes?

—Los que V. deja, porque sino, ¿de dónde han de salir estas misas?

—Toma, de la sacristía, ¿de dónde quiere V. que salgan?

La anguila á cuenta de palos.

A un marqués que daba un convite el dia de su santo á los principales personajes de la corte, entraron á decirle sus criados que un lugareño se habia empeñado en no vender una anguila magnífica por su frescura y tamaño desconocido si directamente no trataba y ajustaba el precio con su señoría.

El marques lo hizo entrar y le dijo:

—Es una escelente pieza: ¿cuánto dinero quiere V. por eilla?

—Señor, no pido dinero, eso me lo habrian dado en la cocina.

—¿Necesita V. favor en la corte? algun indulto, ó tiene algun hijo que necesita librar de soldado?

—No, señor, no tengo hijos, y gracias á Dios hasta ahora no necesito indulto de ninguna clase.

—Entonces, ¿qué quiere V. hacer con la anguila?

—Venderla, señor.

—Póngale V. precio.

—Quiero por ella, y no admito objeciones, cien palos dados al vendedor en las costillas desnudas, aquí mismo, en presencia de V. S. y de estos caballeros que me están oyendo.

—Buen hombre, eso es imposible.

—Entonces, Dios guarde á V. S., no puedo venderla á otro precio y me retiro.

—¡Se habrá visto locura semejante! ¡ni anguila mejor! Hombre, vuelva V., vuelva por Dios, que transigiremos, porque aunque no comprendo su idea me duele perder este pescado.

—Señor, no la doy ni un palo menos.

—Bueno, se le darán á V. pero tan suaves que no le hagan daño.

—En esa parte dejo á V. S. en completa libertad para que los palos se den como mejor le plazca.

—¡Contrato concluido y manos á la obra! Hola, Perico, saca la verga de sacudir el polvo y da á este buen hombre cien palos en las costillas, pero ¡ay de ti si le haces daño!

—Gracias, señor marqués, dijo el labrador.

Los salones estaban llenos de gente mirando todos con asombro aquella escena, sin saber si debían reírse ó entristecerse; pero presintiendo un desenlace raro y extraordinario que no podían comprender.

Perico principió, uno, dos, tres...diez...veinte...cuarenta...cincuenta.

—Alto, dijo el labrador.

Todos los concurrentes á este acto se aproximaron y le dijeron con interés:

—¿Le hace á V. mucho daño?

—No, no es eso; es, que en este contrato, señor marqués, tengo un asociado á quien me he visto en la obligacion de ofrecer la mitad del precio.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el marqués principiando á comprender algo de aquel enigma extraordinario. ¡Y quién es, buen hombre, ese digno sócio que debe ahora recibir la parte de su paga?

—Señor, es el portero de la puerta principal de

esta casa, que solo me ha dejado subir cuando le he cedido la mitad del valor; y yo, que me precio de honrado y hombre de bien, no quiero cobrar nada de lo que tan justamente le pertenece; y ruego á V. S. que la otra mitad se le pague á él, como es justo, sin descuento ninguno.

Los espectadores de aquella escena reian á carcajadas; el marqués dijo:

—Yo le aseguro á V., buen hombre, que llevará sus cincuenta cabales sin perderse uno solo.

Inmediatamente hicieron subir al portero, lo desnudaron y le aplicaron sobre la carne viva cincuenta palos de á fólio, es decir, no eran palos, eran vergajazos de tal marca que lo dejaron medio muerto.

—Buen hombre, dijo entonces el marqués al labrador; es de tal entidad el favor que V. acaba de prestarme, que le suplico honre mi casa y mi mesa comiendo hoy conmigo y teniéndose por convidado para igual día de todos los años. Y para que no lo eche V. en olvido con tanta facilidad, le señalo sobre mis rentas una pensión anual de 50 duros, que servirán para V. de postre en la comida del día de mi santo.

—Bien, dijeron sus amigos estrechando la mano del marqués.

La carta de un ahorcado.

Un albeitar jóven, que por un asesinato estaba en capilla para ser ahorcado al día siguiente, quiso enternecer á su esposa con la relacion de su muerte, y le escribió la siguiente carta:

«Querida Celedonia: me alegraré que al recibo de estas cortas líneas te encuentres con la perfecta salud que yo para mi deseo; yo bueno, á Dios gracias, para lo que quieras mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad. Sabrás que ayer, martes, he sido ahorcado, entre una y dos de la tarde, en la plaza principal de esta ciudad. He he-

cho una buena muerte, y he tenido el gusto de ver que las mujeres lloraban y se interesaban por mí. —Tuyo hasta la muerte, el albeitar ahorcado, Emeterio Cascarrábias.»

La mujer aguda.

Al salir de una función de juegos de manos, decía una mujer á su marido:

—No me sorprenden estos juegos; para mí es cosa de nada el ver un hombre convertido en carnero, una mujer en vaca y un estudiante en burro. Veo con serenidad meter un garbanzo en un cubilete y sacar un toro ó un elefante. Marido ¿no es verdad?

—Sí.

—Porque claro es que todo eso lo hace el diablo, cuernos largos. Marido mio, ¿es verdad?

—Sí.

—Todo eso no me produce efecto; lo que me asombra, lo que no me sé explicar, es el cómo los picaros de los tahoneros meten la miga dentro de la corteza del pan.

Pensamiento de un moro.

Mas vale una pulgada de juez que una vara de justicia.

La indirecta de un suegro.

El presidente Rosas, que era tenido por hombre de talento, pero mas que todo por avaro, habia casado su hija con un juez jóven, que se le quejaba todos los dias del carácter frívolo y prodigalidad exagerada de su mujer.

Fatigado Rosas de oír continuamente la misma queja, y no queriendo por otra parte comprender el objeto á que se dirigia, dijo un dia á su yerno:

—Dí á mi hija que si en lo sucesivo te da nuevos

motivos de disgusto, la voy á desheredar sin remedio.

El yerno no se volvió á quejar.

El testamento interpretado.

Un lugareño, poco antes de morir, llamó á su mujer y le dijo:

—He hecho testamento, y para pagar de alguna manera el cariño que me has tenido, no te he olvidado en él; antes por el contrario te he dejado alguna cosa que puede servirte de mucho.

—Yo apreciaré tu recuerdo, marido mio, dijo la mujer fingiendo que lloraba.

—Escúchame, continuó el marido. Ya sabes que tengo un caballo; cuando me haya muerto lo venderás tú misma, y entregarás á mis parientes el dinero que saques de él.

—¿Que lo entregaré dices?

—Sí; pero espera. También sabes que tengo un perro; pues bien, te lo regalo generosamente para que lo vendas si quieres y retengas su importe, ó lo conserves para que te guarde la casa; y te aseguro que te servirá de gran consuelo, y que sales bien librada.

El lugareño se murió; y la mujer, queriendo obedecer á su marido y cumplir con su deber, cogió una mañana el caballo y el perro y los llevó á la feria.

—¿Cuánto quiere V. por ese caballo? preguntó un chalan.

—Quiero vender, respondió la mujer, el caballo y el perro juntamente, y si á V. le conviene, me dará por el perro cien duros, y por el caballo..... ¡qué diablo! no hemos de reñir, me dará diez reales.

—Acepto, dijo el chalan, porque el precio de las dos cosas juntas me conviene, y sea la tasacion de una manera ú otra á mí me es igual.

—De este modo la buena mujer, tan escrupulosa en el cumplimiento de la última voluntad de su

marido, dió á los parientes de este los diez reales que sacó del caballo, y se quedó con la conciencia tranquila, conservando los cien duros que le dieron por el perro.

Una buena sopa.

Un caballero muy económico, que viajaba con su criado, dijo una noche á la ventera:

—Hágame V. para cenar un huevo pasado por agua.

—¿Y para el criado?

—Este muchacho, dijo el caballero, siempre tiene apetito; hágale V. una buena sopa con el agua en que se haya cocido el huevo.

La criada, riendo á carcajadas, dijo:

—No dejará un huevo mucha sustancia.

—Ponga V. dos, añadió el caballero, que á mí no me vendrá mal, y el pobrecillo se acostará bien alimentado con la sustancia que le dejen.

Enigmas.

42.

¿Cuáles llaman ocasiones
siendo partes de vivientes
que afligen ancianas gentes,
dando dolor y pasiones
con humores diferentes?

43.

Mi corazon es de yerba
y lo demas soy gordura,
que siendo mucha más dura
porque ella en sí se conserva
hasta que todo se apura.

Nuevo método de sacar muelas.

Se ata á la muela fuertemente un cordoncito de

seda ó una cuerda de guitarra. Se hace un agujero en una bala, de suerte que la atraviese por el centro y se introduce por él el cordón de seda poniendo un nudo en la parte inferior, de forma que la bala quede colgando de la muela.

Cuando todo se halle dispuesto de este modo se carga una pistola y en la carga se pone la bala con mucho cuidado.

Se dispara al aire y..... zás..... detrás de la bala se va la muela de la manera mas suave y dulce del mundo.

Este secreto es necesario reservarlo mucho, porque traeria sobre nosotros el odio de todos los saca-muelas y profesores odontálgicos, y así rogamos á nuestros lectores que solo lo descubran en confianza á sus amigos y conocidos con el encargo de que hagan lo mismo.

La cabeza escondida.

Una noche el famoso jugador de manos Herman rogó al público de Madrid que le hiciera preguntas por escrito, ofreciendo que la contestacion apareceria en un cuadro al disparo de una pistola.

Son muchas y muy graciosas las preguntas que se le hicieron, pero entre otras nos parece inmejorable la siguiente:

¿Qué dijo Holofernes cuando por la mañana al despertar se encontró sin cabeza?

Esto nos recuerda el cuento de un loco andaluz.

Cansado un carabinero de una larga caminata, se echó á dormir la siesta cierto dia del mes de julio en el portal de una venta. Un loco que habia en la casa, cuando lo vió dormido le cortó el cuello con una hoz, escondió la cabeza en el pajar, y luego, buscando á un hermano suyo, le dijo:

—Ven acá, Paco, porque nos vamos á llevar un rato muy divertido.

--¿De qué modo? le dijo su hermano completamente ignorante del suceso.

—Mira, contestó el loco riendo; he escondido la cabeza de ese soldado y verás ahora cuando despierte el chasco que se lleva al verse sin ella y el trabajo que le cuesta el encontrarla.

El predicador y el tamborilero.

De una fiesta á su lugar
Volvia un tamborilero,
Y un fraile tambien volvia
De la fiesta á su convento.

El tamborilero iba
En un burro caballero,
Y el fraile á pié. Preguntóle
El padre:—¿De dónde bueno?
—De tañer, dijo, esta flauta
Y este tamboril.—Por eso,
Le preguntó, ¿qué le han dado?
El respondió:—Poco, cierto,
Cincuenta reales, comido
Y bebido, que no es menos,
Llevado y traído, sin otros
Regalillos que aquí tengo.
—¿Eso es poco? (dijo el padre)
Pues yo de predicar vengo,
Y ni aun de comer me han dado,
Y á pié, como vé, me vuelvo.

El tamborilero entonces
Dijo enojado y soberbio:
—Pues tamborilero y padre
Predicador ¿es lo mesmo?
Aprendiera buen oficio,
Y no se quejára de eso.

El peluquin á la moda.

Mandó á un peluquero un jóven tonto que le hiciese un peluquin á la moda, y estándoselo probando, dijo al maestro:

—Hombre, me parece que está corto.

—Señor , respondió el peluquero , él caerá , que ahora está en bruto.

Las tripas corazon.

Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo un hombre que era tenido por cobarde, fué á matar á otro que lo habia agraviado.

El segundo se dió tan buena maña, que derribó á su contrario en tierra, y lo pasó por el vientre dándole una estocada.

Maravillándose los médicos de que la herida no tocase en tripa alguna, dijo un gracioso:

—¿Cómo le habia de tocar en las tripas si entonces no estaban allí?

—¿Cómo puede ser eso? preguntó uno de ellos.

—Porque habia hecho de las tripas corazon.

El salon de Apolo.

Ciceron y Pompeyo quisieron cerciorarse un dia de si era verdad lo que se ponderaba de la magnificencia de Lúculo.

Encontráronse con él en la plaza pública, y le dijeron que irian á cenar á su casa, con la condicion de que no habia de dar instrucciones á sus criados, ni encargarles preparativos ni gastos extraordinarios.

Conformóse Lúculo, y solo les pidió permiso para decir á sus criados la sala en donde queria que se sirviese la cena.

—Estamos conformes, dijo Ciceron.

Lúculo llamó á un esclavo y le dijo:

—Esta noche cenaremos en el salon de Apolo.

Llegada la hora, se presentaron Ciceron y Pompeyo, y se quedaron maravillados y absortos al contemplar la imponderable suntuosidad de una cena que debió costar sumas inmensas.

—¿Qué es esto? dijo Ciceron; una cena semejante no ha podido disponerse sin que tú dieses órde-

nes para ello, y entonces has faltado á tu palabra de no decir nada.

—Estás engañado, contestó Lúculo. En mi casa, cada una de las salas de comer tiene su gasto señalado, y cuando previne á mi familia que sirviesen la cena en la sala de Apolo, ya sabia muy bien lo que me habia de costar.

El arpa del gitano.

Un dia de feria estaba un gitano á la puerta de su casa limpiando y aderezando con mucha habilidad una especie de caballo esqueleto ó armadura de huesos que pensaba vender aquella tarde, como uno de los mejores y mas lozanos que se pudieran presentar.

Pasó un hombre gracioso por la calle y acercándose al gitano le dijo:

—Diga V., camarada, ¿se puede saber en dónde es el baile?

—¿Qué baile? dijo el gitano sorprendido de la pregunta.

—Hombre, como está V. tan de mañana limpiando el arpa.

El maldiciente.

A Vicente ayer mordió
Una vívora imprudente.
Ved lo que es un maldiciente,
La vívora se murió
Y no se murió Vicente.

El estudiante haciendo huevos.

Un cursante de filosofía de la universidad de Alcalá habia ido á pasar unas vacaciones á casa de sus padres, pobres, pero honrados labradores de Meco. Nuestro jóven, conociendo el terreno que pisaba, echaba dialéctica por todas las coyunturas

dejando alelada á su buena madre, que lo miraba con la boca abierta.

El padre, que de aquella gerigonza escolástica no entendia una palabra, pero que sin embargo tenia un sentido comun bastante claro, le dijo una mañana:

—Vamos, Antonio, mientras tu madre prepara el almuerzo danos alguna muestra de esa ciencia tan grande que posees, de ese saber de que tanto tojactas, pero esplicándolo de manera que tu madre y yo te podamos comprender.

—Lo van Vds. á ver, dijo Antonio, y se van ustedes á quedar pasmados. Mire V., padre, y escúcheme V. con mucho cuidado. ¿Es verdad que aquí hay dos huevos?

—Sí.

—¿Es verdad que donde hay dos hay tambien uno?

—Sí.

—¿Es verdad que dos y uno son tres?

—Tambien es verdad.

—Luego aqui hay tres huevos.

—¿Lo crees tú así?

—Vaya si lo creo; como que la consecuencia no puede estar mejor sacada.

—Oyeme, Celedonia, dijo entonces el padre con mucha sorna: frie ese huevo para tí y ese otro para mí, que somos unos ignorantes, y nuestro querido Antonio que se coma ese tercero que con tanta habilidad ha encontrado, pues quien tanto sabe razon es que almuerce.

El caldo entre piedras.

Un muchacho llevaba para su padre que estaba trabajando en la viña, un excelente guisado de carnero que decia comedme. El camino era largo, y el chico, escitado por el tufillo delicioso quesalia de la cazuela, no pudo resistir la tentacion de probar si se daba por tan contento el gusto como el olfato.

—Una tajada mas ó menos, pensaba entre sí, no

puede conocerse, porque ni mi madre las habrá contado, ni mi padre hará otra cosa que principiar á comer sin mirar la cazuela.

Con esta reflexion se comió una, pero estaba tan buena que no pudo contentarse con ella, y comió otra, y despues otra y otra; y así poco á poco racionando y comiendo llegó á ver el fin de la cazuela, no dejando en ella otra cosa que caldo.

El carnero habia dado de sí para llegar comiendo hasta las primeras cepas, y el muchacho se encontró casi de repente en la presencia de su padre pensando en la necesidad de buscar una escusa, pero sin haber encontrado otra que la de llorar.

—¿Qué tienes, hijo mio? dijo el pobre hombre dando mano á su trabajo, ¿te ha sucedido algo?

—¿Qué quiere V. que me suceda! que por venir corriendo he dado un tropezon, se me ha caido la cazuela entre unas piedras y solo he podido recoger el caldo.

En medicina, la fé.

La madre de un gran doctor
Cayó en Nápoles enferma
De una enfermedad que nadie
Llegó á entender su fiereza.

Los médicos afamados
Fueron con gran diligencia
A visitarla cumpliendo
La urbanidad que profesan.

Y viendo tan grande achaque,
Poniendo en arcos las cejas,
Decretaron que no habia
En toda la humana ciencia
Remedio á tan grande mal.

Pero replicó la vieja:
—Mi hijo me ha de curar:
Y por dejarla contenta
Recetó algunos remedios
Y obraron de tal manera

Que cobró luego salud.

Del mismo doctor la suegra
 Enfermó á los pocos dias
 Y le negó la asistencia,
 Diciendo:—A mi madre, es claro,
 Que si algo la puso buena
 No fué lo que receté,
 Sino el hallarla dispuesta
 De la fé que en mí tenia
 Con que gané fama eterna;
 Pero en mi señora, es cierto
 Que iria en falso mi ciencia,
 Porque en su yerno jamás
 Tuvo fé ninguna suegra.

El chocolate ayudado.

El doctor N. visita á la condesa X., enferma de aprension, que lo tiene completamente cansado con sus impertinencias. No sabiendo ayer qué propinarle para curar una enfermedad que no tiene, dispuso que se desayune con un vaso de agua, que tome chocolate despues y beba inmediatamente otro vaso de agua.

Esta mañana ha sido llamado precipitadamente y ha encontrado á la condesa lívida y con las facciones desencajadas.

—Señora, ¿qué es eso? ha dicho el médico alarmado al observar el terror de aquella fisonomía generalmente dulce y tranquila.

—¡Ah, doctor! hemos equivocado la medicina y estoy perdida; voy á morir.

—Pero ¿qué medicina, Dios mio, es la que se ha equivocado.?

—Cuál ha de ser, la del chocolate, que en vez de tomarlo entre dos vasos de agua, lo he tomado como siempre, bebiendo agua solamente despues.

—Señora, ha dicho el médico conteniendo apenas la risa, cálmese V.: el descuido ha sido de mu-

cha, de muchísima gravedad; pero la ciencia tiene recursos para todo.

—Trata V. en vano de consolarme , porque demasiado comprendo que la enmienda es imposible. Si el agua debia estar debajo del chocolate y hace media hora que lo he tomado ¿qué remedio puede haber?

—Uno muy sencillo, el vaso de agua clara que debia V. tomar antes, tómelo V. ahora en una lavativa, y ella ocupará su puesto.

—¡Ah! doctor, lo comprendo y me he salvado. ¡Gracias!

Esta idea le ha valido un regalo de dos mil reales

La razon convincente.

—¿Has ido á América tú,
Que así armas tal embolismo
Con Méjico y el Perú?

—No, señor, pero es lo mismo,
Que el cura de mi lugar,
Su sobrina, es el decir,
Se quiere, es claro, casar
Con uno que piensa ir.

La cena á medio dia.

Un caballero económico llegó al parador de San Francisco en la carretera de Aragon á las doce del dia del juéves último.

—Muchacha, dijo á la criada, ¿qué vale la comida en esta fonda?

—Diez y seis reales, caballero.

—¿Y la cena?

—Diez.

—Pues oye, chica, dame de cenar, que mientras tengo seis reales no me estoy sin ellos.

Un negocio mejorable.

Un prestamista dijo á su mujer:

—Maruja, acabo de hacer un negocio inmejora-

ble, un negocio que solo á mi cabeza se le podia ocurrir.

—Esplicáte, hambre, que estás muy pesado y parece imposible que de una cabeza tan dura pueda salir nada bueno.

—Mira, he prestado ocho mil reales á un estudiante al cincuenta por ciento al año, he cobrado adelantados los intereses y me encuentro con una escritura de crédito á mi favor por valor de ocho mil reales habiendo desembolsado solo cuatro mil.

—¡Ah! qué tonto eres, ya me lo figuraba yo; mira, no has sabido hacer el negocio.

—Pues mujer, ¿qué he debido hacer?

--Prestar al ciento por ciento, cobrar adelantados los intereses y de este modo te encontrabas con la escritura á tu favor de ocho mil reales sin haber desembolsado un cuarto.

—Diablo, es verdad.

La pérdida de un vecino.

Han dicho, y no es maravilla,
Me decia un sastre ayer,
Que de ladrones la villa
La va el alcalde á barrer.

Si es eso, y lo hace con tino,
Le dije yo—¡voto á brios!
Lo siento, porque un vecino
Muy honrado, pierdo en vos.

El ejercicio de fuego de un recluta.

Un recluta cargó su fusil con todos los cartuchos que tenia en la cartuchera, que, salvo error de pluma ó suma, eran siete.

Era dia de ejercicio, y el pedazo de alcornoque lo disparó con la mayor frescura, y, como era natural, la esplosion terrible lo arrojó al suelo, escapándose el fusil de las manos á cuatro ó seis varas de distancia.

Cuando volvió en sí de su aturdimiento, viendo que el capitán estaba examinando el fusil, exclamó en la mayor ansiedad:

—Por Dios, mi capitán, que lo he cargado con siete tiros y solo ha salido uno.

La espada contra la reja.

Un vizcaino insufrible
Por una calle iba andando,
Y en una reja pasando
Se dió un codazo terrible.

Enfurecido, aunque en vano,
Volvió á la reja culpada,
Y la dió tan gran puñada
Que se destrozó la mano.

Irritóse, y á dos brazos
Tomó, sacando, la espada,
Y allí á pura cuchillada
La hizo en la reja pedazos.

Y despues muy enojado
Partió diciendo á su modo:
—¿Manos rompes? ¿quiebras codo?
Pues toma lo que has llevado.

El criado dormilon.

Cierto caballero, viajando con un criado asturiano muy dormilon, le encargó una mañana que guardase el caballo en el portal del alcalde de un pueblo mientras subia á refrendar el pasaporte y otras diligencias administrativas que podian detenerlo algun tiempo.

El asturiano, cuando se encontró solo, se revolvió y ató apretadamente al brazo las correas de la brida para que no pudiera escapársele el caballo sin despertarlo, se tendió despues en el suelo cuan largo era y principió á roncar.

Por su desgracia unos gitanos que pasaron por

allí observaron el descuido conque dormía, y con mucha habilidad quitaron la brida al caballo y lo hicieron desaparecer del pueblo en un santiamén, dejando dormido al criado y asido á las correas de la brida.

No tardó mucho en despertar, miró á todos lados en busca del caballo, miróse despues á sí mismo con ojos espantados, tocó y retocó la brida y las correas, se estregó los ojos y dijo:

—Entremus en cuentas. O soy Turibiu ó no soy Turibiu. Si soy Turibiu me han robado el caballo, é si no soy Turibiu, buena brida me encuentru é buenas correas.

El labrador, el criado y su madre.

Madre. Se queja el chico, tio Juan,
Y creo que con razon,
De que patatas sin pan
Su sola comida son.

Labrador. No es cierto, y garante salgo,
Que las patatas, tia Clara,
Siempre las come con algo.

Criado. Es verdad, con la cuchara.

Adivinanzas.

- 77 —¿Por qué hierran á los caballos?
78 —¿Qué diferencia hay entre lo bueno y lo bello?
79 —¿Hay alguien que sea hijo de tu madre y de tu padre sin ser hermano tuyo?
80 —¿Qué diferencia hay entre la rueda de un coche y un abogado?

El diablo aprendiendo á freir huevos.

Un pobre novicio, acostumbrado á comer en su casa á todas horas, no podia resistir la vida del claustro, mas que por la sujecion y por el estudio

escesivo, porque se moria de hambre. El infeliz, tentado por el diablo, habia conseguido escamotear un par de huevos al hermano cocinero, y solo en su cuarto esperaba con ánsia que todos se durmieran para darse con ellos una buena noche.

Efectivamente, apenas dieron las doce dejó de mirar los libros en que aparentaba leer, tomó su par de huevos y se dispuso á prepararlos con el aceite que habia economizado. Como no tenia otro fuego que la luz del belon, necesitaba mucho tiempo para freirlos en la cazuela, y así hubo por necesidad de servirse de un cucurucho, ó mejor caja de papel sencillo, en la que echó el aceite, y poniéndola encima de la luz principió su operacion cocinera con gran desembarazo.

Por desgracia, cuando estaba dándoles la última vuelta en aquella sarten improvisada, el maestro de novicios, que habia oido el ruido del aceite, abrió la puerta, entró y lo cogió con el hurto en las manos.

El pobre novicio no tuvo otro remedio que confesar de plano todo su delito.

—Pero infeliz, dijo el maestro despues de reprenderle, ¿quién le ha sugerido á V. una idea semejante? ¿quién ha enseñado á V. á freir los huevos de ese modo?

--Padre maestro, el diablo es el que me ha sugerido esa idea y el que me ha enseñado el modo de hacerlo.

—Mientes, dijo el diablo, que estaba escondido debajo de la mesa, porque solo un novicio era capaz de invencion semejante, y no sabia yo hasta ahora, siendo diablo, que se pudiesen freir huevos en una cuartilla de papel.

El estudio fácil.

Se fué á confesar un prestamista, y le preguntó el confesor:

—¿Sabe V. el Padre nuestro?

—No, padre, respondió, porque he comenzado á aprenderlo muchas veces y nunca he podido conseguirlo.

—Cuando presta V. dinero ó trigo, replicó el confesor, ¿puede acaso retener en la memoria los nombres de los sujetos á quienes lo dá?

—Sí, padre.

—Pues si eso es así, la penitencia que le doy se reduce á que aprenda V. los nombres de todos los que, enviados por mí, le pidan dinero ó trigo prestado, por el mismo orden en que lo pidan, y vuelva V. dentro de ocho dias.

Convino en ello el rico; y luego el padre confesor envió uno para que le pidiese prestado un duro.

—¿Cómo se llama V? dijo el prestamista.

—Yo me llamo Padre nuestro.

Dióle lo que le pedia, y de allí á poco rato llegó otro pidiéndole trigo, y tambien le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Que estás en los cielos.

Llegó otro tercero.

—¿Cómo se llama V.?

—Santificado sea el tu nombre.

De esta suerte envió tantos el confesor, cuantos requeria el padre nuestro. Acabado que fué el término de los ocho dias, fuese el rico al confesor, y este le dijo:

—Diga V. por su orden los nombres de los sujetos á quienes ha prestado.

El prestamista dijo:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, etc.

El confesor no pudo menos de sonreirse.

—¿De qué se rie V., padre? dijo el prestamista.

—De ver cuán á poca costa ha aprendido V. el Padre nuestro.

FIN DEL TOMO.

INDICES ALFABÉTICOS.

| | | | |
|--|-----|--|-----|
| Prólogo-prospecto. | 5 | Los frenos trocados. | 249 |
| Prólogo-prolongado. | 7 | Los sabios aman. | 224 |
| Anécdotas, hechos históricos y dichos célebres. | | Malicia de los pavos (la). | 205 |
| Adulterio en Esparta (el). | 145 | Marido sensible (el). | 125 |
| Alejandro (la oreja de). | 70 | Mitridates (el músico de). | 237 |
| Amigo desconocido (el). | 221 | Mitridates (la astucia de). | 194 |
| Apelacion para ante el mismo juez (la). | 293 | Muerte de una cuñada (la). | 200 |
| Apolo (el salon de). | 304 | Mujeres heróicas. | 239 |
| Arte de remozar (el). | 224 | Murmuracion de los borrachos (la). | 118 |
| Asesinato por amor (el). | 294 | Nobleza en la ruca (la). | 257 |
| Asno (la sombra del). | 202 | Ojo hallado (el). | 100 |
| Augusto mal comido. | 232 | Oracion de una vieja (la). | 237 |
| A un favor otro igual. | 172 | Paciencia de un filósofo (la). | 144 |
| Belleza contra talento. | 153 | Parentesco decente (el). | 184 |
| Bomba convertida en salvadera (la). | 182 | Pauson (el caballo de). | 229 |
| Cada uno sabe donde le aprieta. | 160 | Pena del talion (la). | 156 |
| Carlos III (el sombrero de). | 93 | Pequeña dificultad (una). | 108 |
| Carlos III y su paje. | 168 | Prediccion (la). | 183 |
| Confianza de un hombre generoso (la). | 204 | Prudencia de un marido (la). | 99 |
| Criados del rey (los). | 156 | Quién hallará la mujer fuerte. | 239 |
| Delito (lo mismo la pena que el). | 116 | Respeto al público (el). | 187 |
| Destierro como un bien (el). | 229 | Rey católico (el jubon del). | 224 |
| Dragon (el caseo del). | 64 | Santa Teresa y las elecciones. | 203 |
| El canónigo y el ladron de trigo. | 208 | Simónides (la fealdad de). | 238 |
| El emperador y el poeta. | 198 | Sócrates (dichos célebres de). | 227 |
| El pueblo siempre es igual. | 164 | Sócrates (la mujer de). | 291 |
| El rey levantando un burro. | 87 | Temor de si mismo (el). | 227 |
| El rey sarmentador. | 37 | Tháles (pensamientos de). | 237 |
| El rey y el cura de aldea. | 50 | Treinta años clavados (los). | 221 |
| El rey y el paleta. | 30 | Tres enigmas (ios). | 258 |
| El rey y Quevedo. | 31 | Tribunal de mujeres (el). | 195 |
| Escipion y Enio. | 187 | Versos de un rey (los). | 106 |
| Es historia ó fábula. | 109 | Una verdad peligrosa. | 78 |
| Estratagemá frustrada (la). | 244 | Un grande hombre vengándose como un niño. | 284 |
| Felipe y su favorito. | 225 | Uno es uno y otro es otro. | 76 |
| Filipo y la vieja. | 257 | Zapatero á tus zapatos. | 231 |
| Fin del mundo (el). | 67 | Zapatos roidos por los ratones (los). | 213 |
| Guerra (la paz y la). | 146 | Cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, sales cómicas y gracejos. | |
| Hermosa sin boca (la). | 190 | Abogacia (una leccion de). | 264 |
| Hijo filósofo (el). | 194 | Abrir al que llama. | 230 |
| Indiceta de un suegro (la). | 299 | A cada uno lo suyo. | 141 |
| Juego de prendas (el). | 137 | Aceite de la lámpara (el). | 249 |
| Leñador honrado (el). | 135 | Agudaza de un loco (la). | 32 |
| Lo que no se puede enmendar hacerlo nuevo. | 190 | Aluna de Pero Nuñez (el). | 266 |

| | | | |
|---|-----|---|-----|
| Amo burlado (el). | 17 | Curiosidad exagerada (la). | 25 |
| Amor de afinidad (el). | 143 | Decir que si ó á la carcel. | 235 |
| Amor de ultra tumba (el) verso. | 210 | Declaracion indagatoria (la). | 20 |
| A mucho fuego mucha agua. | 91 | De consejo muda el sabio. | 246 |
| Anguila á cuenta de palos (la). | 296 | Derecho de los hermanos (el). | 98 |
| Apostol correo (el). | 119 | Derecho de malar (el). | 73 |
| Arboles del paraiso (los). | 107 | Descamisado (el) verso. | 48 |
| Arpa del gitano (el). | 305 | Descaro para pedir. | 184 |
| Arre del filósofo (el) | 10 | Desear de palabra. | 214 |
| Asadura á crédito (la) verso. | 153 | Desgracias reunidas (las) verso. | 214 |
| Astucia de la mujer (la) verso. | 267 | Diferencia en el medir (la). | 72 |
| Aumento de valor (el). | 146 | Diferencia entre la y griega y la i latina. | 92 |
| A un asombro otro mayor. | 203 | Dinero (la habilidad de hallar). | 41 |
| Barbero (los tres oficios del). | 66 | Discusion concejil (la). | 162 |
| Ebilitario ignorante (el). | 143 | Dolor acomodaticio (el) verso. | 186 |
| Botica vestida de novia (la). | 40 | Don detras y delante (el). | 252 |
| Burro astrólogo (el). | 142 | Dos sordas (las). | 168 |
| Burro (el fin del) verso. | 250 | Dos religiones (las). | 252 |
| Buscar la lengua. | 251 | Economia doméstica (la). | 23 |
| Caballo curandero (el) verso. | 247 | Edad en los dientes (la). | 75 |
| Caballo lector (el). | 108 | Efecto de las borrajas (el). | 103 |
| Cabeza escondida (la). | 302 | El alcalde y su burro (verso). | 34 |
| Caja del reloj (el paseo en la). | 18 | El caballero de Madrid y el de provincia. | 58 |
| Caldo entre piedras (el). | 306 | El carro de paja y el hombre. | 76 |
| Cara de un feo (la). | 102 | El cartel. | 13 |
| Caridad interesada (la). | 292 | El diablo y el novicio. | 272 |
| Casamiento imposible (el). | 134 | El dinero y el vino. | 133 |
| Casarse viejo (la locura de). | 117 | El encuadernador y el presidario. | 165 |
| Cazador sediento (el). | 99 | El gobernador y el alcalde. | 35 |
| Celos de un hombre pacífico (los). | 104 | El hermano y la hermana. | 201 |
| Celoso enfermo (el). | 256 | El herrador y su idea. | 225 |
| Cena á medio dia (la). | 309 | El hombre mas feo. | 240 |
| Cero en medio (un) verso. | 201 | El incrédulo y la medicina. | 255 |
| Ciegos burlados (los). | 282 | El judío y el dia de fiesta. | 276 |
| Criado recién venido (el). | 115 | El jroto por el pecador. | 27 |
| Chocolate (el cubo de). | 113 | El labrador y la linterna. | 126 |
| Chocolate en miniatura (el). | 237 | El loco y el podenco (verso). | 193 |
| Ciudad de las tabernas (la). | 244 | El moribundo y el acreedor. | 83 |
| Comer para morir. | 148 | El olvido de sí mismo. | 36 |
| Comestibles mas baratos (los). | 241 | El ojo en la mano (verso). | 265 |
| Comosabe la perdz (en verso). | 225 | El predicador y el albeitar. | 57 |
| Confesion de una casada (la). | 253 | El predicador y el tamborilero (verso). | 303 |
| Conocer por el olfato. | 118 | El primer dia de viuda. | 242 |
| Contestacion á una insolencia (la). | 116 | El re'or y el vicario. | 35 |
| Contestacion hábil sin entender la pregunta (la). | 50 | El tirador y el blanco. | 142 |
| Contestacion sutil (la). | 181 | El tuerto y el cojo. | 78 |
| Contrato desecho (el). | 113 | El zapatero y la cabeza cortada. | 123 |
| Consejo de un sabio (el). | 54 | Enemigos del alma (los). | 291 |
| Consuelo de la albarda (el) verso. | 220 | Enfermo regateando su entierro (el) verso. | 139 |
| Contrabandista delator (el). | 288 | Engañador engañado (el). | 84 |
| Cortaplumas perdurable (el). | 90 | En medicina la fé (verso). | 307 |
| Cosas perdidas (las). | 45 | Equivocacion (la) verso. | 287 |
| Cosas superfluas (las). | 167 | Equivocacion de un verdugo (la). | 213 |
| Cuántos dioses hay. | 93 | Error del pie (el). | 226 |
| Cuenta igual (la). | 210 | Escala gerárquica de los ladrones (la). | 52 |
| Cuestion de gramática. | 13 | | |
| Curiosidad de mujer. | 97 | | |
| Curiosidad de una niña (la). | 85 | | |

| | | | |
|--|-----|---|-----|
| Espanta pájaros (el). | 112 | Ni pies ni cabeza. | 75 |
| Esperanzas de estudiante. | 233 | No hay peor sordo. | 26 |
| Esperanza de ser diablo (la). | 173 | Nombre apelativo (el). | 179 |
| Esperanza de un zapatero. | 12 | Novicio jugador (el) verso. | 239 |
| Espíritu de contradicción (el). | 85 | Ocupacion de los criados (la). | 70 |
| Esplicacion de un delito (la). | 120 | Oficial de porcelana (el). | 138 |
| Estudio fácil (el). | 313 | Oracion del Perezoso (la). | 140 |
| Exactitud de un portero (la). | 163 | Oratoria nueva (la). | 18 |
| Exámen del paleto (el). | 232 | Orden militar (la). | 147 |
| Fé de erratas (la). | 234 | Oso (lo que es un). | 155 |
| Gallina del diablo (la). | 264 | Pacto con el verdugo (el) verso. | 87 |
| Gato cocinero (el). | 65 | Paleto en el teatro (el). | 125 |
| Gollería en una venta (lo que es). | 273 | Pantalon único (el) | 89 |
| Guía de la danza (el). | 265 | Paraiso de los moros (el). | 94 |
| Hágalo V. mejor. | 78 | Paréntesis (los). | 236 |
| Huevos (el diablo aprendiendo á freirlos). | 312 | Parente-co con la mula (el). | 101 |
| Hurto incompleto (el). | 224 | Pleito de la cabra (el) verso. | 269 |
| Imitacion (la). | 287 | Pérdida irreparable (la). | 129 |
| Imposibilidad de llorar (la). | 161 | Perdon fingido (el). | 254 |
| Indirecta del Padre Cobos (la). | 197 | Perdon por delante (el). | 274 |
| Industria de un pobre (la). | 101 | Perfeccion de la imperfeccion (la). | 204 |
| Informe (el). | 155 | Perro barbero (el). | 99 |
| Inocencia discreta (la). | 80 | Perro novio (el). | 69 |
| Instruccion de un pastor (la). | 131 | Perro panecista (un). | 144 |
| Justicia de Marruecos (la). | 214 | Pida V. pruebas. | 178 |
| La bestia mas grande. | 191 | Piedad de una viuda (la) verso. | 263 |
| La cena por la mañana. | 206 | Pildoras sánalo todo (las). | 71 |
| La conformidad (verso). | 31 | Pintor pica pleitos (el). | 194 |
| La espada contra la reja (verso). | 311 | Poeta herrador (el). | 106 |
| La hermana muerta y la viva. | 140 | Porteño alarmado (el). | 158 |
| La justicia y el puerco. | 257 | Predicador miedoso (un). | 162 |
| La música en el entierro. | 105 | Prefacio (el aumento del) verso. | 11 |
| La nieve y las vacas. | 165 | Pregunta escusada (la). | 49 |
| Las dos manolas. | 248 | Premio de la memoria (el). | 166 |
| La vida de fraile verso). | 55 | Pretension imposible (la). | 104 |
| La vieja á caballo sobre un cerdo. | 121 | Profunda habilidad de dos conejales (la). | 28 |
| La vuelta del que no marcha. | 160 | Proposicion de un negocio (la). | 177 |
| Lenguage de los peces (el). | 61 | Prudencia de una nuera (la). | 228 |
| Libertad á tiros (la). | 91 | Prueba de la locura (la). | 256 |
| Loco por la pena es cuerdo (el). | 60 | Puente sin pretiles (el). | 119 |
| Lo preciso y lo difuso. | 60 | Purga pintada (la). | 76 |
| Lo tratado es tratado. | 255 | Que lo ahorquen. | 86 |
| Los doce pares de Francia. | 49 | Rábanos (los). | 277 |
| Los monos y las peras. | 171 | Razon de la sin razon. | 177 |
| Mediacion de un cordero (la). | 271 | Razon perdiendo (la). | 262 |
| Medias del revés (las). | 155 | Registro de necesidades (el). | 142 |
| Memoria del estómago (la). | 70 | Relacion entre el comer cebada y el rabo. | 210 |
| Miércoles de Ceniza (el). | 216 | Religion verdadera (la). | 37 |
| Misa de Alba (la) verso. | 151 | Reloj gusano (el). | 77 |
| Misas de un testamento (las). | 295 | Reparto del hambre (el). | 51 |
| Modestia zapatera (la). | 159 | Reprimenda de un padre (la). | 123 |
| Molinera en el rio (la). | 19 | Satisfaccion bien dada (la). | 100 |
| Muerto escribiendo (el). | 135 | Santos de medio cuerpo (los). | 115 |
| Mujer del literato (la). | 12 | Secreto de naturaleza (el). | 232 |
| Mujer descalabrada (la) verso. | 253 | Sencillez de un niño (la). | 211 |
| Mujer perdida (la). | 95 | Sermon de una kuákara (el). | 197 |
| Murmurador (el). | 65 | Sermon perdido (el). | 289 |
| Nariz escalera (la) verso. | 222 | Sermon el primer). | 58 |
| Necesidad de puntuar bien (la). | 149 | Siete cabrillas (las). | 39 |

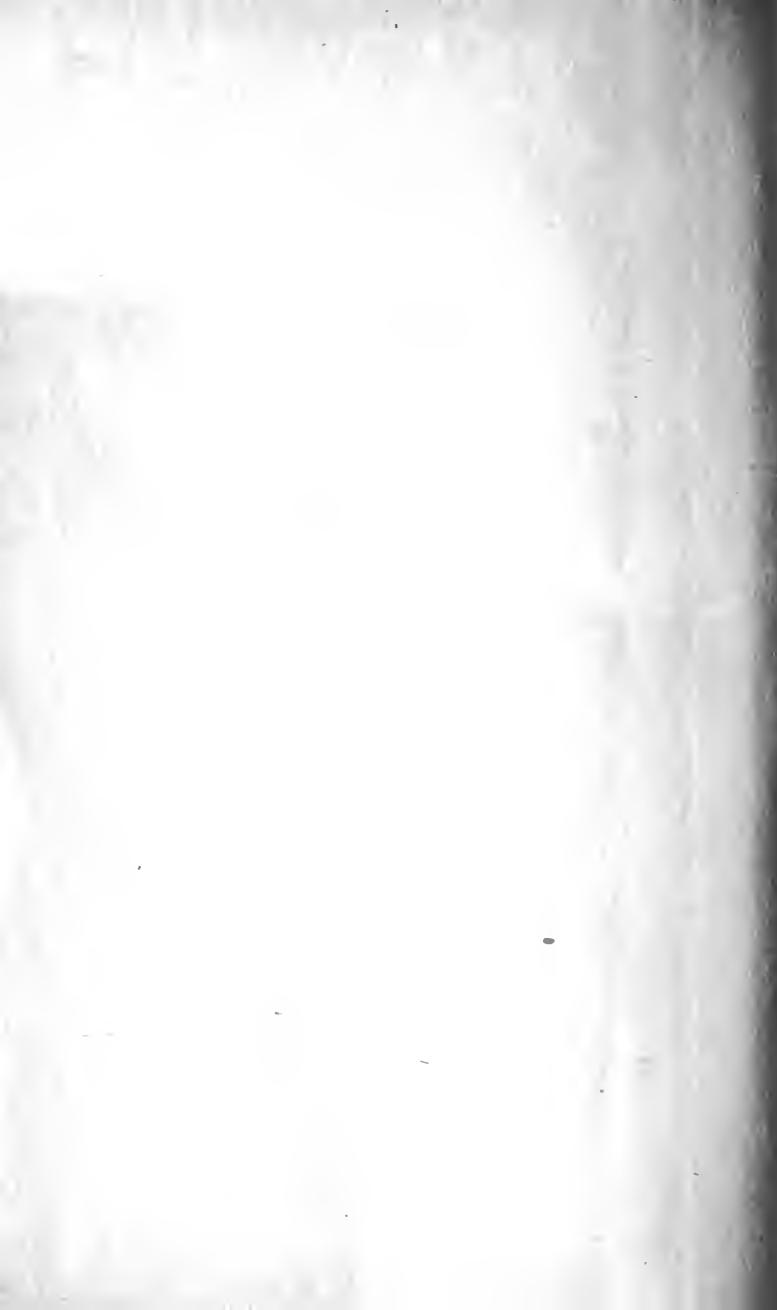
| | | | |
|---|-----|---|-----|
| Silva antes de tiempo (la). | 147 | El perro (el soldado y). | 219 |
| Soldado arqueólogo (el). | 109 | Frasco pequeño (el). | 43 |
| Sopa (una buena). | 301 | Hijo fraile (el). | 245 |
| Subordinacion militar (la). | 230 | Insulto rechazado (el). | 189 |
| Suegro (contra el mal de) verso. | 218 | Ladrones (el pobre y los). | 273 |
| Suelto que no se puede prender (el). | 208 | La pintura y el blanqueo. | 189 |
| Superchería (la). | 83 | Lengua de las mujeres (la). | 173 |
| Tesoro (el) verso. | 166 | Los años no se roban. | 75 |
| Testamento interpretado (el). | 300 | Los pasados y los presentes. | 199 |
| Testamento original (un). | 126 | Lo que va y lo que se va. | 144 |
| Tiendas abiertas (las). | 161 | Madrugar (lo bueno y lo malo del). | 200 |
| Tres asientos en la diligencia. | 110 | Medio de hacer amigos (el). | 163 |
| Tripas corazon (las). | 304 | Muerta (el retrato de una). | 264 |
| Tutearse para despedirse. | 160 | Mujer (una buena). | 189 |
| Valor de un torero (el). | 50 | Murmuracion en plural (la). | 246 |
| Venganza de un marido (la). | 207 | Murmuracion (la). | 237 |
| Virgen de parto (la). | 156 | Necedades de gran valor. | 179 |
| Una cabeza de espediente. | 107 | No se bate el dichoso. | 180 |
| Una carta y una contestacion. | 155 | Para no tropezar estarse echado. | 193 |
| Un acreedor de lo que no hay. | 112 | Pensamientos con suerte. | 197 |
| Una misa corta. | 21 | Pobreza de un rico (la). | 267 |
| Un amor romántico curado con aceite. | 14 | Razon del celibato (la). | 163 |
| Una sola pregunta. | 185 | Reloj atrasado (el). | 179 |
| Un buen remedio á falta de azotes. | 81 | Réplica oportuna (la). | 25 |
| Un caballero instruido. | 24 | Sacramento del matrimonio (el). | 66 |
| Un negocio mejorable. | 309 | Sastre (el procurador y el). | 130 |
| Un padre de talento. | 209 | Soldado (el capitán y el). | 106 |
| Un tiro difícil. | 62 | Turquesa (la virtud de la). | 41 |
| Yerro de un cazador (el). | 212 | Vecino (el). | 183 |
| Zarza alguacil (la). | 114 | Versos pecadores (los). | 36 |
| Dichos agudos y réplicas ingeniosas. | | Viejas (el joven y las). | 21 |
| Abrigo de cristal (el). | 44 | Vino bueno (el). | 165 |
| Adornos exagerados (los). | 206 | Visiones (las). | 251 |
| Adulacion (la) | 29 | Vivir mucho (consejos para). | 252 |
| Aplausos de la muchedumbre (los). | 200 | Uso de condenarse (el). | 74 |
| Aprendiz de carnicero (el). | 234 | Estupideces, barbaridades, sandeces y necedades. | |
| Arzobispo joven (el). | 40 | Acertijo (el). | 135 |
| Burro (el marrano y el). | 153 | Afliccion de una viuda (la). | 190 |
| Caballo tortuga (el). | 38 | Ajusticiado (prevision de un). | 268 |
| Cabezas de borrico (las). | 292 | Alcaldada (una). | 170 |
| Carne podrida (la). | 252 | Aprender á nadar en seco. | 186 |
| Censura de unos versos (la). | 233 | Aprehensor prendido (el). | 82 |
| Contestacion de un embajador. | 238 | Aunque no lo dijese. | 182 |
| Cuenta cabal (la). | 178 | Bibliotecario sabio (un). | 170 |
| Curacion completa (la). | 72 | Boticaria y la medicina (la). | 33 |
| Deudor (el acreedor y el). | 98 | Cisneros (el maestro de). | 152 |
| Dos sonetos peores (los). | 234 | Cortedad de genio (la). | 178 |
| Edad de una hermosa (la). | 51 | Desafinar (lo que se entiende por). | 43 |
| Enemigo (el cojo y su). | 100 | Descausar fuera de tiempo (el). | 59 |
| Esopo segundo. | 221 | Dominosteco (el). | 250 |
| El efecto y la causa. | 71 | Dormido despierto (el). | 187 |
| El noble y el plebeyo. | 259 | Dos sobrescritos. | 265 |
| El jorobado (el cojo y). | 82 | Eclipse (la próruga del). | 262 |
| El ciego y la luz. | 293 | Ejercicio de fuego de un recluta (el). | 310 |
| El mayor mal de los males. | 254 | Españoles (el francés y los). | 130 |
| | | Esplicacion de un zapatero (la). | 164 |

| | | | |
|--|-----|---|-----|
| Explicacion innecesaria (la). | 59 | Relacion de un andaluz (la). | 84 |
| Exámen de doctrina (el). | 45 | | |
| Examinar el sol con candil. | 195 | Ep'gramas. | |
| Flato noble (el). | 39 | Alegría para todos (la). | 255 |
| Fusilamiento á peseta (el). | 42 | Curioso por su mal (el). | 204 |
| Gabanes (los dos). | 41 | Economía práctica (la). | 161 |
| Hombre disfrazado de pájaro (el). | 63 | Escasez de cuernos (la). | 42 |
| Hoyo grande (el). | 180 | Hermosura á pedazos (la). | 196 |
| Hurto del vino (el). | 54 | Hijo del pueblo (el). | 209 |
| Jubileo (el). | 13 | Hombre infusorio (el). | 291 |
| Ladrones aconsejados (los). | 248 | Labrador, criado y su madre (el). | 312 |
| Lamentos de un paleta por la pérdida de su burra (verso). | 27 | Maldiciente (el). | 305 |
| La costumbre es ley. | 146 | Mondadientes (el). | 188 |
| Literato sin letras (un). | 254 | Muchacho despejado (el). | 231 |
| Llanto justo (el). | 41 | Ortografía en las calcetas (la). | 116 |
| Marido, de qué mujer debe tener celos. | 23 | Paga de un sermón (la). | 212 |
| Miedo del marido (el). | 250 | Peine de asta (el). | 98 |
| Mosquito (el tonto y el). | 130 | Pelo atado (el). | 170 |
| Mujer aguda (la). | 299 | Pérdida de un vecino (la). | 310 |
| Muerte de un cadáver (la). | 135 | Razon convincente (la). | 309 |
| Obra póstuma (lo que es una). | 63 | Regalo de Noche-buena (el). | 289 |
| Opera gratuita (la). | 203 | Ronquera de una dama (la). | 43 |
| Pensamiento (un gran). | 49 | Salud de un muerto (la). | 229 |
| Pensamiento ingenioso. | 49 | Suicidio de un avaro (el). | 208 |
| Piruetas (el ministro y las). | 147 | Tos y los dientes (la). | 125 |
| Pistolas (el uso de las). | 138 | Equívocos, frases de doble sentido y juegos de palabras. | |
| Precaucion acertada (la). | 33 | Ay del tesorero (el). | 245 |
| Precaucion sabia (una). | 67 | Arenga de un alcalde (la). | 56 |
| Prueba (la). | 58 | Bofetada (la). | 256 |
| Razon de no escribir (la). | 185 | Caballo de regalo (el). | 622 |
| Repeticion del eclipse (la). | 179 | Cabrero soltero (el). | 268 |
| Retrato leyendo (el). | 128 | Compra á deber (la). | 71 |
| Sagacidad de un tonto (la). | 28 | Depósito comido (el). | 278 |
| Santo del dia (el). | 74 | Disfraz equívoco (el). | 52 |
| Segunda sin primera. | 185 | El a b y el c d. | 265 |
| Sobre favor paga. | 91 | Escasez de doncellas (la). | 63 |
| Supresion del tiempo (la). | 127 | Herraduras en su lugar (las). | 105 |
| Tal para cual. | 78 | Malas lenguas (las). | 86 |
| Tocinero en el palco (el). | 256 | Medias de una criada (las). | 277 |
| Traduccion literal (la). | 56 | Muerte rogada (la). | 252 |
| Tratamiento (el). | 190 | Parecido (tomar el). | 168 |
| Vacas del asturiano (las). | 173 | Parecer de la señora abogada (el). | 265 |
| Vaya una duda. | 190 | Peluquin á la moda (el). | 303 |
| Verdugo barato (el). | 97 | Plato valiente (el). | 106 |
| Viajero universal (el). | 131 | Predicador sin auditorio (el). | 271 |
| Una letra mas. | 91 | Pregunta de doble sentido (la). | 261 |
| | | Prudencia (gastar con). | 248 |
| | | Recogido en la calle (el). | 92 |
| Exageraciones, mentiras, guasas, bolas y fanfarronadas. | | Sacristan y su ayuda (el). | 107 |
| Abundancia de caza (la). | 105 | San Cristóbal y el mundo. | 6 |
| Caldera (la berza y la). | 285 | Toros (los) verso. | 1 |
| Economía estudiantil. | 52 | Ventana (lo que significa). | 20 |
| Epitafios portugueses. | 153 | Un comisionado de apremio (el recibimiento de). | 4 |
| Exageracion cortada por mitad (la). | 65 | Un buen desco. | 13 |
| Exageraciones. | 200 | Recetas y secretos maravillosos. | |
| Memoria (morir por falta de). | 9 | Chocolate ayudado (el). | 308 |
| Nariz cortada y pegada (la). | 117 | Chocolate (para que no haga da- | |
| Orejas (morderse las). | 181 | | |

| | | | |
|---|-----|---|-----|
| ño aun cuando la chocolatera sea de cobre y esté sin estañar). | 220 | Consejo de mujer. | 95 |
| Coche simon (receta para desatascarlo) verso. | 73 | Convidado y el cubierto (el). | 29 |
| Curar con ejemplos. | 196 | Criado dormilon (el). | 311 |
| Curacion de un mal genio. | 191 | Hurto de un par de botas (el). | 139 |
| Mueñas (nuevo método de sacarcas). | 301 | Ladron de huevos (el). | 38 |
| Ojos (receta para ellos), (en verso.) | 125 | Documentos oficiales, sentencias, exposiciones, cuentas, escrituras y oficios. | |
| Ratones (para que se maten ellos mismos). | 222 | Cuenta de un italiano (la). | 120 |
| Secretos de naturaleza sorprendentes y de infalible resultado. | 217 | Gran Capitan (verdaderas cuentas del). | 157 |
| Para no quedar jamás ccsante. | 217 | Memorial de Silvio del Arga (en verso). | 174 |
| Para que el sol no quemc la cara. | 217 | Papeles viejos (oficios). | 96 |
| Para que tenga hijos la mujer mas estéril. | 217 | Sentencia de un alcalde (la) | 195 |
| Para verse un hombre en alto puesto en pocos instantes siendo la admiracion del pueblo, que lo mirará con la boca abierta. | 217 | Máximas, pensamientos, sentencias, proverbios, refranes y adagios. | |
| Para que á un hombre, aunque sea viejo, lo persiga á sol y á sombra la mujer mas linda que encuentre en la calle y no lo quiera soltar hasta conseguir su objeto. | 217 | 21, 142, 154, 211, 221, 231, 235, 273 | 299 |
| Para probar que lo son y para que sean real y verdaderamente hijos propios de un marido los que lo son de su mujer por grande que sea la sospecha en contrario. | 217 | Enigmas. | |
| Perogrulladas, verdades como templos y salidas de pie de banco. | | 16, 26, 48, 64, 79, 96, 111, 127, 133, 149, 165, 180, 199, 216, 228, 246, 272, 286 | 301 |
| Datos biográficos de Adan. | 274 | Adivinanzas, símiles, disímiles, acertijos y semblanzas. | |
| Engaños, burlas, chascos y supercherías. | | 12, 32, 42, 57, 77, 94, 110, 121, 141, 159, 172, 189, 205, 222, 238, 255, 261, 276, 294 | 312 |
| Cabello de la virgen (el). | 52 | Epístolas. | |
| Convite económico (el). | 46 | Ahorcado (la carta de un). | 298 |
| Eleccion de un cnadro (la). | 47 | Céiebres cartas atribuidas á un Dean de Cuenca y un cura de Pareja. | 158 |
| Orgullo abatido (el). | 171 | Modelo de cartas conyugales. | 111 |
| Peluquero burlado (el). | 219 | Mujer enamorada (carta de una). | 294 |
| Valenton (el). | 162 | Comparaciones y paralelos, explicaciones, glosas, comentarios y definiciones. | |
| Hurtos ingeniosos y estafas. | | Alcoran (comentarios al) verso. | 227 |
| Alforjas cosidas y descosidas (las). | 32 | Amc rico y criado fuerte (el). | 129 |
| Burro encantado (el). | 259 | Consejos para las novias (verso). | 233 |
| Compra de una burra (la). | 242 | Duracion del placer (la). | 89 |
| Confeccion de un ratero (la). | 53 | El que á los suyos parece. | 123 |
| | | La Risa. | 141 |
| | | Los dos lados de todas las cuestiones. | 295 |
| | | Parecido completo (el). | 122 |
| | | Poca ropa (la) verso. | 293 |
| | | Suegra y la nuera (la). | 255 |

NOTA. La solucion de los enigmas y adivinanzas se pondrá al final de la obra.





BINDING LIST APR 15 1949

**PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PN
6215
L52
1862
T.1
C.1
ROBA

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 07 06 03 020 0